



TROTSKY, por G. Anandor.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

*¿Adónde va
Inglaterra?*

seguido de

Europa y América
León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Germinal

Edicions Internacionals Sedov

germinal_1917@yahoo.es

Valencia 2007 y 2020.

En el año 2007 ofrecimos a los lectores una primera edición digital de esta obra de Trotsky. Reprodujimos la primera versión española, editada en 1927 por las ediciones Biblos de Madrid, con traducción de Ángel Pumarega y letras y grabados de Gabriel Maroto. Seguimos la versión de Pumarega, con ocasionales correcciones, y mantenemos los grabados de Gabriel Maroto. Con aquella edición rendíamos homenaje a los hombres y mujeres que, en el pasado siglo y en el campo editorial, trabajaron por ampliar la cultura y difundir el marxismo.

*Te presentamos ahora, en el 2020, una reedición que mantiene la anterior a excepción de la presentación en nuestra serie **Obras escogidas de León Trotsky en español.***



Índice

Prefacio a la edición francesa	6
Prefacio a la edición rusa.....	10
¿Adónde va Inglaterra?.....	12
<i>I La decadencia de Inglaterra</i>	12
<i>II Mister Waldwin y... la evolución gradual</i>	18
<i>III Sobre ciertas particularidades de los líderes obreros ingleses</i>	28
<i>IV La teoría fabiana del socialismo</i>	35
<i>V La cuestión de la violencia revolucionaria. Exposición popular adaptada a la inteligencia de los obreros más atrasados y aun a la de ciertos líderes entre los menos desesperantes</i>	45
<i>VI Dos tradiciones: la revolución del Siglo XVII y el chartismo</i>	62
<i>VII Tradeunismo y bolchevismo</i>	68
<i>VIII Perspectivas</i>	76
<i>IX Marcha y fechas</i>	87
<i>X Brailsford y el marxismo</i>	93
<i>XI Más sobre el pacifismo y la revolución (respuestas a Bertrand Rusell)</i>	98
Apéndice: Europa y América	105
<i>Los dos polos del movimiento obrero. El tipo acabado del reformismo</i>	105
<i>La potencia económica de los Estados Unidos, base del oportunismo</i>	107
<i>Los nuevos papeles de América y de Europa</i>	109
<i>La expansión imperialista de los Estados Unidos</i>	111
<i>Pacifismo y confusión</i>	114
<i>El pacifismo americano en la práctica</i>	116
<i>No hay salida para el capitalismo europeo</i>	119
<i>¿Ha cumplido el capitalismo su tiempo?</i>	124
Notas de la editorial Biblos y de Trotsky	129

LEON TROTSKY
¿ADONDE VA INGLATERRA?
EUROPA Y AMERICA

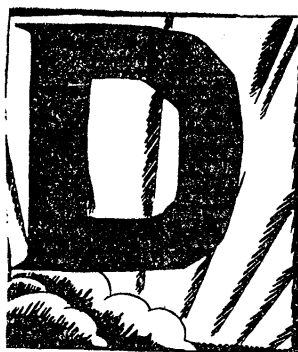
TEXTOS ÍNTEGROS
TRADUCCIÓN DE
ANGEL PUMAREGA
Grabados y letras de
GABRIEL MAROTO

Primera edición española

COLECCION MOSAICO / 1

EDICIONES BIBLOS / MADRID

1927



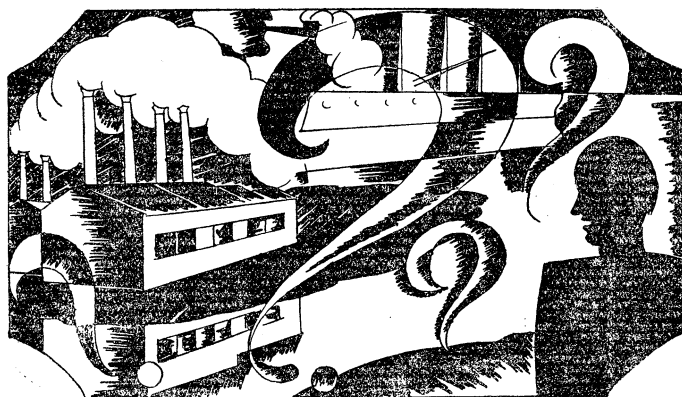
E ninguna de las figuras culminantes de la revolución rusa cabe en rigor una biografía «agradable» a nuestro espíritu antropocéntrico, personalista, de europeos occidentales, cultivados en el gusto de lo anecdótico y en la exaltación de las individualidades. Todavía, a pesar del cemento armado, de Spengler, de la industria automovilística, de nuestra diaria subordinación a exigencias y esfuerzos impersonales, colectivos, de nuestro disfrute cotidiano de placeres y comodidades logrados por creación solidaria, seguimos delectando nuestro eterno Plutarco, y el periodista torpe y sin probidad escribe: «Trotsky, el Napoleón rojo», o bien: «Trotsky ha caído en desgracia», «Trotsky ha sido desterrado», suponiendo en Rusia el mismo viejo juego de la política personalista de nuestros países.

La biografía de los hombres más destacados — como de los más oscuros — del bolchevismo es monótona: siempre las mismas notas comunes: la cárcel, el destierro, las huídas, los pasaportes falsos, las discusiones ardientes, frenéticas, inacabables, el esfuerzo personal fundido, absorbido en el esfuerzo colectivo del «Partido». Tardará bastante en comprenderse que la historia rusa de estos últimos años — y de los venideros — no puede explicarse por los supuestos gestos de estas o aquellas personalidades, sino por el hecho de la existencia misma del partido bolchevique. Por primera vez en la historia del mundo, la política de una nación deja de ser objeto de presa para banderías o príncipes y personajes más o menos pintorescos y maquiavélicos, y se convierte en una política rigurosamente dialéctica, en una política de ideas, en una política «intelectualizada» sistemáticamente en la que todos los problemas son a priori sometidos al más rígido examen teórico, en una política de discusión y de ejecución controlada y sostenida conscientemente por millones de hombres, en una política de gran estilo que subordina todos los intereses particulares a una unitaria visión de conjunto y tiende todos los esfuerzos hacia el futuro.

Las ideas, y aun la vida misma de Trotsky, carecen, pues — fundidas en esa anónima elaboración colectiva —, de «originalidad», de «personalidad», entendidas en ese sentido de hiperestésico y donjuanesco egocentrismo que da a estas palabras la intelectualidad europea. La parte anecdótica de la existencia de Trotsky, como la de Lenin y las otras grandes figuras bolcheviques, queda realmente borrada por la soberbia biografía de su partido.

El lector advertirá según lea este libro que las ideas de Trotsky no son «originales». Pero precisamente el hecho de que sean ideas de «partido», ideas pensadas por grandes masas de hombres, es lo que les da su dramática importancia y su aguda actualidad. La originalidad de este hombre fuerte, que no es un Napoleón, sino el miembro de un partido de rigurosa disciplina ideológica, consiste en expresar las ideas de millares de hombres con una dialéctica clara y vigorosa. — EL TRADUCTOR.

QUEDAN RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS SOBRE ESTA EDICIÓN.
COPYRIGHT BY EDICIONES BIBLOS, MADRID, 1927.



Prefacio a la edición francesa

Transcurrido un tiempo desde que este libro fue escrito. El Gabinete conservador ha terminado su luna de miel. Baldwin predicaba la paz social. Macdonald, que no estaba en condiciones de oponer fuese lo que quiera al conservadurismo, rivalizó con él en su odio contra la revolución, la guerra civil y la lucha de clases. Los jefes de los tres grandes partidos históricos proclamaban que las instituciones de Inglaterra eran por completo suficientes para asegurar la colaboración pacífica de las clases. Naturalmente, el pronóstico contenido en este libro sobre el porvenir del Imperio británico fue presentado por toda la prensa británica, desde el *Morning Post* hasta el semanario de Landsbury, como una locura desesperada y pura fantasmagoría moscovita.

Pero hoy la situación está algo cambiada. Inglaterra se halla conmovida por una huelga formidable. El Gobierno conservador sigue una política de ofensiva encarnizada; hace cuanto puede por provocar la guerra civil. Nunca se ha manifestado en Inglaterra con tanta claridad como hoy la contradicción existente entre los factores de las fuerzas sociales y la mentira del anticuado parlamentarismo.

La huelga inglesa ha nacido de la contradicción entre la situación actual de la economía británica en el mercado mundial y las relaciones tradicionales de la producción y de las clases sociales en el interior del país. Desde el punto de vista formal, la cuestión está planteada de la siguiente manera: disminución de los salarios de los mineros, prolongación de su jornada de trabajo, traspaso a los hombros de la clase obrera de una parte de los sacrificios que son necesarios para una verdadera reorganización de la industria hullera. Así formulada, esta cuestión es insoluble. Es perfectamente exacto que, sin sacrificios, y aun sin serios sacrificios por parte del proletariado inglés, la industria hullera, como asimismo en general toda la economía británica, no puede ser reorganizada. Pero sólo un imbécil rematado puede creer que el proletariado inglés está decidido a admitir estos sacrificios sobre las viejas bases de la propiedad capitalista.

El capitalismo ha sido presentado en todo tiempo como un régimen de progreso permanente y de mejoramiento sistemático de la suerte de las masas trabajadoras. Al menos este fue el caso, hasta un cierto límite, para buen número de países en el transcurso del siglo XIX. En Inglaterra, por lo demás, la religión del progreso capitalista era mucho más fuerte que en cualquier otro país. Esta constituía precisamente la base de

las tendencias conservadoras en el mismo movimiento obrero y particularmente en las Trade-Unions. Las ilusiones de la guerra fueron en Inglaterra de 1914 a 1918, y más que en ningún otro país, ilusiones sobre la potencia del capitalismo y el progreso social. Estas esperanzas debían ser coronadas por la victoria sobre Alemania. Y ahora la sociedad burguesa dice a los mineros: “Si queréis asegurarnos por lo menos una existencia como la que habéis disfrutado hasta la guerra, tenéis que aceptar por un tiempo indeterminado un empeoramiento de vuestras condiciones de vida.” En lugar de la perspectiva que se proclamaba hasta no hace mucho del progreso social constante, se propone a los mineros descender un escalón para no verse forzados mañana a descender dos o tres de un solo golpe. Es la declaración de bancarrota del capitalismo británico. La huelga general es la respuesta del proletariado, que no quiere ni puede aceptar que la bancarrota del capitalismo británico signifique el comienzo de la bancarrota de la nación y de la cultura británicas.

Empero esta respuesta está dictada mucho más por la lógica de la situación que por la lógica consciente. La clase obrera inglesa no tenía otra elección. La lucha, cualesquiera que hayan sido las maquinaciones de entre bastidores, fue impuesta por la presión mecánica de toda la situación. La situación mundial de la economía británica no admitía una base material para un compromiso. Los Thomas, los Macdonald, etc., han quedado reducidos a la situación de molinos de viento cuyas aspas se mueven a causa de un viento fuerte, pero sin proporcionar una sola libra de harina, toda vez que los granos faltan. El desesperado vacío del actual reformismo británico se ha manifestado con tal claridad, que los reformistas se han visto obligados a participar en la huelga general del proletariado británico. En esto justamente se ha manifestado la fuerza de la huelga, pero también su debilidad.

La huelga general es la forma más violenta de la lucha de clases. Inmediatamente le sigue la insurrección armada. Precisamente por esto la huelga general exige más que cualquiera otra forma de la lucha de clases una dirección clara, resuelta, enérgica; de otro modo, una dirección revolucionaria. Pero el proletariado británico no ha dejado ver en la huelga actual ninguna señal de una dirección semejante, y no cabe esperar que ésta aparezca de un solo golpe, perfecta, como brotada de la tierra. Empezó el Consejo General de las Trade-Unions con su ridícula declaración de que la huelga general no constituía una lucha política ni significaba, por consiguiente, un ataque contra el poderío del Estado, de los banqueros, de los industriales y de los terratenientes, y contra el santo Parlamento británico. Sin embargo, esta declaración de guerra de los fieles súbditos no convenció por completo al Gobierno, que siente que los instrumentos reales de fuerza se le escapan de las manos bajo los efectos de la huelga. El poder del Estado no es una idea, sino un aparato material. Si se paraliza este aparato de administración y de opresión, el poder del Estado queda igualmente paralizado. No se puede dominar en la sociedad moderna sin tener entre las manos los ferrocarriles, la navegación marítima, el correo y el telégrafo, las centrales de energía eléctrica, el carbón, etc. El hecho de que Macdonald y Thomas rechacen todo fin político los caracteriza a sí mismos, pero de ninguna manera caracteriza la naturaleza de la huelga general, que llevada hasta el fin tiene inevitablemente que colocar a la clase revolucionaria frente a la necesidad de la organización de un nuevo poder de Estado. Pero justamente se oponen a ello con todas sus fuerzas aquellos que han sido colocados por los acontecimientos a la cabeza de la huelga general. Y en esto consiste el peligro principal. Unos hombres que no quieren la huelga general, que niegan su carácter político, que nada temen tanto como las consecuencias de una huelga victoriosa, inevitablemente se esforzarán por todos los medios en mantenerla dentro del cuadro de una semi-huelga semi-política, es decir, realmente en privarla de sus fuerzas. Es

necesario ver los hechos tales como son. Los principales esfuerzos de los jefes oficiales del partido laborista y de un considerable número de líderes sindicales no tendrán por fin la paralización del Estado burgués mediante la huelga, sino, por el contrario, paralizar la huelga general por medio del Estado burgués. El Gobierno, en la persona de sus elementos conservadores más encarnizados, quiere, sin duda alguna, provocar una guerra civil en miniatura para tener la posibilidad de tomar medidas de intimidación antes del desarrollo de la lucha y rechazar así el movimiento obrero. Arrebatando a la huelga su programa político, los reformistas minan la voluntad revolucionaria del proletariado, conducen el movimiento a un callejón sin salida y obligan de este modo a las diferentes categorías industriales obreras a pequeños combates aislados. En este sentido, los reformistas se dan la mano con los elementos fascistas del partido conservador. Tal es el principal peligro de la lucha actual.

No es posible actualmente profetizar la duración de la lucha, su desarrollo y, con mayor razón, su resultado. Es preciso hacer todo lo posible, dentro del marco internacional, para ayudar a los combatientes y facilitarles las condiciones de la victoria. Pero es necesario darse cuenta perfecta de que esta victoria no es posible sino en la medida en que la clase obrera británica logre cambiar de jefes durante el desarrollo y la vigorización de la huelga general. Un proverbio americano aconseja bien cuando dice que no se debe cambiar de caballo al atravesar un torrente. Pero esta sabiduría práctica sólo es justa en ciertos límites; jamás se ha logrado atravesar un torrente revolucionario montando el caballo del reformismo. Y la clase que ha ido al combate con una dirección oportunista, se ha visto obligada a cambiarla bajo el fuego del enemigo. Esto determina de antemano la actitud de los elementos verdaderamente revolucionarios del proletariado británico y, sobre todo, de los comunistas. Estos sostendrán por todos los medios la unidad de la acción de masa, pero no permitirán la menor apariencia de unión con los jefes oportunistas del Labour Party y de las Trade-Unions. La lucha implacable contra todo acto o toda tentativa de traición y la crítica sin piedad de las ilusiones reformistas es la parte más importante del trabajo de los elementos verdaderamente revolucionarios que participan en la huelga general. Con esto, no sólo contribuirán a la indispensable tarea de la formación de nuevos cuadros revolucionarios, sin los cuales una victoria del proletariado británico es imposible, sino también al éxito de la huelga actual, agravándola, haciendo resaltar su carácter revolucionario, eliminando a los oportunistas y reforzando la posición de los elementos revolucionarios. Los resultados de la huelga, así los inmediatos como los lejanos, serán tanto más considerables cuanto con mayor energía aparte la voluntad revolucionaria de las masas las barreras y los obstáculos erigidos por la dirección contrarrevolucionaria.

La huelga no puede por sí misma cambiar la situación del capitalismo británico y en particular la de su industria hullera en el mercado mundial. Para ello precisa una reorganización de toda la economía inglesa. La huelga no es sino una enérgica manifestación de esta necesidad. El problema de la reorganización de la industria británica será resuelto por el nuevo poder, el nuevo Estado, la nueva clase dominante. Justamente en esto consiste la capital importancia de la huelga general: plantea claramente la cuestión del poder. La verdadera victoria de la huelga general no puede conseguirse sino por medio del adueñamiento del poder por el proletariado y la instauración de su dictadura. En las condiciones de la desesperada situación actual del capitalismo británico, la huelga general menos que nunca puede ser un instrumento de reformas o de conquistas parciales. Más exactamente: si los terratenientes o el Gobierno accedieran a tal o cual concesión bajo la presión de la huelga, estas concesiones, dada la situación de conjunto, no tendrían una importancia ni profunda ni duradera. Esto no significa en modo alguno que la huelga actual se halle ante la alternativa siguiente: todo

o nada. Si el proletariado británico se hubiera encontrado con una dirección que hubiese correspondido en cierto modo a su potencia de clase y a la madurez de las condiciones objetivas, el poder hubiera pasado en pocas semanas de manos de los conservadores a las del proletariado. Difícilmente puede esperarse tal resultado. Esto no quiere decir, repetámoslo, que la huelga no tiene esperanza. Cuanto más ampliamente se desarrolle, tanto más poderosamente conmoverá las bases capitalistas, tanto más contribuirá a eliminar a los jefes traidores y oportunistas, tanto más difícil será a la reacción burguesa pasar a la contraofensiva, tanto menos tendrán que sufrir las organizaciones proletarias y tanto más rápidamente volverá a abrirse la próxima y decisiva fase de la lucha.

Las enseñanzas y las consecuencias de la actual batalla de clases serán considerables, aun independientemente de su resultado inmediato. Cada obrero inglés se dará clara cuenta de que el Parlamento es incapaz de resolver las cuestiones fundamentales, vitales, del país. La cuestión de la salvación económica de la Gran Bretaña quedará planteada en adelante al proletariado británico como la cuestión de la conquista del poder. El golpe mortal alcanzará a todos los elementos intermediarios, mediadores, aficionados a los compromisos, seudopacifistas. El partido liberal, cualesquiera que sean las maniobras y las habilidades de sus líderes, saldrá más débil aún de esta prueba. En el seno del partido conservador, los elementos más implacables conseguirán la preponderancia. Dentro del partido laborista, el ala revolucionaria desarrollará su influencia y hallará una expresión más acabada. Los comunistas marcharán delante resueltamente. El desenvolvimiento revolucionario de Inglaterra dará un salto formidable hacia adelante.

Ahora es cuando el curso de los acontecimientos plantea seriamente, y sin que sea posible su aplazamiento político, las cuestiones discutidas en este libro. A la luz de la poderosa huelga actual, las cuestiones de la evolución y de la revolución, del desenvolvimiento pacífico y del empleo de la violencia, de las reformas y de la dictadura de clase ocuparán en toda su claridad el espíritu de cientos de miles y de millones de obreros británicos. No cabe duda alguna a este respecto. El proletariado británico, que ha sido mantenido por la burguesía y sus agentes fabianos en un estado ideológico terriblemente atrasado, avanzará a paso de gigante. Las condiciones materiales de Inglaterra están, hace tiempo, maduras para el socialismo. La huelga ha puesto al orden del día la sustitución del Estado burgués por el Estado proletario. Si la huelga misma no provoca directamente esta sustitución, la aproximará considerablemente. En cuánto tiempo, no es posible, naturalmente, decirlo. Pero hay que prepararse también a plazos muy cortos.

L. Trotsky.

Krimea, mayo 1926.

Prefacio a la edición rusa

Este trabajo está consagrado a los destinos ulteriores de Inglaterra. Sin embargo, puede interesar al lector americano. En primer término, porque Inglaterra ocupa un lugar harto prominente en el mundo; después, porque los Estados Unidos y la Gran Bretaña forman una doble constelación en la cual el brillo de una estrella se aviva tanto más cuanto el de la otra declina.

La conclusión a que llego en mis inquisiciones es que Inglaterra camina a paso vivo hacia una época de grandes conmociones revolucionarias. Los policías ingleses y sus discípulos americanos dirán, naturalmente, que hago la propaganda de la revolución proletaria (como si se pudiera modificar desde fuera con ayuda de un libro, la tendencia del desenvolvimiento de un gran pueblo). En realidad, me limito a tratar de dilucidar, mediante el análisis de los factores de mayor importancia en el desarrollo histórico de Inglaterra, el camino de la historia adonde este país va empujado por las condiciones internas externas de su existencia. Lanzar con este motivo la acusación de ingerencia revolucionaria en los asuntos ajenos equivale aproximadamente a acusar de provocarlo al astrónomo que prevé un eclipse de sol.

No queremos decir, ya se entiende, que los fenómenos astronómicos sean idénticos a los fenómenos sociales. Los primeros acontecen fuera de nosotros; los segundos se desarrollan a través de nosotros. De ningún modo quiere esto expresar que los acontecimientos históricos acaecen conforme a nuestros deseos arbitrarios y pueden ser dirigidos por medio de libros. Se han publicado y se publican muchos más libros y periódicos teniendo por objeto la defensa y conservación del capitalismo, comprendido el capitalismo británico, que contra él. Así, sin embargo, no se resuelve la cuestión. Estas o aquellas ideas pueden sólo ejercer su influencia en la medida en que descansan sobre las condiciones materiales del desenvolvimiento social. Inglaterra camina hacia la revolución porque ha empezado en Inglaterra el crepúsculo del capitalismo. Y si fuera menester con este motivo buscar a los culpables, a la pregunta: “¿Quién empuja a Inglaterra por el camino de la revolución?”, habría que responder: “No Moscú”, sino: “Nueva York”.

Esta respuesta parecerá paradójica. Sin embargo, expresa íntegramente la verdad. La poderosa presión, sin cesar creciente, de los Estados Unidos sobre el universo hace cada vez más desesperada, cada vez más insoluble la situación de la industria, del comercio, de la hacienda, de la diplomacia británicos.

Los Estados Unidos no pueden tender al engrandecimiento del mercado mundial, puesto que su propia industria correría el riesgo de sucumbir de una congestión pletórica. Los Estados Unidos no pueden ampliar su dominio sino a costa de los restantes países exportadores, y en primer lugar de Inglaterra. Las peroratas sobre el alcance revolucionario de unos folletos “moscovitas”, si se piensa en el sistema patentado de Mr. Dawes, gracias al cual la vida económica de un gran pueblo queda presa en las tenazas de acero de una dirección americana, sólo pueden producir una sonrisa irónica. So capa de “pacificación” y “saneamiento” de Europa, se preparan las más grandes conmociones revolucionarias y militares, los mayores conflictos del mañana. Mr. Julius Barnes, familiar del Ministerio del Comercio de Washington, propone reservar a los deudores europeos de los Estados Unidos las regiones del mercado mundial en las que los europeos, parientes pobres y entrampados, no entorpecerían la expansión de su acreedor transoceánico. Contribuyendo al

restablecimiento del sistema monetario de Europa, los Estados Unidos no hacen sino aventar una tras otra las ilusiones de la inflación y ayudar a Europa a traducir su pobreza y su dependencia al lenguaje de una moneda firme. Ejerciendo presión sobre sus deudores o admitiéndoles moratorias, concediéndoles créditos o rehusándose los, los Estados Unidos les crean una situación cada vez más apurada, cada vez más dependiente desde el punto de vista económico, situación sin salida en fin de cuentas y que constituye la condición previa de inevitables conmociones sociales, revolucionarias. La Internacional Comunista es actualmente una institución casi conservadora comparada con la formidable Bolsa de Nueva York. Mr. Morgan, Mr. Dawes, Mr. Julius son en la actualidad los auténticos forjadores de las futuras revoluciones europeas.

Su labor en Europa y en el mundo entero la llevan en gran parte a cabo los Estados Unidos en colaboración con Inglaterra y por su mediación. Empero, para Inglaterra esta colaboración no es sino la forma de una creciente dependencia. Cabe decir que Inglaterra introduce a los Estados Unidos en sus dominios. Cediendo su dominación mundial, los diplomáticos y los hombres de negocios británicos recomiendan a sus antiguos clientes el nuevo amo del mundo. La colaboración de América y de Inglaterra encubre el más profundo antagonismo mundial entre estas dos potencias y forja, para un porvenir que no está quizá muy lejos, graves conflictos.

No es este prefacio el lugar adecuado para hablar de los destinos de América misma. Es evidente que en parte alguna se siente el capital más seguro que allí. El capital americano se ha desarrollado prodigiosamente, se ha fortalecido profusamente, primero a expensas de la guerra europea, ahora gracias a la “pacificación” y a la reconstrucción” de Europa. Mas el capitalismo americano, a pesar de toda su potencia, no es un sistema que se basta a sí mismo; por el contrario, sólo constituye una parte de la economía mundial. Es más: a medida que se desarrolla la potencia de la industria de los Estados Unidos, su dependencia respecto del mercado mundial se hace más estrecha y profunda. Acorralando cada vez más a Europa en un callejón sin salida, el capitalismo americano prepara guerras y conmociones revolucionarias que a continuación repercutirán con terrible rebote en la economía de los Estados Unidos. Tal es la perspectiva para América misma. En la línea del desenvolvimiento revolucionario, América viene en segundo lugar. La burguesía americana tendrá aún la posibilidad de observar el hundimiento de su hermana mayor europea. Pero también para el capital americano sonará la hora ineluctable. Los magnates de los trusts americanos, los grandes plantadores, los petroleros, los exportadores, los multimillonarios de Chicago y de San Francisco cumplen irresistiblemente, aunque inconscientemente, su misión revolucionaria. El proletariado americano acabará, al fin de los fines, por llenar la suya.

L. Trotsky

¿Adónde va Inglaterra?

Inglaterra se halla actualmente en un atolladero, mucho más, no cabe duda, que cualquier otro país capitalista. Y el viraje de Inglaterra es, en enorme medida, el de las cuatro partes del mundo y por lo menos el principio del viraje de la quinta, actualmente la más poderosa: América. Ahora bien, el desarrollo político de Inglaterra presenta las más notables particularidades, derivadas de todo su pasado, que obstruyen en apreciable manera el camino de su porvenir.

Nos hemos propuesto como fin único de este libro esclarecer y caracterizar, sin abrumar nuestra exposición con cifras y hechos que el lector encontrará en las obras de información o en las investigaciones sociales sobre la situación económica de Inglaterra, los factores históricos y las circunstancias llamadas a determinar el desarrollo de este país en el período que se inicia. Se trata precisamente de Inglaterra y no de la Gran Bretaña, de la metrópoli y no de las colonias y de los Dominios. Unas y otros siguen sus propios derroteros, que se alejan cada vez más de los de la metrópoli.

Nuestra exposición será, en su parte más importante, crítica y polémica. La historia se hace a través de los hombres. La apreciación de las fuerzas vivas que realizan hoy la historia no puede dejar de ser activa. Para comprender por qué luchan las clases, los partidos, sus jefes, y qué les espera el día de mañana, es necesario abrir una brecha en la ciudadela de las convenciones políticas, de las mentiras, del *cant*¹ parlamentario de que están penetradas todas las cosas. La polémica se convierte así en un método necesario para el análisis político. Sin embargo, la cuestión que nos planteamos, y a la cual intentamos responder, tiene un carácter objetivo: ¿adónde va Inglaterra?

I La decadencia de Inglaterra

Inglaterra capitalista fue preparada por la revolución política de la mitad del siglo XVII y por la revolución industrial de fines del XVIII². Inglaterra salió de su época de guerra civil y de la dictadura de Cromwell³ como un pequeño país que apenas contaba millón y medio de familias. Inglaterra entró en la guerra imperialista de 1914 como un imperio abarcando dentro de sus límites la quinta parte de la humanidad.

La revolución inglesa del siglo XVII, escuela del puritanismo⁴, severa escuela de Cromwell, preparó al pueblo inglés, más exactamente: a sus clases medias, para su papel mundial ulterior. A partir de la mitad del siglo XVIII, la potencia mundial de Inglaterra se hizo indiscutible. Inglaterra domina en los mares y en el mercado mundial, que ella ha creado.

En 1826, un publicista conservador inglés describía en estos términos floridos el siglo de la industria: “La época que se abre ante nuestros ojos promete ser el siglo de la industria... La industria dictará en lo sucesivo las alianzas internacionales y establecerá las amistades entre las naciones. Las perspectivas que actualmente se abren ante la Gran Bretaña casi sobrepasan los límites del pensamiento humano. La historia no ofrece punto de comparación... La industria de las fábricas inglesas produce con seguridad cuatro veces más artículos que todos los continentes juntos, y la de las hilaturas de algodón diez y seis veces más que las de la Europa continental.” (Beer, *Historia del socialismo en Inglaterra*, página 303). La colosal superioridad industrial de Inglaterra sobre el mundo entero constituía la base de su riqueza y de su incomparable situación

mundial. El siglo de la industria fue también el de la hegemonía mundial de la Gran Bretaña.

De 1850 a 1880, Inglaterra llegó a ser la escuela industrial de Europa y América. Por este hecho, su monopolio quedaba comprometido. A partir de 1870 y de los años siguientes, Inglaterra comienza a flaquear visiblemente. Nuevos Estados, Alemania en primer lugar, entran en la arena mundial. Al mismo tiempo, la prioridad capitalista de Inglaterra pone de manifiesto por vez primera sus malos aspectos conservadores. La concurrencia alemana da terribles golpes a la doctrina del libre comercio.

La eliminación de Inglaterra de sus posiciones de dominación universal se manifestó, pues, desde el último cuarto del siglo pasado y engendró a principios del nuestro un sentimiento de inseguridad interior y una cierta fermentación en las capas superiores de la sociedad, juntamente con profundos procesos moleculares, de carácter revolucionario en el fondo, en el seno de la clase obrera. Los poderosos conflictos entre el trabajo y el capital ocupaban en estos procesos el lugar más importante. La situación aristocrática de la industria inglesa en el mundo no fue la única conmovida; también lo fue la situación privilegiada de la aristocracia obrera en Inglaterra. Los años 1911 al 13 se señalaron por grandes batallas, sin analogía en el pasado, libradas por los mineros, los ferroviarios y los trabajadores del transporte en general. En agosto de 1911 se desarrolló la huelga nacional, es decir, general, de los ferrocarriles. Durante aquellos días planeó sobre Inglaterra el confuso espectro de la revolución. Los jefes consagraron todas sus fuerzas a paralizar el movimiento. Su móvil fue el patriotismo; esto sucedía en el momento en que el incidente de Agadir amenazaba provocar una guerra con Alemania⁵. El *Premier*⁶ invitó, como se ha sabido después, a los líderes obreros a una conferencia secreta, en la que les conjuró a salvar a la patria, y los jefes obreros hicieron todo lo que pudieron, afianzando a la burguesía y preparando, por consiguiente, la matanza imperialista.

La guerra 1914-1918 pareció interrumpir este proceso revolucionario. Detuvo el desarrollo de las luchas huelguistas. Terminada con la derrota de Alemania, restituyó, al parecer, a Inglaterra la hegemonía mundial. Pero no tardó en quedar de relieve que la guerra, deteniendo momentáneamente la decadencia de Inglaterra, no había conseguido en realidad sino hacerla más profunda.

En 1917-1920, el movimiento obrero inglés entraba de nuevo en una fase extremadamente tempestuosa. Las huelgas revistieron un carácter grandioso. Macdonald firmó manifiestos de los cuales hoy se apartaría con horror. Sólo a fines de 1920, después del “viernes negro”, en que la Triple Alianza de los líderes de los mineros, de los ferroviarios y de los obreros del transporte traicionó la huelga general, el movimiento volvió a entrar en su cauce. La energía de las masas, paralizada en la esfera de la acción económica, se orientó hacia el terreno político. El partido obrero (Labour Party) pareció surgir de la tierra.

¿En qué consiste el cambio que se ha verificado en la situación interior y exterior de la Gran Bretaña?

La enorme superioridad económica de los Estados Unidos se ha desarrollado y manifestado plenamente, íntegramente, durante la guerra. La salida de los Estados Unidos de su fase de provincianismo transoceánico hizo retroceder de golpe a la Gran Bretaña a segundo término.

La colaboración de América con la Gran Bretaña es la forma, por el momento pacífica, bajo la cual continúa la retirada cada vez más profunda de Inglaterra ante América.

Esta colaboración puede ser dirigida en un momento dado contra un tercero; no es menos cierto por ello que el antagonismo mundial esencial es el antagonismo

angloamericano, y que todos los demás, más ásperos en el momento preciso y más inmediatamente amenazadores, no pueden ser comprendidos y apreciados sino sobre el fondo del antagonismo angloamericano. La colaboración angloamericana prepara la guerra, lo mismo que una época de reformas prepara una época de revoluciones. El hecho concreto de que Inglaterra deberá, en el camino de las reformas, es decir, de los tratos forzados con América, evacuar una posición tras otra, la obligará, en fin de cuentas, a resistir.

Las fuerzas productoras de Inglaterra, y ante todo su fuerza productora viva, el proletariado, no corresponden ya al lugar de Inglaterra en el mercado mundial. De aquí el paro crónico.

La hegemonía industrial-comercial y militar-naval de Inglaterra aseguraba casi automáticamente hasta ahora la unión de las diferentes partes del Imperio. El ministro neozelandés Reeves escribía a fines del siglo pasado: “Dos factores mantienen la actitud actual de las colonias frente a Inglaterra:

primero, su creencia de que la política de Inglaterra es sobre todo una política de paz, y segundo, su creencia de que Inglaterra reina sobre los mares.” El segundo factor tenía, naturalmente, una importancia decisiva. La pérdida de la hegemonía marítima es paralela al desarrollo de las fuerzas centrífugas en el interior del Imperio. El mantenimiento de la unidad del Imperio se ha hecho cada vez más difícil debido a los intereses divergentes de los Dominios y a la lucha económica.

El desarrollo de la técnica militar ha sido contrario a la seguridad de la Gran Bretaña. La importancia adquirida por la aviación y por el arma química reduce a la nada las mayores ventajas históricas de la situación insular. América (esta isla inmensa, custodiada de ambos lados por los Océanos) permanece invulnerable. Por el contrario, los centros más vitales de Inglaterra, Londres, ante todo, pueden ser objeto en pocas horas de un mortal ataque aéreo que parta del continente.

Perdidas las ventajas de un aislamiento inaccesible, el Gobierno inglés se ve obligado a participar más y más directamente en los asuntos puramente europeos y en los convenios militares del continente. Las posesiones transoceánicas de Inglaterra, sus Dominios, no tienen el menor interés en esta política. El Océano Pacífico y el Índico les interesan, el Atlántico también en cierta medida; pero la Mancha no les interesa en modo alguno. Esta disparidad de intereses abrirá al primer sacudimiento mundial un abismo en el que desaparecerán los lazos del Imperio. La política de la Gran Bretaña se halla, esperando esta salida, paralizada por los rozamientos interiores, condenada realmente a la pasividad y, por consiguiente, al empeoramiento de la situación mundial del Imperio.

Al mismo tiempo los gastos militares tienen que absorber una parte cada vez mayor de los ingresos nacionales, en trance de disminución.

La amortización de la enorme deuda americana, sin la menor esperanza de que a su vez le paguen los Estados continentales, constituye para Inglaterra una de las condiciones de su “colaboración” con América. De esto resulta asimismo modificada en favor de América la correlación económica de las fuerzas. El 5 de marzo último (1925) el Banco de Inglaterra elevó su tipo de descuento del 4 al 5 por 100, en tanto que el Banco Federal de Nueva York corría el suyo del 3 al 3,5 por 100. Esta brutal manifestación de la dependencia financiera ante el primo trasatlántico produjo en la City⁷ de Londres una impresión muy dolorosa. Pero ¿qué hacer? La reserva de oro de América es aproximadamente de 4.500 millones, en tanto que la reserva inglesa no pasa de 750 millones de dólares, es decir, seis veces menor. América tiene una moneda-oro, mientras que Inglaterra no pasa hasta ahora de los esfuerzos desesperados por restablecer la suya. Y es bien natural que, a una elevación del tipo de descuento del 3 al

3,5 por 100 en América, Inglaterra deba reaccionar mediante una elevación del 4 al 5 por 100. Esta medida alcanza al comercio y a la industria del país, pues aumenta el precio de los productos que les son necesarios. De suerte que América coloca a Inglaterra a cada instante en su lugar, bien por medio de presiones diplomáticas, ya con ayuda de medidas bancarias; siempre y en todas partes gracias a la presión de su formidable superioridad económica⁸.

Por lo demás, la prensa inglesa advierte con inquietud el sorprendente progreso de ciertas ramas de la industria alemana y en particular de la construcción naval. El *Times* del 10 de marzo escribía, a propósito de esta última: “Es posible que la realización de un trust completo que abraza todos los materiales (desde la mina a la plancha metálica, desde el establecimiento financiero al comercio de detalle), sea uno de los factores que dan a los astilleros alemanes la posibilidad de sostener victoriosamente la concurrencia. Este sistema no deja de tener consecuencias sobre el salario y el coste de la vida. Orientándose todas estas fuerzas en un sentido único, el campo abierto a la disminución de los gastos se hace vastísimo.”

En otros términos, el *Times* confirma aquí que la superioridad orgánica de la industria alemana, más moderna, se manifiesta de nuevo con todo su vigor en cuanto la economía alemana ha obtenido la posibilidad exterior de manifestar su vitalidad.

Es verdad que ciertos indicios muestran que los pedidos de barcos hechos a los astilleros de Hamburgo tienen por fin especial intimidar a las Trade-Unions y preparar así una presión sobre ellas, tendiendo a disminuir los salarios y prolongar la jornada de trabajo. No es necesario decir que esta maniobra es más que probable. Pero en nada atenúa el valor de las consideraciones generales sobre la irracional organización de la industria inglesa y los gastos generales que lleva consigo.

Desde hace ya cuatro años el número de los sin trabajo oficialmente inscritos en Inglaterra no ha bajado de 1.135.000, oscilando en realidad entre 1.250.000 y 1.500.000. El paro crónico es la revelación más ostensible de la inconsistencia del régimen y, al mismo tiempo, su talón de Aquiles. El seguro contra el paro, establecido en 1920, sólo contaba con circunstancias excepcionales, destinadas a desaparecer rápidamente. Pero el paro se ha hecho permanente, el seguro ha cesado de serlo, el gasto no ha sido cubierto ni con mucho por las cuotas de los interesados. Los sin trabajo ingleses no forman ya un ejército normal de reserva, que tan pronto disminuye como aumenta, cambiando constantemente de composición, sino que forman una especie de capa social permanente, engendrada por la industria en su período de esplendor y eliminada por ella en su época de decadencia. Es un tumor de podagra en un organismo en el que las funciones de asimilación y de desasimilación se efectúan mal.

El coronel Willey, conocido presidente de la Federación de Industrias Británicas (F. B. I.), declaraba a principios de abril (1925) que, teniendo en cuenta la insignificancia de la renta del capital industrial en los dos últimos años, los patronos no se habían visto animados a desarrollar la producción. Las empresas no producen más que los valores de renta fija (empréstitos del Estado, etc.). “Nuestro problema nacional no es un problema de producción, sino de colocación de mercancías.” ¿Cómo resolverlo? Es preciso producir más barato que los demás. Mas para ello se debe, o bien reorganizar a fondo la producción, o disminuir los impuestos, o disminuir los salarios, o bien conciliar estos tres medios. La disminución de los salarios, susceptible de dar un resultado insignificante desde el punto de vista de la definición de los gastos de producción, tropezaría con una resistencia enérgica, sobre todo en este momento en que los obreros luchan por el aumento de los salarios. La disminución de impuestos es imposible, desde el momento en que es necesario pagar las deudas, restablecer la moneda oro, sostener el aparato del Imperio y, además, millón y medio de parados.

Todas estas cargas pesan sobre el coste del producto. La producción no podría ser reorganizada sino con la inversión de nuevos capitales. Ahora bien, la escasez de los beneficios dirige los capitales disponibles hacia los empréstitos gubernamentales y otros.

El presidente de la Asociación Británica de las Cámaras de Comercio, Stanley Machin, declaraba al mismo tiempo que la solución del paro está en la emigración. La patria amable dice a más de un millón de trabajadores, representando con sus familias varios millones de ciudadanos: “Meteos en las bodegas de los barcos, y al diablo, a ultramar.” La completa bancarrota del régimen capitalista se manifiesta aquí sin el menor equívoco.

La vida interior de Inglaterra debe ser considerada bajo la perspectiva más arriba esbozada de una disminución brutal y creciente del papel mundial de la Gran Bretaña, que, conservando aún todas sus posesiones, su aparato gubernamental y sus tradiciones de dominación mundial, se retira en realidad, cada vez más, a posiciones de segunda línea.

El hundimiento del partido liberal termina un siglo de economía capitalista y de sociedad burguesa. La pérdida de la hegemonía mundial conduce a ramas enteras de la industria inglesa a un callejón sin salida, dando un golpe mortal a los capitales industriales y comerciales independientes de importancia media, base del liberalismo. La libertad de comercio conduce a un atolladero.

La estabilidad interior del régimen capitalista estaba, sin embargo, determinada en una gran medida por la división del trabajo y de las responsabilidades entre el conservadurismo y el liberalismo. El hundimiento del liberalismo es la revelación de todas las demás contradicciones de la situación mundial de la Inglaterra burguesa y, simultáneamente, una causa de inestabilidad interior del régimen. El partido laborista está políticamente muy cerca, en sus medios directores, de los liberales, pero es incapaz de restituir al parlamentarismo inglés su estabilidad interior, puesto que él mismo, en su aspecto actual, no es más que una corta etapa del desarrollo revolucionario de la clase obrera. La situación de Macdonald es aún más precaria que la de Lloyd George.

Marx pensaba, en los primeros años de la década 1840-1850, que el partido conservador desaparecería, a no tardar, de la escena y que todo el desarrollo político seguiría la línea de las luchas del liberalismo y del socialismo. Esta previsión suponía un rápido desarrollo revolucionario en Inglaterra y en Europa. Lo mismo que el partido cadete⁹ llegó a ser en Rusia, con el empuje de la revolución, el único partido de la burguesía y de los grandes terratenientes, el liberalismo inglés se hubiera disuelto en un partido conservador, convertido en el único partido de la propiedad, si se hubiera desarrollado en la segunda mitad del siglo pasado la ofensiva revolucionaria del proletariado. Pero la predicción de Marx fue precisamente formulada en vísperas de una nueva época de tumultuoso desarrollo del capitalismo (1851-1873). El cartismo perdió definitivamente toda influencia¹⁰. El movimiento obrero siguió la vía del tradeunionismo. Las clases dominantes tuvieron la posibilidad de manifestar exteriormente sus contradicciones bajo la forma de la lucha de los partidos liberal y conservador. El juego de báscula parlamentario, tan pronto orientado a la izquierda, tan pronto a la derecha, era para la burguesía un derivativo ofrecido al espíritu de oposición de las masas obreras.

La concurrencia alemana fue la primera y amenazadora advertencia a la hegemonía mundial de la Gran Bretaña, asestándole los primeros golpes graves. La libertad de comercio se encontró frente a la superioridad de la técnica y de la organización alemanas. El liberalismo inglés no era otra cosa que una generalización política del librecambio. La escuela manchesteriana¹¹ gozaba de una posición

dominante desde la reforma electoral burguesa censataria de 1832 y la abolición de los derechos sobre el trigo de 1846¹². Durante el medio siglo que siguió a estos acontecimientos la doctrina del librecambio pareció un programa indestructible. El papel director pertenecía, naturalmente, a los liberales. Los obreros les seguían a remolque. A partir de 1865 aproximadamente empieza en los negocios una cierta flojedad. El librecambio se desacredita; comienza el movimiento proteccionista¹³. Las tendencias imperialistas se apoderan cada vez más de la burguesía. Habiéndose manifestado ciertos síntomas de descomposición en el partido liberal de los Gladstone¹⁴, un grupo de liberales y de radicales, dirigidos por Chamberlain¹⁵, levantó la bandera del proteccionismo, aliándose con los conservadores. A partir de 1885 aproximadamente, los negocios comerciales marcharon mejor. La transformación política de Inglaterra sufrió por esta causa un retraso. Pero, hacia principios del siglo XX, el liberalismo, como partido de la burguesía media, aparece superado. Su líder, Roseberry, se coloca abiertamente bajo la bandera del imperialismo. Sin embargo, el partido liberal, antes de desaparecer de la escena, conocerá una vez más una fase de prosperidad. Bajo la influencia de la manifiesta decadencia de la hegemonía del capital británico por una parte y del potente movimiento revolucionario de Rusia por otra, Inglaterra vio desarrollar a su clase obrera una actividad reduplicada que, tendiendo a la creación de un partido obrero parlamentario, aportó en los primeros tiempos abundantes aguas al molino de la oposición liberal. El liberalismo vuelve al poder en 1906. Pero esta prosperidad no le durará mucho. La línea política del desenvolvimiento del proletariado tiende al crecimiento del partido obrero (Labour Party¹⁶). Hasta 1906, la representación parlamentaria de este último había aumentado más o menos paralelamente a la del partido liberal. Pero a partir de dicho año el partido obrero creció con manifiesto detrimento de los liberales.

Formalmente, es el partido liberal quien, representado por Lloyd George, gobierna durante la guerra. En realidad, la guerra imperialista, de la que el régimen sagrado del librecambio no había preservado a Inglaterra, debía infaliblemente robustecer a los conservadores, el partido más consecuente del imperialismo. Así fueron definitivamente preparadas las condiciones de la entrada en escena del partido obrero.

Agitando sin cesar impotentemente la cuestión del paro, el órgano del Labour Party, el *Daily Herald*, deduce de las declaraciones de los capitalistas que antes hemos citado la conclusión general de que, prefiriendo éstos prestar su dinero a los Gobiernos extranjeros antes que ampliar la producción, no les queda a los obreros ingleses otro remedio que producir sin capitalistas. Conclusión justa en conjunto, pero enunciada, no para incitar a los obreros a expulsar a los capitalistas, sino para empujar a éstos hacia el camino de los “esfuerzos progresivos”. Sobre esta tentativa, como veremos, descansa toda la política del partido obrero. Los Webb escriben libros con este objeto; Macdonald pronuncia discursos, los redactores del *Herald* escriben sus artículos cotidianos. Pero si estas tristes maniobras de intimidación actúan sobre los capitalistas, es en un sentido diametralmente opuesto. Cualquier burgués inglés serio comprende que las amenazas grandilocuentes de los jefes de los partidos obreros esconden un peligro real por parte de las masas proletarias profundamente conmovidas. Y justamente de esto deduce el burgués inteligente que no hay que invertir nuevos fondos en la industria.

El miedo inspirado a la burguesía por la revolución no es ni siempre ni en todas las condiciones un factor de “progreso”. No puede ofrecer duda que la economía inglesa obtendría inmensas ventajas de la colaboración de Inglaterra con Rusia. El miedo de la burguesía a la revolución y la inseguridad del mañana por parte de los capitalistas son obstáculos para ello.

El miedo de la revolución incitó a los capitalistas ingleses a hacer concesiones y transformaciones en tanto que las posibilidades materiales del capitalismo inglés fueron o parecieron ilimitadas. Los impulsos de las revoluciones europeas se hicieron sentir siempre con gran claridad en el desarrollo social de Inglaterra; dichos impulsos provocaron reformas en tanto que la burguesía inglesa conservó entre sus manos, gracias a su situación mundial, prodigiosos recursos que le permitían maniobrar. La burguesía pudo legalizar las Trade-Unions, abolir los impuestos sobre el trigo, aumentar los salarios, ampliar los derechos electorales, llevar a cabo reformas sociales, etc., etcétera. En la situación actual de Inglaterra en el mundo, radicalmente modificada, la amenaza de la revolución no puede ya empujar a la burguesía hacia adelante, paralizando, por el contrario, los últimos restos de su iniciativa industrial. Ahora se necesita, no la amenaza de la revolución, sino la revolución misma.

Todos los factores y todas las circunstancias de que hemos hecho mención no son ni fortuitos ni transitorios. Se desarrollan en un sentido único, agravando sistemáticamente la situación internacional e interior de la Gran Bretaña y dándole el carácter de una situación histórica sin salida.

Las contradicciones que minan el organismo social de Inglaterra se agravarán inevitablemente. No nos encargamos de predecir cuál será el compás de este proceso, que empleará en realizarse años, tal vez lustros, pero en ningún caso décadas. Tal es la perspectiva general, que ante todo se debe plantear la cuestión siguiente: “¿Tendrá tiempo de formarse en Inglaterra un partido comunista bastante fuerte, suficientemente unido a las masas para sacar en un momento dado todas las conclusiones prácticas impuestas por la crisis en vía de agravación?” En este momento, los destinos de Inglaterra quedan resumidos en esta pregunta.

II Mister Waldwin y... la evolución gradual

12 de marzo de 1925, Mr. Baldwin, primer ministro inglés y líder del partido conservador, pronunciaba en Leeds, ante un auditorio conservador, un gran discurso sobre los destinos de Inglaterra. Este discurso, como gran número de otras arengas de Mr. Baldwin, estaba lleno de inquietud. Consideramos esta inquietud perfectamente justificada y legítima desde el punto de vista del partido de Mister Baldwin. Pero nosotros abordamos las mismas cuestiones desde otro extremo. Mr. Baldwin teme al socialismo, y ha intentado, para mostrar los peligros y las dificultades de la marcha hacia el socialismo, citar en apoyo de su tesis, de manera un poco inesperada, al autor de estas líneas. Lo cual nos da, esperámoslo, el derecho de responder a Mr. Baldwin sin correr el riesgo de ser acusados de intervenir en los asuntos interiores de la Gran Bretaña.

Baldwin considera, no sin razón, el crecimiento del partido obrero como el mayor peligro para el régimen que defiende. Espera, desde fuego, vencer, “porque nuestros principios (conservadores) están más estrechamente ligados al carácter y a las tradiciones de nuestro pueblo que las tradiciones y los principios de las transformaciones violentas”.

El líder conservador recuerda, sin embargo, a sus oyentes que el último veredicto electoral no queda sin apelación. Baldwin mismo sabe muy bien, naturalmente, que el socialismo es irrealizable. Pero como se halla sumido en una cierta emoción y además habla a un auditorio convencido de la imposibilidad del socialismo, los argumentos que produce no se distinguen por un gran ingenio. Recuerda al auditorio conservador que los hombres no nacen ni libres, ni iguales, ni hermanos. Se dirige a cada madre presente en la reunión y le pregunta si sus hijos nacen iguales. La risa

satisfecha y complaciente del auditorio le responde. Bien es verdad que estos mismos argumentos sirvieron a los antepasados espirituales de Baldwin de respuesta a las reivindicaciones de las masas populares inglesas sobre el derecho de creer libremente y de organizar la iglesia a su voluntad. Iguales argumentos sirvieron más tarde contra la igualdad ante los tribunales y, más tarde aún, muy recientemente, contra el sufragio universal. Los hombres no nacen iguales. Mister Baldwin: ¿por qué entonces deben comparecer ante los mismos tribunales para ser juzgados conforme a las mismas leyes? Cabría igualmente oponer a Baldwin que, aunque nacen desiguales, los niños (desiguales) son, según se acostumbra, igualmente alimentados por sus madres, que también se preocupan, si tienen los medios, de calzarlos igualmente a todos. Sólo las madrastras pueden conducirse de otro modo. Podría enseñársele a Mr. Baldwin que el socialismo no se propone de ningún modo por objeto instaurar la igualdad anatómica, fisiológica y psicológica, y aspira sólo a asegurar a todos los hombres iguales condiciones materiales de existencia. Pero no fatigaremos más a nuestros lectores desarrollando estas ideas completamente elementales. El mismo Mr. Baldwin, si le interesa el tema, puede remontar a las fuentes, y como su filosofía determinará en él cierta predilección hacia los autores antiguos y puramente británicos, podríamos recomendarle el viejo Roberto Owen¹⁷, quien, cierto es, no entendía nada en absoluto de la dinámica de clase de la sociedad capitalista, pero en el cual pueden encontrarse sobre las ventajas del socialismo consideraciones verdaderamente preciosas.

El fin del socialismo, hartamente condenable en sí, no asusta tanto a Mr. Baldwin, no hay que decirlo, como el camino de la violencia que a él conduce. Baldwin observa en el partido obrero dos tendencias. La una representada, según sus propias palabras, por Mr. Sidney Webb, que reconoce “la ineluctabilidad de los cambios graduales. Pero hay líderes de otra clase, si creemos a Mr. Baldwin, tales como Cook y Whitley (sobre todo después que este último ha abandonado su cartera de ministro) que creen en la violencia. De manera general, las responsabilidades gubernamentales han ejercido, en opinión de Mr. Baldwin, una influencia salvadora sobre los líderes del partido obrero y les han obligado a reconocer con Webb el carácter desventajoso de los métodos revolucionarios y la ventaja de los cambios graduales. Llegado a este punto, Baldwin procedió, para enriquecer su pobre arsenal de argumentos contra el socialismo, a una cierta intervención en los asuntos rusos.

Citamos textualmente la reseña del *Times*:

“El primer ministro cita a Trotsky, quien (según Mr. Baldwin) ha descubierto y escrito en los últimos años que, “cuanto más fácil le ha sido al proletariado ruso atravesar la crisis revolucionaria, tanto más difícil le ha sido edificar”. Trotsky ha dicho también lo que ninguno de los líderes extremistas ha dicho aún en Inglaterra: “Debemos aprender a trabajar con mayor rendimiento.” Quisiera saber (dice Baldwin) cuántos votos se darían a la revolución en Inglaterra si el pueblo estuviera advertido de antemano que el único (?) resultado del trastorno social sería la necesidad de trabajar con un rendimiento más alto (*Risas y aprobación*). Trotsky dice en su libro: “Existía y existe en Rusia, antes y después de la revolución, la naturaleza inmodificable del hombre ruso” (?!). Trotsky, hombre de acción, después de estudiar la realidad, ha descubierto poco a poco, no sin resistencia, lo que mister Webb descubrió hace ya dos años: la ineluctabilidad de los cambios graduales. (*Risas y aprobación*).”

Ciertamente es muy halagüeño el ser recomendado al auditorio conservador de Leeds. Dudamos que un mortal pueda en general pedir más. Y casi es tan halagüeño llegar a ser el vecino inmediato de Sidney Webb, profeta de la evolución gradual. Pero antes de aceptar esta distinción, no nos molestaría recibir de Mr. Baldwin algunas aclaraciones autorizadas.

Jamás nos ha venido a la mente ni a nuestros maestros ni a nosotros mismos, aun antes de la experiencia de los “recientes últimos años”, la idea de negar la gradación del desarrollo en la naturaleza, así como en la sociedad humana, en su economía, en su política y en sus costumbres. Desearíamos solamente poder entendernos respecto al carácter relativo de esta evolución gradual. Así, tomando un ejemplo familiar a mister Baldwin, en su calidad de proteccionista, recordaremos que Alemania, entrando paulatinamente durante el último cuarto del siglo pasado en la arena de la competencia mundial, llegó a ser para Inglaterra un rival extremadamente temible. Las cosas condujeron, como se sabe, a la guerra. ¿Considera Baldwin la guerra como una manifestación de los métodos de evolución gradual? Durante la guerra, el partido conservador exigió el “aniquilamiento de los hunos” y el destronamiento del Káiser alemán por la espada británica. Desde el punto de vista de la teoría de la evolución gradual hubiera sido más justo, al parecer, esperar a la suavización de las costumbres de Alemania y al mejoramiento gradual de sus relaciones con Inglaterra. Pero, por lo que recordamos, Mr. Baldwin rechazaba categóricamente en el período de 1914 a 1918 la aplicación del método de la evolución gradual a las relaciones anglo-alemanas e intentaba resolver el problema con ayuda de las mayores cantidades posibles de materias explosivas. Presumimos que la dinamita y la linita no pueden ser considerados en modo alguno apropiados a la acción conservadora evolutiva. La Alemania anterior a la guerra, por su parte, no había surgido completamente armada una buena mañana de la espuma de los mares. No: se había desarrollado gradualmente, partiendo de su insignificancia económica de otros tiempos. Hubo, sin embargo, en este proceso gradual ciertas interrupciones: las guerras que Prusia hizo en 1864 a Dinamarca, en 1866 a Austria y en 1870 a Francia, jugaron un papel colosal en el desarrollo de su fuerza y le permitieron la posibilidad de empeñarse victoriosamente en el camino de la competencia con Inglaterra.

La riqueza, resultado del trabajo humano, se crea, sin duda alguna, con ciertas gradaciones. No obstante, ¿accederá quizá Mr. Baldwin a reconocer que los años de guerra han provocado en el desarrollo de la riqueza de los Estados Unidos un prodigioso salto de altura? La acumulación gradual ha sido brutalmente interrumpida por el cataclismo que ha producido el empobrecimiento de Europa y el desmedido enriquecimiento de América.

Mister Baldwin mismo ha narrado en un discurso parlamentario consagrado al tradeunionismo el salto que se había producido en su propio destino. Mr. Baldwin dirigió en su juventud una fábrica que se transmitía de generación en generación, en la que los obreros nacían y morían y en la que reinaba, por consiguiente, sin división, el principio de la gradación patriarcal. Pero estalló una huelga de mineros. La fábrica se encontró, por falta de carbón, en la imposibilidad de trabajar, y Mr. Baldwin se vio obligado a cerrarla y a licenciar a “sus” mil obreros. Es verdad que puede argüir la mala voluntad de los mineros, que le obligaron a atentar contra el sagrado principio del conservadurismo. Los mineros podrían probablemente alegar a su vez la mala voluntad de sus patronos, que les habían obligado a una huelga grandiosa que representaba una interrupción del proceso monótono de la explotación. Pero, en fin de cuentas, los motivos subjetivos nos son en este caso totalmente indiferentes. Nos basta comprobar que la evolución gradual se acompaña en los diferentes campos de la vida de catástrofes, de interrupciones y de saltos bruscos hacia arriba o hacia abajo. El largo proceso de las rivalidades de dos Estados prepara *gradualmente* la guerra, el descontento de los obreros explotados prepara *gradualmente* la huelga; la mala administración de un Banco prepara gradualmente la quiebra.

El honorable líder conservador puede decir, es cierto, que las interrupciones en la evolución gradual tales como la guerra y la bancarrota, el empobrecimiento de Europa y el enriquecimiento de América a su costa son cosas muy tristes y que sería necesario, de manera general, evitarlos. No podemos responder a esto sino que la historia de los pueblos es, en una importante medida, la de las guerras, y que la historia del desarrollo económico está adornada con la estadística de las quiebras. Baldwin diría probablemente en este punto que tales son las propiedades de la naturaleza humana. Admitámoslo, pero esto significa precisamente que la naturaleza misma del hombre conjuga el desarrollo gradual con los saltos catastróficos.

Empero, la historia de la humanidad no es solamente la de las guerras sino también la de las revoluciones. Los derechos señoriales, adquiridos en el curso de los siglos y minados a continuación en el curso de los siglos por el desarrollo económico, fueron barridos en Francia por el único acto del 4 de agosto de 1789. La revolución alemana abolió el 9 de noviembre de 1918 el absolutismo germánico, minado por la acción del proletariado y zapado por las victorias militares de los aliados. Hemos recordado ya que una de las consignas de lucha del Gobierno británico era ésta: “Guerra hasta el aplastamiento total del imperialismo germánico.” ¿No cree mister Baldwin que, en la medida en que la catástrofe militar preparó en Alemania (con una cierta participación en esta obra del mismo Mr. Baldwin) la catástrofe revolucionaria, todos estos acontecimientos no se han realizado sin causar un apreciable daño a las gradaciones históricas? Es cierto que se puede oponer que los culpables son, en este caso, el militarismo alemán y, por añadidura, la mala voluntad del Káiser. De buen grado creemos que si Mr. Baldwin hubiera creado el mundo, no habría dejado de poblarlo de los káiseres mejor intencionados y de los más dulces militarismos. Desgraciadamente, el Premier inglés no ha tenido ocasión para ello. Y le hemos oído decir que los hombres, el Káiser incluido, no nacen ni iguales, ni buenos, ni hermanos. Es, pues, necesario tomar el mundo tal y como es. Aún más: si la derrota del imperialismo germánico es un bien, es necesario admitir que la revolución alemana, rematando la obra de la derrota militar, lo ha sido también, es decir, que la catástrofe que de un solo golpe desmoronó el edificio erigido poco a poco fue un bien.

Mister Baldwin puede, ciertamente, oponer que todo esto no se relaciona directamente con Inglaterra y que el principio de la evolución gradual no ha encontrado su legítima expresión más que en este país elegido. Si así fuera, Mr. Baldwin habría cometido un error refiriéndose a mis palabras relativas a Rusia y al prestar por ello mismo al principio de la evolución gradual un carácter universal, general, absoluto. Mi experiencia política no lo confirma. Por cuanto yo recuerdo, tres revoluciones han sido realizadas en Rusia: en 1905, en febrero de 1917 y en octubre del mismo año. Respecto de la de febrero, Buchanan, que no es un desconocido para mister Baldwin y que consideraba de toda evidencia en aquel momento, no sin el consentimiento de su Gobierno, que una pequeña catástrofe revolucionaria en Petrogrado favorecería mucho más los intereses de la Gran Bretaña que la evolución gradual de Rasputín, contribuyó a ella en modesta medida.

Pero ¿es cierto, en fin, que el “carácter y la historia del pueblo inglés” estén, en un grado tan decisivo e incondicional, penetrados de las tradiciones conservadoras de la evolución gradual? ¿Es verdad que el pueblo inglés sea tan hostil a las “transformaciones violentas”? Por lo pronto, toda la historia de Inglaterra es la historia de las transformaciones violentas efectuadas por las clases dominantes británicas en la vida... de otros pueblos. A título de ejemplo, nos interesaría saber si la conquista de la India o de Egipto pueden ser explicadas con ayuda del principio de la evolución gradual. La política de las clases dominantes inglesas respecto de la India ha sido

definida con la mayor franqueza por lord Salisbury en estos términos: “La India debe ser sangrada” (*India must be bled*). No es superfluo recordar que Salisbury fue el líder del partido hoy día dirigido por Mr. Baldwin. Añadamos aún entre paréntesis que, a consecuencia de la conjuración perfectamente organizada de la prensa burguesa, el pueblo inglés ignora de hecho lo que pasa en las Indias. (*Nota bene*: Esto precisamente es lo que se llama democracia.) Recordemos la historia de la infortunada Irlanda, historia rica en manifestaciones de los métodos evolutivos de las clases dominantes británicas. No recordamos que la sumisión del África del Sur¹⁸ haya chocado contra las protestas de Mr. Baldwin; sin embargo, cuando las tropas del general Roberts rompieron el frente de defensa de los colonos boers, es muy dudoso que estos últimos hayan visto en esta acción una manifestación particularmente persuasiva del principio de la evolución gradual. Todo esto se aplica, es cierto, a la historia exterior de Inglaterra. Parece extraño, sin embargo, que el principio de la gradación evolutiva, que se nos recomienda como un principio general, deje de actuar fuera de las fronteras inglesas: en las fronteras de China, cuando es necesario obligar por la guerra a este país a comprar opio; en las fronteras de Turquía, cuando es necesario arrancar Mosul a esta última; en las fronteras de Persia y del Afganistán, cuando hay que imponer a estos países la sumisión a Inglaterra... ¿No es lícito concluir de aquí que Inglaterra lograba aplicar tanto mejor la evolución gradual dentro de sus propias fronteras, cuanto con mayor éxito ejercía la violencia contra otros pueblos? Precisamente. Durante tres siglos, Inglaterra ha sostenido una serie ininterrumpida de guerras encaminadas a ampliar, mediante la piratería y la violencia ejercidas contra otras naciones, su campo de explotación, a arrebatar las riquezas ajenas, a dar un golpe mortal a la concurrencia comercial del extranjero, a anular las fuerzas navales de este último, y a enriquecer de este modo a las clases dominantes británicas. Un estudio serio de los hechos y de su conexión interior nos lleva infaliblemente a la conclusión de que las clases dominantes de Inglaterra logran tanto mejor evitar los trastornos revolucionarios dentro de su país, cuanto con mayor éxito consiguen, con ayuda de guerras y de trastornos diversos en los países extranjeros, aumentar su poderío material, obteniendo así la posibilidad de contener, merced a concesiones oportunas, siempre parsimoniosas, la indignación revolucionaria de las masas. Pero esta conclusión, completamente incontestable en sí, demuestra justamente lo contrario de lo que quería probar Baldwin, ya que la historia de Inglaterra da fe, en realidad, de que no se puede asegurar el desarrollo pacífico de un país sino con la ayuda de una serie ininterrumpida de guerras, de conquistas coloniales y de sangrientas conmociones. Cosa que en nada se parece a la evolución gradual.

Un vulgarizador bastante conocido de la historia de Inglaterra para uso de las masas populares, Gibbons, escribe en su esquema de la historia de la Inglaterra contemporánea: “En general (aun cuando esta regla, naturalmente, conozca sus excepciones), el apoyo concedido a las libertades políticas y a los gobiernos constitucionales es el principio director de la política extranjera de Inglaterra.” Esta frase es realmente digna de atención; profundamente oficiosa, de un espíritu nacional, tradicional, nada deja subsistir de la hipócrita doctrina de la no-intervención en los asuntos de los otros pueblos; testimonia también que Inglaterra alentó el movimiento constitucional en otros países en la medida en que le pareció conforme con sus intereses comerciales y demás. En los casos contrarios, “esta regla conoció sus excepciones”, dice el inimitable Gibbons. Se presenta la historia entera de Inglaterra, para edificación de su propio pueblo, y en contradicción con la doctrina de la no-intervención, como una lucha gloriosa por la libertad sostenida en todo el universo por el Gobierno británico. A toda nueva empresa de violencia y de perfidia (guerra del opio con China, dominación de Egipto, guerra contra los boers, intervención en favor de los generales del Zar) se la

presenta como una excepción accidental de la regla. De suerte que la gradación aparece infringida más de una vez tanto del lado de la libertad como del lado del despotismo.

Se puede, naturalmente, ir más lejos y decir que la violencia es admisible y aun inevitable en las relaciones internacionales, pero que es condenable entre las clases de un mismo país. Pero entonces no habría por qué hablar de la ley natural de la gradación que al parecer preside el desenvolvimiento de la naturaleza entera y de la sociedad. Sería menester entonces decir sencillamente: la clase oprimida debe sostener a la clase dominadora de su nación cuando ésta ejerce la violencia para sus propios fines, pero la clase oprimida no tiene el derecho de recurrir a la violencia para asegurarse una situación mejor en una sociedad fundada sobre la opresión. Esta no sería una ley de la naturaleza, sino una ley del código penal de la burguesía.

Ahora bien, el principio del desenvolvimiento gradual y pacífico está muy lejos de predominar en la historia interna de la Gran Bretaña tanto como dicen los filósofos conservadores. Al fin de cuentas, la Inglaterra actual ha salido de la revolución conservadora del siglo XVII. Los orígenes de los *whigs* y de los *tories*¹⁹, que dejan su impronta en la historia de Inglaterra durante cerca de tres siglos, remontan a la poderosa guerra civil de esa época. Ya que Mr. Baldwin invoca las tradiciones conservadoras de la historia de Inglaterra, nos permitiremos recordarle que la tradición del partido más conservador descansa en la revolución de mediados del siglo XVII. Del mismo modo, el argumento que aduce el carácter del pueblo inglés nos obliga a recordar que este carácter se forjó en la guerra civil que puso frente a frente a los “cabezas redondas” y a los “caballeros”²⁰. El carácter de los independientes²¹: pequeños burgueses, negociantes, artesanos, agricultores libres, pequeña nobleza rural, gentes prácticas, piadosas, económicas, laboriosas y emprendedoras, chocó rencorosamente con el carácter de las clases directoras, orgullosas y disolutas, de la vieja Inglaterra: nobleza cortesana, altos funcionarios, episcopado. Sin embargo, unos y otros eran ingleses. Con una pesada maza de guerra, Oliverio Cromwell forjó en el yunque de la guerra civil el carácter nacional que luego asegura a la burguesía inglesa en el curso de dos siglos y medio una superioridad inmensa en la lucha mundial, para manifestarse después, a fines del siglo XIX demasiado conservador aun desde el punto de vista del desarrollo capitalista. Claro está que la lucha del Parlamento Largo contra el poder personal de Carlos I²² y la severa dictadura de Cromwell fueron preparados por la historia anterior de Inglaterra. Pero esto significa tan sólo que las revoluciones no se hacen arbitrariamente, sino que nacen de una manera orgánica de las condiciones del desenvolvimiento social y constituyen cuando menos etapas tan inevitables en el desenvolvimiento de las relaciones de las clases de un mismo pueblo entre sí, como las guerras en las relaciones de las naciones organizadas. Quizá Mr. Baldwin pueda descubrir en esta gradación de los caminos históricos una fuente de consolación teórica.

Las viejas *ladies* conservadoras, entre otras Mrs. Snowden²³, que descubriría recientemente que las familias reales forman la clase más laboriosa de la sociedad, se estremecen verosímilmente durante la noche con el recuerdo de la ejecución de Carlos I. Ahora bien, Macaulay, a pesar de ser bastante reaccionario, se ha aproximado a la inteligencia de este acontecimiento. “Los hombres que le tenían entre sus manos (al rey) [dice] no eran asesinos nocturnos. Lo que hacían, lo hacían con la intención de que fuera un espectáculo para el cielo y la tierra que quedara grabado en la memoria eterna. Gozaban ávidamente de sus propias tentaciones. La antigua Constitución y la opinión pública de Inglaterra se oponían al regicidio; precisamente por esto el regicidio tentaba particularmente al partido que aspiraba a realizar una revolución política y social completa. A este fin, le era necesario ante todo demoler de arriba abajo todas las piezas de la máquina gubernamental; y esta necesidad le era más bien agradable que penosa...

Fue instituida una alta sala de justicia. Esta declaró a Carlos tirano, traidor, asesino, enemigo del pueblo, y la cabeza del rey cayó, ante millares de espectadores, por frente del salón de fiestas de su propio palacio.” Desde el punto de vista de la aspiración de los puritanos de demoler de arriba abajo todas las piezas de la antigua máquina gubernamental, era de todo punto secundario que Carlos Estuardo fuese un pillo extravagante, falso y poltrón. No es únicamente a Carlos I, sino también al absolutismo monárquico a quien los puritanos dieron un golpe mortal, de cuyos frutos los protagonistas de la gradación parlamentaria se han beneficiado hasta hoy.

El papel de las revoluciones en el desarrollo político y social, en general, de Inglaterra, no se agota, sin embargo, en el siglo XVII. Se puede decir (aunque parezca paradójico) que todo el desarrollo más moderno de Inglaterra se ha efectuado con ayuda de las revoluciones europeas. Sólo daremos aquí una enumeración sumaria de sus principales clases; quizá no sea útil más que a Mr. Baldwin.

La gran revolución francesa dio un potente impulso al desarrollo de las tendencias democráticas en Inglaterra y, por encima de todo, al movimiento obrero, que las leyes de excepción de 1799 redujeron a la ilegalidad. La guerra contra la Francia revolucionaria sólo fue popular entre las clases directoras. Descontentas del Gobierno de Pitt²⁴, las masas populares simpatizaban con la revolución francesa. La creación de las Trade-Unions fue en una importante medida el resultado de la influencia de la revolución francesa en las masas laboriosas de Inglaterra.

La victoria de la reacción sobre el continente, aumentando la importancia de los nobles terratenientes, condujo en 1815 a la restauración de los Borbones en Francia y al establecimiento de los derechos sobre los trigos en Inglaterra.

La revolución de julio de 1830 en Francia dio impulso al primer *bill* sobre la reforma electoral de 1831 en Inglaterra: la revolución burguesa del continente originó la reforma burguesa de la Isla Británica.

La radical reorganización de la administración del Canadá, en el sentido de una amplia autonomía, tuvo lugar después de la insurrección canadiense de 1837-1838.

El movimiento revolucionario del cartismo condujo en 1844-1847, a la jornada de trabajo de diez horas, y en 1846 a la abolición de los derechos sobre los trigos. La derrota del movimiento revolucionario del continente en 1848 significó, no solamente un quebranto para el movimiento cartista, sino también un prolongado aminoramiento de la democratización del Parlamento inglés.

La reforma electoral de 1868 fue precedida por la guerra civil en los Estados Unidos²⁵. Cuando, en 1861, estalló la guerra en América entre el Norte y el Sur, los obreros ingleses manifestaron sus simpatías por los Estados del Norte, en tanto que las de las clases directoras se dirigían por entero a lo propietarios de esclavos. Es edificante que el liberal Palmerston²⁶, llamado el “lord incendiario”, y gran número de sus colegas, incluso el famoso Gladstone, simpatizaran con el Sur y se apresuraran a reconocer a los Estados del Sur la cualidad de parte beligerante, en vez de la de insurrectos. Se construyeron en los astilleros ingleses barcos de guerra para los “sudistas”. El Norte triunfó, sin embargo, y esta victoria revolucionaria alcanzada en el territorio de los Estados Unidos proporcionó a una parte de la clase obrera inglesa el derecho de voto (ley de 1876). En Inglaterra mismo, la reforma electoral fue acompañada de un movimiento literalmente tormentoso, del cual las “jornadas de julio” de 1868, señaladas por cuarenta y ocho horas de graves disturbios, fueron el desenlace.

La derrota de la revolución de 1848 había debilitado a los obreros ingleses; por el contrario, la revolución rusa de 1905 los fortificó de un solo golpe. Después de las elecciones generales de 1906, el Labour Party formó, por primera vez en el Parlamento,

una importante fracción de cuarenta y dos miembros. Así se manifestaba de un modo innegable la influencia de la revolución rusa de 1905.

En 1918, desde antes de terminar la guerra, una nueva reforma electoral ampliaba considerablemente el cuadro de electores obreros y concedía por primera vez el derecho de voto a las mujeres. Mr. Baldwin mismo no negará probablemente que la revolución rusa de 1917 haya dado el principal impulso a esta reforma. La burguesía inglesa creía posible evitar por este medio una revolución. No basta, pues, aun para llevar a cabo reformas, con el principio único de la evolución gradual, y es necesaria la amenaza real de la revolución.

Una ojeada sobre la historia de Inglaterra durante los últimos cincuenta años, dentro de los límites del desarrollo general de Europa y del mundo, muestra que Inglaterra explotó, no sólo económicamente, sino también políticamente, a otros países, disminuyendo sus gastos generales gracias a la guerra civil mantenida en los pueblos de Europa y América.

¿Qué sentido tienen, pues, las dos frases que Mr. Baldwin extrae de mi libro para oponerlas a la política de los representantes revolucionarios del proletariado inglés? No es difícil demostrar que el sentido claro y directo de mis palabras es diametralmente opuesto a aquel que Mr. Baldwin necesita. En igual medida que le ha sido fácil al proletariado ruso conquistar el poder, así ha tropezado con obstáculos para su edificación socialista. Lo he dicho y lo repito. Nuestras antiguas clases directoras eran económica y políticamente insignificantes. Nuestras tradiciones parlamentarias y democráticas no existían, por así decir. A causa de esto, nos fue mucho más fácil arrancar a las masas de la influencia de la burguesía y derribar la dominación de ésta. Pero precisamente porque nuestra burguesía recién formada había hecho poca cosa, sólo recibimos una herencia mediocre. Ahora tenemos que trazar caminos, construir puentes y escuelas, enseñar a los adultos a leer y a escribir, etc., es decir, ejecutar el gran trabajo económico y cultural efectuado en países capitalistas más viejos por el régimen burgués. En este sentido preciso he dicho que en la misma medida que nos había sido fácil terminar con la burguesía, así encontrábamos dificultades para la edificación socialista. Pero este teorema político supone un teorema contrario: cuanto más rico y cultivado es un país, más antiguas sus tradiciones parlamentarias y democráticas, más difícil es al partido comunista adueñarse del poder; pero la edificación socialista después de tomado el poder será más rápida y coronada por el éxito. De un modo más concreto: la tarea de derribar la dominación de la burguesía inglesa es ingrata; esta tarea exige una cierta gradación, es decir, una preparación seria; pero, en cambio, conquistado el poder, así como la tierra, la industria, el mecanismo de la banca y del comercio, el proletariado inglés podrá, con muchos menos sacrificios, con mucho mayor éxito y a un paso mucho más rápido, efectuar la reorganización socialista de la economía capitalista. Tal es el teorema inverso que más de una vez he tenido ocasión de exponer y demostrar, y que se relaciona de la manera más estrecha con la cuestión que interesa a Mr. Baldwin.

Y no es esto todo. Cuando yo he hablado de las dificultades de la edificación socialista, no tenía solamente en cuenta el estado atrasado de nuestro país, sino que pensaba también en la formidable resistencia exterior que encontramos. Mr. Baldwin sabe probablemente que los Gobiernos británicos, de los cuales ha formado parte, han gastado más de cien millones de libras esterlinas en intervenciones militares y en gastos de bloqueo contra la Rusia de los Soviets. El derrumbamiento del poder de los Soviets era, recordémoslo, el fin principal de esas costosas empresas: los conservadores ingleses, y los liberales también (por lo menos en ese período), renunciaban resueltamente, frente a la República obrera y campesina, al principio de la evolución gradual y tendían a resolver un problema histórico con ayuda de una catástrofe. Basta,

en efecto, producir este dato para que toda la filosofía de la gradación se parezca extraordinariamente a la moral de los monjes de Heine, que beben vino sin dejar de recomendar por eso a sus ovejas que beban agua²⁷. De esta o de otra manera, el obrero ruso, que ha sido el primero en adueñarse del poder, se ha encontrado en primer lugar frente a frente con Alemania, luego frente a todos los países de la Entente, capitaneados por Inglaterra y Francia. Una vez tomado el poder, el proletariado inglés no tendrá contra él ni al zar ruso ni a la burguesía rusa. Encontrará, por el contrario, un apoyo en los inmensos recursos materiales y humanos de nuestra Unión Soviética, pues (no se lo ocultaremos a Mr. Baldwin) la causa del proletariado inglés es la nuestra, en las mismas proporciones, por lo menos, que la causa de la burguesía rusa fue, y sigue siendo, en realidad, la misma de los conservadores ingleses.

Mis palabras sobre las dificultades de nuestra edificación socialista son interpretadas por el Premier británico como si ya hubiera querido decir: el resultado no corresponde al esfuerzo. Mi pensamiento tenía un carácter diametralmente opuesto: nuestras dificultades derivan de una situación internacional que, a nosotros, peones socialistas, nos es desfavorable; superando estas dificultades, modificamos la situación en ventaja del proletariado de los otros países; de suerte que en el balance internacional de las fuerzas, ninguno de nuestros esfuerzos revolucionarios se pierde ni se perderá.

Tendemos, no cabe duda, como lo indicaba Mr. Baldwin, al rendimiento máximo del trabajo. Sin esto, el aumento del bienestar y de la cultura del pueblo sería inconcebible; ahora bien, éste es el fin esencial del comunismo. Pero el obrero ruso trabaja hoy para sí mismo. Herederos de una economía devastada primero por la guerra imperialista, luego por la guerra civil, mantenida ésta por la intervención y el bloqueo, los obreros de Rusia han logrado ya [1925] que la industria, casi paralizada en 1920-1921, alcance por término medio un 60 por 100 de su rendimiento de antes de la guerra. Este resultado, por modesto que sea, constituye, en comparación con nuestros fines, un éxito innegable y serio. Si los cien millones de libras esterlinas gastados por Inglaterra en intentos de conmociones catastróficas en nuestro país, hubieran sido colocados en forma de empréstitos o de capital de concesiones en la economía soviética, para contribuir a su levantamiento gradual, hubiéramos, sin ninguna duda, sobrepasado actualmente el nivel de producción de antes de la guerra, pagaríamos al capital inglés elevados intereses y, lo que es más importante, constituiríamos para él un vasto mercado, sin cesar creciente. No es culpa nuestra si Mr. Baldwin ha quebrantado el principio de la evolución gradual precisamente allí donde no era necesario infringirlo. Aun dado el nivel actual, muy bajo todavía, de nuestra industria, la situación del obrero ha mejorado sensiblemente respecto de la que tenía hace pocos años. Cuando alcancemos el nivel de la producción de antes de la guerra (en los dos o tres próximos años), la situación de nuestros obreros será incomparablemente mejor que la de antes de la guerra. Precisamente por esto, y sólo por esto, es por lo que nos sentimos con derecho a solicitar del proletariado ruso el aumento del rendimiento del trabajo. Una cosa es trabajar en las fábricas, en los talleres, los puertos y las minas de los capitalistas, y otra trabajar en los suyos ¡Hay en esto una gran diferencia, Mr. Baldwin! Y cuando los obreros ingleses se apoderen de los poderosos medios de producción que sus antepasados y ellos mismos han creado, emplearán todas sus fuerzas en elevar el rendimiento de su trabajo. La industria inglesa tiene la mayor necesidad de ello, porque, a pesar de sus más grandes adquisiciones, se halla cogida por entero en la red de su propio pasado. Mr. Baldwin parece saberlo, por lo menos cuando dice en su discurso: “En gran parte, debemos nuestra posición, nuestro lugar en el mundo, al hecho de haber sido la primera nación en conocer los sufrimientos infligidos al mundo por la época industrial; pero pagamos cara esta posición privilegiada, y nuestras ciudades, mal

trazadas, malsanas, con sus amontonamientos de casas; nuestras fábricas horribles, nuestra atmósfera, envenenada con el humo, son una parte de este precio.” Es preciso añadir el desmenuzamiento de la industria inglesa, su conservadurismo técnico, su insuficiente flexibilidad de organización. Precisamente por esto la industria inglesa retrocede actualmente ante la alemana y la americana. La industria inglesa tiene necesidad, para su salvación, de una organización amplia y audaz. Urge considerar el suelo y el subsuelo de Inglaterra como la base de una economía única. Entonces solamente podrá ser reorganizada la industria hullera sobre bases sanas. La producción y la distribución de la energía eléctrica en Inglaterra se distinguen ambas por un desmenuzamiento, un estado de atraso extremados; las tentativas de racionalizarla encuentran a cada paso la resistencia de los intereses particulares. No es sólo el trazado de las ciudades el que es malo, en razón de sus orígenes históricos. Toda la industria inglesa, gradualmente cargada de superestructuras, carece de sistema y de plan. No se le puede infundir una vida nueva más que atacándola como un todo único. Pero esto es inconcebible mientras sea mantenida la propiedad privada de los medios de producción. El fin esencial del socialismo es aumentar la potencia económica del pueblo. Únicamente sobre esta base se puede concebir la construcción de una sociedad humana más armoniosa, más cultivada, más feliz. Si Mr. Baldwin se ve obligado, a pesar de todas sus simpatías por la vieja industria inglesa, a reconocer que las nuevas formas del capitalismo (trusts y sindicatos) representan un progreso, nosotros consideramos que el trust único de la producción socialista representa un inmenso avance respecto de los trusts capitalistas. Pero este programa no puede realizarse sin la transmisión de todos los medios de producción a la clase obrera, es decir, previa la expropiación de la burguesía. Baldwin mismo recuerda las “fuerzas titánicas que fueron libertadas por la revolución industrial del siglo XVIII y modificaron la fisonomía del país, así como todos los rasgos de su vida nacional”. ¿Por qué habla Baldwin en este caso de una revolución y no de un desarrollo gradual? Porque a fines del siglo XVIII se realizaron transformaciones radicales que condujeron, en particular, a la expropiación de los pequeños productores. Para cualquiera que se dé cuenta de la lógica interior del proceso histórico debe ser evidente que la revolución industrial del siglo XVIII, que transformó a la Gran Bretaña de arriba abajo, hubiera sido imposible sin la revolución política del siglo XVII. Sin una revolución hecha en nombre de los derechos de la burguesía y de su espíritu práctico (contra los privilegios aristocráticos y la ociosidad de los nobles), el espíritu, tan grandioso, de las invenciones técnicas, no hubiera sido despertado y no hubiera habido nadie, por lo demás, para aplicar las invenciones a fines económicos. La revolución política del siglo XVII, nacida de todo el desarrollo anterior, preparó la revolución industrial del siglo XVIII. Inglaterra tiene necesidad actualmente, como todos los países capitalistas, de una revolución económica que sobrepuje en mucho, por su alcance histórico, a la revolución industrial del siglo XVIII. Y esta nueva revolución económica (la reconstrucción de toda la economía conforme a un plan socialista único) no puede realizarse sin una revolución política previa. La propiedad privada de los medios de producción es en este momento una traba para el desarrollo económico mucho más pesada que lo fueron en su tiempo los privilegios de los gremios, forma de la propiedad pequeñoburguesa. Como la burguesía no abdicará en ningún caso, por su propio gusto, de sus derechos de propiedad, es necesario recurrir audazmente a la violencia revolucionaria. Hasta el presente la historia no ha inventado todavía otros métodos. Y no habrá excepción para Inglaterra.

En lo que se refiere a la segunda cita que me imputa Mr. Baldwin, mi estupefacción no tiene límites. Niego categóricamente haber dicho jamás, en ningún momento, que exista no sé qué naturaleza invariable en el hombre ruso que la

revolución sería impotente para modificar. ¿De dónde procede esta cita? Una larga experiencia me ha enseñado que las citas, aun las hechas por los primeros ministros, no son siempre exactas. Realmente por azar he encontrado en mi librito sobre las *Cuestiones del trabajo cultural* un pasaje que se refiere por entero a nuestro tema. Helo aquí íntegramente:

“¿Cuáles son, pues, las razones en que se funda nuestra esperanza de vencer? La primera, que se han despertado el espíritu crítico y la actividad de las masas. Gracias a la revolución, nuestro pueblo se ha abierto una ventana a Europa (entendiendo por Europa la cultura europea), lo mismo que doscientos y pico de años antes la Rusia del zar Pedro abría para los círculos privilegiados de un Estado de nobles y de funcionarios, no una ventana, sino una tronera sobre Europa. Las cualidades pasivas de dulzura y resignación que los ideólogos oficiales o voluntariamente insensatos declaraban ser cualidades sagradas, específicas e invariables del pueblo ruso, y que no eran en realidad sino la expresión de su resignación de esclavo y de su alejamiento de la cultura, estas cualidades miserables, estas cualidades vergonzosas han recibido en octubre de 1917 un golpe mortal. Esto no quiere decir, entiéndase bien, que no llevemos en nosotros la herencia del pasado. La llevamos y la llevaremos largo tiempo todavía. Pero se ha realizado una gran transformación, y no sólo material, sino también psíquica. Nadie osará ya recomendar al pueblo ruso la edificación de su destino sobre los fundamentos de la dulzura, de la sumisión y de la paciencia en el sufrimiento. No; desde ahora, las virtudes cada vez más profundamente ancladas en la conciencia popular serán: crítica, actividad, creación colectiva. Y es ante todo en esta inmensa conquista popular en la que reposa nuestra esperanza de éxito para toda nuestra obra.”

Como se ve, esto es muy diferente de lo que Mr. Baldwin me atribuye. Conviene decir en su descargo que la Constitución británica no impone al Premier la obligación de que sus citas sean exactas. Y por lo que se refiere a los precedentes, que tan gran papel juegan en la vida británica, éstos no faltan, por cierto. ¡Qué inestimable valor, en cuanto a las citas falsas, el de William Pitt solo!

Se podría hacer esta objeción: ¿qué sentido tiene discutir sobre la revolución con el jefe de los *tories*? ¿Qué importancia puede tener para la clase obrera la filosofía histórica de un Premier conservador? Pero justamente aquí aparece la clave de la cuestión: la filosofía de Macdonald, de Snowden, de Webb y demás líderes del Labour Party no es más que una transposición de la teoría histórica de Baldwin. Más adelante lo demostraremos... con todas las gradaciones necesarias.

III Sobre ciertas particularidades de los líderes obreros ingleses

Los líderes de los partidos y algunos oradores de buena voluntad pronunciaron con ocasión de la muerte de lord Curzon elogiosos discursos. En la Cámara de los Comunes, el socialista Macdonald terminó el suyo con estas palabras: “Fue un gran servidor de la sociedad, un admirable colega adscrito a un noble ideal y un modelo para todos aquellos que vendrán después de él.”

¡Tal fue el honorable lord Curzon! El *Daily Herald*, diario del Labour Party, publicó las protestas de los obreros contra este discurso bajo este modesto título: “Otro punto de vista.” La prudente redacción quería evidentemente decir que, además del punto de vista de los cortesanos, de los bizantinos, de los bajos aduladores y de los lacayos, existía también el de los obreros.

A principios de abril de 1925, el líder obrero Thomas, que no es un desconocido, secretario de la Unión de Ferroviarios, antiguo ministro de Colonias, participaba, juntamente con el Premier Baldwin, en un banquete dado por la dirección de la

Compañía de Ferrocarriles del Oeste. Baldwin fue en otro tiempo director de esta Compañía; Thomas trabajó con él en calidad de fogonero-mecánico. Mr. Baldwin habló, en un tono magníficamente protector, de Jim Thomas; éste alzó su vaso a la salud de los directores del “Gran Occidental” y de su presidente, lord Churchill²⁸. Thomas habló con una profunda ternura de Mr. Baldwin, que (¡fíjense ustedes!) siguió toda su vida las huellas de su honorable padre. “Se me reprochará, naturalmente [dijo este lacayo verdaderamente más que ejemplar (Thomas)], haber venido a este banquete y tratar a Mr. Baldwin; se me llamará traidor a mi clase; pero yo no pertenezco a ninguna clase, puesto que la verdad no es propiedad de clase alguna.”

En ocasión de los debates provocados por los diputados obreros de izquierda sobre la asignación de una cierta suma al príncipe de Gales para su viaje al extranjero, el *Daily Herald* publicó un artículo de fondo acerca de la actitud que debía tomarse respecto de la realeza. “Sería un error [se decía en dicho diario] deducir de los debates parlamentarios que el Labour Party entiende que debe ser suprimida la realeza. Pero, por otra parte, no podemos dejar de observar que la familia real no mejora su situación en la opinión de las gentes razonables. Demasiadas pompas y ceremonias, sugeridas probablemente por “consejeros irrazonables”; una excesiva atención a las carreras, con el inevitable totalizador; y, en fin, el duque y la duquesa de Yorkshire han estado cazando en África del Sur rinocerontes y otros animales que merecían mejor suerte. Claro es [diserta nuestro diario] que no sería cosa de acusar sólo a la familia real; la tradición la ata con demasiada fuerza a las costumbres y a los hábitos de una sola clase. Sin embargo, es preciso esforzarse en romper con esta tradición. Esto es, en nuestra opinión, no sólo deseable, sino completamente necesario. Habría que encontrar para el heredero del trono una ocupación que hiciera de él un elemento de la máquina gubernamental, etc., etc....” Todo el resto del artículo está impregnado del mismo espíritu trivial, torpe y servil hasta el más alto grado. Hacia 1905-1906, el órgano de los renovadores pacíficos de Samara podía emplear en nuestro país, en Rusia, un lenguaje análogo.

La inevitable Mrs. Snowden intervino en la cuestión de la familia real declarando en una breve carta que sólo los broncos oradores de plazuela pueden ignorar y no comprender que las familias reales pertenecen a los elementos más trabajadores de Europa. Y como se dice en la Biblia que “el buey que hace girar la piedra de molino no será amordazado”, mistress Snowden está, desde luego, por la asignación de una suma destinada a hacer viajar al príncipe de Gales.

“Yo soy socialista demócrata y cristiana”, escribía en otra ocasión esta persona explicando por qué estaba contra el bolchevismo. No termina aquí la enumeración completa de las cualidades de Mrs. Snowden. Nos abstenemos por delicadeza de mencionar las demás.

El honorable Mr. Shiels, diputado obrero del este de Edimburgo, explicó en un artículo de periódico que el viaje del príncipe de Gales sería útil al comercio y, por lo tanto, a la clase obrera. Por lo cual también se pronunciaba por la asignación de fondos.

Volvamos ahora los ojos hacia algunos de los diputados obreros de “izquierda” o de semi-izquierda. Se discute en el Parlamento la cuestión de ciertos derechos de propiedad de la iglesia escocesa. El diputado obrero escocés Johnston, invocando *el acta de seguridad* de 1707²⁹, niega al Parlamento inglés la facultad de intervenir en los derechos solemnemente reconocidos de la Iglesia escocesa. El *speaker* se niega a retirar la cuestión del orden del día.

Otro diputado escocés, Maclean, declara entonces que, si el *bill* es votado, él y sus amigos volverán a Escocia para invitar al pueblo a reconocer como denunciado el tratado de unión entre Inglaterra y Escocia y a establecer el Parlamento escocés. (*Risas*

en los bancos de los conservadores aprobación de los representantes del Labour Party escocés) Aquí todo es instructivo. El grupo escocés, que se coloca a la izquierda de la fracción parlamentaria del Labour Party, protesta contra una ley sobre la Iglesia, adoptando como punto de partida, no el principio de la separación de la Iglesia y el Estado, no ciertas consideraciones prácticas, sino los derechos sagrados de la Iglesia escocesa, garantizados por un tratado que data ya de más de dos siglos. ¡Para vengar los derechos lesionados de la Iglesia escocesa, los mismos diputados obreros amenazan con exigir el restablecimiento del Parlamento escocés, del cual no tienen la menor necesidad!

Jorge Lansbury, pacifista de izquierda, refiere en un artículo de fondo del diario del Labour Party que en una unión obrera del Monmouthshire los obreros y las obreras cantaron con el mayor entusiasmo un himno religioso y de qué gran auxilio fue para él este himno. “Individualidades aisladas pueden [dice] rechazar la religión, pero el movimiento obrero como tal movimiento no puede admitir esa actitud. Nuestra acción tiene necesidad de entusiasmo, de piedad y de fidelidad, que no pueden ser obtenidas con la sola invocación de los intereses personales.” De suerte que si nuestro movimiento tiene necesidad de entusiasmo, es incapaz (según Lansbury) de producirlo y se ve obligado a tomarlo prestado de los curas.

Juan Whitley, el antiguo ministro de Higiene en el Gabinete Macdonald, es considerado casi como un hombre de extrema izquierda. Whitley no es, sin embargo, sólo socialista. Es también católico. Sería más justo decir: primero es católico y a continuación socialista. Habiendo el Papa invitado a los fieles a combatir el comunismo y el socialismo, la redacción del *Daily Herald*, que se abstiene por cortesía de nombrar al Santo Padre, pidió a Whitley que tuviera la amabilidad de explicar las relaciones entre el catolicismo y el socialismo. No se vaya a suponer que el periódico preguntaba si un socialista puede ser católico o, en términos más generales, creyente; no, se planteaba la cuestión de saber si un católico puede ser socialista. El deber de ser creyente quedaba fuera de duda; solamente se dudaba del derecho del creyente a ser socialista, sin dejar de ser buen creyente. El “izquierdista” Whitley se mantiene en su respuesta en este terreno. Considera que, no ocupándose directamente de política, el catolicismo se limita a definir los deberes morales de la conducta y obliga al socialista a aplicar sus principios políticos con los debidos respetos hacia los derechos morales de los demás. Considera Whitley la política del partido obrero británico, que, a diferencia del socialismo continental, no ha adoptado una orientación anticristiana, como la única justa. Para este “izquierdista” la política socialista está dirigida por la moral personal, y la moral personal por la religión. En nada difiere esto de la filosofía de Lloyd George, quien considera a la Iglesia como la central eléctrica de todos los partidos. La colaboración de clases aparece aquí iluminada por la religión.

A propósito del diputado Kirkwood, que se opuso a los gastos del viaje del príncipe de Gales, un socialista escribió en el *Daily Herald* que Kirkwood llevaba en las venas una gota de sangre del viejo Cromwell, a causa, sin duda, de su firmeza revolucionaria. Aún no sabemos si esto es cierto. En todo caso, Kirkwood ha heredado la piedad de Cromwell. En su discurso en el Parlamento se defendió de alimentar el menor resentimiento personal contra el príncipe ni de envidiarle absolutamente nada. “El príncipe nada puede darme. Gozo de una salud excelente, disfruto de mi libertad de hombre y sólo soy responsable de mis actos delante de mi Creador.” Por este discurso sabemos pues, no sólo que la salud del diputado escocés es excelente, sino también que sus orígenes mismos, en lugar de explicarse por las leyes de la biología y la fisiología, se explican por las intenciones de un cierto Creador con el cual Mr. Kirkwood mantiene

relaciones perfectamente definidas, fundadas de una parte sobre servicios prestados, y de otra sobre obligaciones de reconocimiento.

Sería fácil multiplicar tales ejemplos. Más exactamente: se podría reducir toda la actividad política de los directores del Labour Party a episodios de esta naturaleza, ridículos o extrañamente inconvenientes a primera vista, pero que en realidad reflejan las particularidades de toda la historia pasada, del mismo modo, por ejemplo, que los cálculos de la vejiga son el residuo de complejos procesos verificados en el organismo. Queremos recordar con esto que los orígenes orgánicos de tales o cuales particularidades no excluyen en modo alguno la intervención quirúrgica para eliminarlos.

La doctrina de los líderes del partido obrero inglés es una cierta amalgama de conservadurismo y liberalismo particularmente adaptada a las necesidades de las Trade-Unions, o, más exactamente, de sus esferas directoras. Estas profesan el culto de la evolución gradual. Adoran además el Antiguo y el Nuevo Testamento. Se consideran como ultracivilizadas, y creen a la vez que el Padre Celestial ha creado la humanidad para maldecirla en seguida en su amor infinito, intentando luego arreglar, con ayuda de la crucifixión de su propio hijo, este asunto tan extremadamente embrollado. El espíritu cristiano ha dado origen a instituciones tan nacionales como la burocracia de las Trade-Unions, el primer ministerio Macdonald y Mrs. Snowden.

La religión del orgullo nacional está estrechamente ligada a la de la evolución gradual y a la creencia calvinista de la predestinación³⁰. Macdonald está convencido de que, habiendo ocupado su burguesía en otro tiempo el primer lugar en el mundo, él no tiene nada que aprender de los bárbaros y semi-bárbaros del continente europeo. A este respecto, como en todos los demás, Macdonald no hace más que remedar a los jefes burgueses, tales como Canning, quien proclamaba (con más razón desde luego) que la Inglaterra parlamentaria no tenía que recibir lecciones de política de los pueblos de Europa. Invocando con monotonía las tradiciones conservadoras del desarrollo político de Inglaterra, Baldwin invoca sin duda alguna la potente base de la dominación burguesa en el pasado. La burguesía ha sabido impregnar de conservadurismo los círculos superiores de la clase obrera. No fue por azar por lo que los más resueltos campeones del cartismo salieron de los medios artesanos proletarizados bajo los ojos de una generación o dos por la presión del capitalismo. Es igualmente significativo que los elementos más radicales del movimiento obrero inglés contemporáneo sean frecuentemente originarios de Irlanda y de Escocia (regla que se extiende, naturalmente, al escocés Macdonald). La reunión en Irlanda del yugo social y del yugo nacional, en presencia de ásperos conflictos de un país agrario y de un país capitalista, determina bruscas modificaciones de conciencia. Escocia ha entrado en el camino del capitalismo después que Inglaterra: un cambio más brusco en la vida de las masas populares origina una reacción más abrupta. Si los señores socialistas británicos fueran capaces de profundizar en su propia historia, y en particular en el papel de Irlanda y de Escocia, es posible que logran comprender cómo y por qué la atrasada Rusia ha formado, con su transición brusca al capitalismo, el partido revolucionario más enérgico y ha entrado la primera en el camino de la revolución capitalista.

Pero los fundamentos del conservadurismo de la vida inglesa están irreparablemente minados. Durante decenas de años, los jefes de la clase obrera británica han considerado la existencia de un partido obrero como el triste privilegio de la Europa continental.

Esta suficiencia ignorante e ingenua no ha dejado rastro. El proletariado ha obligado a las Trade-Unions a formar un partido independiente. Es seguro que no se limitará a esto. Los jefes liberales y semiliberales del Labour Party piensan todavía que

la revolución social es el triste privilegio del continente europeo. También en este punto los acontecimientos demostrarán cuán atrasados están. Para transformar el partido obrero inglés en un partido revolucionario, se necesitará mucho menos tiempo que el que ha sido preciso para crearlo.

La religiosidad protestante del pueblo inglés ha sido y continúa siendo aún, hasta cierto punto, el elemento más importante del conservadurismo del desarrollo político. El puritanismo fue una escuela de educación severa y de adiestramiento social de las clases medias. Las masas populares le resistieron siempre. El proletario no se siente “elegido”, no estando, evidentemente, en su favor la predestinación calvinista. El liberalismo inglés, cuya principal misión fue educar, es decir, someter a las masas obreras a la sociedad burguesa, se ha formado sobre el terreno de la doctrina de los “independientes”. En cierta medida, de tiempo en tiempo, el liberalismo ha realizado esta misión; pero, en fin de cuentas, no ha logrado asimilarse la clase obrera mucho más que el puritanismo.

El partido obrero ha recogido la herencia del liberalismo con las mismas tradiciones puritanas y liberales. Si fuera necesario considerar el Labour Party conforme a los Macdonald, los Henderson y compañía, sería preciso decir que éstos han venido a coronar la obra del completo sometimiento de la clase obrera a la sociedad burguesa. Pero la realidad es que se está llevando a cabo otro proceso, contra su voluntad, en las masas; proceso que liquidará para siempre las tradiciones puritanas y liberales, y a Macdonald sobre la marcha.

Para las clases medias inglesas, el catolicismo fue, de igual modo que el anglicanismo, una tradición ya preparada, adicta a los privilegios de la nobleza y del clero. Contra el catolicismo y el anglicanismo la joven burguesía inglesa erigió con el protestantismo su propia forma de creencia y la justificación de su lugar en la sociedad.

El calvinismo fue, con su predestinación de bronce, la forma mística de la concepción de la inmanente legitimidad del proceso histórico. La burguesía ascendente comprendía que las leyes de la historia obraban en su favor; este sentimiento revistió en su conciencia la forma de la doctrina de la predestinación. La negación calvinista del libre albedrío no paralizaba de ninguna manera la energía revolucionaria de los “independientes”, proporcionándoles, por el contrario, un poderoso apoyo. Los “independientes” se sentían llamados a realizar una gran obra histórica. Casi habría derecho a trazar un paralelo entre la doctrina de la predestinación en la revolución puritana y el papel del marxismo en la revolución proletaria. Aquí como allí la actividad más decisiva se funda, no sobre lo subjetivo arbitrario, sino sobre la inquebrantable necesidad, místicamente deformada en un caso, científicamente reconocida en el otro.

El proletariado inglés adoptó el protestantismo como una tradición ya hecha, es decir, lo mismo que la burguesía había adoptado, antes del siglo XVII, el catolicismo y el anglicanismo. Del mismo modo que la burguesía, una vez despertada, opuso el protestantismo al catolicismo, así el proletariado revolucionario opone al protestantismo el materialismo y el ateísmo.

Si el calvinismo fue para Cromwell y sus camaradas de lucha el instrumento espiritual de una transformación revolucionaria de la sociedad, actualmente no inspira a los Macdonald más que la veneración de todo lo que ha sido creado por “gradaciones sucesivas”. Los Macdonald no han heredado del puritanismo la fuerza revolucionaria, sino sus prejuicios religiosos. De los Owenistas han heredado, no el entusiasmo comunista, sino su aversión de utopistas reaccionarios contra la lucha de clases. De la historia política de Inglaterra, los Fabianos³¹ no toman más que la dependencia espiritual del proletariado frente a la burguesía. La historia ha vuelto la espalda a estos caballeros, y los signos que en ella han leído se han convertido en su programa.

La situación insular, la riqueza, una política mundial coronada por el éxito, todo cuanto el puritanismo, religión del “pueblo elegido”, había cimentado, se ha convertido en altanero desprecio de lo continental y de lo no inglés en general. Las clases medias de Inglaterra estuvieron largo tiempo convencidas de que la lengua, la ciencia, la técnica, la cultura de los demás países no merecían ser estudiadas. Los filisteos que actualmente dirigen el Labour Party han recogido íntegramente estas convicciones.

Hecho curioso, Hyndman³², que publicó en vida de Marx su librito *Inglaterra para todos*, cita en él al autor del *Capital* sin nombrarlo ni mencionar su obra, y la causa de esta extraña omisión es que Hyndman temía chocar a los lectores ingleses. ¿Podía, en efecto, concebirse que un inglés pudiera aprender algo de un alemán?

La dialéctica de la historia juega a este respecto a Inglaterra una mala partida transformando las ventajas de un desenvolvimiento avanzado en causas de una situación atrasada. Lo vemos en la industria, en las ciencias, en la estructura del Estado, en la ideología política. Inglaterra se ha desenvuelto sin la ayuda de precedentes. No ha podido buscar y hallar en países más avanzados la imagen de su futuro. Inglaterra ha avanzado por tanteos, empíricamente, no generalizando sus experiencias ni mirando hacia adelante sino en la medida de la necesidad más estricta. El sello del empirismo marca el pensamiento tradicional del inglés, es decir, del burgués inglés en primer término, y esta misma tradición espiritual ha conquistado los medios superiores de la clase obrera. El empirismo ha llegado a ser una tradición y una bandera; en otros términos, se ha unido al desdén hacia el pensamiento “abstracto” del continente. Durante largo tiempo Alemania se dedicó a filosofar sobre la verdadera naturaleza del Estado, mientras la burguesía inglesa construía, para las necesidades de su dominación, el Estado más perfecto en su género. Pero con el tiempo ha sucedido que la burguesía alemana, prácticamente atrasada, pero inclinada por esta razón a las especulaciones teóricas, ha transformado lo que era en ella una debilidad en una superioridad, creando una industria mucho más científicamente organizada y mejor adaptada para la lucha en el mercado mundial. Los filisteos socialistas ingleses heredaban de su burguesía el desdén hacia el continente en el mismo momento en que las ventajas de Inglaterra se volvían contra ella.

Macdonald, justificando las innatas particularidades del socialismo inglés, declara que para la investigación de sus orígenes será menester “olvidar a Marx y remontar a Godwin”³³. Godwin fue en su tiempo una gran figura. Pero volver a él, para un inglés, es como para un alemán buscar las fuentes del socialismo en Weitling, o para un ruso retornar a Tchernichevski. Claro es que no queremos decir con esto que el movimiento obrero inglés no tenga sus “particularidades”. La escuela marxista ha dedicado siempre una gran atención a la originalidad del desenvolvimiento de Inglaterra. Pero nosotros explicamos esta originalidad por las condiciones objetivas, por la estructura de la sociedad y por sus modificaciones. Por eso comprendemos infinitamente mejor, nosotros marxistas, el desarrollo del movimiento obrero inglés (y prevemos mejor sus días futuros) que los actuales teóricos del Labour Party. El imperativo de la antigua filosofía “conócete a ti mismo” no ha sido formulado por ellos. Se creen destinados, predestinados, a reconstruir la más vetusta sociedad, y, sin embargo, se detienen, completamente postrados, ante una raya trazada con yeso en el suelo. ¿Cómo podrán atentar contra la propiedad burguesa si no se atreven a rehusar al príncipe de Gales su dinero para gastos menudos?

La monarquía, declaran, “no es un obstáculo” para el progreso del país y aun le cuesta menos de lo que le costaría un presidente, teniendo en cuenta los gastos electorales, etc. Estas manifestaciones de los líderes obreros caracterizan un aspecto de la “originalidad” inglesa que no cabe calificar sino de estupidez conservadora. La

monarquía es débil porque el Parlamento burgués es el instrumento de dominación de la burguesía y porque ésta no tiene necesidad de armas extraparlamentarias. Pero en caso de necesidad, la burguesía puede sacar partido de la monarquía con el mayor éxito, como centro de coligación de todas las fuerzas extraparlamentarias, vale decir reales, dirigidas contra la clase obrera. La burguesía inglesa comprendió muy bien por sí misma el peligro que representa en tales casos la monarquía, aun la más ficticia. Así, en 1837 el Gobierno británico derogó en la India el título de “Gran Mogol”, desterrando a su poseedor de la ciudad santa de Delhi, aunque en esa época este título fuese completamente vano; la burguesía inglesa comprendía que el Gran Mogol hubiera podido, en ciertas condiciones, convertirse en el centro de convergencia de los elementos directores de la India contra la dominación británica.

Manifestarse partidario de un programa socialista y al mismo tiempo declarar que la monarquía “no es una traba” y cuesta menos, es lo mismo, por ejemplo, que admitir la ciencia materialista y recurrir contra el dolor de muelas a los encantamientos de una bruja porque la bruja cobra menos. Todo el hombre se manifiesta en este pequeño detalle, y todo lo que hay de ficticio en su adhesión a la ciencia materialista, y toda la falsedad de su sistema de ideas. La cuestión de la monarquía no se resuelve para el socialista desde el punto de vista de la contabilidad de nuestros días, y mucho menos del de una falsa contabilidad. Se trata de la transformación completa de la sociedad, de limpiarse de todos los elementos de esclavitud. Este trabajo excluye, en política y en psicología, todo acomodamiento con la monarquía.

Los señores Macdonald, Thomas y otros están indignados porque los obreros han protestado viendo a sus ministros vestir el hábito bufonesco de la Corte. Ciertamente no es el mayor pecado de Macdonald, pero simboliza a maravilla todos los demás. Cuando la joven burguesía se batía contra la nobleza, renunciaba a las pelucas rizadas y a los vestidos de seda. Los revolucionarios burgueses llevaban el vestido negro de los puritanos. Al contrario de los “caballeros”, se les apodó “cabezas redondas” o “cabezas tonsuradas”. Todo nuevo contenido busca una forma nueva. Desde luego, la forma de los vestidos es sólo convencional, pero la masa no quiere comprender, y tiene razón, por qué los representantes de la clase obrera han de someterse a los bufonescos convencionalismos de la mascarada monárquica. Y la masa aprende cada vez más a comprender que quien le es infiel en las pequeñas cosas, lo será en un gran número de ellas.

Estos rasgos de conservadurismo, de religiosidad, de orgullo nacional los encontramos en diversos grados y bajo distintas combinaciones en todos los líderes oficiales del Labour Party actual, desde el ultraderechista Thomas hasta el izquierdista Kirkwood. Se cometería un gran error desdeñando la tenacidad y la adherencia de estas particularidades conservadoras de los círculos superiores de la clase obrera inglesa. No queremos decir, desde luego, que las tendencias religiosas y conservadoras nacionales sean totalmente extrañas a las masas. Pero en tanto que, en los líderes, discípulos del partido liberal, los rasgos nacionales y burgueses han penetrado en su carne y en su sangre, en la masa obrera, por el contrario, tienen un carácter mucho menos profundo y menos estable. Hemos recordado ya que el puritanismo, esta religión de las clases en vía de enriquecimiento, jamás ha logrado penetrar profundamente en la conciencia de las masas obreras. Lo mismo sucede con el liberalismo. Los obreros votaron a los liberales, pero en su masa permanecieron obreros y los liberales tuvieron que estar siempre en guardia. En otras condiciones, es decir, si Inglaterra se hubiese desarrollado y fortificado en el sentido económico, el Labour Party del tipo actual hubiera podido continuar y ahondar la obra “educadora” del protestantismo y del liberalismo, esto es, ligar más sólidamente la conciencia de los grandes medios obreros a las tradiciones

nacionales conservadoras y a la disciplina del orden burgués. En las actuales condiciones de manifiesta decadencia de Inglaterra y de ausencia de perspectivas, es preciso atenerse a un desarrollo diametralmente opuesto a éste. La guerra ha dado ya un golpe terrible a la religiosidad tradicional de las masas inglesas. No sin motivo, Mr. Wells³⁴ se preocupa de la creación de una nueva religión, intentando hacer entre la tierra y Marx la carrera de un Calvino fabiano. Dudamos mucho de su sitio. El topo-revolución mina muy bien esta vez. Las masas obreras se librarán tumultuosamente de la disciplina nacional-conservadora, elaborando su propia disciplina de acción revolucionaria. Por efecto de esta presión desde abajo, los medios directores del Labour Party se modificarán rápidamente. No queremos decir que Macdonald llegará a tomar figura de revolucionario; no: será eliminado. Pero los líderes que, según todas las probabilidades, formarán el primer equipo de relevo, los hombres del tipo Lansbury, Whitley, Kirkwood, demostrarán inevitablemente que no constituyen más que una variedad de izquierda del mismo tipo fabiano. Su radicalismo está limitado por la democracia, por la religión y envenenado por el orgullo nacional, que los somete espiritualmente a la burguesía británica. La clase obrera tendrá probablemente que renovar varias veces sus esferas directoras antes de que llegue a crear un partido verdaderamente a la altura de la situación histórica y de las tareas del proletariado inglés.

IV La teoría fabiana del socialismo

Hagámonos una violencia necesaria a nosotros mismos y leamos el artículo en el cual Ramsay Macdonald exponía sus opiniones unos días antes de abandonar el Poder³⁵. Advertimos de antemano al lector que tendremos que penetrar en el almacén de ideas de un anticuario, en donde el olor sofocante de la naftalina estorba, sin embargo, el trabajo victorioso de los mitos.

“En el dominio del sentimiento y de la conciencia (así comienza Macdonald), en el dominio espiritual, el socialismo es la religión al servicio del pueblo.” El burgués bien intencionado, el liberal avanzado que “sirve” al pueblo yendo hacia él de soslayo, o más exactamente desde arriba, se traiciona en seguida en estas palabras. Esta manera de abordar el problema remonta a aquel pasado lejano en que los intelectuales radicales se establecían en los barrios obreros de Londres para dedicarse a la enseñanza y a la educación. ¡Qué monstruoso anacronismo en estas palabras, aplicadas al Labour Party actual, que tiene su base inmediata en las Trade-Unions!

La palabra religioso no debe entenderse aquí en un sentido simplemente patético. Se trata del cristianismo en su interpretación anglosajona. “El socialismo está fundado sobre el Evangelio (declara Macdonald) y representa una tentativa profundamente pensada (¡caramba!) y decisiva de cristianizar al gobierno y la sociedad.” Nuestra opinión es que en este camino se encuentran algunas dificultades. Primero: los pueblos que la estadística considera como cristianos forman un 37 por 100 aproximadamente de la humanidad. ¿Qué hacer del mundo no cristiano? Segundo: el ateísmo hace progresos considerables entre los pueblos cristianos, y señaladamente en los medios proletarios. En los países anglosajones esto no se advierte tanto como en ciertos otros pueblos. Pero la humanidad, aun la cristiana, no se compone sólo de anglosajones. En la Unión Soviética, poblada por 130 millones de almas, el ateísmo es una doctrina oficialmente propagada por el Estado. Tercero: Inglaterra domina desde hace varios siglos la India. Los pueblos europeos, Inglaterra a la cabeza, se han abierto desde hace tiempo caminos hacia la China. Sin embargo, el número de ateos aumenta más rápidamente en Europa que el de cristianos en la India y en China. ¿Por qué? Porque el cristianismo se les aparece a los chinos y a los indios como una religión de

opresores, de conquistadores, de esclavizadores, de temibles bandidos que se introducen con violencia en la casa ajena. Los chinos saben que los misioneros cristianos preparan el camino a los acorazados. He aquí lo que es el cristianismo real, histórico, auténtico. ¿Y este cristianismo sería el asiento del socialismo? ¿Para China y para la India? Cuarto: el cristianismo existe, según la cronología oficial, desde hace mil novecientos veinticinco años. Antes de llegar a ser la religión de Macdonald, fue la de los esclavos romanos, la de los bárbaros nómadas que se fijaron en Europa, la de los déspotas coronados y no coronados, de los feudales, de la Inquisición, de Carlos Estuardo y, bajo un nuevo aspecto, de Cromwell, que decapitó a Carlos Estuardo. Es finalmente ahora la religión de Lloyd George, de Churchill, del *Times* y, preciso es admitirlo, del piadoso cristiano que fabricó la falsa carta de Zinoviev, para gloria de las elecciones conservadoras de la más cristiana de las democracias. ¿Cómo es que el cristianismo, que penetró durante dos milenios, mediante la predicación, la coacción escolar, la amenaza de los suplicios del más allá, los fuegos del infierno y el brazo secular en la conciencia de los pueblos de Europa, convirtiéndose así en su religión oficial, ha conducido en el siglo XX de su existencia a la más sangrienta y espantosa guerra, después de haber sido, por otra parte, los restantes diez y nueve siglos de la historia cristiana siglos de crímenes y de atrocidades? ¿Dónde están las razones racionales para esperar que la “divina enseñanza” pueda establecer en el siglo XX, en el XXI o en el XXV de su historia, la igualdad y la fraternidad allí donde santificó la violencia y la esclavitud? Sería un error esperar de Macdonald respuesta a estas preguntas escolares. Nuestro sabio es evolucionista, es decir, cree que todo mejora “gradualmente”, con la ayuda de Dios. Macdonald es un evolucionista; no cree en el milagro, no cree en los saltos bruscos, un caso único exceptuado que se produjo hace mil novecientos veinticinco años: el Hijo de Dios intervino entonces en la evolución orgánica y puso en circulación un cierto número de verdades celestiales, de las cuales el clero extrae desde entonces una abundante renta territorial.

La justificación cristiana del socialismo la encontramos en dos frases decisivas: “¿Quién negará que la pobreza es un mal no solamente privado, sino social? ¿Quién no tiene compasión por la pobreza?” Se nos ofrece aquí como socialismo la filosofía de un burgués filántropo, dispuesto a interesarse por las cuestiones sociales, que compadece a los pobres y hace de su “compasión” la “religión de su conciencia”, una religión que altera poco, por lo demás, sus costumbres en los negocios.

¿Quién no siente compasión por la pobreza? Es sabido que toda la historia de Inglaterra es la de la compasión de las clases pudientes por la pobreza de sus masas laboriosas. Para no retroceder en lo lejano de los siglos, basta seguir esta historia a partir del siglo XVI, por ejemplo, a partir de la delimitación de las tierras de los campesinos, es decir, de la transformación de la mayoría de estos últimos en vagabundos sin asilo. En aquella época, la compasión hacia la pobreza se expresó por medio de las galeras, los patíbulos, la ablación de las orejas y multitud de otras medidas análogas, inspiradas por la caridad cristiana. La duquesa de Sutherland terminó a principios del siglo último la delimitación de las tierras de los campesinos en el Norte de Escocia, y Marx nos ha hecho el impresionante relato de esta hazaña de verdugo en líneas inmortales, en las que no encontramos por cierto nada de “compasión” babosa, pero en las que, en cambio, hallamos la apasionada indignación del revolucionario³⁶. ¿Quién no siente compasión por la pobreza? Leed la historia del desarrollo industrial de Inglaterra y, en particular, de la explotación del trabajo infantil. La piedad inspirada a la riqueza por la pobreza jamás preservó a ésta de las humillaciones de la miseria. En Inglaterra menos que en parte alguna, la pobreza no consiguió algo nada más que cuando logró coger a la riqueza por el cuello. ¿Es necesario demostrarlo en un país que tiene un siglo de historia de lucha de

clases y en que esta historia es la de las concesiones parsimoniosas y de las represiones sin piedad?

“El socialismo no cree en la violencia [continúa Macdonald]. El socialismo es la salud, no una enfermedad mental... Es por lo que, a causa de su naturaleza misma, rechaza con horror la violencia... Sólo usa de armas intelectuales y morales.” Todo esto es muy bonito, aunque no muy nuevo; las mismas ideas han sido expuestas en el *Sermón de la montaña*, y con un estilo mucho mejor. Hemos recordado ya más arriba a qué han conducido estas ideas. No vemos por qué motivo la repetición, desprovista de talento, del *Sermón de la montaña* por Macdonald daría mejores resultados. Tolstoi, que disponía de medios de persuasión mucho más poderosos, no logró ni aun conducir al Evangelio a los miembros de su propia familia, grandes terratenientes. Macdonald predicaba desde el poder la inadmisibilidad de la violencia. Recordaremos que bajo su gobierno la policía no fue licenciada, los tribunales no fueron abolidos, las prisiones no fueron destruidas, los barcos de guerra no fueron echados a pique; por el contrario, se construyeron otros nuevos. Ahora bien, la policía, los tribunales, las cárceles, el ejército y la flota son, en cuanto nos es permitido juzgar, instrumentos de violencia. El reconocimiento de esta verdad, que “el socialismo es la salud y no una enfermedad mental”, no le impidió en modo alguno a Macdonald seguir en la India y Egipto las huellas sagradas del gran cristiano Curzon. En calidad de cristiano, Macdonald rechaza “con horror” la violencia; en calidad de Premier, aplica todos los métodos de la opresión capitalista y transmite intactos a su sucesor conservador los instrumentos de violencia. ¿Qué significa en la práctica, al fin de cuentas, esta repudiación de la violencia? Solamente esto: que los oprimidos no deben recurrir a la violencia contra el Estado capitalista; los obreros contra la burguesía, los colonos contra los lores, los indos contra la administración británica y el capital inglés. El Estado, creado por la violencia de la monarquía sobre el pueblo, de la burguesía sobre los obreros, de los *landlord* sobre los colonos, de los oficiales sobre los soldados, de los esclavistas anglosajones sobre los pueblos coloniales, de los cristianos sobre los paganos; el Estado, ese aparato secular de violencia, amasado con sangre, inspira a Macdonald una piadosa veneración. Sólo siente “horror” por la violencia libertadora. Tal es la sacrosanta significación de su “religión del servicio del pueblo”.

“Hay, dice, en el socialismo la antigua y la nueva escuela. Nosotros pertenecemos a la nueva.” El ideal de Macdonald (porque tiene un ideal) es común a las dos escuelas, pero la nueva tiene un plan de realización “mejor”. ¿Qué plan es éste? Macdonald no nos deja sin respuesta: “No tenemos conciencia de clase. Nuestros adversarios están imbuidos de conciencia de clase. Nosotros, por el contrario, queremos, en lugar de la conciencia de clase, hacer resaltar el sentimiento de la solidaridad social.” E insistiendo en pasar del vacío al hueco, Macdonald concluye: “La guerra de clases no es obra nuestra. Es el fruto del capitalismo, que la producirá siempre, de igual modo que el cardo produce cardos.” Que Macdonald no tenga conciencia de clase en tanto que los jefes de la burguesía la tienen, es un hecho perfectamente innegable y significa en realidad que el Labour Party no tiene por el momento la cabeza sobre los hombros, mientras que el partido de la burguesía inglesa sí tiene una, por lo demás, dura de frente y de nuca. Y si Macdonald se limitara a reconocer que su cabeza es algo débil por lo que se refiere a dicha “conciencia”, no tendríamos razón de discutir. Pero Macdonald quiere hacer de una cabeza débil de “conciencia” un programa. Con lo cual no es posible transigir.

“La guerra de clases [dice Macdonald] es obra del capitalismo,” Naturalmente, esto es falso. La guerra de clases es anterior al capitalismo. Pero es cierto que la guerra contemporánea de clases (proletariado contra burguesía) es obra del capitalismo. Es

asimismo verdad “que siempre será su fruto”, en otros términos, que continuará mientras dure el capitalismo. Pero en toda guerra es evidente que hay dos beligerantes. Nuestros enemigos, que, según Macdonald, “defienden y quieren mantener una clase privilegiada”, son uno de ellos. Desde el momento en que nos pronunciamos por la abolición de la clase privilegiada, que no quiere abandonar la escena, parece que éste sería justamente el contenido esencial de la lucha de clases. Pero no; Macdonald entiende que es preciso “hacer resaltar” la conciencia de la solidaridad social. ¿Con quién? La solidaridad de la clase obrera expresa su cohesión interior en la lucha contra la burguesía. La solidaridad social predicada por Macdonald es la de los explotados y de los explotadores, es decir, una defensa de la explotación. Macdonald se lamenta a este propósito de que sus ideas difieran de las de nuestros abuelos: es a Carlos Marx a quien hace alusión. En verdad, Macdonald difiere del “abuelo” en el sentido de que vuelve al bisabuelo. La embrollada ideología que nos sirve como la de la nueva escuela, significa un retorno (sobre una base histórica enteramente nueva) al socialismo sentimental de la pequeña burguesía, sometido por Marx ya en 1847, y bastante antes, a una crítica aplastante.

A la lucha de clases, Macdonald opone la idea de la solidaridad de todos los buenos ciudadanos que aspiran a transformar la sociedad mediante reformas democráticas. La lucha de clases, en esta concepción, queda sustituida por la actividad “constructiva” de un partido político edificado, no sobre una base de clase, sino sobre los fundamentos de la solidaridad social. Estas magníficas ideas de nuestros bisabuelos (Robert Owen, Weitling y otros), convenientemente endulzadas y adaptadas al uso parlamentario, revisten un aire particularmente absurdo en la Inglaterra contemporánea, en la que existe un partido obrero, poderoso por sí mismo, apoyado en las Trade-Unions. En ningún otro país del mundo el carácter de clase del socialismo ha sido tan objetivamente revelado por la historia, de una manera evidente, indiscutible, empírica, puesto que el partido obrero nació allí del grupo parlamentario de las Trade-Unions, es decir, de una organización de clase de los asalariados. Cuando los conservadores, como, por lo demás, lo liberales, intentan impedir a las Trade-Unions la cotización política, oponen, no sin éxito, la concepción idealista del partido de un Macdonald al carácter empírico de clase que el partido obrero ha revestido en Inglaterra. Es verdad que en las esferas superiores del Labour Party hay un cierto número de intelectuales fabianos y de liberales desesperados, pero cabe desde luego abrigar la firme esperanza de que los obreros barrerán más pronto o más tarde esa escoria; por lo demás, los cuatro y medio millones de votos reunidos en el Labour Party son, con un número insignificante de excepciones, votos obreros. Todos los obreros están lejos aún de votar por su partido; pero los obreros son casi los únicos que votan por el Labour Party.

De ningún modo queremos decir que los fabianos, los “Independientes” y los oriundos del liberalismo no tengan influencia sobre la política de la clase obrera. Su influencia es; por el contrario, muy grande, pero no tiene carácter propio. Los reformistas en lucha contra la conciencia de clase del proletariado son, en último análisis, un instrumento de la clase directora.

Toda la historia del movimiento obrero inglés está señalada por la presión de la burguesía sobre el proletariado, presión ejercida por intermedio de los radicales, de los intelectuales, de los socialistas de salón y de Iglesia, de los Owenistas, quienes niegan la lucha de clases, hacen resaltar el principio de la solidaridad social, predicán la colaboración con la burguesía, decapitan, debilitan y disminuyen políticamente al proletariado. De pleno acuerdo con esta tradición, el programa del Independent Labour Party (Partido obrero independiente) especifica que el partido “se esfuerza en reunir, al mismo tiempo que a los obreros organizados, a los hombres pertenecientes a todas las

clases que creen en el socialismo”. Esta fórmula, conscientemente difusa, tiene por objeto velar el carácter de clase del socialismo. Nadie exige, naturalmente, que se cierren en absoluto las puertas del partido a los tráfugas probados de las demás clases. Pero el número de éstos es en este momento muy insignificante si, en lugar de limitarse a componer la estadística de los medios directores, se toma al partido en su totalidad; y en el porvenir, cuando el partido se lance por el camino de la revolución, este número será todavía menor. Los “Independientes” tienen necesidad de su fórmula “sobre los hombres de todas las clases” para engañar aun a los mismos obreros sobre las fuentes verdaderas de las clases, de sus fuerzas, sustituyéndolas por la ficción de una solidaridad superior a las clases.

Hemos recordado que muchos obreros votan aún por los candidatos burgueses. Macdonald se ingenia en interpretar este hecho conforme a los intereses políticos de la burguesía. Es preciso considerar al obrero, no como un obrero sino como un hombre, enseña, y agrega: aun el *torismo* ha aprendido, en cierta medida, a tratar a los hombres como hombres. De este modo la mayoría de los obreros ha votado por el *torismo*. En otros términos, los conservadores, asustados por la presión de los obreros, han aprendido a adaptarse a los más atrasados de entre éstos, a desmoralizarlos, a engañarlos, a especular con sus más retrógrados prejuicios y a intimidarlos con ayuda de documentos falsos; así comprobamos que los *tories* facilitan con ello la prueba de que saben tratar a los hombres como hombres.

Las organizaciones obreras inglesas menos mezcladas en lo que se refiere a la composición de clase, las Trade-Unions, han sostenido al Labour Party sobre sus hombros. Los profundos cambios de la situación de Inglaterra (su debilitamiento en el mercado mundial, la modificación de su estructura económica, la caída de sus clases medias, el hundimiento del liberalismo) han hallado su expresión en este hecho. El proletariado tiene necesidad de un partido de clase; tiende a crearlo con todas sus fuerzas, ejerce presión sobre las Trade-Unions, paga cotizaciones políticas. Pero a esta creciente presión desde abajo, que sube de los talleres y de las fábricas, de los puertos y de las minas, se le opone la presión desde arriba, la de la política oficial, con sus tradiciones nacionales de “amor a la libertad”, de superioridad pacífica, de primacía cultural, de democracia y de piedad protestante. Todos estos elementos constitutivos; fundidos en una sola mixtura política (para el debilitamiento de la conciencia de clase del proletariado inglés), producen el programa fabiano.

Si Macdonald se esfuerza en presentar a un partido obrero abiertamente apoyado sobre las Trade-Unions como una organización extraña a las clases, ¿cuánto más el Estado democrático del capital inglés tendrá para él un carácter extraño a las clases? El Estado actual, gobernado por los terratenientes, los banqueros, los armadores y los magnates del carbón, no es una democracia “completa”. Subsisten en él ciertas lagunas: “La democracia y, por ejemplo [¡!], el sistema industrial sustraído a la administración del pueblo, son nociones incompatibles.” En otros términos, hay ahí una pequeña derogación de la democracia: la riqueza creada por la nación no le pertenece a ella, sino que pertenece a una ínfima minoría. ¿Tal vez sucede así por azar? No; la democracia burguesa es un sistema de instituciones y de medidas con ayuda de las cuales las necesidades y exigencias de las masas obreras van siendo, en el curso de su crecimiento, neutralizadas, deformadas, reducida a la imposibilidad de perjudicar o simplemente borradas. Quienquiera que diga que, en Inglaterra, en Francia, en los Estados Unidos y demás democracias la propiedad privada está sostenida por la voluntad del pueblo, miente. Nadie ha consultado al pueblo sobre este punto. Los trabajadores nacen y son educados en condiciones que no han sido creadas por ellos. La escuela y la iglesia del Estado les inculcan nociones exclusivamente encaminadas al mantenimiento del orden

existente. La democracia parlamentaria no hace sino resumir este estado de cosas. El partido de Macdonald entra en este sistema como una pieza indispensable. Cuando el curso de los acontecimientos (de un carácter habitualmente catastrófico, como los grandes desmoronamientos económicos, las crisis, las guerras) llega a hacer intolerable a los trabajadores el sistema social, éstos no tienen ni la posibilidad ni el deseo de canalizar su indignación revolucionaria por las vías de la democracia capitalista. Dicho de otro modo: cuando las masas comprenden hasta qué punto han sido engañadas, hacen la revolución. La revolución victoriosa les da el poder, y la posesión del poder les permite construir un mecanismo gubernamental en conformidad con sus intereses.

Pero es esto justamente lo que no admite Macdonald. “La revolución rusa, dice, nos ha dado una gran lección. Nos ha enseñado que la revolución sólo es devastación y calamidad.” El fabiano reaccionario se nos aparece aquí en toda su repugnante desnudez. ¡Las revoluciones sólo traen calamidades! Pero la democracia inglesa ha conducido a la guerra imperialista, y no sólo en el sentido general de la responsabilidad de todos los Estados capitalistas, sino también en el sentido directo, inmediato, de la responsabilidad de la diplomacia inglesa, que empujó a Europa conscientemente, calculadamente; hacia la guerra. Si la “democracia” inglesa hubiera anunciado su intervención en el conflicto al lado de la Entente, Alemania y Austria hubieran retrocedido probablemente. Si Inglaterra hubiese declarado de antemano su neutralidad, Francia y Rusia hubieran probablemente retrocedido. El Gobierno británico se condujo de otro modo: prometió en secreto su apoyo a la Entente y engañó deliberadamente a Alemania, permitiéndole esperar su neutralidad. La democracia inglesa premeditó así una guerra con cuyas destrucciones no pueden ser evidentemente comparadas en lo más mínimo las calamidades de la revolución. Fuera de esto, ¿qué oídos, qué frente, son menester para afirmar de una revolución que ha derribado el zarismo, la nobleza y la burguesía, quebrantado a la Iglesia y despertado a una vida nueva a un pueblo de 150 millones de hombres, toda una familia de nacionalidades, qué la revolución es una calamidad, y nada más? Macdonald no hace otra cosa que repetir a Baldwin. Ni conoce ni comprende ni la revolución rusa ni la historia de Inglaterra. Nos vemos precisados a recordarle lo que recordábamos al Premier conservador. Si en el terreno económico la iniciativa perteneció hasta el último cuarto de siglo transcurrido a Inglaterra, en el terreno político Inglaterra se ha desarrollado, en el curso de los ciento cincuenta años últimos, a remolque, en ancha medida, de las revoluciones de Europa y de América. La gran revolución francesa, la revolución de julio de 1830, la de 1848, la guerra civil de los Estados Unidos (1850-1860), la revolución rusa de 1905 y la de 1917 han estimulado el desenvolvimiento social de Inglaterra y jalonan su historia con las más importantes reformas legislativas. Sin la revolución rusa de 1917, Macdonald no hubiera sido Premier en 1924. Se entiende que no querernos decir que el Ministerio Macdonald haya sido la conquista más alta de la revolución de octubre. Pero fue, en todo caso, un producto derivado.

¡Y qué insensato orgullo fabiano: habiéndonos (¿quiénes *nos*?) la revolución rusa dado una lección, nosotros (¿quiénes?) prescindiremos de la revolución! Pero ¿por qué la lección de todas las guerras precedentes no os ha permitido prescindir de la guerra imperialista? Lo mismo que la burguesía califica cada guerra de “la última guerra”, Macdonald quisiera llamar a la revolución rusa la última. ¿Para qué tendría que hacer la burguesía inglesa concesiones al proletariado y renunciar pacíficamente, sin lucha, a su situación, si recibe por anticipado de Macdonald la firme seguridad de que, después de la experiencia de la revolución rusa, los socialistas ingleses no entrarán jamás en el terreno de la violencia? ¿Dónde y cuándo una clase dominante cedió jamás

el poder y la propiedad a consecuencia de un apacible escrutinio? ¡Y se trata de una clase como la burguesía inglesa, que tiene tras de sí varios siglos de bandidaje mundial!

Macdonald se pronuncia contra la revolución a favor de la evolución orgánica. Y aplica a la sociedad nociones biológicas mal digeridas. La revolución, a sus ojos, es comparable, como una suma de modificaciones parciales, al desarrollo de los organismos vivos, a la metamorfosis de la crisálida en mariposa, etc., y en este último proceso ignora precisamente las fases críticas decisivas, aquellas en que el nuevo ser desgarrar revolucionariamente su envoltura. Vemos unas líneas más adelante que Macdonald es “partidario de una revolución semejante a la que se realizó en las entrañas de la sociedad feudal cuando en ellas maduraba la revolución industrial”. Macdonald parece imaginar, en su escandalosa ignorancia, que la revolución industrial se realizó molecularmente, sin sacudidas, sin calamidades, sin devastaciones. Ignora sencillamente la historia de Inglaterra (y con mucha más razón la de los demás países), y no comprende que la revolución industrial, que maduró en las entrañas de la sociedad feudal bajo la forma del capital comercial, condujo a la reforma, puso a los Estuardos enfrente del Parlamento, engendró la guerra civil, arruinó y devastó a Inglaterra, para enriquecerla después.

Sería hartamente fastidioso interpretar aquí el proceso histórico de la metamorfosis de la crisálida en mariposa, a fin de deducir indispensables analogías sociales. Es más sencillo y más breve recomendar a Macdonald que reflexione en la antigua comparación de la revolución con un parto. ¿No se podría como en el caso de la revolución rusa, deducir una “lección”? No produciendo los dolores del alumbramiento “nada más” que angustias y sufrimientos (¡puesto que el niño no cuenta!), sería cosa de recomendar a los pueblos que se multiplicaran en el porvenir por los procedimientos indoloros del fabianismo, recurriendo a los talentos de comadrona de Mrs. Snowden.

Advertimos, no obstante, que esto no es tan fácil. El polluelo, aun ya formado en el huevo, tiene que ejercer la violencia para salir de su prisión calcárea; el polluelo fabiano que por sentimiento cristiano o por otras razones decidiera abstenerse de toda violencia, quedaría infaliblemente asfixiado por su cáscara. Los aficionados ingleses a las palomas consiguen por selección artificial crear una variedad de picos cada vez más cortos. Pero llega un momento en que el pico del pichonzuelo es ya tan corto, que el pobre animal no se halla en estado de romper la cáscara del huevo y parece víctima de la abstención forzada de toda violencia, quedando detenido el progreso ulterior de la variedad de picos cortos. Si nuestra memoria no nos es infiel, Macdonald puede leer este ejemplo en Darwin. Siguiendo el camino, tan agradable a Macdonald, de las analogías con el mundo orgánico, se puede decir que la habilidad política de la burguesía inglesa consiste en acortar el pico revolucionario del proletariado a fin de no permitirle agujerear la envoltura del Estado capitalista. El pico del proletariado es su partido. Teniendo en cuenta a Macdonald, Thomas, Mr. y Mrs. Snowden, hay que convenir en que el trabajo de selección de los picos cortos y de las cabezas blandas ha tenido un éxito brillante para la burguesía inglesa, ya que esos señores y esa dama no son ni buenos para horadar la envoltura del capitalismo ni buenos para nada.

Aquí termina la analogía, dejando de relieve cuanto hay de convencional en los datos incidentalmente tomados del manual de biología para reemplazar el estudio de las condiciones y de los caminos del desenvolvimiento histórico. La sociedad humana, aun cuando nacida del mundo orgánico e inorgánico, constituye una tan compleja conjugación, que requiere ser estudiada por separado. El organismo social difiere del organismo biológico, entre otras cosas, por una flexibilidad mucho más grande, por la capacidad de reagrupar sus elementos, por la elección consciente (hasta cierto punto) de sus instrumentos y de sus procedimientos, por la consciente utilización (en cierta

medida) de la experiencia del pasado, etc. El pichón en su huevo no puede reemplazar su pico demasiado corto, y perece. La clase obrera (colocada ante el dilema de ser o no ser) puede muy bien arrojar a Macdonald y Mrs. Snowden y armarse para la destrucción del sistema capitalista con el pico de un partido revolucionario.

Una teoría groseramente biológica de la sociedad se reúne muy curiosamente en Macdonald al odio idealista cristiano hacia el materialismo. ¡Habláis de revolución y de saltos catastróficos, pero ved la naturaleza, ved cuán razonablemente se conduce el gusano cuando va a transformarse en crisálida, ved esa venerable tortuga, y descubriréis en sus movimientos el ritmo natural de la transformación social! ¡Id a la escuela de la naturaleza! Y Macdonald condena con este mismo espíritu el materialismo, “triste lugar común, alegato insensato desprovisto de finura espiritual e intelectual...” ¡Macdonald y la “finura”! ¿No es, en efecto, una “finura” extraordinaria pedir datos al gusano respecto de la actividad social del hombre y exigir a mismo tiempo para su uso personal un alma inmortal, asegurada en el más allá de una existencia confortable?

“Se acusa a los socialistas de ser poetas. Es verdad [explica Macdonald]: somos poetas. Imposible una buena política sin poesía. De manera general, nada hay bueno sin poesía.” El resto, por el estilo. Como conclusión: “El mundo necesita sobre todo un Shakespeare político y social.” Este charlatanismo sobre la poesía no es quizá en política tan corruptor como las declaraciones sobre la inadmisibilidad de la violencia. Pero en él se expresa la total impotencia espiritual de Macdonald de manera más convincente aún, si esto es posible. ¡Cobarde y apocado abstinente, tan poeta como un pedazo de trapo, que quisiera maravillar al mundo con sus gesticulaciones shakesperianas! He aquí dónde empiezan los “gestos de simio”, que Macdonald atribuía en otro tiempo a los bolcheviques.

¡Macdonald “poeta” del fabianismo! ¡La política de Sidney Webb, obra de arte! ¡El ministerio Thomas, poesía colonial! ¡Y, en fin, el presupuesto de Mr. Snowden, canto de amor triunfal de la City londinense!

En sus charlatanerías sobre el Shakespeare social, Macdonald no advierte a Lenin. ¡Qué dicha (si no para Shakespeare, para Macdonald) que el más grande poeta inglés haya vivido hace más de tres siglos: Macdonald ha tenido tiempo de descubrir a Shakespeare en Shakespeare! Jamás le hubiera reconocido si Shakespeare hubiese sido su contemporáneo. Macdonald ha omitido (completamente omitido) a Lenin. Su ceguera de filisteo se expresa así de dos modos: en sus vanos suspiros dirigidos a Shakespeare y en su ignorancia del más gran contemporáneo.

“El socialismo tiene interés por el arte y por los clásicos.” Este “poeta” posee en grado sorprendente el arte de transformar en vulgaridades ideas que por sí mismas no tienen nada de estúpidamente indigente. Basta para convencerse leer la deducción siguiente: “Aun en los países afligidos de una gran pobreza y de gran número de obreros sin trabajo, como desgraciadamente es el caso del nuestro, los ciudadanos no deben regatear tratándose de la compra de cuadros, y, en general, de todo aquello que suscita la admiración y eleva el espíritu así de los jóvenes como de los viejos.” No se distingue bien en este consejo si la compra de cuadros se recomienda también a los obreros sin trabajo y si se supone que les será concedida una ayuda suplementaria para satisfacer esa necesidad, o si Macdonald aconseja a los nobles *gentlemen* y a las *ladies* la adquisición de cuadros “a pesar del paro”, a fin “de elevar su espíritu”. Por fuerza tenemos que suponer que la segunda hipótesis se aproxima más a la verdad. Pero ¿no nos hallamos entonces en presencia de un pastor protestante, liberal de salón, que empieza hablando con un tono lacrimoso de la pobreza y de la “religión de la conciencia”, para decir después a sus mundanas ovejas que no se aflijan excesivamente y sigan llevando su tren de vida habitual? ¡Admítase, después de esto, que el

materialismo es una simpleza y Macdonald un poeta social, con nostalgia de Shakespeare! En cuanto a nosotros, pensamos que si en el mundo físico hay un grado de frío absoluto, en el espiritual debe haber un grado de pedantería absoluta, y que tal es la temperatura ideológica de Macdonald.

Sidney y Beatriz Webb representan otra variedad de fabianismo. Están acostumbrados al trabajo sedentario, conocen el precio de las cifras y de los hechos, resultando de ahí ciertas limitaciones a su pensamiento amorfo. No son menos fastidiosos que Macdonald, pero suelen ser más edificantes cuando no salen del dominio de los hechos. En el de las generalizaciones, se sitúan un poco más arriba que Macdonald. En el Congreso de 1923 del Labour Party, Sidney Webb recordaba que el fundador del socialismo británico fue Robert Owen (y no Marx), que preconizó, no la lucha de clases, sino la doctrina, santificada por el tiempo, de la fraternidad humana. Sidney Webb considera hasta el presente a John Stuart Mill³⁷ como un autor clásico en economía política, y enseña, de acuerdo con éste, que la lucha debe poner frente a frente, no al capital y el trabajo, sino la aplastante mayoría de la nación y los que se apropian la renta territorial. Este solo rasgo caracteriza bastante el nivel de inteligencia teórica del más eminente de los economistas del Labour Party. El proceso histórico se desarrolla en Inglaterra, como se sabe, de modo muy diferente a los deseos de Webb. Las Trade-Unions constituyen una organización del trabajo asalariado contra el capital. El Labour Party se ha desarrollado sobre la base de las Trade-Unions y ha hecho de Sidney Webb un ministro. Sidney Webb no ha realizado su programa más que en un sentido: se ha abstenido de combatir a los que se apropian la plusvalía. Pero tampoco ha combatido mucho más a los que se apropian la renta territorial.

Los esposos Webb han publicado en 1923 un libro titulado *El crepúsculo del capitalismo*. En el fondo, este libro no representa más que una repetición parcialmente corregida de los viejos comentarios de Kautsky al programa de Erfurt³⁸. En cambio, la tendencia política del fabianismo está expresada en él con toda su desesperanza, esta vez semiconsciente. Que el sistema capitalista debe ser modificado, dicen los esposos Webb, no tiene duda (¿para quién no tiene duda?). Toda la cuestión es saber cómo será modificado. “Se le puede obligar a pasar gradualmente, pacíficamente, por adaptaciones prudentes y reflexivas, a una forma nueva.” Poca cosa se necesita para ello: buena voluntad por ambas partes. “Por desgracia”, relatan nuestros honorables autores, no se llega a un acuerdo respecto a las maneras de modificar el sistema capitalista por haber “gran número de gentes” que consideran que la abolición de la propiedad privada equivaldría a detener la rotación de la tierra alrededor de su eje. “Comprenden mal la esencia de las cosas.” Tal es, desgraciadamente, la situación. Todo podría arreglarse con general satisfacción, gracias a “reflexivas adaptaciones”, si los obreros y los capitalistas comprendieran igualmente lo que hay que hacer y de qué manera. Pero como este resultado, “por el momento”, no ha sido alcanzado, los capitalistas votan por los conservadores. ¿Conclusión? En cuanto a la conclusión, nuestros pobres fabianos pierden completamente el norte, y el “crepúsculo del capitalismo” se convierte en un lamentable “crepúsculo del fabianismo”. “Hasta la guerra mundial, escriben los Webb, parecía casi generalmente admitido que el orden social debía irse transformando poco a poco” en el sentido de una gran igualdad, etc. ¿Por quién estaba admitido? ¿Dónde estaba admitido? Nuestros hombres toman su pequeño hormiguero fabiano por el universo. “Pensábamos, tal vez equivocándonos (¡!), que el reconocimiento, característico para las islas británicas (¡!), por parte de una estrecha clase directora de la justicia (¡!) de las reivindicaciones crecientes de las masas populares proseguiría y traería una transformación pacífica de la sociedad. Pero después de la guerra todo ha cambiado: las condiciones de existencia de las masas obreras han empeorado, estamos

amenazados del restablecimiento del veto de una segunda Cámara (la Cámara de los Lores), especialmente reforzada a fin de oponerse a ulteriores concesiones a los obreros”, etc. ¿Qué conclusión podemos sacar de esto? Los esposos Webb han consagrado precisamente su libro a la rebusca desesperada de una conclusión. He aquí su frase final: “Ofrecemos este pequeño libro... como una tentativa, *quizás vana*, de incitación a las dos partes enemigas a comprender mejor el problema que se les plantea y también a mejor comprenderse mutuamente.” ¿No es una cosa magnífica? ¡Un librito instrumento de conciliación entre el proletariado y la burguesía! Resumamos: antes de la guerra parecía generalmente admitido que la sociedad actual está necesitada de mejoramiento; sin embargo, no había un acuerdo completo respecto de los cambios a efectuar; los capitalistas estaban por la propiedad privada, los obreros contra ella; después de la guerra la situación objetiva ha empeorado y se han acentuado las divergencias políticas; por consiguiente, los esposos Webb escriben un pequeño libro con la esperanza de incitar a las dos partes a una reconciliación; pero “es posible que esta esperanza sea vana”. Sí, es posible, muy posible. Estos honorables esposos Webb, tan convencidos del poder de la persuasión, debían, en nuestra opinión, proponerse al principio, en interés de la “evolución gradual”, un objetivo más simple: por ejemplo, conducir por la persuasión a unos cuantos criminales de cristianos de las altas esferas a renunciar al monopolio del comercio del opio y al envenenamiento en Oriente de millones de hombres.

¡Pobre fabianismo mezquino y limitado, vergonzoso en su pesadez intelectual!

Sería un intento completamente desesperado enumerar las otras variedades filosóficas del fabianismo, puesto que entre sus adeptos impera la “libertad de opinión”, en el sentido de que cada líder tiene su propia filosofía, que se reduce, en fin de cuentas, a los mismos elementos reaccionarios de conservadurismo, de liberalismo, de protestantismo, pero combinados de manera un tanto diferente. No nos quedamos excesivamente sorprendidos antes de ahora al ser informados por Bernard Shaw³⁹, autor tan espiritual, al parecer, y de un espíritu tan crítico, de que Marx ha sido superado desde hace bastante tiempo por el gran trabajo de Wells⁴⁰ sobre la historia universal. Los descubrimientos de este calibre, inesperados para la humanidad entera, se explican por el hecho de que los fabianos constituyen, desde el punto de vista teórico, un pequeño mundo extremadamente cerrado, profundamente provinciano, aunque vivan en Londres. Ni los conservadores ni los liberales tienen necesidad de sus concepciones filosóficas. La clase obrera, a la cual nada dan ni explican nada, tiene menos necesidad aún de ellas. Sus obras no sirven, en suma, sino para explicar a los fabianos mismos por qué existe el fabianismo. Al lado de la literatura pía, la suya es tal vez la más inútil y, en todo caso, la más aburrida de todas las formas de las obras del verbo.

Actualmente se habla en Inglaterra, en diversas esferas, con cierto desprecio de las gentes de la era victoriana, es decir, de los hombres de acción de la época de la reina Victoria⁴¹. Desde entonces, todo se ha transformado en Inglaterra, pero el tipo del fabianismo es probablemente el que mejor se ha conservado. La época trivialmente optimista de la reina Victoria, en la que parecía que mañana sería un poco mejor que hoy y pasado mañana todavía mejor, ha encontrado su expresión más acabada en los Webb, los Snowden, los Macdonald y otros fabianos. Así parecen éstos los rústicos e inútiles supervivientes de una época definitivamente, irremediablemente naufragada. Se puede decir sin exageración que la Sociedad Fabiana, formada en 1884 con el fin de “despertar la conciencia social” es actualmente la agrupación más reaccionaria de la Gran Bretaña. Ni los clubs conservadores, ni la Universidad de Oxford, ni el episcopado inglés, ni otras instituciones clericales pueden, en grado alguno, entrar en competencia con los fabianos. Son éstas instituciones de clases enemigas, y el movimiento

revolucionario del proletariado romperá inevitablemente sus diques. Pero el proletariado se ve contenido por sus propios medios directores, es decir, por los políticos fabianos y sus ayudantes. Estas autoridades infatuadas, pedantes, estos poltrones orgullosos y engreídos, envenenan sistemáticamente el movimiento obrero, oscurecen la conciencia del proletariado, paralizan su voluntad. Precisamente gracias a ellos el torismo, el liberalismo, la Iglesia, la Monarquía, la aristocracia y la burguesía siguen resistiendo y hasta se sienten bien montados. Los fabianos, los “Independientes”, los burócratas conservadores de las Trade-Unions constituyen actualmente en la Gran Bretaña, y tal vez en el desenvolvimiento mundial, la fuerza más contrarrevolucionaria que exista. Abatir a los fabianos es libertar la energía revolucionaria del proletariado de la Gran Bretaña, es decir, conquistar para el socialismo la muralla británica de la reacción, esto es, libertar a la India, a Egipto, y dar un poderoso impulso al movimiento y al desarrollo de los pueblos de Oriente. Repudiando la violencia, los fabianos sólo creen en el poder de las “ideas”. Si hubiera que desprender de esta filosofía hipócrita y vulgar el grano de verdad que contiene, todo quedaría reducido a comprobar que ningún régimen puede sostenerse únicamente por la violencia. Verdad que también se relaciona con el imperialismo británico. En un país en el que la inmensa mayoría de la población está formada por proletarios, la camarilla gobernante, imperialista, conservadora y liberal, no podría sostenerse ni un solo día si los medios de coacción de que dispone no estuvieran reforzados, completados, revestidos con ideas falsamente socialistas que engañan y desmoralizan al proletariado.

En el siglo XVIII, los propugnadores franceses de la “filosofía de las luces” veían en el catolicismo, en el clericalismo, en los curas, el principal enemigo, y pensaban que era necesario aplastar ante todo al “infame” para poder marchar adelante. Tenían razón, en el sentido de que el clero, el régimen de las supersticiones organizadas, la policía espiritual del catolicismo, cerraban el camino a la sociedad burguesa, entorpeciendo el desarrollo de las ciencias, de las artes, de las ideas políticas y económicas. El fabianismo, la triste filosofía de Macdonald, el pacifismo, juegan en este momento el mismo papel respecto al movimiento histórico del proletariado. Constituyen el apoyo principal del imperialismo británico y europeo, si no de la burguesía mundial. Es necesario a todo trance mostrar a los obreros la verdadera cara de estos pedantes satisfechos, de estos charlatanes eclécticos, de estos arrivistas sentimentales, de estos lacayos de la burguesía. Mostrarlos tales como son, es desacreditarlos para siempre. Desacreditarlos es hacer el mayor servicio al progreso histórico. El día en que el proletariado inglés se haya librado de la tara espiritual del fabianismo, la humanidad, la humanidad europea, ante todo, crecerá de golpe una cabeza entera.

V La cuestión de la violencia revolucionaria. Exposición popular adaptada a la inteligencia de los obreros más atrasados y aun a la de ciertos líderes entre los menos desesperantes

Estamos al corriente de las opiniones de Macdonald sobre la violencia revolucionaria. Estas opiniones se nos han revelado como el desarrollo de la teoría conservadora de la evolución gradual, tan grata a Mr. Baldwin. La negación de la violencia reviste un carácter mucho más curioso y más sincero en el “izquierdista” Lansbury. Este último “no tiene fe” en la violencia. Así, simplemente.

Lansbury “no tiene fe” ni en los ejércitos capitalistas ni en las insurrecciones. Si creyese en la violencia, dice, no votaría por la flota británica y se uniría a los comunistas. ¡He aquí un hombre valiente! No creyendo en la violencia, Lansbury cree

en el más allá, lo cual hace muy poco honor a su perspicacia realista. Cierta número de hechos han acaecido, no obstante, en el planeta con ayuda de la violencia, aunque esto no le agrada a Mr. Lansbury. Que éste crea o no crea en la flota de guerra inglesa, los habitantes de la India saben que ésta existe. En abril de 1919, el general inglés Dyer mandaba disparar sin previo aviso contra un mitin de hindúes desarmados reunidos en Amritsar. Hubo 450 muertos y 1.500 heridos. Dejemos a los muertos en paz; en todo caso, es preciso decir de los heridos que no les fue posible “no creer” en la violencia. En su misma calidad de cristiano, Lansbury debería admitir que si los enfeudados pillos del clero judío y el tímido procónsul romano Pilatos, antepasado político de Macdonald, no hubieran, en otro tiempo, ejercido violencia contra Cristo, no hubiese habido ni corona de martirio, ni resurrección, ni ascensión, y Mr. Lansbury mismo no hubiera tenido ocasión de nacer piadosamente cristiano y de llegar a ser un mal socialista. No creer en la violencia es tanto como no creer en la gravitación. Toda la vida está edificada sobre formas diversas de violencia, sobre la oposición de una violencia a otra, y repudiar la violencia libertadora, es sostener la de los opresores que actualmente gobiernan al mundo.

No obstante, comprendemos que estas observaciones incidentales no son suficientes en el caso que nos ocupa. La cuestión de la violencia y de su negación por parte de los señores pacifistas, socialistas cristianos y otros hipócritas ocupa un lugar tan grande en la política inglesa, que exige un examen especial y minucioso, adaptado al nivel de cultura política de los jefes del Labour Party. Nos excusamos de antemano, ante los demás lectores, de la inferioridad de este nivel.

¿Que significa la negación de toda violencia? Si, por ejemplo, un ladrón se introduce en el domicilio de Mr. Lansbury, tememos mucho que este piadoso caballero (hablamos del amo de su casa) se vea precisado a usar la violencia o llame a tal fin al agente de policía más próximo. Si, no obstante, en su caridad cristiana Lansbury dejara al ladrón irse en paz (de lo cual no estamos del todo convencidos), sería con la condición, naturalmente obvia, de abandonar a toda prisa su domicilio. Y el lujo de este gesto cristiano no podría permitírsele nuestro honorable caballero sino por gozar su domicilio de la protección de las leyes británicas sobre la propiedad y de los numerosos Argos que las hacen respetar, de suerte que, por manera general, las visitas nocturnas de los ladrones constituyen más bien una excepción que una regla. Si Lansbury intentase contestarnos que la intrusión en una casa honorable y cristiana es una violencia y lleva consigo la necesidad de una respuesta, le diríamos que este razonamiento es una renuncia a la negación de la violencia *en general* y equivale, por el contrario, a la admisión, *en principio* y *en práctica*, de la violencia, y que, en fin, puede ser íntegramente aplicado a la lucha de clases, en la que las intrusiones cotidianas del ladrón-capital en la vida y el trabajo del proletariado, así como el robo de la plusvalía, justifican plenamente una respuesta. Podría Lansbury contestarnos entonces que él no entiende por violencia todas las medidas coercitivas de las cuales nuestra admirable vida social no podría prescindir, y que sólo piensa en la violación del quinto mandamiento: “No matarás.” Cabe presentar, para justificar esta manera de plantear la cuestión, buen número de frases ampulosas sobre el carácter sacrosanto de la vida humana. Pero también en este punto nos es forzoso preguntar, usando el lenguaje de los apólogos del Evangelio, el más accesible para los directores del socialismo británico, qué haría Mr. Lansbury si viese a un malhechor levantar su matraca sobre unos niños y no tuviera para defender a éstos otro recurso que un tiro de revólver inmediato y bien dirigido. Si nuestro supuesto interlocutor no quiere recurrir a sofismas de muy ínfima calidad, responderá sin duda, para tranquilizarse, que nuestro ejemplo es de un carácter hartamente excepcional. Respuesta que significará una vez más que su derecho a recurrir al

asesinato en ciertos casos lo ha transmitido Lansbury a la policía, organización especializada en la violencia y que le desembaraza de la necesidad de utilizar el revólver y aun de la de pensar en el fin práctico de este instrumento. Pero ¿qué hacer, preguntaremos nosotros, si los rompehuelgas armados atacan o matan a los huelguistas? Estos casos son frecuentes en América y no faltan en los demás países. Los obreros no pueden delegar en la policía su derecho de contestar a los rompehuelgas, puesto que la policía defiende en todos los países el derecho de éstos a atacar y matar a los huelguistas, a quienes no se extiende, como es sabido, el beneficio de la ley del respeto sagrado de la vida. Nosotros preguntamos: ¿tienen los huelguistas el derecho de recurrir a los palos, a las piedras, a los revólveres, a las bombas, contra los fascistas, las bandas del Ku-Klux-Klan y demás bandidos mercenarios del capital? Pequeña pregunta para la cual quisiéramos una respuesta clara y precisa y no hipócritamente evasiva. Si Lansbury nos dice que el objeto del socialismo es dar a las masas populares una educación tal que los fascistas no sean fascistas y los bandidos, esta respuesta será pura hipocresía. Que la eliminación de la violencia, primero en sus formas más groseras y sangrientas, luego en las demás, mejor disimuladas, sea el fin del socialismo, es completamente indiscutible. Pero no se trata de las costumbres y de la moral de la futura sociedad comunista, sino de los caminos y medios concretos que es preciso emplear en la lucha contra la violencia capitalista. Cuando los fascistas sabotean una huelga, ocupan la redacción de un periódico, echan mano a la caja, atacan o matan a los diputados obreros y la policía asegura la inmunidad de los malhechores, sólo el más corrompido hipócrita puede aconsejar a los obreros que no vuelvan golpe por golpe, so pretexto de que en la sociedad comunista no habrá lugar para la violencia. Queda, naturalmente, por decidir en cada caso dado, considerada la situación en su conjunto, la respuesta que se ha de dar a la violencia del enemigo y hasta qué punto se puede llegar en la respuesta. Pero ésta es una cuestión de táctica en conformidad con los fines perseguidos que no tiene nada de común con la negación o la admisión en principio de la violencia.

¿Qué es la violencia? ¿Dónde comienza? ¿En qué momento las acciones colectivas de las masas, admisibles y conformes al fin, se convierten en violencia? Dudamos mucho de que Lansbury o cualquier otro pacifista sea capaz de responder a esta pregunta, a no ser que se limite a una simple referencia al Código penal, en el que se define lo que está permitido y lo que está prohibido. La lucha de clases es una cadena ininterrumpida de violencias abiertas o encubiertas, “reguladas” en tal o cual grado por el Estado, que representa a su vez el aparato de la violencia organizada del más fuerte de los adversarios, es decir, de la clase dominante. La huelga ¿es una violencia? Hubo un tiempo en que las huelgas estaban prohibidas; cada una de ellas se hallaba entonces casi inevitablemente ligada a conflictos físicos. Después, a consecuencia del desarrollo tomado por las huelgas, esto es, de la violencia de las masas ejercida contra la ley, o, más exactamente, de los golpes dados sin cesar por las masas a la violencia legal, las huelgas fueron legalizadas. ¿De modo que Lansbury sólo considera como procedimientos admisibles de lucha las huelgas pacíficas, “legales”, esto es, autorizadas por la burguesía? Pero si los obreros no hubiesen organizado las huelgas de principios del siglo XIX, la burguesía inglesa no las hubiera legalizado en 1824. Y si se admite el ejercicio de la violencia o el empleo de la fuerza bajo forma de huelgas, es necesario aceptar toda la responsabilidad de esta actitud, incluso la de la defensa de las huelgas contra los amarillos mediante adecuadas medidas de contraviolencia.

Vayamos más lejos. Si las huelgas de los obreros contra los capitalistas o contra distintos grupos de capitalistas son admisibles, ¿tendrá Lansbury la temeridad de declarar inadmisibles la huelga general de los obreros contra un gobierno fascista que estrangula a las organizaciones obreras, destruye la prensa obrera e infesta las filas de

los obreros de provocadores y asesinos? Una vez más: la huelga general no puede tener lugar ni cada día ni a todas horas, y sólo es posible en condiciones concretas bien definidas. Pero esta es una cuestión de estrategia y de oportunidad. En lo que se refiere a la huelga general considerada como una de las armas más decisivas, es dudoso que Lansbury y todos sus correligionarios tomados en conjunto puedan imaginar otro medio susceptible de ser aplicado por el proletariado para conseguir resultados decisivos. Porque Lansbury no caerá tan bajo como para recomendar a los obreros que esperen a que el amor al prójimo se imponga a los corazones, digamos de los fascistas italianos, que son por lo demás, en gran número, piadosísimos católicos. Y si hay que admitir que el proletariado tiene, no solamente el derecho, sino también el deber de preparar la huelga general contra el régimen fascista, han de ser descontadas todas las consecuencias ulteriores de esta actitud. La huelga general no es una simple manifestación; significa una grave sacudida de la sociedad y pone en todo caso sobre el tapete los destinos del régimen político existente y el prestigio de la fuerza de la clase revolucionaria. No se puede emprender una huelga general sino cuando la clase obrera (y en primer lugar su vanguardia) se halla dispuesta a llevar la acción hasta el fin. Pero tampoco el fascismo se prepara a capitular ante unas pacíficas manifestaciones huelguistas. En caso de peligro inmediato y real, los fascistas pondrán en acción todos sus medios, utilizarán, en mayor medida que nunca, la provocación, el asesinato y el incendio. Se preguntará: ¿está permitido a los directores de una huelga general formar organizaciones para la defensa de los huelguistas contra la violencia del enemigo, para el desarme y la disolución de las bandas fascistas? Y como a nadie le ha sucedido jamás, en cuanto podemos recordar, el poder desarmar a los enemigos en pleno furor con ayuda de himnos religiosos, forzoso será evidentemente armar a los destacamentos revolucionarios con revólveres y granadas de mano hasta el momento en que logren apoderarse de los fusiles, de las ametralladoras y de los cañones. Pero ¿es tal vez en este punto donde empieza el territorio de la violencia inadmisible? Si es así, caemos, sin esperanza de salida, en contradicciones tan humillantes como absurdas. Una huelga general que no se defiende contra la violencia y el aplastamiento, es una manifestación de cobardía condenada a la derrota. Únicamente un traidor o un loco pueden incitar a la lucha en estas condiciones. La lucha huelguista desarmada, en virtud de una lógica independiente de Lansbury, arrastra consigo conflictos armados. Estos se producen a cada instante en las huelgas económicas, son absolutamente inevitables en la huelga revolucionaria política, en la medida en que ésta tiene por fin la subversión de un poder. Quien renuncia a la violencia debe renunciar en general a la lucha, esto es, colocarse prácticamente entre los defensores de la violencia *triumfante* de las clases dominadoras.

Pero la cuestión no está agotada todavía. La huelga general que nosotros suponemos tiene por fin el derrumbamiento del poder fascista. Este resultado no puede ser obtenido más que por la victoria sobre las fuerzas armadas del fascismo. En este punto cabe concebir aún dos hipótesis: la victoria directa sobre las fuerzas de la reacción, o el paso de éstas a la revolución. Ninguna de ambas hipótesis puede realizarse íntegramente. Una insurrección revolucionaria triunfa cuando logra infligir una derrota a las fuerzas más firmes, más resueltas y más seguras de la reacción y atraerse la simpatía de las restantes fuerzas armadas del régimen. Este resultado, digámoslo una vez más, no puede obtenerse sino en el caso en que las tropas gubernamentales titubeantes se convenzan de que las masas obreras no se limitan a manifestar su descontento, hallándose absolutamente resueltas a derribar, cueste lo que cueste, al gobierno, sin retroceder ante los medios más despiadados. Este sentimiento es el único capaz de hacer pasar a las tropas vacilantes del lado del pueblo. Cuanto más expectante, titubeante y evasiva sea la política de los directores de la huelga general,

menos vacilación habrá en las tropas, más firmemente sostendrán al poder y más probabilidades tendrá éste de salir victorioso de la lucha, para abatir a continuación la cabeza de la clase obrera con las más sangrientas represiones. En otros términos, cuando la clase obrera se ve obligada a recurrir para su emancipación a la huelga general, debe darse cuenta previamente de que esto lleva consigo inevitablemente la producción de colisiones armadas y de conflictos análogos, locales y generales; debe darse cuenta de antemano de que la huelga general no será reprimida sólo en el caso de haberse dado inmediatamente la respuesta necesaria a los rompeshuelgas, a los provocadores, a los fascistas, etc.; debe prever con anticipación que el gobierno cuyo destino se juega lanzará inevitablemente a la lucha, en tal o cual momento, sus fuerzas armadas, y que el destino del régimen y, por consiguiente, del proletariado dependerá del resultado del conflicto de las masas revolucionarias con esas fuerzas armadas. Los obreros deben previamente tomar todas las medidas precisas para atraer a los soldados del lado del pueblo mediante una agitación preliminar; pero también deben prever de antemano que siempre quedarán al gobierno bastantes soldados seguros o casi seguros para intentar reprimir la insurrección, de suerte que la cuestión se resolverá en último término por un conflicto armado, para el cual es necesario prepararse conforme a un plan determinado con anterioridad y en el que habrá que empeñarse con una entera resolución revolucionaria.

Sólo la más extrema resolución en la lucha revolucionaria puede arrancar las armas de manos de la reacción, abreviar la guerra civil y disminuir el número de sus víctimas. Si no se admite esto, no hay para qué tomar las armas; si no se toman éstas, imposible una huelga general; si se renuncia a la huelga general, no se puede pensar en una lucha seria. No queda entonces otro camino que educar a los obreros en el espíritu de una completa apatía, cosa de que se ocupan, por lo demás, la escuela oficial, los partidos gobernantes, los cleros de todas las Iglesias y... los predicadores socialistas de la inadmisibilidad de la violencia.

Pero es muy notable una cosa: del mismo modo como los filósofos idealistas se nutren en la vida cotidiana de pan, de carne y, en general, de viles materias; del mismo modo como, olvidando la inmortalidad del alma, se esfuerzan en no caer bajo las ruedas de un automóvil, así los señores pacifistas, adversarios impotentes de la violencia, idealistas “morales”, echan mano, cada vez que sus intereses inmediatos lo exigen, de la violencia política, utilizándola directamente o no. Como mister Lansbury no carece, al parecer, de cierto carácter, sus tristes aventuras le ocurren con más frecuencia que a otros. Durante el desarrollo de los debates parlamentarios sobre los sin trabajo (sesión de la Cámara de los Comunes del 9 de marzo de 1925), Lansbury recordó que la ley del seguro contra el paro fue promulgada, en su forma actual, en 1920, “menos para asegurar la existencia de los obreros y de sus familias, que, como lo decía recientemente lord Derby, para prevenir una revolución. En 1920 [continuaba Lansbury] todos los obreros que servían en el ejército fueron inscritos entre los asegurados, pues el Gobierno no tenía en este momento la seguridad de que no dirigieran sus fusiles en un sentido hartamente indeseable.” (*Times* del 20 de marzo de 1925.) Después de estas palabras, el informe parlamentario de la sesión menciona las “muestras de aprobación en los bancos de la oposición”, es decir, del Labour Party, y exclamaciones tales como: “¡Oh, oh!” en los bancos del Ministerio. Lansbury no cree en la violencia revolucionaria. Pero reconoce, sin embargo, a remolque de lord Derby, que el miedo a la violencia revolucionaria engendró la ley del seguro de los sin trabajo por el Estado. Lansbury combate los intentos de derogación de esta ley; cree, pues, que una ley nacida del miedo a la violencia revolucionaria proporciona ciertas ventajas a la clase obrera. Es casi demostrar matemáticamente la utilidad de la violencia revolucionaria, puesto que

(Lansbury nos permitirá esta observación), si no hubiera violencia, tampoco habría miedo a la violencia. Y si no hubiera la posibilidad real (y la necesidad) de volver en ciertos casos los fusiles contra el Gobierno, éste no tendría motivo para temer esta eventualidad. De suerte que la incredulidad de Lansbury en la violencia es un puro equívoco. De hecho, Lansbury la utiliza cada día, por lo menos en forma de argumento. También utiliza en la práctica las conquistas de la violencia revolucionaria de las décadas y siglos pasados. Únicamente se resiste a unir los dos cabos de su pensamiento. Repudia la violencia revolucionaria para la conquista del poder, esto es, para la liberación completa del proletariado, pero se acomoda perfectamente a la violencia, y hasta se aprovecha de ella en las luchas que no rebasan los cuadros de la sociedad burguesa. Mister Lansbury está a favor de la violencia en pequeño contra la violencia en grande. Nos hace pensar en un vegetariano que se conformara humildemente con la carne de los canarios y de los conejos, pero rechazase con virtuosa indignación la matanza de animales de mayor tamaño.

Hemos previsto, no obstante, que Mr. Lansbury o sus correligionarios más diplomáticos y más hipócritas nos objetarán: “Sí, contra el régimen fascista, contra un Gobierno despótico, la violencia puede ser después de todo, no nos apartamos de ello, hasta cierto punto admisible. Pero es totalmente inadmisibles en un régimen democrático.” Por nuestra parte, registramos en el acto esta objeción como una capitulación de principio, porque se trataba en primer lugar, no de saber en qué condiciones políticas es admisible la violencia o conforme con los fines perseguidos, sino si ésta sería admisible en general, desde un cierto punto de vista abstracto, humanitario, cristiano y socialista.

Cuando se nos dice que la violencia revolucionaria no es inadmisibles sino en un régimen de democracia política, se traslada toda la cuestión a otro plano. Lo que no quiere decir, sin embargo, que los adversarios demócratas de la violencia sean más profundos y más inteligentes que los cristianos humanitarios. No tardaremos mucho en convencernos sin gran trabajo de que no hay nada de eso.

¿Es cierto, en efecto, que la cuestión de la admisibilidad y de la conformidad de la violencia al fin perseguido quede resuelta según la forma más o menos democrática de la dominación burguesa? Esta concepción es desmentida completamente por la experiencia histórica. La lucha entre la tendencia revolucionaria y la tendencia pacífica, legal y reformista en el seno del movimiento obrero no empieza en el momento de la fundación de la república o de la institución del sufragio universal. En la época del cartismo, y hasta 1868, los obreros ingleses estuvieron privados de todo derecho al voto, esto es, del principal instrumento del desarrollo “pacífico”. El movimiento cartista estuvo, por tanto, dividido en partidarios de recurrir a la fuerza física, seguidos éstos por la masa, y partidarios de la fuerza moral, numerosos sobre todo entre los intelectuales pequeñoburgueses y los miembros de la aristocracia obrera. En la Alemania de los Hohenzollern, provista de un Parlamento impotente, los partidarios de las reformas parlamentarias y los protagonistas de la huelga general revolucionaria luchaban entre sí dentro de la socialdemocracia. En fin, en Rusia mismo, bajo la autocracia, bajo el régimen del 3 de julio, los mencheviques querían reemplazar los métodos revolucionarios de acción por la consigna de la lucha por la legalidad. Así, el argumento de la república burguesa o del sufragio universal, argumento supremo del reformismo y del legalismo, es el producto de una teoría limitada, de corta memoria o de una hipocresía innegable. En realidad, el reformismo legalista equivale a la humillación de los esclavos ante las instituciones y las leyes de los esclavistas. El sufragio universal ¿forma o no parte de estas instituciones, esté el edificio coronado por un monarca o por un presidente? Para el oportunista, esta cuestión es sólo secundaria. Está arrodillado

siempre ante el ídolo del Estado burgués y no accede a marchar hacia su ideal sino por las puertas para él construidas por la burguesía. Y estas puertas están construidas de tal manera, que son infranqueables.

¿Qué es la democracia política y dónde comienza? En otros términos, ¿dónde se halla y por dónde pasa el límite que la violencia no puede franquear? ¿Se puede, por ejemplo, llamar democracia a un país monárquico con una alta Cámara? ¿Está permitido recurrir a la violencia para abolir estas instituciones? Sin duda, se nos contestará a este respecto que la Cámara de los Comunes de Inglaterra es lo bastante poderosa para suprimir, si lo juzga conveniente, el poder real y la Cámara de los Lores, de suerte que la clase obrera tenga la posibilidad de completar pacíficamente la institución del régimen democrático en su país. Admitámoslo un instante. Pero ¿qué es la Cámara de los Comunes? ¿Puede ser calificada de democrática, aunque sólo sea desde un punto de vista formal? De ningún modo. Elementos importantes del pueblo están de hecho privados del derecho al voto. Las mujeres no votan sino sólo a partir de los treinta años, y los hombres, desde los veintiuno. La disminución de la edad electoral constituye, desde el punto de vista de la clase obrera, en la que se empieza a trabajar desde muy temprano, una reivindicación democrática elemental. Por otra parte, las circunscripciones electorales están preparadas en Inglaterra con tanta perfidia, que se necesita doble número de votos para elegir un diputado obrero que para elegir uno conservador. Retrasando la edad electoral, el Parlamento inglés excluye a la juventud activa de ambos sexos y confía los destinos del país a las generaciones más viejas, más fatigadas, que miran más bajo sus pies que hacia el futuro. Tal es el sentido de la negación del voto a los jóvenes. La cínica geometría de las circunscripciones electorales da a un voto conservador tanto peso como a dos votos obreros. De este modo, el actual Parlamento inglés constituye la más escandalosa burla de la voluntad del pueblo, aun entendiéndola en el sentido de la democracia burguesa. ¿Tiene realmente la clase obrera el derecho de exigir imperiosamente, aun manteniéndose en el terreno de los principios de la democracia, a la actual Cámara de los Comunes, privilegiada y de hecho usurpadora, la institución inmediata de un modo de sufragio verdaderamente democrático? Y si el Parlamento respondiese a esta reivindicación con un “no ha lugar”, cosa en nuestra opinión inevitable, toda vez que el Gobierno Baldwin acaba de rechazar la igualdad de la edad electoral para ambos sexos, ¿tendría el proletariado el derecho de exigir, por ejemplo, mediante la huelga general, a un Parlamento usurpador derechos electorales democráticos?

Y si fuese menester admitir que la usurpadora Cámara de los Comunes actual u otra más democrática decidiese derogar la monarquía y la Cámara de los Lores (cosa que no hay lugar a esperar), con ello no quedaría dicho que las clases reaccionarias, reducidas a minoría en el Parlamento, se someterían sin reserva. Bien recientemente hemos visto a los reaccionarios del Ulster, hallándose en desacuerdo con el Parlamento británico respecto a la organización del Estado irlandés, lanzarse, bajo la dirección de lord Carson, por el camino de la guerra civil, y a los conservadores ingleses apoyar abiertamente a los rebeldes del Ulster⁴². Pero, se responderá, esto sería una revuelta abierta por parte de las clases privilegiadas contra el Parlamento democrático, y claro es que esta revuelta sería reprimida con ayuda del aparato coercitivo del Estado. Tomamos nota de esta confesión, exigiendo al momento obtener de ella algunas conclusiones prácticas.

Admitamos por un instante que en las próximas elecciones vaya una mayoría obrera al Parlamento y éste, del modo más legal, resuelva empezar por confiscar sin indemnización, en beneficio de los colonos y de los parados crónicos, los dominios de los nobles terratenientes, por establecer un elevado impuesto sobre el capital, por abolir

la monarquía, la Cámara de los Lores y algunas otras instituciones no menos inconvenientes. No cabe ni la menor sombra de duda de que las clases poseedoras no se rendirán sin lucha, tanto menos cuanto que la policía, los tribunales y el ejército están íntegramente en sus manos. La historia de Inglaterra conoce ya el ejemplo de una guerra civil en la que un rey se apoyó en la minoría de los Comunes y la mayoría de los Lores contra la mayoría de los Comunes y la minoría de los Lores. Esto sucedía en 1630-1640. Sólo un cretino, un miserable cretino, repetimos, podría imaginarse seriamente que una repetición de esta especie de guerra civil (sobre la base de nuevas clases sociales) se ha hecho imposible en el siglo XX en razón de los evidentes progresos obtenidos en los tres últimos siglos por la filosofía cristiana, los sentimientos humanitarios, las tendencias democráticas y otras excelentes diversas cosas. El citado ejemplo del Ulster demuestra que las clases poseedoras no gastan bromas cuando el Parlamento, aun siendo el suyo propio, se ve obligado a atender por poco que sea contra su situación privilegiada. Es por tanto necesario, al prepararse a tomar el poder, prepararse también a todas las consecuencias necesarias de la inevitable resistencia de las clases directoras. Es preciso comprenderlo bien: si llegara al poder en Inglaterra un verdadero Gobierno obrero, aun siendo por los medios más democráticos, la guerra civil sería inevitable. El Gobierno obrero se vería en el caso de reprimir la resistencia de las clases privilegiadas. No podría a este fin utilizar el antiguo aparato del Estado, la antigua policía, los antiguos tribunales, la antigua milicia. El Gobierno obrero formado en el Parlamento se vería forzado a crear nuevos órganos revolucionarios, apoyándose en los sindicatos y, en general, en las organizaciones obreras. De ello resultaría un desenvolvimiento excepcional de la actividad y de la iniciativa de las masas obreras. En el terreno de la lucha inmediata contra las clases explotadoras, las Trade-Unions se unirían más activa y estrechamente entre ellas, no sólo por el órgano de sus directores, sino también por abajo, y concebirían la necesidad de constituir asambleas locales de delegados, es decir, de Consejos (Soviets) de diputados obreros. Un verdadero Gobierno obrero, en otros términos, un Gobierno absolutamente consagrado a los intereses del proletariado, se vería precisado de este modo a demoler el antiguo mecanismo gubernamental, instrumento de las clases poseedoras, y a oponerle el aparato de los Consejos obreros. Es decir, que el origen democrático del Gobierno obrero (aun si fuese posible) produciría la necesidad de oponer a una resistencia reaccionaria la fuerza de la clase revolucionaria.

Más arriba hemos demostrado que el Parlamento inglés de nuestros días representa una deformación monstruosa de los principios de la democracia burguesa, y no es nada probable que se pueda obtener de Inglaterra, sin la aplicación de la violencia revolucionaria, aunque no fuese nada más que una honrada distribución de las circunscripciones electorales, la abolición de la monarquía y de la Cámara de los Lores. Admitamos, sin embargo, que tales reivindicaciones hayan sido, de esta u otra manera, satisfechas. ¿Quiere esto decir que tendríamos en Inglaterra un Parlamento verdaderamente democrático? De ningún modo. El Parlamento londinense es un Parlamento de esclavistas. Representando del modo más idealmente democrático a un pueblo de cuarenta millones de almas, dicta leyes para los trescientos millones de habitantes de la India y dispone de los fondos que la dominadora Inglaterra extrae de sus colonias. La población de la India no participa en la confección de las leyes que determinan sus destinos. La democracia inglesa se parece a la de Atenas en el sentido de que la igualdad de los derechos democráticos (inexistente en realidad) es el privilegio de los ciudadanos que han nacido libres y descansa sobre la privación de derechos a las naciones inferiores. Por cada habitante de las Islas Británicas hay cerca de nueve esclavos coloniales. Aun si se considera la violencia revolucionaria como inadmisibles

en el seno de la democracia, tal principio no se extiende en ningún caso a los pueblos de la India, que se sublevarían, no contra la democracia sino contra un despotismo opresor. En tal caso, un inglés, si es verdaderamente demócrata, no puede reconocer la validez de las leyes británicas que conciernen a la India, Egipto, etc. Y como toda la vida social de Inglaterra, en tanto que potencia colonial, descansa sobre esas leyes, es evidente que la actividad entera del Parlamento de Westminster⁴³, punto de concentración de un poder de presa, es antidemocrática en sus fundamentos mismos. Desde un punto de vista democrático consecuente, sería necesario decir: mientras los indios, los egipcios, etc., no disfruten de la entera libertad de disponer de sí mismos, es decir, de separarse del Imperio, o en tanto que los indios, los egipcios, etc., no hayan enviado a un Parlamento del Imperio diputados elegidos en las mismas condiciones que los diputados ingleses e iguales a estos en derechos, los indios, los egipcios y asimismo los demócratas ingleses tendrán el derecho de levantarse contra un Gobierno de piratas creado por un Parlamento que sólo representa a una ínfima minoría de la población del Imperio británico. He aquí cómo se plantea la cuestión en Inglaterra si se examina la apelación a la violencia desde un punto de vista democrático, pero a fondo.

La negativa de los socialistas reformistas ingleses a reconocer a las masas oprimidas el derecho a la violencia es una odiosa renuncia a la democracia, una despreciable defensa de la dictadura imperialista de una ínfima minoría, ejercida sobre cientos de millones de oprimidos.

Antes de enseñar a los comunistas la santidad de la democracia y de acusar al poder de los Soviets, Mr. Macdonald haría bien en sonar él mismo.

Hemos estudiado primeramente la cuestión de la violencia desde el punto de vista humanitario, cristiano, clerical, y hemos quedado convencidos de que los socialpacifistas, buscando una solución a contradicciones sin salida, se ven constreñidos a abandonar sus posiciones y a admitir que, franqueado el umbral de la democracia, la violencia revolucionaria está permitida. Más lejos hemos demostrado que tan difícil es a los reguladores de la violencia invocar la concepción democrática como la concepción cristiana. En otros términos, hemos revelado la absoluta inconsistencia, la mentira, la hipocresía del socialpacifismo, colocándonos en su mismo terreno.

Esto no quiere decir que estemos dispuestos a reconocer la exactitud de sus primeros principios. Cuando se trata de resolver el problema de la violencia revolucionaria, el principio de la democracia parlamentaria no es para nosotros la más alta instancia. La humanidad no ha sido hecha para la democracia, sino que la democracia es uno de los medios auxiliares del desenvolvimiento de la humanidad. Cuando la democracia se convierte en un obstáculo, debe ser destruida. El tránsito del capitalismo al socialismo no viene obligado por unos principios democráticos formales que dominan a la sociedad, sino por las condiciones materiales del desenvolvimiento de la sociedad misma, por el desarrollo de las fuerzas productoras, por las contradicciones insolubles, internas e internacionales, del capitalismo, por la agravación de la lucha entre el proletariado y la burguesía. El análisis científico de todo el proceso histórico y la experiencia política de nuestra generación, comprendida la guerra imperialista, atestiguan asimismo que, sin el tránsito al socialismo, toda nuestra cultura está amenazada de descomposición y podredumbre. El proletariado, conducido por su vanguardia revolucionaria, arrastrando tras él a todas las masas laboriosas y oprimidas, así de la metrópoli como de las colonias, es el único que puede llevar a cabo el tránsito al socialismo. El criterio más alto de toda nuestra actividad en todas nuestras decisiones políticas es el interés de la acción revolucionaria del proletariado para la conquista del poder y la transformación de la sociedad. La pretensión de juzgar el movimiento proletario desde el punto de vista del principio abstracto y de los artículos jurídicos de la

democracia, no es a nuestros ojos sino pedantería reaccionaria. Sólo cabe, según, creemos, juzgar la democracia desde el punto de vista de los intereses históricos del proletariado. No se trata de la cáscara de la nuez, sino de la nuez misma. Las opiniones de los señores fabianos sobre la inadmisibilidad de un “estrecho punto de vista de clase” son puras necedades. Siendo de la incumbencia del proletariado las tareas fundamentales del desenvolvimiento social, los fabianos quisieran subordinarlas a las directivas escolares de los dómines. Entienden por solidaridad humana un burguesismo ecléctico, correspondiente a *la estrecha mentalidad de clase del pequeñoburgués*. La burguesía levanta, entre su propiedad y el proletariado revolucionario, el biombo de la democracia. Los dómines socialistas dicen a los obreros: hay que tomar posesión de los medios de producción, pero primero es necesario conseguir que la legislación adapte sus biombos a nuestros fines y medios. Pero ¿no se pueden derrumbar esos biombos? De ningún modo. ¿Por qué? Porque, aun cuando así salváramos a la sociedad, lesionaríamos el complicado sistema de mentira y de violencia gubernamentales que la burguesía nos ha acostumbrado a considerar como sacrosanta democracia.

Arrojados de sus dos primeras posiciones, los adversarios de la violencia pueden hacerse fuertes en una tercera línea de trincheras. Accediendo a dejar de lado la mística cristiana y la metafísica democrática, pueden intentar defender las leyes pacifistas, parlamentarias, de la democracia reformista con ayuda de argumentos tomados de la política puramente racional. Algunos de entre ellos pueden hablar más o menos este lenguaje: “Cierto es: las enseñanzas de Cristo no nos indican el medio de salir de las contradicciones del capitalismo británico; asimismo, la democracia no es una institución sagrada y sólo representa un producto temporal instrumental del desenvolvimiento histórico; pero ¿por qué no ha de aprovecharse la clase obrera del Parlamento democrático, de sus métodos, de sus procedimientos, de su aparato legislativo, para enseñorearse del poder y transformar la sociedad? Esto sería perfectamente natural y, desde todos los puntos de vista, el modo más económico de llevar a cabo la revolución socialista.”

Somos comunistas. De ninguna manera, sin embargo, estamos inclinados a aconsejar al proletariado inglés que vuelva la espalda al Parlamento. Por el contrario, cuando ciertos comunistas ingleses manifestaron esta tendencia, la combatimos en nuestros congresos internacionales. No se trata de saber si hay o no que sacar partido de la acción parlamentaria, sino de darse cuenta del lugar que le corresponde al Parlamento en el desarrollo social; de darse cuenta de si las fuerzas de las clases están en el Parlamento o fuera del Parlamento; de qué forma y en cuál campo de batalla chocarán esas fuerzas; de darse cuenta de si puede hacerse del Parlamento, creado por el capitalismo para su propio desenvolvimiento y para su propia defensa, una palanca destinada a derrumbar al capitalismo. Para responder a esta cuestión es preciso intentar representarse de modo algo concreto el ulterior desenvolvimiento político de Inglaterra. Claro está que todas estas anticipaciones sólo pueden tener un carácter de orientación condicional. Pero sin ellas nos veríamos obligados a tanteos en la oscuridad.

El Gobierno actual tiene en el Parlamento una mayoría estable. No es imposible, pues, que siga en el poder durante tres o cuatro años, aun cuando su vida puede ser más corta. Durante este período, el Gobierno conservador, que ha empezado por los discursos “conciliadores” de Baldwin, revelará que, en definitiva, está llamado a conservar todas las contradicciones y todas las llagas de la Inglaterra posterior a la guerra. A propósito de la más amenazadora de estas llagas, el paro crónico, el mismo partido conservador no se hace ilusiones. No cabe lugar a contar con un serio aumento de las exportaciones. La concurrencia de los Estados Unidos y del Japón crece por momentos; la industria alemana se reanima, Francia exporta con ayuda de un cambio

depreciado. Baldwin declara que los hombres políticos no pueden aliviar a la industria: ésta debe hallar el remedio en sí misma. Los nuevos esfuerzos, tendentes al restablecimiento de la moneda-oro, imponen a la población, y por consiguiente a la industria, nuevos sacrificios, lo cual presupone el crecimiento de la inquietud y del descontento. La “radicalización” de la clase obrera inglesa proseguirá a paso rápido. Este conjunto de hechos preparará el advenimiento al poder del Labour Party. Pero tenemos todas las razones para creer, o mejor, para esperar, que este proceso producirá no pocos disgustos, no ya a Baldwin, sino también a Macdonald. En primer lugar, hay que contar con un crecimiento numérico de los conflictos industriales y, paralelamente, con una presión más fuerte de las masas obreras sobre su representación parlamentaria. Ninguna de ambas cosas será muy del agrado de los líderes que aplauden los discursos conciliadores de Baldwin y expresan su sentimiento por la muerte de Curzon. La vida interior de la fracción parlamentaria del Labour Party se hará, como su situación en el Parlamento, cada vez más difícil. Por otra parte, no cabe dudar de que el tigre capitalista dejará bien pronto de ronronear su cantata de la gradación y enseñará suavemente sus garras. En estas condiciones, ¿conseguirá Macdonald conservar hasta las próximas elecciones su situación de líder? En otros términos, ¿cabe esperar desde ya una evolución a izquierda de la dirección del partido, hallándose éste en la oposición? Esta cuestión no tiene evidentemente una importancia decisiva y sólo por conjeturas se puede responder a ella. Se puede y se debe esperar en todo caso una tensión cada vez mayor entre la derecha y la pretendida “izquierda” del Labour Party, y, lo que es mucho más importante, un refuerzo de las tendencias revolucionarias en las masas. Las clases poseyentes seguirán con una inquietud creciente lo que suceda en el seno de la clase obrera y se prepararán mucho tiempo antes para las elecciones. La campaña electoral, en estas condiciones, habrá de revestir un carácter de extrema tensión. Las últimas elecciones, en las que figuró un documento falso puesto en circulación, a una señal del centro, en toda la prensa burguesa y en todas las reuniones públicas, sólo nos adelantaron un débil sabor.

El resultado de las elecciones, no suponiendo que éstas se transformen en guerra civil (lo cual, de modo general, no parece imposible), puede ser de triple suerte: o los conservadores volverán al poder, mas con una mayoría considerablemente disminuida, o ninguno de los partidos dispondrá de mayoría absoluta y volverá a reproducirse la situación parlamentaria del año último, pero en circunstancias menos propicias a los compromisos, o, en fin, la mayoría absoluta pasará al Labour Party.

En caso de una nueva victoria de los conservadores, la indignación y la impaciencia de los obreros se agravarán inevitablemente. La cuestión de la mecánica electoral, con la astuta geometría de las circunscripciones electorales, se planteará inevitablemente en toda su agudeza. La reivindicación de un nuevo Parlamento más democrático repercutirá más arriba. La lucha interior del Labour Party será quizá contenida durante cierto tiempo, por beneficiarse los elementos revolucionarios de una situación más favorable. ¿Cederán los conservadores en un punto en el que acaso se jueguen sus destinos? Es poco probable. Por el contrario: si la cuestión del poder se plantea ásperamente, los conservadores tratarán de dividir a los obreros apoyándose en los Thomas por arriba y en los tradeunionistas que se niegan a pagar las cotizaciones políticas por abajo. No queda excluido que el Gobierno conservador intente provocar colisiones para mejor reprimirlas, para intimidar a los filisteos liberales que están a la cabeza del Labour Party y hacer recular el movimiento. ¿Puede este propósito conseguir su objeto? La posibilidad de su resultado no queda tampoco excluida. En la medida en que los directores del Labour Party dirigen su partido con los ojos cerrados, sus perspectivas, sin la inteligencia de las realidades sociales, proporcionan a los

conservadores la ocasión de herir al movimiento en su etapa ulterior, más alta. Esta variante implicaría una derrota temporal, más o menos seria, de la clase obrera, pero, naturalmente, no tendría nada de común con la apacible evolución parlamentaria con que sueñan los conciliadores. Por el contrario, esta especie de derrota prepararía para la etapa siguiente una reanudación de la lucha de clases bajo formas más resueltamente revolucionarias y, por consiguiente, bajo una nueva dirección.

Si después de las próximas elecciones ningún partido tuviera la mayoría, el Parlamento caería en la postración. La repetición de una coalición obrero liberal no parece que pueda producirse después de la experiencia adquirida y en unas circunstancias dominadas por la tensión multiplicada de las relaciones entre las clases y entre los partidos. Es más probable que se formara un Gobierno conservador-liberal. Pero este resultado, en realidad, coincidiría con la variante que acabamos de examinar de una mayoría conservadora. Por el contrario, en el caso en que no se llevara a cabo el acuerdo, la única solución parlamentaria sería la revisión del sistema electoral. La cuestión de las circunscripciones, de los dobles turnos de elección, etc., pondría frente a frente a los dos principales partidos en lucha por el poder. Dividido el Parlamento en partidos de los cuales ninguno será bastante fuerte para tomar el poder, ¿podrá proceder a la reforma electoral? Es más que dudoso. Sería necesaria en todo caso una poderosa presión exterior. La debilidad de un Parlamento sin mayoría segura secundaría esta presión exterior. Pero nuevamente se abriría la perspectiva revolucionaria.

Esta variante intermedia no nos importa por ella misma, porque es evidente que una situación parlamentaria inestable tiene que resolverse en un sentido o en otro; es decir, llevar bien a un Gobierno conservador, bien a un Gobierno obrero. Hemos examinado la primera hipótesis. En cuanto a la segunda, ésta ofrece precisamente para nosotros, desde el punto de vista de nuestro tema, el mayor interés. La cuestión se plantea, pues, en estos términos: ¿cabe admitir que el Labour Party, asegurándose en las elecciones una mayoría absoluta y habiendo constituido un Gobierno, procederá pacíficamente a la nacionalización de las principales ramas de la industria, emprenderá la edificación socialista en los límites y por los métodos del sistema parlamentario actual?

Admitamos, para no complicar demasiado pronto la cuestión, que el grupo liberal-conciliador de Macdonald conserve durante las próximas elecciones la dirección oficial del partido, de suerte que la victoria del Labour Party conduzca a la constitución de un Ministerio Macdonald. Ya no será, sin embargo, la simple repetición de la primera experiencia; en primer lugar, porque el Gobierno obrero tendrá, en nuestra suposición, una mayoría propia, y, en segundo lugar, porque las relaciones entre los partidos están llamadas a hacerse inevitablemente más tirantes, sobre todo en caso de victoria del Labour Party. Ahora que los conservadores cuentan con una firme mayoría se sienten inclinados a tratar a Macdonald, Thomas y compañía con una cierta indulgencia protectora. Pero como los conservadores son de una madera más resistente que nuestros tristes socialistas, enseñarán picos y garras en cuanto se vean en minoría. No se puede dudar de una cosa: que si no han conseguido impedir por métodos parlamentarios o extraparlamentarios la formación de un Gobierno laborista, harán, encontrándose en minoría (en esta hipótesis, la más favorable, parece ser, al desenvolvimiento pacífico), cuanto de ellos dependa para sabotear, con ayuda de los funcionarios, de los tribunales, del ejército, de la Cámara de los Lores y de la Corte, todas las iniciativas del Gobierno laborista. Tanto ante los conservadores como ante los últimos liberales se planteará la tarea de comprometer a todo precio al primer Gobierno autónomo de la clase obrera. Se trata de vida y muerte. Hemos aquí bien lejos de la antigua lucha entre los liberales y los conservadores, en la cual los desacuerdos no

salían de la familia de las clases poseedoras. Las reformas, por poco serias que fuesen, emprendidas por el Gobierno laborista en el terreno fiscal, en el de la nacionalización y la democratización verdadera de la administración, suscitarían en las masas laboriosas una poderosa ola de entusiasmo, y (como el apetito viene comiendo) las reformas moderadas realizadas con éxito incitarían inevitablemente a otras más radicales. En otros términos, cada día alejaría para los conservadores la posibilidad de una vuelta al poder. Los conservadores no podrían dejar de darse cuenta clara de que no se trataba de una ordinaria sucesión en el Gobierno, sino del comienzo parlamentario de la revolución socialista. Los recursos de la obstrucción gubernamental y del sabotaje legislativo y administrativo son muy numerosos entre las manos de las clases poseyentes, porque, cualquiera que sea la mayoría parlamentaria, el aparato entero del Estado está de arriba abajo indisolublemente ligado a la burguesía. Esta tiene también en su poder toda la prensa, los órganos más importantes de la administración local, de las universidades, de las escuelas, de la Iglesia, de los innumerables clubes, y, en general, de las sociedades libres. Los bancos y todo el sistema de crédito social están entre sus manos, así como la organización de transportes y el comercio, de suerte que el aprovisionamiento cotidiano de Londres, comprendido el Gobierno laborista, depende de las grandes organizaciones capitalistas. Es completamente evidente que todos estos inmensos recursos serían puestos en acción con una formidable energía para entorpecer la actividad del Gobierno laborista, paralizar sus esfuerzos, intimidarle, escindir su mayoría parlamentaria y provocar, en fin, un pánico financiero y dificultades de aprovisionamiento, declarar lock-out, aterrorizar a los núcleos directores de las organizaciones obreras y reducir al proletariado a la impotencia. Sólo el último de los imbéciles puede no comprender que la burguesía removerá, en caso de advenimiento al poder de un verdadero Gobierno obrero, el cielo, la tierra y los infiernos.

El pretendido fascismo inglés de nuestros días no es por el instante más que una curiosidad, pero, de todos modos, una curiosidad sintomática. Los conservadores tienen aún bastante bien las bridas para que haya necesidad del concurso de los fascistas. Pero la tensión de las relaciones entre los partidos, la creciente tenacidad y el espíritu cada día más agresivo de las masas obreras; en fin, la perspectiva de una victoria del Labour Party precipitarán inevitablemente el desarrollo de las tendencias fascistas a la derecha de los conservadores. En un país empobrecido en el curso de los últimos años, en que la situación de la burguesía media y pequeña se ha agravado muy sensiblemente, donde el paro es crónico, no faltarán elemento para formar los batallones fascistas. No cabe, pues, duda de que en el momento de la victoria electoral del Labour Party los conservadores tendrán a su espalda, no sólo el aparato oficial del Estado, sino también las bandas extraoficiales del fascismo. Estas darán comienzo a su obra de provocación y de muerte aun antes de que el Parlamento haya abordado la lectura del primer *bill* sobre la nacionalización de las minas. ¿Qué le quedará por hacer al Gobierno laborista? Tendrá que capitular vergonzosamente o reprimir las resistencias. Pero esta última solución no será tan fácil. La experiencia de Irlanda atestigua que para reprimir una resistencia de esa naturaleza es necesaria una seria fuerza material y un Estado sólido. El Gobierno obrero no dispondrá ni de aquella ni de éste. La policía, los tribunales, el ejército, la milicia estarán de parte de los desorganizadores, de los obstrutores, de los fascistas. Será necesario hacer sombríos cortes entre los funcionarios, reemplazando a los reaccionarios con miembros del Labour Party. No habrá otra salida. Pero es de todo punto evidente que unas medidas tan rudas, aun cuando perfectamente legales, tendrán por resultado la intensificación hasta el más alto grado de las resistencias legales e ilegales de la reacción burguesa unificada. En otros términos: éste sería precisamente el camino de la guerra civil.

¿Quizá una vez el Labour Party en el poder procederá con tanta circunspección, tacto y habilidad, que la burguesía no experimentará (¿cómo expresarse?) la necesidad de una resistencia activa? Esta suposición es, bien entendido, perfectamente risible. Hay que reconocer, no obstante, que tal es la principal esperanza de Macdonald y Cía. Cuando el triste líder actual de los “socialistas independientes” dice que el Labour Party llevará a cabo tal o cual reforma cuya posibilidad está “científicamente” demostrada (ya conocemos la “ciencia” de Macdonald), quiere decir que, antes de emprender cada una de esas reformas, el Gobierno laborista solicitará con la mirada el permiso de la burguesía. Cierto; si todo dependiera de la buena voluntad de Macdonald y de sus reformas “científicamente” justificadas, jamás se llegaría a la guerra civil, no teniendo la burguesía el menor motivo para llegar a este extremo. Si el segundo Gobierno Macdonald hubiera de ser semejante al primero, no sería necesario suscitar la cuestión de las posibilidades de realización del socialismo por los métodos parlamentarios, puesto que el presupuesto de la City de Londres nada tiene de común con el presupuesto del socialismo. Pero la política del Gobierno laborista, aun cuando tuviera que conservar su antigua composición, tendrá que sufrir alguna modificación. Sería ridículo creer que el poderoso empuje obrero que llevará a Macdonald al poder se retirará inmediatamente después con todo respeto. No; las reivindicaciones de la clase obrera revestirán una amplitud extraordinaria. No podrán ser eludidas invocando la dependencia del Gobierno frente a los votos liberales. La resistencia de los conservadores, de la Cámara de los Lores, de la burocracia y de la monarquía duplicará la energía, la impaciencia y la indignación de los obreros. La calumnia y las campañas de la prensa capitalista los excitarán. Si en estas circunstancias su propio Gobierno hubiera de dar pruebas de la más auténtica energía, aun así parecería demasiado indeciso a las masas obreras. Pero tanto derecho tenemos a esperar energía revolucionaria de parte de Macdonald, de Clynes⁴⁴, de Snowden, como de una patata podrida. El Gobierno Macdonald se debatirá entre la ofensiva revolucionaria de las masas y la encarnizada resistencia de la burguesía, irritando a unos sin satisfacer a los otros, provocando por su blandura a la burguesía, avivando la impaciencia revolucionaria de los obreros, encendiendo la guerra civil y esforzándose él mismo en privar al proletariado de una dirección necesaria. Pero el ala revolucionaria del movimiento crecerá; inevitablemente, los elementos más clarividentes, más enérgicos y revolucionarios de la clase obrera irán subiendo. Pronto o tarde, el Gobierno de Macdonald será obligado a ceder el sitio, según la proporción de las fuerzas fuera del Parlamento, sea a un Gobierno conservador de tendencia fascista y nada conciliadora, sea a un Gobierno revolucionario verdaderamente capaz de llevar a buen fin su obra. En ambos casos será inevitable una nueva explosión de guerra civil, un nuevo choque de las clases en toda la línea. En caso de victoria de los conservadores, las organizaciones obreras serán destruidas implacablemente. En caso de victoria del proletariado, la resistencia de los explotadores será aniquilada por la dictadura revolucionaria. ¿Estas cosas les desagradan, Mylords? Nada podemos hacer. Los resortes fundamentales del movimiento dependen tan poco de nosotros como de vosotros. No decretamos nada. No hacemos más que analizar.

No faltarán, sin duda, entre los elementos de izquierda, mitad partidarios, mitad adversarios de Macdonald, que como él se colocan en la plataforma democrática, gentes que dirán: “Claro es que, si la clase burguesa intenta resistir al Gobierno obrero, democráticamente elegido, este último no retrocederá ante las más severas medidas coercitivas; pero esto no será el ejercicio de una dictadura de clase: será el ejercicio del poder del Estado democrático que... que..., etc.” Es casi inútil discutir en este terreno. Imaginarse, en realidad, que el destino de la sociedad puede ser determinado mandando al Parlamento 307 diputados obreros, es decir, una minoría, o 308, es decir, una

mayoría, y no por la proporción real de las fuerzas en el momento del más áspero conflicto de las clases sobre las cuestiones fundamentales de su existencia, sería caer en el imperio absoluto del fetichismo de la aritmética parlamentaria. Pero ¿qué se hace, preguntaremos nosotros, si los conservadores, viendo subir la ola revolucionaria y crecer el peligro de un Gobierno obrero, no se limitan sólo a negar la democratización del sistema electoral, sino que, por el contrario, introducen en él nuevas restricciones?

“¡Inverosímil!”, exclamará el inocente que no comprende que todo es verosímil cuando se trata de vida o muerte para las clases. Ya ahora se está cumpliendo un vasto trabajo preparación en los más altos círculos de la sociedad inglesa, con vistas a la reorganización y refuerzo de la Cámara de los Lores. Macdonald ha declarado recientemente a este propósito que él comprende muy bien que ciertos lores conservadores se preocupen de esto, pero que no puede comprender por qué los liberales manifiestan las mismas aspiraciones. Este sabio prudente no puede comprender por qué fortifican los liberales la segunda línea de trincheras contra la ofensiva de la clase obrera. Y no lo comprende porque él mismo es un liberal, pero provinciano, estrecho, mezquino. No comprende que la burguesía tiene intenciones serias, que se prepara a una lucha mortal, que la Corona y la Cámara de los Lores tendrán una gran plaza en esta lucha. Mermados los derechos de la Cámara de los Comunes, es decir, perpetrado este golpe de Estado legal, los conservadores se encontrarán, a pesar de todos los obstáculos del empeño, en una situación más ventajosa que si hubieran tenido que organizar la resistencia contra un Gobierno obrero ya asegurado. “Pero en este caso, exclamará algún parlanchín de la “izquierda”, llamaríamos, naturalmente, a las masas a la resistencia.” ¿Es decir, a recurrir a la violencia revolucionaria? Resulta de aquí que no sólo esta permitida la violencia revolucionaria, sino que hasta es inevitable si los conservadores llevan a cabo, por las más legales vías parlamentarias, un golpe de Estado preventivo. ¿No es, pues, más sencillo decir desde el principio que la violencia revolucionaria conviene a los fines perseguidos cuando fortifica las posiciones del proletariado, debilita o rechaza al enemigo, apresura el desenvolvimiento socialista de la sociedad?

Pero las heroicas promesas de una resistencia fulminante si los conservadores se atrevieran, etc., no valen una cáscara de huevo. No se puede estar meciendo día por día a las masas con las divagaciones de la transición pacífica, indolora, legal, parlamentaria, democrática al socialismo, para llamarlas después, en la primera escaramuza seria, a la resistencia armada. Es la manera mejor de facilitar a la reacción la derrota del proletariado. Para que puedan mostrarse las masas capaces de una resistencia revolucionaria, deben ser materialmente preparadas para ello, así como en el terreno de las ideas y de la organización. Han de comprender la ineluctabilidad de la agravación de la lucha de clases y de su transformación en guerra civil en una fase determinada. Hay que combatir diariamente las ilusiones conciliadoras, es decir, declarar a las lamentables concepciones de Macdonald una guerra a muerte. La cuestión se plantea así, nada más que así.

Cabe tal vez decir, haciendo abstracción de diversas condiciones concretas, que Macdonald tuvo en el pasado una ocasión de facilitar grandemente el paso al socialismo, reduciendo a un mínimo los choques de la guerra civil. Esto fue cuando el primer advenimiento al poder del Labour Party. Si Macdonald hubiera inmediatamente puesto al Parlamento en presencia de un programa enérgico (liquidación de la monarquía y de la Cámara de los Lores, elevado impuesto sobre el capital, nacionalización de los medios de producción más importantes, etc.) y luego hubiese, disolviendo los Comunes, llamado con una resolución revolucionaria al país para que éste se manifestase, hubiera podido esperar sorprender en cierta medida a las clases

dominantes, no darles tiempo de reunir sus fuerzas, aplastarlas bajo la presión de las masas obreras, apoderarse del mecanismo del Estado y renovarlo antes de que hubiera podido constituirse el fascismo británico, haciendo pasar de este modo a la revolución, legalizada y conducida por una mano firme, por las puertas del Parlamento. Pero es de todo punto evidente que esta posibilidad era meramente teórica. Hubiera sido menester otro Labour Party, con otros jefes, y esto supondría otra situación. Y si evocamos esta hipótesis teórica relativa al pasado, únicamente lo hacemos para hacer resaltar mejor su imposibilidad para lo futuro. Esa primera experiencia de un Gobierno laborista, a pesar de toda la apocada incapacidad que lo presidió, ha sido para las clases directoras una seria advertencia histórica. Ya no se podrá cogerlas desprevenidas. Desde entonces observan con una vigilancia reduplicada la vida de la clase obrera y todos los procesos que en su seno se cumplen. “En ningún caso dispararemos los primeros”, declaraba, de manera en apariencia muy inopinada, el humanísimo, el piadosísimo, el cristianísimo Mr. Baldwin en un discurso parlamentario. Y hubo en los bancos del grupo laborista imbéciles para aplaudir estas palabras. Baldwin jamás ha dudado ni un segundo de que será necesario disparar. Trata sólo de arrojar de antemano la responsabilidad de la futura guerra civil, por lo menos a los ojos de las clases intermedias, sobre el enemigo, sobre los obreros. De igual modo trabajan los diplomáticos de cada país, previendo la próxima guerra, en la tarea de imputar anticipadamente la culpabilidad al enemigo. También el partido proletario tiene interés en hacer recaer la responsabilidad de la guerra civil sobre los medios capitalistas directores, y sus razones políticas y morales para ello son y serán de un peso mucho mayor. Puede admitirse que el atentado de los conservadores contra los derechos de la Cámara de los Comunes sería uno de los motivos de agitación más nobles, pero, en definitiva, esto no es más que una circunstancia de cuarto o quinto orden. Aquí tratamos, no de los pretextos de la conflagración revolucionaria, sino del problema del adueñamiento del Estado a fin de pasar al socialismo. El Parlamento no asegura en ningún grado la transición pacífica: la violencia de la clase obrera es necesaria e inevitable. Es preciso prepararse a ello y preparar a los demás. Hay que dar a las masas una educación revolucionaria; hay que templarlas. La primera condición para esta obra es una lucha irreconciliable contra el espíritu corruptor de los Macdonald.

Una comisión de la Cámara de los Lores decidía solemnemente el 25 de marzo de 1925 que el título de duque de Sommerset debía pasar a un cierto Mr. Seymour, quien a la vez recibía el derecho de legiferar en la Cámara alta. Esta decisión en favor de Seymour había dependido de una circunstancia previa: al casarse en 1787 un cierto coronel Seymour para dar a la Gran Bretaña, al cabo de varias generaciones de distancia, un nuevo lord, ¿vivía el primer marido de su mujer o había fallecido en Calcuta? Cuestión, como se ve, de una importancia excepcional para los destinos de la democracia inglesa. En el mismo número del *Daily Herald* en que se relata la edificante historia del primer marido de la mujer del cuadrabuelo del legislador Seymour, la redacción se defiende de querer introducir en Inglaterra las instituciones soviéticas. ¡No, no! ¡Nosotros sólo somos partidarios de las relaciones comerciales con los Soviets; de ninguna manera queremos un régimen soviético en Inglaterra!

¿Y qué habría de lamentable, nos permitimos preguntar, en la aplicación de los métodos soviéticos a la técnica inglesa, a la industria inglesa, a los hábitos culturales de la clase obrera inglesa? Quiera el *Daily Herald* considerar qué consecuencias se seguirían del establecimiento del régimen soviético en la Gran Bretaña. Serían abolidas: primero, la monarquía, lo que tendría por efecto excusar a Mrs. Snowden de la necesidad de lamentar el surmenage de los miembros de la familia real; segundo, la Cámara de los Lores, en la que legiferan los señores Seymour en virtud de mandatos que les procura el fallecimiento en tiempo oportuno de su bisabuela; tercero, el

Parlamento actual, cuya ficción e impotencia recuerda casi todos los días el *Daily Herald*. El parasitismo de los nobles latifundistas desaparecería para siempre. Las principales ramas de la industria pasarían a manos de la clase obrera, que forma en Inglaterra la aplastante mayoría de la nación. El poderoso aparato de los periódicos conservadores y liberales, así como las casas editoriales, podrían ser empleados para ilustrar a la clase obrera. “¡Dadme la dictadura sobre Fleet Street (la calle donde están instalados en Londres la mayor parte de los periódicos) nada más que por un mes, y acabaré con la hipnosis!”, exclamaba Robert Williams⁴⁵ en 1920. Williams ha cambiado después de postura, pero la Fleet Street espera, como en el pasado, el puño del proletariado... Los obreros elegirían sus representantes, no en las circunscripciones electorales, establecidas para engañarlos, que actualmente dividen a Inglaterra, sino por fábricas y talleres. Los Consejos de diputados obreros (Soviets) renovarían de arriba abajo todo el aparato del Estado. Los privilegios del nacimiento y de la riqueza desaparecerían con la adulterada democracia mediatizada por los Bancos. Se establecería una verdadera democracia obrera que reuniría la gestión de la economía del país con su administración política. Un Gobierno por primera vez verdaderamente apoyado en el pueblo establecería relaciones libres, igualitarias y fraternales con la India, Egipto y las demás colonias actuales. Concertaría sin dilación una poderosa alianza política y militar con Rusia obrera y campesina. Esta alianza se establecería por largos años; los planes económicos de los dos países serían concertados por largos años, de modo que coincidiesen en los puntos útiles. El intercambio de los bienes, los productos y los servicios entre los dos países, complementarios uno del otro, elevaría a un grado sin precedente el bienestar material y espiritual de las masas laboriosas de Inglaterra y de Rusia. ¿Sería tan lamentable? ¿Y por qué hay que justificarse de la acusación de querer introducir en Inglaterra el orden soviético? La burguesía pretende, aterrorizando a la opinión pública obrera, inspirarle el saludable temor de cualquier atentado contra el régimen británico actual. Y la prensa obrera, en lugar de desenmascarar implacablemente esta política de hipnosis reaccionaria, se adapta a ella cobardemente y, por eso mismo, la sostiene. Es lo propio de los Macdonald.

Los oportunistas ingleses, como los del continente, más de una vez han dicho que los bolcheviques no habían llegado a la dictadura sino gracias a la lógica de la situación y a despecho de todos sus principios. Sería profundamente edificante examinar desde este punto de vista la evolución del pensamiento marxista y revolucionario en general, en la cuestión de la democracia. Nos vemos obligados aquí a limitarnos a dos testimonios de curso. Ya en 1887, Lafargue⁴⁶, uno de los más próximos discípulos de Marx, unido a este último por lazos personales, trazaba en estos términos el desenvolvimiento general de la revolución en Francia: “La clase obrera dominará en las ciudades industriales, las cuales, convertidas en centros revolucionarios, formarán una federación para atraer a los campos al lado de la revolución y vencer la resistencia que se organizará en las ciudades mercantiles y marítimas, tales como El Havre, Burdeos, Marsella, etc. En las ciudades industriales, los socialistas deberán tomar el poder local, armar a los obreros y organizarlos militarmente. “Quien tiene armas tiene pan”, decía Blanqui. Abrirán las puertas de las cárceles, pondrán en libertad a los ladronzuelos y guardarán a los grandes, banqueros, capitalistas, grandes industriales, grandes propietarios, etcétera, bajo cerrojo. No se los molestará, pero se los considerará como rehenes responsables de la buena conducta de su clase. El poder revolucionario se formará por la simple conquista, y sólo cuando el nuevo poder sea completamente dueño de la situación pedirán los socialistas al llamado sufragio universal la sanción de sus actos. Los burgueses han tenido durante tanto tiempo alejadas de las urnas a las clases desposeídas, que no deberán sorprenderse demasiado si todos los antiguos

capitalistas son privados de los derechos electorales hasta el momento en que haya triunfado el partido revolucionario.” (P. Lafargue, *Oeuvres complètes*, tomo 1, pág. 330.)

Para Lafargue no se decide el destino de la revolución con la convocatoria de una cierta asamblea constituyente, sino por la organización revolucionaria de las masas en la lucha contra el enemigo. “Una vez establecidas las instituciones revolucionarias locales, éstas deberán organizar, por vía de delegación, un poder central al cual incumbirá el deber de tomar las medidas generales exigidas por el interés de la revolución y el de oponerse a la formación de un partido reaccionario.” (Idem, ídem.) Claro está que estas líneas todavía no contienen una definición algo precisa del sistema soviético, que, en general, no se deduce de un principio *a priori*, sino que es el producto de la experiencia revolucionaria. Sin embargo, la constitución del poder revolucionario central por vía de delegación emanada de los órganos revolucionarios locales en lucha con la reacción se aproxima extraordinariamente por su concepción al sistema soviético. En cuanto a la democracia formal, Lafargue define en todo caso con admirable claridad su actitud. La clase obrera no podrá obtener el poder sino por vía de conquista revolucionaria. “El sufragio llamado universal”, como irónicamente se expresa Lafargue, no podrá ser instituido sino después de que el proletariado se haya hecho dueño del Estado. Aun entonces los burgueses deben ser privados de los derechos electorales y los grandes capitalistas tratados como rehenes. Quienquiera recuerde las relaciones de Lafargue con Marx no podrá dudar de que Lafargue expuso sus reflexiones sobre la dictadura del proletariado luego de numerosas conversaciones con Marx. Si Marx no dilucidó por sí mismo en detalle estas cuestiones, fue, naturalmente, por la única razón de que el carácter de una dictadura revolucionaria de clase era obligado a sus ojos. Lo que Marx ha dicho en 1848-49, y también en 1871, a propósito de la Comuna de París, no permite dudar de que Lafargue no ha hecho sino desarrollar las ideas del maestro.

No fue Lafargue el único partidario de la dictadura de clase opuesta a la democracia. Ya en la época del cartismo se expuso esta idea con suficiente claridad. El *Poor man's Guardian*, con ocasión de la proyectada extensión del voto, propuso “la única reforma justa: únicamente los productores de bienes económicos deben tener el derecho de legiferar!”⁴⁷ La importancia del cartismo consiste precisamente en que dio un cierto modo durante diez años una anticipación sumaria de toda la historia ulterior de la lucha de clases. Bajo muchos aspectos, el movimiento retrocedió a continuación. Amplió su base, acumuló experiencia. Ineludiblemente retornará, sobre una base nueva y superior, a no pocas ideas y métodos del cartismo.

VI Dos tradiciones: la revolución del Siglo XVII y el chartismo

El redactor del *Daily Herald* dudaba recientemente de que fuese permitido calificar a Oliverio Cromwell de “*pionner* del movimiento obrero”. Uno de los colaboradores del mismo periódico, abundando en el mismo sentido, recordaba la implacable represión del movimiento de los *Levellers* (la secta de los Niveladores (comunistas)), por Cromwell. Estas reflexiones y estos datos son sumamente característicos en cuanto a la concepción de la historia entre los directores del Labour Party. Que Oliverio Cromwell haya sido el Premier de la sociedad *burguesa* y no de la sociedad *socialista*, es un hecho, según parece, para cuya demostración sería superfluo consagrar dos palabras. Este gran burgués revolucionario fue un adversario del sufragio universal, en el que veía un peligro para la propiedad privada. Los señores Webb, marido y mujer, deducen de aquí, sea dicho de paso, la *incompatibilidad* de la

democracia con el capitalismo, olvidando deliberadamente que el capitalismo ha aprendido a acomodarse del mejor modo a la democracia y a manejar el instrumento del sufragio universal tan bien como el de la Bolsa⁴⁸. No obstante, los obreros ingleses pueden aprender mucho más de Cromwell que de Macdonald, Snowden, Webb y toda la hermandad conciliadora. Cromwell fue en su tiempo un gran revolucionario y supo defender, sin detenerse ante nada, los intereses de la nueva sociedad burguesa contra la antigua sociedad aristocrática. Esto es lo que se debe aprender de él; el león muerto del siglo XVII vale a este respecto mucho más que muchos canes vivos.

A remolque de todos los autores vivos (que no son unos leones precisamente) de los editoriales del *Manchester Guardian* y otros órganos liberales, los líderes del partido obrero oponen habitualmente la democracia a todos los Gobiernos despóticos, ya se trate de la dictadura de Lenin o de la de Mussolini. En nada mejor que en esta yuxtaposición se expresa la estupidez de las perspectivas históricas de esos caballeros. No es que nos inclinemos a negar *post factum* la dictadura de Lenin, cuyo poder fue excepcional si se tiene en cuenta su influencia real sobre todo el curso de las cosas en un Estado inmenso. Pero ¿puede hablarse de una dictadura omitiendo su contenido histórico-social? La historia ha conocido la dictadura de Cromwell, la de Robespierre, la de Araktcheief, la de Napoleón I, la de Mussolini. No cabe discutir con el imbécil que sitúa en un mismo plano a un Robespierre y a un Araktcheief. Diferentes clases se han encontrado obligadas, en distintas condiciones, con diversos fines, a conferir, en los períodos más difíciles y de mayor responsabilidad de su historia, una fuerza y un poder excepcionales a aquellos de entre sus jefes que se inspiraban del modo más completo y manifiesto en sus intereses fundamentales. Cuando se trata de dictadura, conviene ante todo distinguir qué intereses, los intereses de qué clase encuentran en ella su expresión histórica. Oliverio Cromwell en una época, Robespierre en otra, expresaron las tendencias históricas progresivas de la sociedad burguesa. William Pitt, que anduvo también muy cerca de la dictadura personal, defendió los intereses de la monarquía, de las clases privilegiadas, de las altas capas de la burguesía contra la revolución de la pequeña burguesía representada por Robespierre. Los pedantes liberales se proclaman habitualmente adversarios así de la dictadura de la derecha como de la dictadura de izquierda, sin desaprovechar por eso el sostener en la práctica la dictadura de derecha. Por el contrario, para nosotros la cuestión se resuelve así: una dictadura empuja a la sociedad hacia adelante, otra la hace retroceder. La dictadura de Mussolini es la dictadura de la burguesía italiana prematuramente podrida, impotente, roída hasta la medula: lleva el sello de los accidentes terciarios del mal mortal. La dictadura de Lenin expresa la poderosa ascensión de una nueva clase histórica y su duelo sobrehumano contra todas las fuerzas de la vieja sociedad. Si hay que comparar a Lenin con alguien, no es a Bonaparte a quien hay que compararle, ni mucho menos a Mussolini: es a Cromwell y a Robespierre. Hay derecho suficiente para ver en Lenin al Cromwell proletario del siglo XX. Esta definición será la apología más alta del Cromwell pequeñoburgués del siglo XVII.

La burguesía francesa, después de falsificar la Gran Revolución, la ha adoptado, la ha amonedado y puesto en circulación. La burguesía inglesa ha borrado hasta el recuerdo de la revolución del siglo XVII, disolviendo todo su pasado en la idea de “evolución gradual”. Los obreros adelantados de Inglaterra tienen que desenterrar la revolución británica y descubrir en ella, bajo las escamas de la religiosidad, la lucha formidable de las fuerzas sociales. El proletariado inglés puede encontrar en el drama del siglo XVII grandes precedentes de acción revolucionaria. Tradición nacional asimismo, pero perfectamente legítima, muy en su lugar para el arsenal de la clase obrera. El chartismo es otra gran tradición nacional del movimiento obrero inglés para

el proletariado. El conocimiento de estas dos épocas es indispensable para todo obrero inglés consciente. Aclarar el sentido histórico de la revolución del siglo XVII y el contenido revolucionario del chartismo es uno de los más importantes deberes de los marxistas ingleses.

Estudiar la época revolucionaria del desenvolvimiento de Inglaterra, época que duró aproximadamente desde la convocación forzada del Parlamento por Carlos Estuardo hasta la muerte de Oliverio Cromwell, es ante todo necesario para comprender el lugar del parlamentarismo, y en general del derecho, en la historia viva y no imaginaria. El gran historiador nacional Macaulay mengua el drama social del siglo XVII velando la lucha intestina de las fuerzas sociales bajo lugares comunes, con frecuencia interesados, pero siempre conservadores. El conservador francés Guizot⁴⁹ aborda los acontecimientos con más profundidad. Sea lo que quiera, cualquiera la exposición que se tome, el hombre que sepa leer y sea capaz de advertir bajo las sombras históricas las realidades vivas, físicas, las clases, los partidos, adquirirá la convicción, por la experiencia de la revolución inglesa, del papel subalterno, auxiliar y convencional del derecho en la mecánica de las luchas sociales, sobre todo en las épocas revolucionarias, cuando entran en juego los intereses esenciales de las clases fundamentales de la sociedad.

Vemos en Inglaterra, hacia 1630-1640, un Parlamento fundado en el más singular derecho electoral y, sin embargo, considerado como la representación del pueblo.

La Cámara baja representaba a la nación al representar a la burguesía y, por consiguiente, a las riquezas nacionales. Bajo el reinado de Carlos I se comprobó, no sin estupefacción, que la Cámara de diputados era más rica que la de los lores. El rey disolvía este Parlamento y lo convocaba nuevamente cuando a ello le obligaban sus necesidades financieras. El Parlamento crea un ejército para defenderse. El ejército concentra poco a poco a los elementos más activos, más viriles, más resueltos. Esta es justamente la razón por la cual el Parlamento capitula ante el ejército. La razón, decimos. Entendemos con ello que el Parlamento capitula, no ante una fuerza armada (no había capitulado ante el ejército del rey), sino ante el ejército puritano de Cromwell, que expresa con más audacia, con mayor resolución y mayor espíritu de continuidad que el mismo Parlamento las necesidades de la revolución.

Los partidarios de la Iglesia episcopal o anglicana, medio católica, formaban el partido de la corte, de la nobleza y, naturalmente, del alto clero. Los presbiterianos formaban el partido de la burguesía, el partido de la riqueza y de las “luces”. Los “independientes”, y sobre todo los puritanos, constituían el partido de la pequeña burguesía y de la pequeña propiedad.

Los *Levellers* (niveladores) eran el naciente partido de la izquierda de la burguesía o plebe. Bajo las apariencias de querellas entre Iglesias, bajo la forma de la lucha por la organización religiosa de la Iglesia, las clases se determinaban y se agrupaban sobre nuevas bases burguesas. En política, el partido presbiteriano defendía una monarquía limitada; los “independientes”, que entonces se llamaban “reformadores radicales” (*Root and Branch Men*), defendían la república. La dualidad de los presbiterianos correspondía perfectamente a los intereses contradictorios de la burguesía, cogida entre la nobleza y la plebe. El partido de los “independientes”, que tenía el valor de llevar las ideas y los lemas de combate hasta sus últimos desenvolvimientos, eliminó, naturalmente, a los presbiterianos entre las masas pequeño-burguesas despiertas de la pequeña burguesía de las ciudades y del campo, factor principal de la revolución.

Los acontecimientos se desenvolvían empíricamente. Luchando por el poder y por los intereses de los poseedores, ambos adversarios se amparaban en la legalidad. Guizot lo expone muy bien:

“Entre él (Carlos I) y el Parlamento empezó entonces una lucha hasta allí sin ejemplo en Europa. Las negociaciones continuaron, pero sin que ninguno de los dos partidos esperara nada de ellas o se propusiera ni aun tratar. Ya no era uno al otro a quien se dirigían en sus declaraciones y mensajes; ambos hablaban a la nación entera, a la opinión pública: ambos parecían esperar de este nuevo poder su fuerza y su triunfo. El origen y la extensión del poder real, los privilegios de las Cámaras, los límites del deber de fidelidad impuesto a los súbditos, la milicia, las peticiones, la distribución de los empleos se convirtieron en tema de una controversia oficial en la que alternativamente se alegaban, explicaban y comentaban los principios generales del orden social, la diferente naturaleza de los gobiernos, los primitivos derechos de la libertad, la historia, las leyes, las costumbres de Inglaterra. Entre los debates de los dos partidos en el seno de las Cámaras y su encuentro a mano armada en los campos de batalla, se vio interponerse, por así decir, durante varios meses, al raciocinio y la ciencia, suspender el curso de los acontecimientos y desplegar sus más hábiles esfuerzos para conquistar la libre adhesión de los pueblos imprimiendo a una o a otra causa el carácter de la legitimidad.

“En el momento de sacar la espada, todos se asombraron y conmovieron...

“Ahora los dos partidos se acusaban recíprocamente de ilegalidad y de innovación, y ambos con justicia, porque uno sabía violado los antiguos derechos del país y no abjuraba de las máximas de la tiranía, y el otro reclamaba, en virtud de principios confusos todavía, unas libertades y un poder ‘hasta entonces desconocidos’”.⁵⁰

A medida que se desarrollaba la guerra civil, los realistas más activos abandonaban la Cámara de los Comunes de Westminster y la Cámara de los Lores y se dirigían a York, al cuartel general de Carlos: el Parlamento se escindía como en todas las grandes épocas revolucionarias. En un caso así, el hecho de que la mayoría legal, en tal o cual circunstancia, se halle del lado de la revolución o del lado de la reacción no tiene una importancia decisiva.

En cierto momento de la historia política, la suerte de la democracia no dependió del Parlamento (por terrible que esto sea para los pacifistas escrofulosos), sino de la caballería. En la primera fase de la lucha, la caballería real, el arma más importante de la época, llevó el terror a las filas de la caballería del Parlamento. Hecho digno de observación, el mismo fenómeno advertimos en las revoluciones ulteriores y sobre todo en la guerra civil de los Estados Unidos, en la que la caballería sudista tuvo al principio una superioridad innegable sobre la caballería nordista, y, en fin, en nuestra revolución, en cuyo primer período los jinetes blancos nos dieron crueles golpes antes de que los obreros aprendieran a montar bien. Por su mismo origen, la caballería es el arma más familiar de la nobleza. La caballería real tenía una cohesión mayor y daba pruebas de mayor resolución que la caballería del Parlamento, reclutada aquí y acullá. La caballería de los sudistas americanos puede decirse que era el arma innata de los colonos de las llanuras, mientras que en el Norte industrial y mercantil empezaban a familiarizarse con el caballo. En fin, entre nosotros, las estepas del Sudeste, las Vendées cosacas, eran el principal foco de la caballería blanca. Cromwell comprendió desde el principio que la suerte de su clase sería decidida por la caballería. A Camden⁵¹ le decía: “Reuniré a unos hombres a los que jamás les abandonará el temor de Dios, que no obrarán inconscientemente, y respondo de que no serán derrotados.”⁵² Las palabras dirigidas por Cromwell a los labriegos libres y a los artesanos que reclutaba son hasta el más alto punto características: “No os quiero engañar con ayuda de expresiones equívocas como

las empleadas en las instrucciones, en las que se habla de combatir por el Rey y por el Parlamento. Si llegara a suceder que el Rey se encontrara en las filas del enemigo, descargaría mi pistola contra él como contra cualquiera; y si vuestra conciencia os impide hacer lo mismo, os aconsejo que no os alistéis a mis órdenes.”⁵³

Cromwell no formaba solamente un ejército: formaba un partido. Su ejército era, en cierta medida, un partido en armas, y esto fue justamente lo que le dio su fuerza. En 1644, los escuadrones “sagrados” de Cromwell consiguieron ya una brillante victoria sobre los jinetes del rey y recibieron el apelativo de “costillas de hierro”. Siempre es útil a una revolución tener sus “costillas de hierro”. A este respecto, los obreros ingleses tienen mucho que aprender de Cromwell.

Las reflexiones del historiador Macaulay sobre el ejército puritano no carecen de interés: “El ejército así reclutado podía, sin sufrir él mismo perjuicio con ello, gozar de libertades que, consentidas a otras tropas, hubieran ejercido una influencia destructora sobre la disciplina. En general, unos soldados formados en clubs políticos, que hubiesen elegido sus diputados y adoptado resoluciones sobre los asuntos más importantes para el Estado, se hubieran sustraído rápidamente a todo control, dejando de formar un ejército para convertirse en la peor y la más peligrosa de las bataholas. No carecería de peligro en nuestra época la tolerancia en un regimiento de reuniones religiosas en las que el cabo familiar con las Escrituras adoctrinara al coronel menos dotado y amonestara al mayor de poca fe. Pero tales eran la razón, la seriedad y el propio dominio de esos combatientes..., que en su campo podían coexistir la organización política y la organización religiosa, sin daño para la organización militar. Los mismos hombres conocidos fuera del servicio como demagogos⁵⁴ y rústicos predicadores, se distinguían por su firmeza, por su espíritu de orden y por su absoluta obediencia en su puesto, en los ejercicios y en el campo de batalla.” Y más lejos: “Sólo en su campamento coexistía la más severa disciplina con el entusiasmo más ardiente. Estas tropas, que iban al combate con una precisión mecánica, al mismo tiempo ardían con el fanatismo sin freno de los cruzados.”⁵⁵

Las analogías históricas exigen la mayor prudencia, sobre todo cuando se trata del siglo XVII y del siglo XX; sin embargo, no puede uno dejar de sorprenderse ante ciertos rasgos de asombrosa semejanza entre las costumbres y el carácter del ejército de Cromwell y los del ejército rojo. Es verdad que en el primero descansaba todo en la creencia en la predestinación y sobre una severa moralidad religiosa; entre nosotros, por el contrario, reina un ateísmo militante. Pero la forma religiosa del puritanismo cubría la prédica de la misión histórica de una clase nueva, y la doctrina de la predestinación era una concepción religiosa de la legitimidad histórica. Los soldados de Cromwell se sentían en primer lugar puritanos, y sólo en segundo lugar soldados, del mismo modo que los nuestros, ante todo, se sienten revolucionarios y comunistas. Pero mayores aun son las diferencias que las semejanzas. El ejército rojo, formado por el partido del proletariado, sigue siendo su arma. El ejército de Cromwell, abrazando a su partido, se convirtió el mismo en el factor decisivo. Vemos al ejército puritano empezando por adaptarse al Parlamento, adaptándolo a la revolución. El ejército exige la exclusión del Parlamento de once presbiterianos, representantes de la derecha. Los presbiterianos, girondinos de la revolución inglesa, intentan organizar un levantamiento contra el Parlamento. El Parlamento amputado busca un refugio en el ejército, y de este modo se somete a él cada vez más. Bajo la presión del ejército, y sobre todo de su izquierda más enérgica, Cromwell se ve obligado a ejecutar a Carlos I. El hacha de la revolución fue extrañamente secundada por los salmos. Pero el hacha es más persuasiva. A continuación, el coronel Pride, del ejército de Cromwell, rodea el edificio del Parlamento y expulsa de él por la fuerza a 81 diputados presbiterianos. Solo que del

Parlamento una rabadilla, formada por los Independientes, es decir, correligionarios de Cromwell y de su ejército. Pero justamente por esto, el Parlamento, que ha sostenido contra la monarquía una lucha grandiosa, deja en el momento del triunfo de ser fuente de ninguna energía ni de ningún pensamiento propios. Cromwell, directamente apoyado en el ejército, pero extrayendo sus fuerzas, en fin de cuentas, del audaz cumplimiento de las tareas de la revolución, se convierte en el punto de concentración de todo pensamiento y de toda energía. Sólo un imbécil, un ignorante o un fabiano pueden *no ver* en Cromwell sino la dictadura personal. En realidad, la dictadura de una clase, de la única que era capaz de libertar al núcleo de la nación de las viejas ligaduras, de las viejas cadenas, revistió aquí, en el curso de una profunda transformación social, la forma de una dictadura personal. La crisis social de Inglaterra en el siglo XVII reunió los caracteres de la Reforma alemana del siglo XVI⁵⁶ con los de la Revolución francesa del XVIII. En Cromwell, Lutero tiende la mano a Robespierre. Los puritanos llamaban fácilmente “filisteos” a sus enemigos, pero no por eso dejaba de tratarse de una lucha de clase. La tarea de Cromwell consistía en asestar el golpe más terrible a la monarquía absoluta, a la nobleza palaciega y a la Iglesia cuasicatólica, adaptada a las necesidades de la monarquía y de la nobleza. Auténtico representante de una clase nueva, Cromwell a este fin necesitaba la fuerza y la pasión de las masas populares. Bajo su dirección, la revolución adquirió la impetuosidad que le era necesaria. Al rebasar, encarnada en los *Levellers* (niveladores), los límites que le estaban asignados por las exigencias de la sociedad burguesa en vías de renovación, Cromwell se mostró implacable con esos “insensatos”. Victorioso, Cromwell, conjugando los textos bíblicos con las picas de sus “santos” guerreros (siempre pertenece la palabra decisiva a las picas), emprende la creación del nuevo derecho del Estado. El 19 de abril de 1653, Cromwell aventa los restos del Parlamento Largo. Consciente de su misión histórica, de dictador puritano arroja al rostro de los diputados que expulsa las injurias bíblicas: “¡Borracho!” grita a uno; “¡Adúltero!” recuerda a otro. Luego creó un Parlamento de hombres inspirados por el temor de Dios; es decir, realmente un Parlamento de clase, porque la clase media, que, ayudándose con una severa moralidad, procedía a la acumulación de las riquezas y empezaba, con los textos de las Santas Escrituras en los labios, el saqueo del universo, estaba compuesta de hombres que temían a Dios. Pero este inhábil Parlamento estorbaba al dictador, privándole de una libertad de movimientos necesaria en una situación nacional e internacional difícil. A fines del año 1653, Cromwell depura una vez más la Cámara de los Comunes, con ayuda de sus soldados. Si la rabadilla del Parlamento Largo, disuelto en abril, había cometido el pecado de inclinarse a la derecha, hacia un acuerdo con los presbiterianos, el Parlamento de Barebona se inclinaba en ciertas cuestiones a caminar con excesiva rectitud por la vía de la honestidad puritana, y de este modo contrariaba a Cromwell, absorbido por la creación de un nuevo equilibrio social. El realista revolucionario Cromwell edificaba una sociedad nueva. El Parlamento no es un fin en sí, el derecho no es un fin en sí, y si Cromwell y sus “santos” consideraban el cumplimiento de las leyes divinas como el fin en sí, estas leyes no eran en realidad sino el material ideológico necesario para la construcción de la sociedad burguesa. Disolviendo un Parlamento tras otro, Cromwell manifestaba su poco respeto hacia el fetiche de la representación nacional, de igual modo que había manifestado, con la ejecución de Carlos I, un respeto insuficiente hacia la monarquía de derecho divino. Pero no es menos cierto que Cromwell abría los caminos al parlamentarismo y a la democracia de los dos últimos siglos. Vengando la ejecución de Carlos I, Carlos II izó en el patíbulo el cadáver de Cromwell. Pero ya no había restauración capaz de restablecer la sociedad anterior a Cromwell. La obra de Cromwell no podía ser liquidada por la legislatura de la restauración, porque la pluma no borra lo que el hacha

ha escrito. Mucho más cierto es el proverbio, vueltos así los términos, por lo menos cuando se trata del hacha de una revolución. La historia del Parlamento Largo, que conoció durante veinte años todas las vicisitudes de los acontecimientos y tradujo todos los impulsos de las clases sociales, que fue amputado a derecha e izquierda, se alzó contra el rey, fue a continuación abofeteado por sus propios servidores armados, dos veces disuelto y otras dos restablecido, mandó y se sometió aun antes de tener la posibilidad de promulgar el acta de su propia disolución, conservará siempre un interés excepcional como ilustración de las relaciones entre el derecho y la fuerza en las épocas de gran conmoción social.

¿Tendrá la revolución proletaria su Parlamento Largo? No lo sabemos. Es muy probable que se limite a un Parlamento *corto*. Tanto más lo conseguirá cuanto mejor se haya asimilado las lecciones de la época de Cromwell.

Sólo dos palabras diremos aquí de la segunda tradición, auténticamente proletaria y revolucionaria.

La época del chartismo es imperecedera porque nos da a lo largo de varias decenas de años una especie de esquemático resumen de toda la escala de la lucha proletaria, partiendo de las peticiones al Parlamento, hasta la insurrección armada. Todas las cuestiones esenciales del movimiento de clase del proletariado (relaciones entre la acción parlamentaria y extraparlamentaria, papel del sufragio universal, trade-unions y cooperativas, alcance de la huelga general y relación entre ésta y la insurrección armada, y aun las recíprocas relaciones entre el proletariado y los campesinos) no sólo cristalizaron prácticamente en el curso del movimiento de masas del chartismo, sino que fueron resueltas en principio. Desde el punto de vista teórico, estas soluciones estuvieron lejos de tener siempre un fundamento irreprochable: no siempre se unieron los dos cabos; el movimiento entero y su contrapartida en el dominio de la teoría reunieron bastantes elementos inacabados, de insuficiente madurez. Sin embargo, aun hoy, si la crítica los depura, los temas revolucionarios y los métodos del chartismo aparecen infinitamente superiores al almibarado eclecticismo de los Macdonald y la estupidez economista de los Webb. Puede decirse, permitiéndonos recurrir a una comparación algo arriesgada, que el movimiento chartista se asemeja al preludio que da sin desenvolvimiento el tema musical de toda una ópera. En este sentido, la clase obrera inglesa puede y debe ver en el chartismo, además de su pasado, su porvenir. Del mismo modo que los chartistas separaron a los predicadores sentimentales de la “acción moral” y congregaron a las masas bajo la bandera de la revolución, el proletariado inglés tendrá que arrojar de su seno a los reformistas, a los demócratas, a los pacifistas, y reunirse bajo la bandera de la transformación revolucionaria. El chartismo no venció porque sus métodos eran en muchos casos erróneos y porque apareció demasiado pronto. No era más que una anticipación histórica. La revolución rusa de 1905 también sufrió una derrota. Pero sus tradiciones han renacido diez años más tarde y sus métodos vencieron en octubre de 1917. El chartismo no está liquidado. La historia liquida el liberalismo y prepara la liquidación del pacifismo pseudo-obrero, justamente para resucitar el chartismo sobre nuevas bases históricas infinitamente más amplias. ¡Ahí reside la verdadera tradición nacional del movimiento obrero inglés!

VII Tradeunismo y bolchevismo

Que no es posible apreciar las tareas fundamentales del movimiento obrero y fijar sus límites desde el punto de vista formal y en el fondo puramente jurídico de la democracia es lo que resalta con una claridad particular en la más reciente historia de Inglaterra y, con un relieve sorprendente, en la cuestión de las cotizaciones políticas en

los sindicatos. A primera vista, esta cuestión parece puramente práctica. Tiene, sin embargo, una enorme importancia de principio, que tememos no comprendan los señores líderes del Labour Party. El objeto de las Trade-Unions es la lucha por el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de las condiciones de existencia de los obreros. Con este fin sus miembros aportan cotizaciones. En cuanto a su actividad política, las Trade-Unions se han considerado formalmente como neutras, aun encontrándose con bastante frecuencia a remolque del partido liberal. Innesario es decir que los liberales, vendiendo, a semejanza de los conservadores, toda clase de honores a sus ricos cotizantes burgueses, no tenían necesidad del apoyo financiero de las Trade-Unions, sino solamente de sus sufragios. La situación cambió a partir del momento en que los obreros crearon, por las Trade-Unions, su propio partido. Las Trade-Unions, que habían dado vida al Labour Party, tuvieron que sostenerlo financieramente. Hubo que pedir a los obreros cotizaciones suplementarias. Los partidos burgueses condenaron unánimemente este “escandaloso atentado contra la libertad individual”. El obrero no es sólo un obrero, sino un ciudadano y un hombre, expone profundamente Macdonald. “Precisamente [le replican Baldwin, Asquith⁵⁷ y Lloyd George]. En calidad de ciudadano, el obrero, sindicado o no, tiene el derecho de votar por cualquier partido. Obligarle a pagar una cotización al Labour Party es ejercer una violencia, no sólo sobre su bolsa, sino sobre su conciencia. ¡Y, en fin, es una violación de la constitución democrática, que excluye toda coacción en materia de apoyo otorgado a tal o cual partido!” Tales argumentos eran ciertamente como para impresionar bastante a los líderes del Labour Party, quienes hubieran de buen grado renunciado a emplear en las organizaciones sindicales los métodos antiliberales, casi bolcheviques, de la coerción, si no hubiese habido esa maldita necesidad de chelines y libras esterlinas, sin los cuales no se puede, ni aun en la democracia inglesa, ostentar un mandato de diputado. Tal es la triste suerte de los principios democráticos, que los chelines y las libras esterlinas les hacen chichones en la frente y les tapan los ojos. Tal es, en suma, la imperfección del mejor de los mundos.

La historia de la cuestión de las cotizaciones políticas en las Trade-Unions es ya harto rica en peripecias y episodios dramáticos. No la contaremos aquí. Aun en estos últimos días Baldwin ha renunciado (¡por el momento!) a sostener el nuevo intento de sus amigos conservadores de prohibir la imposición de las cotizaciones políticas. La ley parlamentaria de 1913, actualmente en vigor, autoriza a los sindicatos (Trade-Unions) a establecer cotizaciones políticas, pero reconoce a todos los sindicatos el derecho de negarse a pagarlas y prohíbe a las Uniones en tal caso el empleo de represalias contra sus miembros, excluirlos, etc. De creer al *Times* (6 de marzo de 1925), un 10 por 100 del número de obreros sindicados hacen uso de su derecho a negarse al pago de las cotizaciones políticas. El principio de la libertad individual queda así a salvo, en parte por lo menos. La libertad sólo triunfaría completamente cuando sólo se recogieran dichas cotizaciones entre los sindicatos que dieran para ello su benévolo consentimiento. Hoy, por el contrario, todos los sindicatos tienen la obligación, si la Unión lo decide, de hacer efectivas las cuotas políticas, exceptuados los que en tiempo debido se nieguen a ello en las formas prescritas. En otros términos, el principio liberal ha quedado reducido, en lugar de una regla triunfante, a una excepción tolerada. Y esta parcial aplicación del principio de la libertad individual no ha sido conseguida (¡ay, ay!) por la voluntad de los obreros, sino por la acción de la legislación burguesa sobre la organización del proletariado.

Esta circunstancia suscita la cuestión siguiente: ¿Cómo ocurre que los obreros, que constituyen la masa principal de la población inglesa, y por tanto de la democracia inglesa, se ven por toda su acción incitados a violar el principio de la “libertad

individual”, cuando la burguesía legiferante, y sobre todo la Cámara de los Lores, intervienen en calidad de defensores de la libertad, bien prohibiendo categóricamente toda “violencia” respecto del sindicato (decisión de la Cámara de los Lores en 1909, asunto Osborne⁵⁸), bien limitando seriamente esta “violencia” (acta parlamentaria de 1913)? La explicación es, naturalmente, que las organizaciones obreras luchan, estableciendo su derecho antiliberal, “despótico”, bolchevique, de imponer obligatoriamente cotizaciones políticas, por la posibilidad efectiva, real y no metafísica, de tener una presentación obrera en el Parlamento, mientras que los conservadores y los liberales, al defender el principio de la “libertad individual”, en realidad tienden a desarmar materialmente a los obreros y a someterlos así al partido burgués. Basta advertir el reparto de papeles: las Trade-Unions defienden el derecho incondicional de imponer cotizaciones políticas obligatorias; la Cámara de los Lores fósiles, la prohibición incondicional de estas cotizaciones, en nombre de la sagrada libertad individual; en fin, la Cámara de los Comunes arranca a las Trade-Unions una concesión equivalente a una rebaja del 10 por 100 en favor de los principios del liberalismo. Hasta un ciego distinguiría aquí al tacto el carácter de clase del principio de la libertad individual, que en esta circunstancia concreta no significa nada más que un intento de expropiación política del proletariado por la burguesía, que desea reducir a la nada al Labour Party.

Los conservadores defienden contra las Trade-Unions el derecho del obrero a votar por cualquier partido (¡se trata de esos mismos *tories* que han negado durante siglos a los obreros el derecho a cualquier sufragio que fuese! Aun hoy, no obstante haberse visto y vivido mucho, no se puede leer sin emoción la historia de la lucha por, el *bill* de reforma al principio de la década 1820-1830. ¡Con qué asombrosa tenacidad, con qué obstinación, con qué insolencia de clase, de clase esclavista, los *landlors*, los banqueros, los obispos, en una palabra, la compacta minoría privilegiada, rechazaron los ataques de la burguesía y de los obreros que la seguían al asalto de las posiciones parlamentarias! La reforma de 1832 se hizo cuando ya no era posible dejar de hacerla. Y la ampliación del voto se llevó a cabo en virtud de un riguroso propósito: separar a la burguesía de los obreros. Los liberales en nada se distinguían realmente de los conservadores; conseguida la reforma electoral de 1832, abandonaron a los obreros. Cuando los artistas exigieron de los *tories* y de los *wighs* el derecho de sufragio para los obreros, la resistencia de los detentadores del monopolio parlamentario fue encarnizada. ¡Y cuando los obreros han conseguido por fin el derecho de voto, los conservadores toman la defensa de su “libertad individual” contra la tiranía de las Trade-Unions! ¡Y esta repugnante, esta vil hipocresía no es juzgada en el Parlamento como se merecería! Por el contrario, los diputados laboristas dan las gracias al Premier, que generosamente renuncia por el momento a echar el nudo corredizo al cuello del Labour Party, pero reservándose íntegramente el derecho de hacerlo en un momento mejor escogido. Los charlatanes que se llenan la boca con las palabras “democracia”, “igualdad”, “libertad individual”, debían sentarse en los bancos de la escuela y ser obligados a estudiar la historia de Inglaterra en general y la historia de las luchas por la ampliación del voto en particular.

El liberal Cobden⁵⁹ declaró en otro tiempo que hubiera preferido vivir bajo el poder de la ley de Argel que bajo el de las Trade-Unions. Cobden expresaba de este modo su indignación liberal contra la tiranía “bolchevique”, cuyos gérmenes se encuentran ya en la naturaleza misma de las Trade-Unions. Cobden (a su manera) tenía razón. Los capitalistas que caen bajo el poder de los sindicatos no se encuentran muy a su gusto; la burguesía rusa sabe algo de esto. Pero se trata precisamente de que el obrero se halla siempre bajo la férula de un dey de Argel, encarnado por el patrón, y no puede

debilitar su tiranía sino con ayuda de las Trade-Unions o sindicatos. Es cierto que el obrero tiene que admitir al hacerlo ciertos sacrificios, no sólo financieros sino también personales. Pero gracias a las Trade-Unions su libertad individual gana, en fin de cuentas, mucho más de lo que pierde. Es un punto de vista de clase. No se puede eludir. De él se deriva el derecho de imponer cotizaciones políticas. Hoy cree la burguesía, en su masa, que debe *conformarse* con la existencia de las Trade-Unions. Piensa, sin embargo, limitar su actividad al punto en que la lucha contra grupos aislados de capitalistas se convierte en una lucha contra el Estado capitalista.

El diputado conservador Macquisten ha precisado en el Parlamento que los casos de renuncia de las Trade-Unions a las cotizaciones políticas se registran especialmente en las ramas de industria pequeñas y aisladas; en las industrias concertadas se observan, y lo deplora, los efectos de la presión moral y de la persuasión de la masa. ¡Observación altamente interesante! ¡Y cómo caracteriza al Parlamento inglés que haya sido hecha por un *tory* extremista, autor de un proyecto de ley prohibiendo las cotizaciones, y no por un socialista! Esta observación demuestra que la renuncia a las cotizaciones políticas se observa en las ramas de industria más atrasadas, en las cuales las tradiciones pequeñoburguesas y, por consiguiente, la noción pequeñoburguesa de la libertad individual, se resuelven habitualmente en votos para el partido liberal y aun para el partido conservador. En las industrias nuevas, más modernas, reina la solidaridad de clase y la disciplina proletaria, que a los capitalistas y sus servidores, vástagos de la clase obrera, les parece una especie de terror.

Blandiendo sus rayos, un diputado conservador refirió que el secretario de una Trade-Union amenazaba con publicar las listas de los afiliados que se negaban a satisfacer las cotizaciones para el Labour Party. Los diputados obreros exigieron indignados el nombre de ese impío. Sería necesario, sin embargo, recomendar a todas las Trade-Unions esa manera de obrar. No hay que decir que los burócratas que se esfuerzan, con aplauso de los dos partidos burgueses, en excluir a los comunistas de las organizaciones obreras, se guardarán mucho de hacerlo. Cada vez que se trata de comunistas, ya no es cuestión de libertad individual: entran en juego las consideraciones sobre la seguridad del Estado. ¡No se puede de ningún modo admitir en el Labour Party a los comunistas, que niegan el carácter sacrosanto de la democracia! En el curso del debate sobre las cotizaciones, se le escapó al autor del proyecto de prohibición, Macquisten, a quien ya conocemos, una pequeña frase que la oposición acogió con una risa ligera, pero que, en realidad, sería necesario grabar en los muros del Parlamento y comentarla y explicarla en todas las reuniones obreras. Para demostrar con ayuda de cifras el alcance de las cotizaciones políticas de las Trade-Unions. Macquisten dijo que antes del *bill* liberal de 1913 las Trade-Unions sólo invertían anualmente en su acción política alrededor de 50.000 dólares, en tanto que hoy disponen, a consecuencia de la legalización de las cotizaciones políticas, de un fondo de 1.250.000 dólares. Es muy natural, comprueba Macquisten, que el Labour Party haya llegado a ser fuerte. “Cuando se dispone de 1.250.000 dólares de ingresos por año, se puede formar un partido político con no importa qué fin.” Nuestro *tory* enfurecido ha dicho más de lo que hubiera querido. Ha reconocido con franqueza que los partidos se pueden hacer y se hacen con dinero y que los fondos desempeñan un papel decisivo en la mecánica de la democracia. ¿Es necesario añadir que los fondos de la burguesía son mucho más abundantes que los del proletariado? Esta sola comprobación reduce a la nada la falsa mística de la democracia. Todo obrero inglés que salga de su entorpecimiento debe decir a Macdonald: es falso que los principios de la democracia constituyan para nuestro movimiento el criterio más alto; estos mismos principios se hallan sujetos al control de la finanza, que los altera y falsifica.

Precisa, sin embargo, reconocerlo: si se permanece en un punto de vista formalmente democrático y si se parte de la noción del ciudadano ideal (y no del proletario, o del capitalista o el latifundista), los gorilas más reaccionarios de la alta Cámara parecen ser los más consecuentes. Todo ciudadano tiene perfectamente el derecho de sostener libremente con su portamonedas y su voto al partido que le aconseja su libre conciencia. La desdicha es que este ciudadano británico ideal no existe en la naturaleza. No representa más que una ficción jurídica. Jamás ha existido. Pero el pequeño burgués y el burgués medio se han aproximado en cierta medida a esta noción ideal. Hoy día el fabiano se considera como el tipo de un ciudadano medio ideal, respecto del cual el capitalista y el proletario no son sino desviaciones del ciudadano ideal. Los filisteos fabianos no son, sin embargo, muy numerosos aquí abajo, aunque haya aún sensiblemente de sobra. En general, los electores se dividen, de una parte, en propietarios y explotadores; en proletarios y explotados de otra.

Los sindicatos constituyen (y nada podrá contra esto ninguna casuística liberal) la organización de clase de los obreros asalariados en su lucha contra la avaricia y la rapacidad de los capitalistas. La huelga es una de las armas más importantes del sindicato. Las cotizaciones están destinadas a sostener las huelgas. Durante las huelgas los obreros no usan muchas consideraciones con los traidores, que representan otro principio liberal, el de la “libertad de trabajo”. En cualquier huelga grande, el sindicato necesita un apoyo político y tiene que dirigirse a la prensa, al partido, al Parlamento. La hostilidad del partido liberal contra las luchas de las Trade-Unions ha sido una de las razones que indujeron a éstas a crear el Labour Party. Si se ahonda en la historia de los orígenes del Labour Party, resulta evidente que, desde el punto de vista de las Trade-Unions, el partido no es más que su sección política. La Trade-Union necesita una caja de huelga, una red de delegados con poder, un diario y un diputado que goce de su confianza.

Los gastos de elección de un diputado representan para la Trade-Union un gasto tan legítimo, necesario y obligado, como los gastos de mantenimiento de un secretario. Sin duda, el miembro liberal o conservador de una Trade-Union puede decir: “Yo pago con regularidad mi habitual cotización de afiliado, pero me mego a pagar la del Labour Party, pues mis convicciones políticas me obligan a votar por un liberal (o por un conservador).” A lo cual podría responder el representante de la Trade-Union: “Cuando luchamos por el mejoramiento de nuestras condiciones de trabajo (y tal es el objeto de nuestra organización) necesitamos el apoyo de un partido obrero, de su prensa, de sus diputados; ahora bien, el partido por el que tú votas (liberal o conservador) se revuelve contra nosotros llegado ese caso, se esfuerza en comprometernos, en sembrar la discordia entre nosotros o en organizar contra nosotros a los rompeshuelgas; no tenemos ninguna necesidad de miembros que sostienen a los rompeshuelgas.” De modo que lo que desde el punto de vista de la democracia capitalista es libertad individual, desde el punto de vista de la democracia proletaria se manifiesta como libertad política de romper las huelgas. Esa disminución de un 10 por 100 conseguida por la burguesía no es una cosa inocente. Significa que en el efectivo de las Trade-Unions un hombre por diez es un enemigo político, es decir, un enemigo de clase. Sin duda, se logrará conquistar a una parte de esta minoría. Pero el resto, en caso de lucha viva, puede constituir en manos de la burguesía un arma preciosa contra los obreros. La lucha para cerrar la brecha abierta en las Trade-Unions por el *bill* parlamentario de 1913 es, por tanto, absolutamente inevitable en el porvenir.

En general, los marxistas sustentamos la opinión e que todo obrero honrado, sin taras, puede estar sindicado, sean cualesquiera sus opiniones políticas, religiosas y demás. Consideramos los sindicatos, de una parte, como organizaciones económicas de

combate; de otra, como escuelas de educación política. Preconizando, como regla general, la admisión en el sindicato de los obreros atrasados e inconscientes, no nos inspiramos en el principio abstracto de la libertad de opinión o de la libertad de conciencia, sino en consideraciones de finalidad revolucionaria. Las cuales nos dicen, por añadidura, que, en Inglaterra, donde el 90 por 100 de los obreros sindicados paga cotizaciones políticas, unos conscientemente, otros por espíritu de solidaridad, y solamente un 10 por 100 se atreve a retar a plena luz al Labour Party, es necesario emprender contra ese 10 por 100 una acción sistemática. Hay que llevarlos a comprender que son unos apostatas; hay que asegurar a las Trade-Unions el derecho de excluirlos a igual título que a los rompehuelgas. Para terminar: si un ciudadano abstracto tiene el derecho de votar por cualquier partido, las organizaciones obreras también tienen el derecho de no admitir en su seno a los ciudadanos cuya conducta política es hostil a los intereses de la clase obrera. La lucha de los sindicatos encaminada a cerrar las puertas de las fábricas a los no sindicados se considera desde hace tiempo como una manifestación de terrorismo obrero, o, como se dice hoy, de bolchevismo. Precisamente en Inglaterra se pueden y se deben aplicar estos métodos de acción al Labour Party, que se ha desarrollado como la continuación directa de las Trade-Unions. Los debates parlamentarios del 7 de marzo de 1925, mencionados más arriba, sobre las cotizaciones políticas, presentan un interés excepcional en cuanto a la definición de la democracia parlamentaria. Sólo en el discurso del Premier Baldwin se oyeron prudentes alusiones al peligro real que reside en la estructura de clases de Inglaterra. Las antiguas relaciones sociales han desaparecido, las buenas viejas empresas de costumbres patriarcales (el mismo Mr. Baldwin dirigió una en su juventud) ya no existen. La industria se concentra y se combina. Los obreros se agrupan en sindicatos y estas organizaciones pueden constituir un peligro para el Estado mismo. Baldwin habló tanto de las organizaciones patronales como de los sindicatos obreros. Pero huelga decir que el verdadero peligro que amenaza al Estado no lo ve sino en las Trade-Unions. Harto sabemos por el ejemplo de América a qué se reduce la lucha contra los trusts. La ruidosa agitación de Roosevelt⁶⁰ no fue más que una pompa de jabón. En su tiempo, y después de él, los trusts se fortalecieron aún más, y el Gobierno americano es su órgano ejecutivo a título mucho más directo que el Labour Party órgano de las Trade-Unions. Si en Inglaterra la forma de organización de los trusts no desempeña el mismo papel que en América, el papel de los capitalistas no es por eso menos grande. El peligro de las Trade-Unions consiste en que éstas formulan (por el momento con tanteos, vacilaciones y equívocos) el principio del gobierno obrero, gobierno que no es posible sin Estado obrero, como contrapeso del gobierno capitalista, que no puede subsistir actualmente sino bajo la capa de la democracia. Baldwin admite sin restricciones el Principio de la “libertad individual”, base del *bill* prohibitivo presentado por sus amigos parlamentarios. Asimismo, considera como un “mal moral” las cotizaciones políticas. Pero no quiere turbar la paz social. Una vez entablada la lucha, ésta podría tener penosas consecuencias: “No queremos ser, en ningún caso, los primeros en disparar.” Y Baldwin termina: “¡Trae la paz a nuestro tiempo, Señor!” La Cámara, en su casi totalidad, comprendido un gran número de diputados obreros, aplaudió su discurso: Baldwin había hecho, según su propia declaración, un “gesto de paz”. El diputado laborista Thomas, siempre en su lugar cuando hay que hacer un gesto servil, se levanta en tanto y felicita a Baldwin, cuyo discurso se halla penetrado de un espíritu verdaderamente humanitario: con un contacto estrecho, los patronos y los obreros sólo pueden salir ganando. Thomas expone, no sin cierto orgullo, que numerosos obreros, pertenecientes al ala izquierda, se niegan a pagar las cotizaciones políticas porque tienen un secretario tan reaccionario como el mismo Mr. Thomas. Y

todos los debates sobre una cuestión en que se cruzan los intereses vitales de las clases en lucha se desenvuelven en ese tono convencional, equívoco, de la mentira oficial y del *cant* parlamentario puramente inglés. Las reticencias de los conservadores tienen un carácter maquiavélico⁶¹. Las reticencias del Labour Party son dictadas por una despreciable cobardía. La representación de la burguesía hace pensar en un tigre que esconde sus garras y se muestra acariciador. Los líderes obreros tales como Thomas hacen pensar en perros corridos que esconden el rabo.

La ausencia de una salida para la situación económica de Inglaterra se manifiesta de un modo muy directo sobre las Trade-Unions. Al día siguiente de la terminación de la guerra, cuando la Gran Bretaña parecía, al primer golpe de vista, la dueña absoluta de los destinos del mundo, las masas obreras, despertadas por la guerra, afluyeron por cientos de miles y millones de hombres a las Trade-Unions. Estas alcanzaron su apogeo en 1919; después empezó el reflujó. En el momento actual, los efectivos de las organizaciones sindicales han descendido sensiblemente y siguen descendiendo. John Whitley, que se halló a la “izquierda” en el ministerio Macdonald, decía en marzo, en una reunión pública de Glasgow, que hoy las Trade-Unions no son sino la sombra de sí mismas y ni pueden combatir ni negociar. Fred Bramley, el secretario general del Congreso de las Trade-Unions, se pronunció enérgicamente contra esas apreciaciones. La polémica entre estos dos adversarios, tan impotentes, sin duda, el uno como el otro en teoría, ofrece el mayor interés sintomático. Bramley dice que el movimiento político, menos “ingrato”, es decir, que abre más anchas posibilidades de carrera, aleja de las Trade-Unions a sus más preciosos militantes. Por otra parte, pregunta, ¿qué sería del Labour Party sin las cotizaciones políticas de las Trade-Unions? En fin de cuentas, Bramley no llega al descenso del poder económico de las Trade-Unions pero lo explica por la situación económica de Inglaterra. En vano buscaríamos en el secretario del Congreso de las Trade-Unions la sugestión de alguna solución. Su pensamiento no sale del cuadro de una oculta rivalidad entre el aparato de las Trade-Unions y el del partido⁶². Pero la cuestión no reside ahí. La “radicalización” de la clase obrera y, por consiguiente, el desarrollo del Labour Party, se fundan en las mismas causas que han infligido tan crueles golpes al poder económico de las Trade-Unions. En la actualidad, innegablemente, un movimiento se desenvuelve a expensas del otro. Se cometería, sin embargo, una supina ligereza deduciendo de ello que el papel de las Trade-Unions ha terminado. Por el contrario, los sindicatos de industria de la clase obrera inglesa acaban de ponerse en marcha hacia un gran porvenir⁶³. Precisamente porque ya no les quedan a las Trade-Unions, dentro de los límites de la situación capitalista y dada la situación actual de la Gran Bretaña, perspectivas de ninguna suerte, los sindicatos de industria están obligados a empeñarse en el camino de la reorganización socialista de la economía.

Cuando las Trade-Unions se hayan reconstruido del modo correspondiente, se convertirán en la principal palanca de la transformación económica del país. Pero la conquista del poder por el proletariado (no en el sentido de esa farsa trivial y lamentable del ministerio Macdonald, sino en el sentido real, material, revolucionario, de la lucha de clases) es para ello una condición previa absolutamente necesaria. Es preciso que todo el aparato del Estado esté al servicio del proletariado. Es necesario que toda la administración, los jueces, los funcionarios se hallen tan penetrados del espíritu socialista del proletariado, como los funcionarios y los jueces actuales están penetrados del espíritu burgués. Únicamente las Trade-Unions darán el personal necesario para esta obra. Asimismo, las Trade-Unions formarán los órganos de administración de la industria nacionalizada. Las Trade-Unions se convertirán en el futuro en escuelas de educación del proletariado en el espíritu de la producción socialista. Es, por tanto,

imposible medir esta gran tarea de una sola ojeada. Pero actualmente se encuentran en un callejón sin salida. No hay salida ninguna del lado de los paliativos y de las medias medidas. La gangrena del capitalismo inglés arrastra inevitablemente consigo la impotencia de las Trade-Unions. Sólo la revolución puede salvar a la clase obrera inglesa, y con ella a sus organizaciones. Para tomar el poder el proletariado ha de tener a su cabeza un partido revolucionario. Para conseguir que las Trade-Unions sean capaces de cumplir su papel ulterior, se necesita librarlas de los funcionarios conservadores, cretinos supersticiosos que esperan no se sabe qué milagros “pacíficos”, y pura y simplemente, en fin, de los agentes del gran capital, renegados como Thomas. Un partido obrero reformista, oportunista y liberal no servirá más que para extenuar a las Trade-Unions, paralizando la actividad de las masas. El partido obrero revolucionario, apoyado en las Trade-Unions, será el poderoso instrumento de su saneamiento y de su vigoroso desarrollo.

La imposición obligatoria, antiliberal, “despótica”, de las cotizaciones políticas contiene en germen, como el grano el tallo y la espiga futuros, todos los métodos del bolchevismo contra los cuales Macdonald prodiga incansablemente el agua bendita de su mediocridad indignada. La clase obrera tiene el derecho y el deber de colocar su voluntad de clase por encima de todas las ficciones y sofismas de la democracia burguesa. Tiene que obrar con el aplomo revolucionario que Cromwell inculcaba a la joven burguesía inglesa. Ya conocemos el lenguaje que Cromwell empleaba con sus soldados puritanos: “No quiero engañaros con ayuda de las expresiones equívocas empleadas en mis instrucciones, en las que se habla de combatir por el Rey y por el Parlamento. Si llegara a ocurrir que el Rey se encontrara en las filas del enemigo, yo descargaría contra él mi pistola, como contra cualquiera, y si vuestra conciencia os impide hacer otro tanto, os aconsejo que no os alistéis bajo mis órdenes.” Estas palabras no expresan ni sed de sangre ni despotismo, sino la conciencia de una gran misión histórica que confiere el derecho de aniquilar todos los obstáculos del camino. Por la boca de Cromwell habla una joven clase en camino de progreso, por primera vez elevada a la conciencia de su misión. Si es menester buscar tradiciones nacionales, el proletariado inglés debe tomar de sus antiguos “Independientes” aquel espíritu de seguridad revolucionaria y de intrepidez ofensiva. Los Macdonald, los Webb, los Snowden y *tutti quanti* sólo toman de los compañeros de armas de Cromwell sus prejuicios religiosos, combinándolos con una cobardía auténticamente fabiana. La vanguardia del proletariado sólo necesita unir el valor revolucionario de los “Independientes” con la clara filosofía materialista.

La burguesía inglesa se da cuenta exacta de que el mayor y principal peligro la amenaza del lado de las Trade-Unions, y que sólo bajo la presión de estas organizaciones de masa puede el Labour Party, radicalmente renovada su dirección, convertirse en una fuerza revolucionaria. Uno de los nuevos métodos de la lucha contra las Trade-Unions consiste en la agrupación del personal administrativo y técnico de la industria (ingenieros, directores, contramaestres, etc.) en un “tercer partido de la producción”. El *Times* lleva a cabo una campaña habilísima, muy astuta, contra la teoría de la “unidad de intereses de los trabajadores manuales e intelectuales”. Tanto en ésta como en otras circunstancias, los políticos burgueses saben sacar partido diestramente de las ideas fabianas, que ellos mismos han sugerido. La oposición del trabajo contra el capital, dice el *Times* al unísono de todos los jefes del Labour Party, es nefasta para el desenvolvimiento nacional, y de este axioma deduce la conclusión siguiente: los ingenieros, los directores, los administradores, los técnicos, situados entre el capital y el trabajo, son los más aptos para apreciar los intereses de la industria en “su conjunto” y conseguir que reine la paz entre asalariados y patronos. A este fin, el personal técnico y

administrativo debe constituirse en tercer partido de la industria. En realidad, el *Times* sale al encuentro de los fabianos. La posición de principio de estos últimos, dirigida, con un espíritu reaccionario y utópico, contra la lucha de clases, es la que mejor corresponde a la situación social del intelectual de pequeña o mediana burguesía, del ingeniero, del administrador, colocados entre el capital y el trabajo, en realidad instrumentos del capital, pero pretendiendo imaginarse independientes, aun cuando se someten tanto más a las organizaciones capitalistas cuanto más subrayan su independencia frente a las organizaciones proletarias. Puede predecirse sin esfuerzo que, a medida de su ineluctable eliminación de las Trade-Unions y del Labour Party, el fabianismo confundirá cada vez más su destino con el de los elementos intermedios de las administraciones industriales y comerciales y de la burocracia del Estado. El Partido Obrero Independiente, pasada su momentánea prosperidad actual, declinará inevitablemente, y, convertido en el “tercer partido de la industria”, se revolcará a los pies del capital y del trabajo.

VIII Perspectivas

Habiendo perdido mistress Lloyd George, mujer del antiguo Premier, un collar de perlas de gran valor, el *Daily Herald*, órgano del Labour Party, emitió diversas reflexiones sobre los jefes liberales que se pasan al enemigo y ofrecen a sus mujeres collares de precio. A este propósito, el editorial de dicho periódico llega a la presente conclusión: “La existencia del Labour Party depende de la medida en que consiga impedir a los líderes obreros que sigan el mismo camino.” Arturo Ponsonby⁶⁴, liberal desesperado que no ha dejado de ser liberal ni aun en el seno del Labour Party, medita en el mismo número sobre la perdición del partido liberal, causada por sus jefes Asquith y Lloyd George. “Sí [repite como un eco el editorial]; los jefes liberales han substituido sus costumbres y sus maneras sencillas por el modo de vivir de los ricos con quienes sostienen un constante comercio; hanse asimilado su altiva actitud hacia el pueblo...”, etc., etc. No parece que haya nada de sorprendente en el hecho de que los jefes del partido liberal, es decir, de uno de los dos partidos burgueses, lleven una vida burguesa. Mas para los liberales del Labour Party el liberalismo es un sistema abstracto de nobles ideas, y los ministros liberales que compran collares de perlas a sus mujeres son unos traidores al liberalismo. Las reflexiones sobre el modo de preservar a los líderes obreros de la tentación de seguir ese camino de perdición son más edificantes. Es evidente que se trata de una tímida y desdichada advertencia dirigida a los líderes obreros semiliberales por unos periodistas obreros de la misma harina obligados a tener en cuenta el humor de sus lectores obreros.

¡No cuesta ningún trabajo imaginar la orgía de arrivismo que impera en las alturas ministeriales del Labour Party británico! Basta decir que la misma Mrs. Lloyd George, en una carta de protesta dirigida a la redacción del *Daily Herald*, aludió a ciertos hechos tales como el “regio regalo” recibido por Macdonald de un capitalista amigo suyo. La redacción, después de estas alusiones, guardó silencio. La idea de que la conducta de los líderes del Labour Party puede ser dirigida con ayuda de narraciones didácticas sobre el collar de perlas de la esposa de Lloyd George, la idea de que la política puede ser dirigida con ayuda de abstractas prescripciones morales, no es más que un lamentable infantilismo. Bien se ve por el ejemplo de las organizaciones de la clase obrera inglesa. El *Daily Herald* ha llegado a suponer nocivo para las costumbres de los líderes obreros el trato con la burguesía. Pero este comercio depende íntegramente de la *actitud política* frente a la burguesía. Colocándose en una posición de irreconciliable lucha de clases, no habrá posibilidad alguna de camaraderías

deshonestas: ni el líder obrero se sentirá atraído por los medios burgueses, ni tampoco le admitirá la burguesía. Pero los líderes del Labour Party defienden la idea de la colaboración de clases y de la aproximación entre los jefes: “La colaboración y la mutua confianza entre patronos y obreros [decía, por ejemplo, Mr. Snowden en una de las sesiones parlamentarias del año 1925] es una condición esencial para la prosperidad del país.” Iguales discursos oímos de boca de los Clynes, los Webb y demás autoridades. Los líderes de las Trade-Unions se colocan en el mismo punto de vista. A cada momento les oímos hablar de la necesidad de frecuentes encuentros entre delegados patronales y obreros. Ahora bien, esa política de constantes relaciones amistosas entre líderes obreros y hombres de negocios burgueses buscando terrenos de inteligencia, es decir, buscando el medio de eliminar lo que los distingue a unos de otros, constituye, como hemos visto proclamar al *Daily Herald*, un peligro, no ya para la moralidad de los jefes, sino para el desenvolvimiento del partido. ¿Qué cabe hacer? Cuando John Barnes⁶⁵ traicionó al proletariado, empezó a decir: “No admito un punto de vista obrero particular, como no admito unos zapatos obreros o margarina obrera.” Que John Barnes, convertido en ministro burgués, haya mejorado sensiblemente la calidad de su manteca y de su calzado, no es cosa de discusión. Pero cabe dudar de que la *evolución* de Barnes haya mejorado asimismo la calidad de los zapatos de los obreros de los puertos que le elevaron sobre sus espaldas. La moralidad está condicionada por la política. Para que el presupuesto de Snowden sea del gusto de la City, es necesario que el mismo Snowden se halle más cerca, por sus costumbres y por su moralidad, de los personajes de la banca que de los mineros de Gales. Pero ¿qué decir de Thomas? Más arriba hemos relatado el banquete de los propietarios del ferrocarril en el que Thomas, secretario de la Federación de ferroviarios, juró que su alma no pertenecía a la clase obrera, sino a la verdad, y que él, Thomas, había acudido a ese banquete en busca de la verdad. Hecho digno de atención: esta infamia fue narrada en detalle por el *Times*, en tanto que el *Daily Herald* no pronunció palabra. La pobre gacetilla moraliza en vano. ¡Traten ustedes de morigerar a Thomas con reflexiones a propósito del collar de perlas de Mrs. Lloyd George! Nada se conseguirá. A los Thomas hay que ponerlos en la calle. Y para ello no hay que callar sus banquetes y sus otras caricias con el enemigo, sino gritarlo por encima de los tejados, denunciar su juego, incitar a los obreros a limpiar implacablemente las filas de las organizaciones proletarias. Para cambiar la moralidad hay que cambiar la política.

A la hora de escribir estas líneas, la política oficial de Inglaterra se desenvuelve, no obstante el Gobierno conservador, bajo el signo del compromiso: se impone la “colaboración” de los dos elementos de la industria, las concesiones mutuas asimismo, y los obreros, en una u otra forma, deben “participar” en los beneficios de la producción, etc. Este estado de espíritu de los conservadores expresa al propio tiempo la fuerza y la debilidad del proletariado inglés. Al crear su partido propio, ha forzado a los conservadores a orientarse hacia la “conciliación”. Pero todavía les permite esperar en la susodicha conciliación puesto que conserva a la cabeza del partido obrero a los Macdonald, a los Thomas, etc.

Baldwin no se cansa de discursar sobre la necesidad de la tolerancia mutua para que el país pueda salir adelante sin catástrofes de las dificultades de su situación actual. El líder obrero Robert Smillie expresa con motivo de esos discursos la más entera satisfacción: “¡Magnífica invocación a la tolerancia dirigida a ambas partes!” Smillie promete conducirse íntegramente con arreglo a esta invocación. Confía en que los capitanes de industria demostrarán igualmente una mayor humanidad frente a las reivindicaciones obreras. “Deseo perfectamente lógico y razonable”, corrobora el *Times*, órgano director, poniéndose muy serio. Y todos estos necios discursos resuenan entre

las dificultades de la industria y del comercio, el paro crónico, los pedidos ingleses a los astilleros alemanes, la amenaza de inminentes conflictos en diversas ramas de industria (¡y dónde resuenan!, en esa Inglaterra que tiene la experiencia de las batallas de clases...). En verdad que es corta la memoria de las masas laboriosas e ilimitada la hipocresía de los directores. La memoria histórica de la burguesía se halla en sus tradiciones de dominio, en sus instituciones, en las leyes del país, en la experiencia acumulada del arte de gobernar. La memoria de la clase obrera se reduce a su partido. Un partido reformista es un partido de corta memoria.

Aunque los aires de conciliación por parte de los conservadores no sean más que pura hipocresía, proceden sin embargo de causas sanas. La preocupación del mantenimiento de la paz interior y exterior es actualmente uno de los principales cuidados de los partidos gobernantes de Europa. La llamada reacción contra los métodos de guerra y del primer período de la postguerra no se explica únicamente por causas psicológicas. El régimen capitalista se ha mostrado durante la guerra de tal modo poderoso y elástico, que ha dado vida a las *ilusiones peculiares del capitalismo de guerra*. Una dirección audazmente centralizada de la vida económica, la requisita militar de los artículos económicos cuya penuria se dejaba sentir, la costumbre de vivir al crédito, la emisión ilimitada de papel moneda, la eliminación de los peligros sociales con ayuda de sangrientas violencias por una parte y múltiples dádivas por otra, fueron los métodos que al principio parecieron aptos para la solución de todas las cuestiones, aptos para vencer todas las dificultades. Pero la realidad económica no tardó en roer las alas al capitalismo de guerra. Alemania se vio al borde del abismo. El Estado francés, Estado de un país rico, no sale de una bancarrota encubierta. El Estado inglés se ve en la necesidad de mantener un ejército de desocupados casi dos veces más numeroso que los ejércitos del militarismo francés. Se ha visto que la riqueza de Europa está lejos de ser ilimitada. La prosecución de las guerras y de las conmociones significaría el fin del capitalismo europeo. De ahí la necesidad de “regular” las relaciones entre los Estados y las clases. Los conservadores ingleses han especulado hábilmente en las últimas elecciones con el miedo a las sacudidas. Una vez en el poder se presentan como el partido de la conciliación, de la armonía, de la prosperidad social. “La seguridad, he aquí la clave de la situación.” Son las palabras del liberal lord Grey⁶⁶, repetidas por el conservador Austen Chamberlain. La prensa inglesa de los dos partidos vive de repetir las. La aspiración a la paz, a la creación de las condiciones “normales”, a la garantía de una moneda estable, al restablecimiento de los tratados de comercio, no resuelve por sí misma ninguna de las contradicciones que condujeron a la guerra imperialista y que la guerra no ha hecho sino agravar. Pero no se pueden comprender las tendencias actuales de la política interior y extranjera de los partidos directores de Europa sino adoptando esta tendencia y los agrupamientos políticos por ella determinados como punto de partida.

Superfluo es decir que las tendencias pacificadoras tropiezan a cada paso con la resistencia de la economía de la postguerra. Los conservadores ingleses han empezado ya a minar la ley de seguro contra el paro. No se le puede hacer más apta a la industria inglesa tal cual es para sostener la competencia sino por una reducción de los salarios. Ahora bien, esta reducción es imposible en tanto subsista el seguro contra el paro, porque éste aumenta la capacidad de resistencia de la clase obrera. En este terreno han empezado ya las escaramuzas de vanguardia. Estas pueden conducir a más serias acciones. En todo caso, tanto en este dominio como en otros, los conservadores habrán de volver muy próximamente a su camino natural. Y los medios dirigentes del Labour Party se hallarán entonces en situaciones cada vez más embarazosas.

Es oportuno recordar aquí las relaciones que se establecieron en la Cámara de los Comunes al día siguiente de las elecciones de 1906, cuando por primera vez apareció en la arena parlamentaria un importante grupo laborista. En los dos primeros años los diputados laboristas fueron rodeados de consideraciones particulares. Al tercer año, las cosas se echaron a perder. En 1910 ya “desconocía” el Parlamento al grupo laborista. Esto no se debió a una determinada intransigencia por parte de este último, sino a las crecientes exigencias de las masas obreras fuera del Parlamento. Estas masas, que habían elegido un buen número de diputados, esperaban que su suerte sería mejorada. Esta esperanza fue uno de los factores que prepararon el formidable movimiento huelguista de 1911-1913.

De este recordatorio de hechos cabe deducir cierto número de conclusiones aplicables al momento presente. Las benévolas insinuaciones de la mayoría de Mr. Baldwin a la fracción parlamentaria del Labour Party se transformarán tanto más en su reverso cuanto más resuelta sea la presión de los obreros sobre sus grupos parlamentarios, sobre el capital y sobre el Parlamento. Ya hemos hablado a propósito del papel de la democracia y de la violencia revolucionaria en las relaciones entre las clases. Ahora abordamos esta cuestión desde el punto de vista del desenvolvimiento interior del Labour Party.

Los jefes del Independent Labour Party, Macdonald a su cabeza, desempeñan dentro del Labour Party un papel director. El Partido Obrero Independiente se ha declarado pacifista, ha condenado el socialimperialismo (socialismo imperialista) y, no sólo desde antes de la guerra, sino también durante la guerra misma, ha pertenecido, en general, a la tendencia centrista. Su programa condena “todo militarismo, cualquiera que sea su forma”. Al terminar la guerra, el P.O.I. salió de la II Internacional; en virtud de una decisión de la conferencia de 1920, llegó aun a entrar en contacto con la III Internacional, a la que los Independientes ingleses presentaron doce preguntas a cual más profunda. La séptima estaba formulada así: “¿No pueden ser instituidos el comunismo y la dictadura del proletariado sino por la fuerza de las armas?, o bien, los partidos que dejen abierta esta cuestión, ¿pueden ser admitidos en la III Internacional?” Espectáculo altamente edificante: el matarife levanta una cuchilla, pero el cordero deja abierta la cuestión. Queda por decir que en aquella época crítica el P.O.I. planteaba la cuestión de su adhesión a la Internacional Comunista, en tanto que en la actualidad excluye a los comunistas del Labour Party. La contradicción entre el próximo pasado del P.O.I. y el presente del Labour Party, sobre todo en los meses en que se encontró en el poder, salta a los ojos. Aun hoy la política de los fabianos en el P.O.I. es distinta de la que siguen los mismos fabianos en el Labour Party. La lucha de las tendencias centrista y socialimperialista se refleja débilmente en esas contradicciones. Ambas tendencias se encuentran y armonizan en el mismo Macdonald, en consecuencia de lo cual nuestro cristiano pacifista construye acorazados ligeros en espera de construirlos pesados.

Lo que sobre todo caracteriza al centrismo socialista es lo inacabado, lo medianero, lo intermediario. Resiste mientras no se ve obligado a rematar y a responder a cuestiones fundamentales planteadas con claridad. En las épocas “orgánicas” de paz, el centrismo, doctrina oficial de un partido obrero aún grande y activo, puede resistir. En general, el centrismo es particularmente propio de organizaciones pequeñas, a las que la insuficiencia de sus esferas de influencia sustrae a la necesidad de dar claras respuestas a todas las cuestiones de la política y de asumir, por consiguiente, una responsabilidad práctica. Tal fue precisamente el centrismo del Partido Obrero Independiente.

La guerra imperialista ha revelado con suficiente claridad que la burocracia y la aristocracia obreras habían tenido ocasión, en el curso del anterior período de

prosperidad capitalista, de sufrir una profunda transformación pequeñoburguesa en cuanto a su manera de vivir y a toda su formación espiritual. Pero el pequeño burgués conserva hasta el primer choque la *apariencia* de la libertad. La guerra, de un mismo golpe reveló y consagró la dependencia del pequeño burgués ante el muy grande burgués. El socialimperialismo fue el aspecto de esta dependencia en el seno del movimiento obrero. El centrismo, por el contrario, en la medida en que se reconstruyó durante la guerra y después de ésta, ha expresado el terror del burócrata obrero pequeñoburgués ante la idea de hallarse completamente, y sobre todo manifiestamente, cautivo del imperialismo. La socialdemocracia alemana, que durante largos años, y aun en los tiempos de Bebel, desarrolló una política en realidad centrista, no pudo mantenerse en esta postura durante la guerra, siquiera fuese por el hecho mismo de su poder. Tenía que manifestarse contra la guerra (y esto hubiera sido en realidad entrar en la vía revolucionaria) o por la guerra, y esto significaba pasar abiertamente a la burguesía. El P.O.I. inglés, organización de propaganda en el seno de la clase obrera, no sólo pudo conservar durante la guerra su carácter centrista, sino reforzarlo “declinando las responsabilidades”, entregándose a las protestas platónicas y a la prédica pacifista, sin pensar a fondo ninguna de sus ideas y sin causar al Estado en guerra dificultades serias. La oposición de los socialdemócratas independientes de Alemania, que también “declinaron las responsabilidades”, pero sin impedir a Scheidemann y Ebert que pusieran todo el poder de la organización obrera al servicio del capital en guerra, tuvo asimismo un carácter centrista.

Inglaterra nos ha ofrecido pasada la guerra un ejemplo realmente excepcional de la “coexistencia” de las tendencias socialimperialistas y centristas en el movimiento obrero. El Partido Obrero Independiente, como ya hemos dicho, se hallaba perfectamente preparado para el papel de una oposición centrista ajena a las responsabilidades, que critica sin causar daño apreciable a los dirigentes. Pero los “Independientes” se convirtieron rápidamente en una fuerza política, lo que a la vez modificó su papel y su fisonomía.

Se convirtieron en una fuerza en razón de dos factores: primero, porque la historia colocó a la clase obrera ante la necesidad de formar un partido propio; después, porque la guerra y la postguerra crearon en los primeros tiempos una acústica favorable para las ideas del pacifismo y del reformismo por el despertar de masas de millones de hombres. Ya desde antes de la guerra, claro está, no eran pocas las ilusiones democráticas y pacifistas alojadas en las cabezas de los obreros ingleses. Sin embargo, la diferencia no es menos enorme: antes, el proletariado inglés, en la medida en que participaba en la vida política (especialmente en la segunda mitad del siglo XIX), colocaba sus ilusiones democráticas y pacifistas en la actividad del partido liberal. Este partido no justificó las esperanzas puestas en él y perdió la confianza de los obreros. Surgió un partido obrero, conquista histórica inapreciable que nada logrará borrar. Pero no está de sobra darse perfecta cuenta de que las masas obreras más se desilusionaron de la falta de buena voluntad del liberalismo que de las soluciones democráticas y pacifistas de la cuestión social, tanto más cuanto que millones de hombres de las nuevas generaciones abordan por primera vez la política. Las masas han trasladado sus ilusiones y esperanzas al Labour Party. Precisamente por esto, solamente por esto han tenido los “Independientes” la posibilidad de colocarse a la cabeza del partido. Detrás de las ilusiones democráticas y pacifistas de las masas obreras está su voluntad de clase despertada, su profundo descontento, su disposición a sostener sus reivindicaciones por todos los medios que las circunstancias puedan exigir. Pero la clase obrera no puede construir un partido sino con el material ideológico y el personal director que el desenvolvimiento anterior del país, toda su cultura teórica y política, hayan formado. En

este punto, de manera general, los medios intelectuales pequeñoburgueses, comprendidos aquí, naturalmente, la aristocracia y la burocracia obreras, ejercen una gran influencia. La formación del Labour Party británico se impuso precisamente porque en las masas del proletariado se había producido un sensible movimiento a izquierda. La tarea de precisar la fisonomía política de este movimiento les cayó en suerte a los representantes existentes del pacifismo impotente, conservador y protestante. Pero al transferir su estado mayor al terreno de varios millones de obreros organizados, los “Independientes” no pudieron sostenerse en su propio terreno, es decir, imprimir su sello pura y simplemente al partido del proletariado. Convertidos en directores de un partido de varios millones de obreros, ya no pudieron limitarse a meras reticencias centristas y a una pasividad pacifista. Primero se vieron precisados, en calidad de oposición responsable, luego en calidad de Gobierno, a responder sí o no a las más graves cuestiones planteadas por la vida del Estado. A partir del momento en que el centrismo se convirtió en una fuerza política, tuvo que salir de sus propios límites; en otros términos: o llegar a las consecuencias revolucionarias de su oposición contra el Estado imperialista, o ponerse abiertamente al servicio de este Estado. Naturalmente, se realizó la última hipótesis. El pacifista Macdonald tuvo que construir acorazados, encarcelar a los hindúes y a los egipcios, apelar en la diplomacia a documentos falsos. Convertido en una fuerza política, el centrismo, como tal centrismo, quedó reducido a cero. El profundo movimiento a izquierda de la clase obrera inglesa, que llevó al partido de Macdonald al poder con una rapidez imprevista, determinó el ostensible movimiento a derecha de este partido. Tal es el lazo entre el ayer y el hoy, y tal la razón por la cual el Partido Obrero Independiente observa con un estupor agridulce sus propios triunfos y se esfuerza en parecer centrista.

El programa práctico del Labour Party británico, dirigido por los “Independientes”, tiene en realidad un carácter liberal y no pasa de ser, sobre todo en política exterior, un eco retrasado de la impotencia de Gladstone. Gladstone se vio “obligado” a ocupar Egipto, así como Macdonald se ha visto “obligado” a construir cruceros. Beaconsfield⁶⁷ expresó con mayor justeza que Gladstone las necesidades imperialistas del capital. La libertad de comercio no resuelve ningún problema. Renunciar a fortificar Singapur es una locura desde el punto de vista del sistema entero del imperialismo británico. Singapur es la llave de los dos océanos. Quien quiere conservar las colonias, es decir, proseguir la política del bandolerismo imperialista, tiene que tener esa llave. Macdonald se queda en el terreno del capitalismo, al que aporta tímidas enmiendas que no deciden nada, que no evitan nada, aumentando, por el contrario, las dificultades y los peligros.

En cuanto a los destinos de la industria inglesa, la política de los tres partidos no presenta ninguna seria diferencia. El pánico engendrado por el miedo a una conmoción es su rasgo predominante. Los tres partidos son conservadores y temen, por encima de todo, los conflictos industriales. El Parlamento conservador niega a los mineros el establecimiento de un salario mínimo. Los diputados de los mineros manifiestan que la actitud del Parlamento es un “llamamiento directo a la acción revolucionaria”, aun cuando ninguno de ellos piense seriamente en la acción revolucionaria. Los capitalistas proponen a los mineros una investigación común sobre la situación de la industria hullera, con la intención de demostrar lo que no hay necesidad de que sea demostrado, a saber: que, dado el actual sistema de la industria hullera, desorganizada por la propiedad privada, la hulla resulta cara, aun con salarios bajos. La prensa conservadora y liberal ve la salvación en esa encuesta. Los líderes obreros la corean. Todos temen las huelgas, que podrían aumentar la superioridad de la concurrencia extranjera. Ahora bien, si aún es posible dentro del régimen capitalista cierta racionalización de la producción, no se

logrará sin la más imperiosa acción de las huelgas. Paralizando, por medio de las Trade-Unions, a las masas obreras, los líderes mantienen el proceso de estancamiento y de gangrena de la economía.

Uno de los más distinguidos reaccionarios del Labour Party, el doctor Haden Guest, patriotero, militarista y proteccionista, ha ridiculizado implacablemente en el Parlamento la política de su propio partido en materia de libertad de comercio y de proteccionismo. La actitud de Macdonald, según Guest, es puramente negativa y no indica salida ninguna para el atolladero económico. El hecho es que la inocuidad del librecambismo resulta completamente evidente. El hundimiento del librecambismo ha determinado el del liberalismo. Pero Inglaterra tampoco puede buscar una salida en el proteccionismo. Para un joven país capitalista al comienzo de su desarrollo, puede ser el proteccionismo una fase inevitable y favorable de progreso. Pero para el viejo país industrial cuya industria, establecida para abastecer el mercado mundial, tuvo un carácter agresivo y conquistador, el paso al proteccionismo es el testimonio histórico del principio de un proceso mortal y significa prácticamente, en la situación mundial actual, la protección de las ramas de industrias menos aptas con detrimento de las demás, mejor adaptadas al mercado mundial o interior. Al programa del proteccionismo senil del partido de Mr. Baldwin no se puede oponer sino el programa práctico de la revolución socialista, y no el librecambismo, no menos senil, no menos muerto.

Pero para la realización de este programa es primeramente preciso limpiar el Labour Party de proteccionistas reaccionarios tales como el doctor Guest y de librecambistas reaccionarios tales como Macdonald.

¿Dónde puede empezar, cómo puede efectuarse un cambio de política del partido obrero, inconcebible sin una radical mudanza de directores?

El Partido Obrero Independiente, que tiene en el Comité Ejecutivo y en otras de las más importantes instituciones del Labour Party británico la mayoría absoluta, constituye en el seno de este partido una fracción directora. Este sistema de relaciones en el interior del movimiento obrero inglés ofrece (pongámoslo de relieve puesto que se presenta la ocasión) un documento de excepcional interés sobre la “dictadura de la minoría”, pues así definen precisamente los líderes del Labour Party el papel del partido comunista en la República de los Soviets. Ahora bien, vemos al P.O.I., que cuenta con 30.000 miembros, gozar de una situación directora en una organización que descansa, apoyada por las Trade-Unions, sobre millones de hombres. Esta organización, el Labour Party, gracias a la forma numérica y al papel del proletariado inglés, llega al poder. Una ínfima minoría de 30.000 hombres recibe de este modo el poder en un país poblado por 40.000.000 de habitantes y que domina sobre cientos de millones de hombres. La más auténtica democracia desemboca en la dictadura de un partido de minoría. Bien es verdad que la dictadura del P.O.I. nada vale en absoluto, en el sentido de la lucha de clases. Pero esta es una cuestión muy distinta. Ahora bien, si un partido de 30.000 miembros (sin programa revolucionario, sin temple, sin serias tradiciones) puede llegar al poder, por mediación de un partido obrero amorfo apoyado en las Trade-Unions, con sólo emplear los métodos de la democracia burguesa, por qué se indignan o se sorprenden esos señores cuando el Partido Comunista, templado en la teoría y en la práctica, marchando a la cabeza de las masas populares desde hace decenas de años, llenas de luchas heroicas, contando con cientos de miles de miembros, llega al poder apoyándose en las organizaciones de masas de los obreros y campesinos? En todo caso, el advenimiento al poder del Partido Obrero Independiente tuvo menos fundamento y fue menos natural que el advenimiento al poder en Rusia del Partido Comunista.

Pero la sorprendente carrera del P.O.I. no es sólo interesante desde el punto de vista de la polémica respecto de las opiniones sobre la dictadura comunista. Es mucho

más importante examinar la rápida preponderancia de los “Independientes” desde el punto de vista de los futuros destinos del Partido Comunista inglés. Ciertas conclusiones se presentan entonces por sí mismas.

El P.O.I., nacido en un medio pequeñoburgués y próximo, por sus sentimientos y su estado de espíritu, a la burocracia sindical, se halló naturalmente con ésta a la cabeza del Labour Party cuando la presión de las masas obligó a los secretarios de los sindicatos a constituir el partido obrero. Pero el P.O.I. prepara y allana los caminos, por su avance maravilloso, por sus métodos políticos, por todo su papel, al partido comunista. En varias decenas de años el P.O.I. sólo ha reunido 30.000 miembros. Pero cuando las profundas transformaciones de la situación internacional y de la estructura interior de la sociedad inglesa engendraron el Labour Party, los directores “Independientes” se hallaron ante inesperadas “exigencias”. El mismo desenvolvimiento político prepara para la etapa siguiente “exigencias” aún más apremiantes, y éstas se dirigirán al comunismo. En el momento presente, el partido comunista es muy poco numeroso. En las últimas elecciones sólo recogió 53.000 votos, cifra, comparada con los 5.500.000 de votos del Labour Party, capaz de producir una impresión aplastante al observador ajeno a la lógica del desenvolvimiento político de Inglaterra. Sería tener una idea radicalmente falsa del futuro imaginarse que los comunistas verán crecer paso a paso durante decenas de años su influencia, ganando en cada elección parlamentaria unas decenas o unos cientos de miles de votos nuevos. Es cierto: durante un período de tiempo relativamente largo, el desarrollo del comunismo será de una lentitud relativa; pero después se producirá un cambio radical: *el Partido comunista ocupará en el Labour Party el lugar que ahora ocupan los “Independientes”*.

¿Qué es necesario para que se produzca este resultado? La respuesta, en términos generales, es bastante clara. El Partido Obrero Independiente ha conocido un éxito sin precedente por haber ayudado a la clase obrera a formar un tercer partido: el suyo propio. Las últimas elecciones han mostrado con qué entusiasmo miran los obreros ingleses el instrumento que ellos mismos se han forjado. Pero el partido no es un fin en sí. Los obreros esperan de él acción y resultados. El Labour Party inglés se ha desarrollado casi súbitamente como partido pretendiente al poder y ya familiarizado con él. A pesar del carácter profundamente comprometedor del primer Gobierno “obrero”, el Labour Party adquirió en las últimas elecciones más de un millón de votos nuevos. Se ha visto formarse en su seno una izquierda amorfa, invertebrada, sin porvenir propio. Pero el hecho de que se haya formado esta oposición testimonia el desenvolvimiento de las exigencias de las masas y el desarrollo paralelo de la inquietud en los medios directores del partido. Basta tener una idea por ligera que sea de la naturaleza de los Macdonald, los Thomas, los Clynes, los Snowden y sus semejantes para imaginar de qué lamentable manera se ensancharán las contradicciones entre las exigencias de las masas y el estúpido conservadurismo de los medios directores del Labour Party, particularmente en caso de un retorno de este último al poder.

Al dibujar esta perspectiva suponemos que la situación internacional e interior del capitalismo inglés en la hora presente lejos de mejorar continuará empeorándose. Si esta previsión resultara inexacta; si la burguesía inglesa consiguiera incorporar el Imperio, volver a ocupar su situación anterior en el mercado mundial, levantar la industria, dar ocupación a los sin trabajo, aumentar los salarios, el desarrollo político sufriría un retroceso: se vería entonces al conservadurismo aristocrático de las Trade-Unions afirmarse de nuevo, al Labour Party caminar hacia su ocaso, a la derecha reforzarse y a esta derecha aproximarse al liberalismo, que a su vez conocería un renacimiento de fuerzas vivas. Pero no tenemos la menor razón para formular tales

previsiones; por el contrario, cualesquiera que sean las modificaciones parciales de la coyuntura económica y política, todo nos anuncia la agravación y el ahondamiento de las dificultades que Inglaterra atraviesa en la hora presente, y, por consiguiente, la aceleración del ritmo de su desenvolvimiento revolucionario. Y en estas condiciones parece muy probable la vuelta al poder del Labour Party en una de las próximas etapas, y el conflicto entre la clase obrera y su pequeño medio director fabiano será inevitable.

El camino de los “Independientes” se ha cruzado con el de proletariado: he aquí lo que explica su papel actual. Pero esto no quiere de ninguna manera decir que ambos caminos se hayan confundido para siempre. El rápido desarrollo de la influencia de los “Independientes” no es sino el reflejo de la presión extraordinariamente vigorosa de la clase obrera. Pero esta presión, necesariamente condicionada por toda la situación, incorporará a los obreros ingleses contra sus jefes “Independientes”. Las cualidades revolucionarias del partido comunista británico (claro es que ejerciéndose con una política justa) se transformarán, en la medida del desenvolvimiento de este conflicto, en cantidad generadora de millones de hombres.

Entre los destinos del Partido comunista y los del Partido Obrero Independiente se dibuja una especie de analogía. Ambos han sido durante largo tiempo sociedades de propaganda más que partidos de la clase obrera. Mas luego, por haberse producido en el desenvolvimiento histórico de Inglaterra una modificación profunda, el Partido Independiente se ha encontrado a la cabeza del proletariado. Suponemos que el Partido comunista conocerá de aquí a un tiempo el mismo desarrollo⁶⁸. En un momento determinado, el camino de su desarrollo se confundirá con la gran ruta histórica del proletariado inglés. Pero esta fusión se llevará a cabo de muy distinta manera que en el caso del P.O.I. La burocracia sindical ha servido a este último de puente de unión. Los “Independientes” no pueden dirigir al partido obrero sino en la medida en que la burocracia sindical debilita, neutraliza y deforma la presión del proletariado, movido por sus intereses de clase. El Partido comunista, por el contrario, no podrá colocarse a la cabeza de la clase obrera sino en la medida en que ésta se halle en irreductible contradicción con la burocracia conservadora, tanto en las Trade-Unions como en el Labour Party. El Partido comunista no se puede preparar para su papel director sino mediante la crítica implacable del personal director del movimiento obrero inglés, desenmascarando día por día su papel conservador, antiproletario, imperialista, monarquizante, servil, en todos los dominios de la vida social y del movimiento de clase.

La izquierda del Labour Party representa una tentativa de renacimiento del centrismo en el seno del partido socialimperialista de Macdonald. Sirve de expresión a la inquietud de que está poseída una parte de la burocracia obrera ante la evolución a izquierda de las masas. Sería una ilusión monstruosa pensar que los elementos de izquierda de la vieja escuela son capaces de dirigir el movimiento revolucionario del proletariado inglés en su lucha por la conquista del poder. Esos elementos constituyen una formación acabada. Su elasticidad es muy limitada, su cualidad de izquierda profundamente oportunista; ni conducen ni son capaces de conducir a las masas al combate. En los límites de su mediocridad reformista, renuevan el viejo centrismo irresponsable, sin estorbar a Macdonald, o, mejor, ayudándole a llevar la responsabilidad de la dirección del partido y, en ciertos casos, de los destinos del Imperio británico.

Este cuadro ha sido puesto de relieve con la mayor claridad por el Congreso del P.O.I. celebrado en Gloucester (Pascua de 1925). Allí aprobaron los “Independientes”, por 398 votos contra 139, aun refunfuñando contra Macdonald, la pretendida actividad del Gobierno laborista. La oposición, por lo demás, no se pudo permitir el lujo de una

desaprobación sino porque Macdonald tenía asegurada la mayoría. El descontento de los laboristas de izquierda frente a Macdonald era el mismo del centrismo respecto de sí mismo. La política de Macdonald no puede ser superada con ayuda de un mosaico de enmiendas. El centrismo, llegado al poder, necesariamente desarrollará una política a la Macdonald, es decir, una política capitalista. No cabe oponer seriamente a la política de Macdonald sino la política de la dictadura socialista del proletariado. Sería una enorme ilusión creer capaz al Partido Independiente de convertirse en el partido revolucionario del proletariado. Los fabianos deben ser eliminados, “relevados de sus funciones”. Esto no se conseguirá sino al precio de una lucha implacable contra el centrismo de los “Independientes”.

Cuanto más netamente y más brutalmente se plantea el problema de la conquista del poder, tanto más el P.O.I. se sustrae a este problema revolucionario, substituyéndolo con expedientes burocráticos sobre las mejores maneras parlamentarias y financieras de nacionalizar la industria. Una de las comisiones del P.O.I. llegó a la conclusión de que el rescate de las tierras, de las fábricas y talleres debe ser preferido a la confiscación, porque (así lo presiente esa comisión) la nacionalización se llevará a cabo en Inglaterra gradualmente, paso a paso, conforme a los deseos de Baldwin, y no sería “equitativo” privar a un grupo de capitalistas de sus rentas, mientras otros disfrutaban de los intereses de sus capitales. “Otra cuestión sería [dice la memoria de la comisión (que citamos según el *Times*)] si el socialismo, en lugar de implantarse gradualmente, surgiera de un golpe a consecuencia de una revolución catastrófica: los argumentos aducidos contra la confiscación perderían entonces la mayor parte de su fuerza. Pero no creemos que esta hipótesis sea probable ni nos sentimos llamados a estudiarla en la presente memoria.” En general, no hay razón para rechazar en principio el rescate de las tierras, de las fábricas y de los talleres. Por desgracia, las posibilidades políticas y financieras de una operación semejante no coinciden nunca. El estado de los recursos financieros de la República norteamericana haría perfectamente posible el rescate. Pero ni aun se suscita en términos prácticos la cuestión, ni hay partido que pueda plantearla en serio. Y cuando haya surgido este partido, la situación económica de los Estados Unidos habrá sufrido acusadas modificaciones [que dudosa]⁶⁹. Por lo demás, el aspecto financiero de la cuestión de la nacionalización se presenta en términos categóricos como la de la salvación de la economía inglesa. Pero es tal el estado financiero, que la posibilidad del rescate es más que dudosa. Por lo demás, el aspecto financiero de la cuestión es secundario. Lo principal es crear las condiciones previas de la nacionalización, con o sin indemnización. En fin de cuentas, se trata de la vida o de la muerte de la burguesía. La revolución es precisamente inevitable porque jamás se dejará estrangular la burguesía por una operación bancaria concebida al modo fabiano. La sociedad burguesa, en su estado actual, no puede admitir una nacionalización ni aun parcial sino imponiendo tales condiciones que el éxito de esta medida fuera comprometido hasta el más alto punto, lo mismo que la idea de ella y el partido obrero. Y contra toda política de nacionalización verdaderamente audaz, aun parcial, la burguesía se alzaría en bloque, como clase. Las otras ramas de industria no nacionalizadas recurrirán al locaut, al sabotaje, al boicot de las industrias nacionalizadas; harán una guerra a muerte. Cualquiera que sea el grado de prudencia de las primeras medidas, de todos modos, se tratará, en definitiva, de romper la resistencia de los explotadores. Cuando los fabianos nos dicen que no se sienten “llamados” a estudiar “esta hipótesis”, hay que dejar bien sentado que estos señores, en general, se han engañado respecto de su misión. Es muy posible que los más laboriosos de entre ellos sean útiles en algunas oficinas del futuro Estado obrero, trabajando en ellas para el censo parcial de los elementos de la balanza socialista; pero para nada sirven cuando se

trata de la manera de crear el Estado obrero, es decir, de la condición primera, fundamental, de la economía socialista.

Unas palabras realistas se le han escapado a Macdonald en uno de sus trabajos periodísticos del *Daily Herald*: “Tal es la situación del partido en nuestros días [escribía], que la lucha será cada vez más cálida y viva. El partido conservador nos hará una guerra a muerte, y tanto más amenazador será el poder del partido obrero, tanto más impetuosa será la presión de los miembros reaccionarios (del partido conservador).” Perfectamente exacto. Cuanto más inminente sea el peligro del advenimiento al poder de la clase obrera, mayormente crecerá en el partido conservador la influencia de hombres como Curzon (no es en vano por lo que Macdonald ve en este último el modelo de los políticos del porvenir). La estimación de las perspectivas formulada esta vez por Macdonald parece justa. Pero, en realidad, el líder del Labour Party no sospecha el alcance y el peso de sus palabras. Invoca sólo la resistencia a ultranza de los conservadores, llamada a ser tanto más encarnizada cuanto más se desarrollen los acontecimientos, para demostrar la inoportunidad de constituir comités comunes a los diferentes partidos parlamentarios. Pero las previsiones formuladas por Macdonald no se oponen solamente a la constitución de comités interparlamentarios, sino que proclaman la imposibilidad de resolver por métodos parlamentarios la crisis social actual. El partido conservador luchará a ultranza. Exactísimo. Pero esto quiere decir que el Labour Party no le vencerá sino dando pruebas de una resolución suprema. No se trata de la rivalidad de dos partidos, sino de los destinos de dos clases. Y cuando dos clases se han empeñado en un duelo a muerte, jamás se ha zanjado la cuestión con una resta de sufragios. Jamás ha sucedido nada parecido en la historia. Jamás sucederá, mientras existan las clases, nada parecido.

Pero no se trata de la filosofía de Macdonald ni de sus expresiones a ratos felices; no se trata de la manera como Macdonald justifica su actividad ni de lo que quiere, sino de lo que hace y del resultado de sus actos. Si abordamos la cuestión por este lado, vemos que el partido de Macdonald prepara por todo su trabajo la impetuosidad formidable y los excepcionales rigores de la revolución proletaria en Inglaterra. El partido de Macdonald refuerza la confianza de la burguesía y tiende hasta el máximo grado la larga paciencia del proletariado. Agotada esta larga paciencia, el proletariado, irritado, se encontrará frente a frente con la burguesía, a quien la política del partido de Macdonald no habrá hecho sino afirmar en la conciencia de su poder. Cuanto más contengan los fabianos el desenvolvimiento revolucionario de Inglaterra, tanto más terrible y furiosa será la explosión.

La burguesía inglesa ha sido educada en un espíritu implacable. Su existencia insular, la filosofía moral del calvinismo, la práctica colonial, el orgullo nacional la han llevado a ese espíritu. Inglaterra, cada vez más se ve rechazada a segundo plano. Este ineluctable proceso crea una situación revolucionaria. La burguesía inglesa, obligada a inclinarse ante América, a batirse en retirada, a soslayar, a esperar, da calor a una creciente inflexibilidad que se manifestará en la guerra civil bajo formas espantosas. La canalla burguesa de la Francia de 1870, vencida por los prusianos, así se desquitó sobre los *communards*; los oficiales del ejército aplastado de los Hohenzollern se cobraron con la misma moneda sobre los obreros alemanes. La fría crueldad con que la Inglaterra gobernante trata a los hindúes, a los egipcios y a los irlandeses, revistiendo las apariencias de un orgullo de raza, revelará en caso de guerra civil su carácter de clase y aparecerá dirigida contra el proletariado.

Por otra parte, la revolución infaliblemente alumbrará en la clase obrera inglesa las mayores pasiones, tan astutamente contenidas y reprimidas por el entrenamiento

social, por la Iglesia y la prensa; tan hábilmente canalizadas con ayuda del boxeo, del fútbol, de las carreras y demás deportes.

Las peripecias concretas de la lucha, su duración, su resultado dependerán íntegramente de la situación interior y sobre todo internacional en el momento en que aquélla se desenvuelva. En su lucha decisiva contra el proletariado, la burguesía inglesa contará con el apoyo más eficaz por parte de la burguesía de los Estados Unidos; el proletariado inglés se apoyará, en primer lugar, sobre la clase obrera de Europa u sobre las masas populares oprimidas de las colonias. El carácter del imperio británico dará ineluctablemente a esta batalla de gigantes una amplitud internacional. Será uno de los mayores dramas de la historia del mundo. Los destinos del proletariado inglés estarán ligados a los destinos de la humanidad entera. La situación mundial y el papel del proletariado inglés en la producción y en la sociedad le aseguran la victoria, a condición de que sea bien dirigido con una resolución revolucionaria. El partido comunista habrá de desplegarse y llegar al poder como partido de la dictadura del proletariado. No hay atajo. Los que lo creen y los que lo dicen no pueden sino engañar a los obreros ingleses. Esta es la conclusión esencia de nuestro análisis.⁷⁰

IX Marcha y fechas

En el curso del año transcurrido desde que este libro ha sido escrito, los acontecimientos no han seguido el itinerario de Baldwin o de Macdonald. La magnanimidad del Premier conservador ha palidecido rápidamente. Los comunistas, excluidos por Macdonald del Labour Party, son encarcelados por los jueces del Rey Jorge, que de este modo colocan al partido fuera de la legalidad. Estos mismos jueces, animando familiarmente a los jóvenes fanfarrones del fascismo, recomiendan a estos violadores de la ley que se alistén en la policía, llamada a hacer respetar las leyes. Los jueces certifican de este modo que la diferencia entre la violación fascista de las leyes y su aplicación policíaca es de forma y no de esencia. Los fascistas son unos excelentes ciudadanos, pero demasiado impacientes; sus métodos son prematuros. La lucha de clases no ha llegado todavía a la guerra civil. Macdonald y Lansbury siguen prestando sus servicios, contentando al proletariado con ayuda de las ficciones de la democracia y de los mitos de la religión. El fascismo permanece en reserva. Los políticos capitalistas comprenden, no obstante, que los métodos de la democracia no son suficientes, y Mr. Johnson Hicks, a solas consigo mismo, examina si tiene el rostro de Mussolini. La energía policíaca del Gobierno Baldwin completa necesariamente su mísero desconcierto económico. El proteccionismo del partido conservador es tan absolutamente impotente en presencia de los nuevos hechos de la vida económica, como el librecambio de los liberales. Desde el principio fue evidente que las tentativas proteccionistas tropezarían con los intereses contradictorios de las principales ramas de industria. Hace un año, sin embargo, no creíamos que el programa proteccionista degenerara en una farsa semejante. En el curso de este lapso de tiempo han sido establecidas tasas aduaneras sobre los encajes, los guantes, los instrumentos de música, las camisas de gas, los cortaplumas y el papel higiénico. La producción de estos artículos no ocupa a mucho más de 10.000 obreros, pero en cambio hay 1.231.900 mineros y 1.215.900 parados. ¿No abusa Mr. Baldwin con exceso de... la evolución gradual?

El partido liberal, cuyo naufragio es una de las más eminentes expresiones de la decadencia social de la Gran Bretaña, ha renunciado, en su mayoría, a la esperanza de ejercer el poder independientemente, y su derecha sueña con un papel moderador a la izquierda de los conservadores, en tanto que su izquierda quisiera sostener, a la derecha,

a Macdonald, que cada vez tendrá mayor necesidad de su apoyo. Cuando el viejo Asquith comenta con ironía los discursos de Snowden y de Churchill, en los cuales el primero invita a los liberales a adherirse al Labour Party y el segundo a adherirse al partido conservador, tiene razón a su manera: no hay una gran diferencia entre morir lamentablemente a remolque de sus enemigos políticos o morir independiente.

El papel de la camarilla de Macdonald en el período que nos ocupa ha quedado suficientemente caracterizado por la simple yuxtaposición de los hechos. En 1924 el Gobierno Macdonald perseguía a los comunistas en virtud de una ley penal de 1797 (¡la época de la revolución francesa!). A fines de 1925, Macdonald conseguía la exclusión de los comunistas del Labour Party. El ministro más reaccionario del Gobierno conservador, Benito Hicks, arriba mencionado, ha perseguido a los comunistas por aplicación de la misma ley de 1797, encerrando a los líderes del partido. Las masas obreras protestan. La camarilla de Macdonald se ve obligada también a emitir unos gruñidos indistintos, a modo de protesta. ¿Contra qué? Evidentemente, contra la concurrencia de Hicks, que les arranca su pedazo de pan.

Ni la economía ni la política de Inglaterra en el curso del año transcurrido nos dan motivos para modificar, por poco que sea, las conclusiones de nuestro libro. No tenemos por qué reaccionar de otro modo ante el rechinar de dientes de la prensa burguesa inglesa y sobre todo americana. “El autor enseña a los americanos y a los ingleses [clama una gaceta neoyorquina], bajo la máscara de su nuevo libro, el arte de la insurrección.” Y como no puede habérselas con el autor, la gaceta exige medidas radicales contra el libro. Está en el orden de las cosas. No hay ninguna necesidad de responder. Responderán los acontecimientos. Lo único que he aprendido de la crítica de la prensa burguesa es que Mr. Winston Churchill no es lord aún, como yo, por error, suponía, o por lo menos prematuramente.

La prensa oficial del menchevismo emplea en el fondo el mismo lenguaje, pero aquí el llamamiento a la policía burguesa contra la “propaganda de la violencia” reviste formas algo más veladas. Tampoco en este punto hay lugar de entablar una polémica. En la fase actual de los acontecimientos, la oposición de la izquierda del Labour Party nos interesa mucho más. Poco aprendemos, sin embargo, de los escritores que la representan. “Si las dementes tendencias moscovitas pueden hallar entre nosotros un terreno favorable, no será sino gracias a la avidez de nuestra burguesía y a las excesivas concesiones de los dirigentes del Labour Party”, etc., etc. Tal es el sentido de los artículos de Lansbury, de Brailsford y otros. Clichés centristas. De antemano conocemos sus ideas y expresiones. Esperar por parte de estos señores un intento de verdadero análisis de los hechos y de los argumentos, sería tanto como esperar leche de un chivo.

Felizmente tenemos en las manos un documento interesante por su carácter mucho más espontáneo, por su mayor frescor, si cabe expresarse así. Un camarada ruso, en correspondencia con militantes del movimiento obrero inglés me ha comunicado dos cartas de un miembro de la “izquierda” del P.O.I. consagradas a la crítica de este libro. Me han parecido estas cartas mucho más interesantes que los artículos de los “líderes” británicos y demás, entre los cuales unos han olvidado pensar y otros no lo han sabido nunca. No quiere decir que el autor de estas cartas razone bien. Por el contrario, es difícil imaginar caos mayor que el que reina en sus ideas, en lo cual, por lo demás, ve su autor su gran superioridad sobre los conciliadores rematados como Macdonald y los revolucionarios “dogmáticos” que nosotros somos.

Conocemos bastante bien, por la experiencia rusa e internacional, a los confusionistas de esta catadura. Si no obstante consideramos las cartas críticas de este militante de “izquierda”, no destinadas a la publicación, como más instructivas que los

amanerados artículos de los profesionales del centrismo, es precisamente porque la ecléctica y concienzuda confusión de sus cartas expresa de modo mucho más directo los movimientos políticos de las masas.

Los grupos ideológicos del movimiento obrero inglés y de sus medios directores particularmente, pueden ser distribuidos en tres líneas principales. En el Labour Party (la conferencia de Liverpool lo ha demostrado de nuevo), el papel director pertenece a los derechistas. Los residuos de las teorías burguesas del siglo XIX, sobre todo de su primera mitad, constituyen la ideología oficial de estos señores, que no retrocederían ante nada por defender las bases de la sociedad burguesa. Con relación a ellos, la pequeña minoría de comunistas se sitúa en los antípodas. *La clase obrera inglesa no vencerá sino hallándose bajo la dirección de un partido bolchevique. Esta clase se halla aún en la infancia, pero se desarrolla y puede desarrollarse rápidamente.*

Entre estos dos agrupamientos extremos, como entre dos orillas, se extienden no pocos matices y corrientes desprovistos en sí mismos de porvenir, pero que preparan el porvenir. Los teóricos y los políticos de esta ancha tendencia media se reclutan entre los eclécticos, los sentimentales, los humanitarios histéricos y toda clase de gentes nebulosas. En unos, el eclecticismo es una vocación determinada, perfecta; en otros, una fase de desenvolvimiento. El movimiento de oposición dirigido por los hombres de izquierda, de semiizquierda y de extrema-izquierda traduce un profundo cambio social en las masas. Pero la medianía de los “hombres de izquierda” ingleses, el amorfismo de sus teorías, su indecisión política (por no decir su cobardía), aseguran el dominio de la situación a la camarilla de los Macdonald, los Webb y los Snowden, imposible a su vez sin los Thomas. Si los medios directores del Labour Party pueden ser considerados como el freno de la clase obrera inglesa, Thomas es la anilla por donde la burguesía inglesa pasa las riendas.

La etapa actual del desenvolvimiento del proletariado inglés, durante la cual su aplastante mayoría acoge con fervor los discursos de los “hombres de izquierda” y deja en el poder a los Macdonald y los Thomas, no es, naturalmente, fortuita. No puede ser saltada. El camino del partido comunista, gran partido de masas del porvenir, no pasa sólo por una lucha irreconciliable con los agentes del capital, encarnados en la camarilla Thomas-Macdonald, sino también por una acción sistemática que tienda a desenmascarar a los confusionistas de la izquierda, gracias a cuya ayuda únicamente pueden los Macdonald y los Thomas conservar sus posiciones. Y esta es la justificación del interés que concedemos a nuestro crítico de izquierda.

Inútil es decir que este crítico acusa a nuestro libro de rigidez, encuentra que la cuestión está planteada de una manera mecánica, que la realidad ha sido simplificada, etc. “Todo su libro (el mío) está penetrado de la convicción de que la decadencia de Inglaterra durará aún cuatro o cinco años (!) antes de conducir en el interior a complicaciones serias”, cuando, según la opinión del crítico, los doce próximos meses señalarán el apogeo de la crisis, pasada la cual, “el desenvolvimiento ulterior proseguirá durante una decena (!) de años sin grandes dificultades”. Mi crítico empieza, pues, por imputarme el pronóstico preciso de una agravación de la crisis durante cuatro o cinco años, luego le opone una predicción todavía más precisa que divide el período inmediatamente próximo de la historia de Inglaterra en dos porciones: doce meses de crisis agravada y diez años de progreso tranquilo.

La carta, con gran sentimiento nuestro, no presenta motivos económicos. No nos queda, para dar a esta predicción de un año de crisis y una década de feliz desenvolvimiento un sentido económico, sino admitir que el autor relaciona sus previsiones con las dificultades financieras actuales determinadas por el paso a la moneda de oro y por el arreglo de la cuestión de las deudas. El autor reduce

evidentemente la crisis económica a una crisis de desinflación, y por esta causa le asigna una duración tan breve. Es muy probable que, vencidas las mayores dificultades de la finanza y del crédito, se produzca un cierto alivio en el mercado financiero y, por tanto, en los negocios industriales y comerciales. Pero no se puede fundar una previsión general sobre variaciones de un carácter en realidad tan secundario. Y la predicción de una década de feliz desenvolvimiento no está justificada por nada. Las principales dificultades de Inglaterra son originadas, de un lado, por la reagrupación y el desplazamiento de las fuerzas económicas y políticas mundiales; de otro, por el conservadurismo interno de la industria inglesa.

La inmensa superioridad industrial y financiera de los Estados Unidos sobre Inglaterra es un hecho cuya importancia será cada vez mayor en el porvenir. No hay ni puede haber ningún factor susceptible de atenuar las desastrosas consecuencias para Inglaterra de la incomparable superioridad americana.

El desarrollo de la técnica más reciente (en particular la creciente importancia de la electrificación) alcanza directamente a la industria hullera y, de manera indirecta, a toda la industria extraordinariamente conservadora de Inglaterra, basada principalmente en el carbón.

El desarrollo de la independencia industrial y política del Canadá, de Australia y África del Sur, que se ha manifestado después de la guerra en toda su amplitud, asesta a la metrópoli golpes reiterados. Hasta ayer fuentes de enriquecimiento, los Dominios se convierten para Inglaterra en una causa del déficit de la economía nacional.

En las Indias, en Egipto y en todo el Oriente, el movimiento nacional va dirigido en primer lugar contra el imperialismo británico. Dudamos mucho de que haya razones para esperar un retroceso en doce meses.

La existencia de la Unión Soviética (podemos dar razón en este punto a los políticos ingleses, conservadores y liberales) implica asimismo para la Gran Bretaña grandes dificultades económicas y políticas. Y tampoco aquí hay razones para pensar que estas dificultades se atenuarán en doce meses.

Si eso que se llama la pacificación de Europa continúa, el resultado será el renacimiento y el refuerzo de la concurrencia alemana. Y si a la pacificación sigue una crisis guerrera o revolucionaria, esta crisis no dejará de alcanzar a la economía británica.

El período más próximo creará, pues, al capital británico condiciones de existencia cada vez más penosas, y, por lo mismo, planteará cada vez más ásperamente ante el proletariado el problema del poder. No he fijado un plazo. La única observación en mi libro a este respecto dice que el movimiento revolucionario de la clase obrera inglesa se medirá más bien por lustros que por décadas. Bien se comprende que no he querido decir que la revolución socialista tendrá lugar dentro de cuatro años (aun cuando no me parezca excluida esta hipótesis). Mi pensamiento era que la perspectiva del desenvolvimiento revolucionario tiene que ser considerada, no para decenas de años, no para nuestros hijos o nuestros nietos, sino para la generación actual.

Heme aquí obligado a presentar una larga cita de la carta de mi crítico de izquierda: “Trotsky habla a cada momento de decenas de años. ¿Puede hablarse así a propósito de una situación económica o aun política? Yo no lo creo en ningún caso. No se puede, como en otro tiempo indicaba Trotsky mismo, asignar y fijar la fecha exacta del comienzo de la explosión revolucionaria, y aun cuando él haya más bien pretendido precisar el día (?!), yo considero imposible predecir el año (!). La revolución depende, ante todo, de los factores económicos, y *los factores económicos susceptibles de obrar en favor o en contra de la revolución son en este momento, en Inglaterra, infinitamente numerosos*. La revolución pudo estallar el primero de agosto de 1925, a consecuencia de la crisis de la industria hullera. La revolución podrá estallar cuando en mayo próximo

(1926) se renueve la misma crisis. La revolución puede ser precipitada por la crisis del Extremo Oriente, por la guerra, por el crac económico de otros países, por la miopía de ciertos industriales de nuestro país, por la incapacidad del Gobierno para resolver el problema del paro, por la crisis de otras industrias que la hullera, y también por la propaganda socialista entre los obreros, propaganda que aumenta sus exigencias y sus esperanzas. *Cada una de estas posibilidades es perfectamente plausible en la situación actual, pero ninguna puede ser prevista ni aun un mes de antemano.* El tiempo presente se caracteriza por una extrema inestabilidad económica y, por consiguiente, política; un movimiento puede estropear todo el juego. Por otra parte, el sistema existente puede sostenerse aún artificialmente durante cierto número de años. La revolución británica, si por ésta se entiende una revolución política, se coloca, pues, bajo una gran X.”

La confusión verdaderamente inconcebible de estas líneas no es la de un espíritu aislado; es, por el contrario, una confusión profundamente típica. Es la de las gentes que “de modo general” admiten la revolución, pero la temen con todas las fibras de su ser y se hallan dispuestas a justificar su temor político con ayuda de no importa qué teoría.

Examinemos, en efecto, de más cerca la argumentación del autor. Demostrando que la marcha del desenvolvimiento de una revolución y, por consiguiente, su fecha, son determinadas por numerosos factores dependientes entre sí que precipitan o aminoran la acción, no hace más que empujar puertas abiertas. De ello deduce la conclusión, indiscutible en sí, de la imposibilidad de predecir la fecha de la revolución. Pero he aquí cómo consigue formular esta noción elemental: Trotsky cree imposible prever el día de la revolución; en cuanto a él, crítico lleno de prudencia, cree imposible prever ni aun *el año*. Esta antítesis es pueril hasta parecer inverosímil. Puede incluso parecer que no merece ser refutada. Pero ¡cuántos hombres de extrema izquierda hay, en realidad, que no han examinado ni aun superficialmente los problemas de la revolución y para los cuales el hecho solo de pensar en el día y en el año constituye un gran paso adelante, comparable, a título de ejemplo, al paso del analfabetismo a la lectura vacilante de las sílabas!

Si en realidad pensara yo que no es imposible determinar sino el día de la revolución, sin duda me esforzaría en determinar la semana, el mes o el año. Pero no creo haberlo intentado. Me he limitado a mostrar que el desarrollo social de Inglaterra ha entrado en una fase revolucionaria. A fines del último siglo no se podía hablar de revolución en Inglaterra sino en los límites de las previsiones más generales. En los últimos años que precedieron a la guerra, ya se podían señalar diversos síntomas que anunciaban la proximidad de un viraje. Después de la guerra ha sobrevenido (y brusco) este viraje. La burguesía inglesa, oprimiendo a los trabajadores y saqueando a las colonias, condujo en el pasado a la nación hacia la prosperidad material, asegurando de este modo su dominación. Hoy no sólo es incapaz el régimen burgués de sacar adelante a la nación británica, sino que no está ni en medida de conservarle el nivel alcanzado. La clase obrera inglesa se debate entre las contradicciones de la decadencia capitalista. No hay ninguna cuestión de la vida económica (nacionalización de las minas y de los ferrocarriles, lucha contra el paro, librecambio o proteccionismo, construcción de viviendas, etc.) que no lleve en línea recta al problema del poder. Tal es la base social histórica de la situación revolucionaria. Es evidente que se trata de la lucha de las fuerzas vivas de la historia y no de la acumulación automática de magnitudes cuantitativas. Este solo hecho hace imposible el pronóstico pasivo de las etapas del proceso y de las fechas de su desenvolvimiento. Es cuestión de llevar el pulso de la economía y de la política inglesas y le seguir atentamente, sin perder de vista un minuto la perspectiva general, todas las variaciones, todos los flujos y reflujos, determinando su lugar en el proceso de la decadencia capitalista. Esta orientación general ofrece la única

base de la política de un partido revolucionario, político, cuya elasticidad consistiría en tener en cuenta también las modificaciones parciales, pero sin perder de vista en modo alguno la curva directriz del desarrollo.

Evidentemente, mi crítico de izquierda ha oído decir algo (a muy otro respecto) sobre la determinación del día de la evolución, y no se ha dado cuenta de que se trataba del *momento de la insurrección* puesta al orden del día por la revolución. Son dos cuestiones totalmente diferentes, si bien conexas. Se trata en un caso de una previsión histórica fundamentada y de la estrategia general que de ella se deriva; en el otro, de un propósito táctico que supone una determinación más o menos exacta de lugares y de tiempo. Nadie (excepto los procuradores británicos) pensará en decir que la insurrección armada está en este momento al orden del día en Inglaterra y que la tarea práctica consiste en precisar el plan y, por consiguiente, la fecha. Sin embargo, no será posible sino en estas condiciones hablar de uno o de varios días. En el otoño de 1923 las cosas presentaban precisamente de este modo en Alemania. No se trata de fijar ahora en Inglaterra el día de la revolución (¡estamos aún bastante lejos de ello!), sino de comprender que toda la situación objetiva la aproxima, la hace entrar en el dominio de la política educadora, preparatoria del partido del proletariado, creando al mismo tiempo las condiciones necesarias para una rápida formación revolucionaria del proletariado.

En su carta segunda aporta el mismo crítico, en apoyo de escepticismo sobre los plazos de la revolución (en realidad, sobre la revolución misma), argumentos más inesperados aún: “El dominio económico [se dice] es prácticamente ilimitado... Un nuevo invento, una nueva agrupación de fuerzas capitalistas... La otra parte advierte igualmente el peligro... En fin, América puede adoptar medidas contra el crac amenazador de Inglaterra. En una palabra [concluye nuestro crítico]: las posibilidades son muy numerosas y Trotsky se halla lejos de haberlas agotado.”

Tiene necesidad nuestro crítico de izquierda de todas las posibilidades menos de una sola: la posibilidad revolucionaria. Jugando con la realidad a la gallinita ciega, está dispuesto a asirse a no importa qué fantasía. ¿En qué sentido, por ejemplo, podría modificar un invento nuevo las condiciones sociales del desenvolvimiento de la Gran Bretaña? Desde Marx se han multiplicado los inventos, sin atenuar los efectos de la ley de concentración de la producción y de agravación de la lucha de clases; por el contrario: acentuándolos. Los nuevos inventos, en el porvenir como en el pasado, darán más ventajas a los más fuertes, es decir, no a la Gran Bretaña, sino a los Estados Unidos. Que la otra parte advertirá el peligro y lo combatirá por todos los medios, no es discutible. Por lo demás, es precisamente la condición previa más importante de la revolución. La esperanza en la mano salvadora de América es, en fin, completamente ridícula. Es más que probable que en caso de guerra civil en Inglaterra, América intentará acudir en ayuda de la burguesía. Pero esto no significa sino que también el proletariado inglés tendrá que buscar sus aliados fuera de las fronteras del país. Nosotros creemos que los encontrará. De aquí resulta que la revolución inglesa revestirá infaliblemente un carácter internacional. Pero lo que quiere decir nuestro crítico (porque eso nosotros no lo discutimos) es otra cosa. Este expresa la esperanza de que América mejorará lo bastante las condiciones de existencia de la burguesía inglesa para ayudarla, en general, a evitar la revolución. ¡Es un hallazgo estupendo! Cada día que pasa nos demuestra que el capital americano es el ariete de la historia que, conscientemente o no, asesta los golpes más destructores a la situación mundial y a la estabilidad interior de Inglaterra. Nuestro “hombre de izquierda” no se ve por ello impedido de esperar que el capital americano se achicará amablemente en interés del capital británico. Hay que esperar evidentemente que América, para empezar, renuncie a reintegrarse la deuda de Inglaterra, restituya sin compensación al Tesoro británico los 300 millones de dólares

que constituyen la reserva de la moneda inglesa, sostenga en China la política de la Gran Bretaña y hasta transmita quizá a la flota británica unos cuantos cruceros nuevos y a las firmas inglesas (con una rebaja del 50 por 100) sus acciones británicas. En una palabra, hay que esperar que el Gobierno de Washington pase la dirección de los asuntos del Estado a la A.R.A., sin incluir en esta última a los cuáqueros más filantrópicos.

¡Que los hombres que tienen ocupado el espíritu con tales quimeras se guarden de pretender dirigir al proletariado inglés!

X Brailsford y el marxismo

La edición londinense de este libro apareció con un prefacio inesperado de Mr. Brailsford, antiguo radical burgués, afiliado después de la guerra al Partido Obrero Independiente, cuyo órgano dirige actualmente. Mr. Brailsford, a pesar de todas sus simpatías socialistas, no ha dejado de ser un radical. Y como el P.O.I. está dirigido por los liberales moderados, Brailsford se ha encontrado a la izquierda.

Que la publicación del libro de un comunista, amparado bajo el prefacio protector de un miembro del partido Macdonald, sea posible, no en la atrasada China ni aun en el Japón, donde las librerías de la burguesía radical estiman todavía útil para la difusión de las luces la publicación de los libros de los comunistas rusos, sino en Inglaterra, en un país en que son flagrantes los antagonismos sociales, es un hecho que demuestra a los ojos de todo marxista hasta qué punto la ideología política de los ingleses se halla en retraso respecto de las relaciones materiales. Esta apreciación, que no necesita ser demostrada, implica una condenación de esta inesperada especie de “bloque” literario. Tenemos necesidad de la unidad de frente con las masas obreras. La unidad o la semiunidad de frente literario con Brailsford no significa sino la agravación de la confusión ideológica en que tan rico es, sin esto, el movimiento obrero inglés.

Pero no le incumbe a Brailsford este error. Su destino histórico consiste en “corregir” a Thomas y a Macdonald, en canalizar el descontento de las masas, en pulir las aristas, en disolver las ideas claras en amorfas concepciones de “izquierda”. Presentarse bajo la misma cubierta que nosotros responde a los intereses políticos de Brailsford, de cuyas intenciones no queremos desconfiar, recordando tan sólo que el infierno está empedrado de buenas intenciones reformistas. Las masas obreras británicas se hallan infinitamente a su izquierda. “Fraternizando” con un comunista moscovita, Brailsford encubre su adhesión al partido que excluye a los comunistas ingleses.

Nuestros propósitos son distintos. No queremos disimulos. Nuestro primer deber es destruir las mixtificaciones en el terreno de las ideas. La clase obrera inglesa se halla infinitamente a izquierda de Brailsford, pero no está aún en medida de encontrar expresiones a su estado de espíritu. El farrago del pasado, en toda su anchura, separa aún del programa comunista a esta masa que se dirige a izquierda. Es, pues, tanto más inadmisibles añadir sea sólo un cabello a ese farrago. Los comunistas, para defender los intereses de los mineros, están dispuestos a dar unos pasos al unísono con mister Brailsford. ¡Pero nada de “bloque” ideológico de ninguna suerte, nada de unidad de frente en materia de teoría y de programa! Precisamente Brailsford se ha expresado en estos términos a propósito de la edición americana de este libro: “Nos separa de estas gentes un abismo.” ¡Justo, justo, justísimo! Ahora bien, nada más criminal desde el punto de vista marxista que cubrir un abismo político con palmas literarias: el obrero engañado pisará encima y se caerá.

Mister Brailsford necesita una mixtificación: hace uso de un libro revolucionario para combatir la revolución. Protagonista de las ilusiones democráticas y del fetichismo

parlamentario, Brailsford dice en suma en su prefacio: “Ahí tenéis: en nuestra democracia británica no tememos publicar un libro bolchevique; así manifestamos la amplitud de visión y la fuerza de la democracia.” Brailsford aspira, por otra parte, a atenuar con su mezquino gesto la impresión, para él desagradable, del reciente proceso de los comunistas. Lo reconoce bien alto. La condena de los comunistas (ahora, cuando la revolución no se dibuja aún sino en una perspectiva lejana) constituye una refutación de las ilusiones democráticas mucho más vigorosa y convincente que todos nuestros libros y folletos. Brailsford lo comprende muy bien. Luchando por la conservación de las ilusiones democráticas, saluda en estos términos la aparición de nuestro libro: “Si este libro puede aparecer libremente, si puede ser discutido... la pesadilla (*nighimare*) de este proceso se disipará.” Salvando a tan poco coste las ilusiones democráticas, Brailsford piensa sugerir al proletariado inglés que la libre aparición en la librería británica de un librito revolucionario, acompañado, bajo la forma de un prefacio pacifista, de una dosis proporcionada de contraveneno, demuestra que los burgueses ingleses doblarán la cabeza dócilmente cuando se empiece a arrancarles democráticamente los bancos, las tierras, las minas y los puertos. En otros términos, Brailsford acompaña sin el menor reparo nuestro libro de reflexiones radicalmente contrarias a su fin, a su sentido, a su espíritu y a su letra.

No tiene nada de sorprendente que Brailsford reproche a los métodos rusos de polémica su carácter implacable (*ruthless*) y exprese el deseo de que en los lectores ingleses producirán una impresión completamente distinta de la que se espera. En cuanto a esto, esperaremos para pronunciarnos. Hay lectores y lectores. Los métodos de polémica están condicionados por la naturaleza misma de la política. Hay que ser implacable para separar la realidad de la mentira convencional. En parte alguna de Europa la hipocresía canonizada (el *cant*) desempeña un papel tan grande como en la Gran Bretaña. Diversos grupos políticos, comprendidos los más extremos, están acostumbrados a no rozar en sus luchas ciertas cuestiones, a no llamar por su nombre a ciertas cosas. La causa de esto es que, desde siempre, la vida política se ha desarrollado en las altas esferas de las clases dominantes, que nunca olvidaron que les escuchaban terceros. Durante siglos, el sistema de convenciones, de alusiones, de reticencias, ha sido inculcado de arriba abajo, recibiendo su expresión más reaccionaria en el actual partido liberal, comprendida su ala de oposición radical. No se trata de una manera literaria, sino de una política. A Brailsford le repugna nuestra polémica porque descubre a fondo los antagonismos de clase. Es perfectamente exacto que, a los lectores ilustrados, formados en la tradición parlamentaria de la hipocresía política, les indignará y no les seducirá esta polémica. Pero (no se moleste Brailsford) es justo la impresión que al autor se considera en derecho de esperar. También es exacto que los hombres políticos provistos de esa educación forman todavía una compacta capa medianera entre la clase obrera y el programa comunista. No obstante, las realidades de la situación de las clases son más fuertes en Inglaterra que la hipocresía tradicional. Los obreros británicos que han despertado y se abren un camino a través de los prejuicios hereditarios (desde los de Baldwin hasta los de Brailsford) reconocerán en nuestra polémica un elemento de su propia acción. Y ésta será asimismo la impresión que esperamos producir.

El prefacio de Brailsford mezcla a los elogios sin medida medidas condenaciones. Los elogios conciernen a lo secundario: la forma del libro. Las condenaciones conciernen a la substancia. Los elogios desmedidos están destinados a dar un relieve particular a los ataques contra el bolchevismo. Brailsford obra con la plena conciencia de sus fines. Obedece a su vocación. Tiene interés en la mixtificación.

Pero nosotros tenemos necesidad de una total claridad. Por tanto, rechazamos a igual título sus elogios y sus censuras.

Obra Brailsford con la plena conciencia de sus fines. Y no es menos impotente hasta un grado supremo. Pero esto ya no es culpa suya. No puede sustraerse a la tarea histórica del centrismo: disimular las realidades para alimentar las ilusiones. Ya vemos de qué ridícula manera encara la lección del proceso de los comunistas. La misma incapacidad se encuentra en la base de toda su apreciación de nuestro libro. De una parte, se sabe por su prefacio que el libro está fundamentado en el conocimiento de los hechos y en la inteligencia de la lógica de su desarrollo; por otra, que el autor del libro es “un hombre de otro mundo” incapaz de concebir el carácter del protestantismo inglés y la fuerza de las tradiciones parlamentarias. No es sólo en el Parlamento, sino en las iglesias, en las Trade-Unions y hasta en los clubs, nos explica Brailsford, donde sé ha inculcado a los ingleses, en el curso de las generaciones, el respeto a la mayoría. ¿Qué sabe de esto el ruso y cómo puede apreciar la fuerza de las tradiciones de nuestra civilización, tan vieja? La orgullosa impotencia de Brailsford aparece en su método: no comprende las bases materiales del desenvolvimiento social, que son la instancia decisiva. Se detiene delante de las tradiciones, delante de los aluviones de ideas de las viejas luchas y piensa que su depósito es eterno. Ignora las leyes fundamentales, que hacen depender la ideología de las bases mismas de las clases. Sería tan inútil discutir con él como tratar de convencer a un inventor del movimiento continuo de la ley de conservación de la energía. Cualquier marxista primerizo comprende que las nuevas erupciones del volcán social harán saltar la corteza de las viejas tradiciones y de las viejas instituciones con tanta mayor violencia cuanto más cuajadas estén las formas conservadoras de la sociedad británica.

Las ideas y los prejuicios transmitidos de generación en generación se convierten en un factor de una gran fuerza histórica. Esta fuerza autónoma de los prejuicios, condensada por la historia, se observa muy bien en el mismo Brailsford. Pero los hechos materiales son más fuertes que las ideas y las tradiciones que los reflejan. No es muy difícil convencerse de ello en nuestros días, precisamente por el edificante espectáculo de la agonía del liberalismo inglés.

¿Puede encontrarse tradición más fuerte que la suya? El liberalismo se relaciona por sus orígenes con el primer movimiento del protestantismo y, por consiguiente, con la revolución del siglo XVII, que abre la historia de la Inglaterra moderna. Ahora bien, la poderosa tradición liberal se contrae y desvanece en cenizas ante nuestros ojos como un pergamino en un brasero. Los hechos vivos tienen más fuerza que las ideas muertas. El ocaso de las clases medias en Inglaterra, el ocaso del capitalismo inglés en el mundo: tales son los hechos materiales que deciden implacablemente la suerte de la tradición del liberalismo. La fisonomía del reformador agrario Graco-Lloyd George, que niega por la tarde lo que decía por la mañana, ya es de por sí una magnífica irrisión de la tradición liberal. Hemos oído a Brailsford afirmar que “un hombre de otro mundo” no puede comprender “de qué modo *el instinto de la sumisión a la voluntad de la mayoría* se halla profundamente anclado en la conciencia del pueblo inglés”. Cosa sorprendente: cuando Brailsford desciende de las alturas de la doctrina al dominio de los hechos políticos vivos, a menudo le sucede descubrir de improviso el misterio de la sumisión a la voluntad de la mayoría. Así, comentando los debates de la última conferencia del partido liberal, que (a pesar de todas las tradiciones y contra su propio deseo) adoptó (a medias por lo menos) el charlatanesco programa de nacionalización del suelo de Lloyd George. Brailsford escribía en el *New Leader* del 26 de febrero: “El pago de los gastos por la caja central (de la que dispone Lloyd George) y las comidas gratuitas ofrecidas a los delegados crearon evidentemente en la conferencia la mayoría deseada. ¡Las

comidas crearon la mayoría! Estas palabras realistas demuestran que el instinto democrático de la sumisión a la mayoría, inculcado a los británicos por varias generaciones e inaccesible a los hombres que pertenecen a otro mundo, necesita de tiempo en tiempo, para manifestar su omnipotencia, apoyarse en *roastbeefs* gratuitos y otros recursos materiales. Brailsford no escribirá verosímilmente nada mejor que estas pocas palabras. Nuestro idealista se ha dado aquí de bruces con lo que, en general, derrumba todos los esquemas metafísicos: con un trozo de realidad.

Cierto que nosotros somos “gentes de otro mundo” incapaces de comprender la noble veneración inspirada por los métodos parlamentarios a todos los ingleses. Pero ¿por qué se nos turba informándonos de que, en el seno del partido liberal, creador del parlamentarismo, las mayorías se hacen con ayuda de la caja y comidas en serie gratuitas, pero, hay que creerlo así, sustanciales? La mayoría así reunida se parece bastante a una mayoría comprada y sobornada. ¡Y sólo se trata de una lucha por actas y carteras! ¿Qué sucederá cuando se plantee categóricamente la cuestión de saber quién detendrá el poder del Estado, si la burguesía o el proletariado, y quién la propiedad, si el pueblo o los capitalistas? Si los dirigentes del partido liberal apelan con éxito, en interés de su carrera parlamentaria, a la corrupción y a la falsificación, ¿ante qué violencia, ante qué crimen retrocederán las clases directoras cuando se juegue nada menos que su destino histórico? Me temo mucho que si uno de nosotros dos pertenece a otro mundo y no comprende lo más esencial de la política inglesa, éste sea Mr. Brailsford. Es un hombre de otra época. La nueva época es la nuestra.

Brailsford no desaprovecha en su prefacio la ocasión de salir en defensa de la religión. Es curioso que, al tiempo de hacerlo, se califica de *agnóstico*. Es un término empleado algunas veces en Inglaterra como un sinónimo distinguido, endulzado, mundano, de la palabra *ateo*. Con mayor frecuencia aún define un semiateísmo que duda de sí mismo, es decir, esa variedad del idealismo que en materia de divinidad se abstiene del voto, para emplear el lenguaje parlamentario. Y aquí vemos la fuerza del *cant*, de la convención, de la semiverdad, de la semimentira, de la hipocresía filosófica. A la vez de aludir a su ateísmo y calificándose de agnóstico, Brailsford toma la defensa de la religión. He ahí las costumbres equívocas que los revolucionarios deben expulsar implacablemente del movimiento obrero. ¡Ya se ha jugado bastante a la gallinita ciega! ¡Llamad de una vez a las cosas por su nombre!

Brailsford defiende la religión disputando su carácter de clase. Ningún ruso, ¡vean ustedes!, puede comprender la religión inglesa con sus “tradiciones de libre discusión, su forma democrática, su relativa ausencia de espíritu de lucro”, etcétera. No haría ningún cura demócrata mejor que nuestro agnóstico la apología del narcótico religioso. Su testimonio en favor de la Iglesia debe tener tanto más peso cuanto que él mismo se declara descreído. Dualidad y falsedad a cada paso. Tratando de revocar el carácter burgués del protestantismo, Brailsford se pregunta acusador si Trotsky puso alguna vez los pies en una capilla disidente de la cuenca minera, leyó a Benian y echó una mirada a la historia revolucionaria de los anabatistas y de los sectarios de la quinta monarquía. Debo confesar no haber visitado las capillas disidentes de los mineros y no tener de los hechos históricos de que habla Brailsford sino un conocimiento muy insuficiente. Prometo visitar la cuenca minera y sus capillas en cuanto el partido de Brailsford tome el poder y me autorice, conforme a los principios de la democracia, a viajar libremente por el territorio de Su Majestad británica. Antes me esforzaré en abordar a Benian, la historia de los anabatistas y la de la quinta monarquía. Pero se engaña Brailsford cruelmente si piensa que los hechos y las circunstancias que enumera pueden modificar un juicio general sobre la religión y particularmente sobre el protestantismo. Una vez visité en compañía de Lenin y de N. K. Krúpskaya una iglesia

libre de Londres y oí alternar los discursos socialistas y los salmos. El predicador era un tipógrafo que había regresado de Australia. Hablaba de la revolución social. Los salmos imploraban a Dios que instituyera aquí abajo un régimen que no conociese pobres ni ricos. De este modo trabé prácticamente conocimiento con el movimiento obrero inglés, hace ya cerca de un cuarto de siglo (1902). ¿Cuál es, me preguntaba yo, el papel del salmo con relación al discurso revolucionario? El de una válvula de seguridad. Los densos vapores del descontento ascendían bajo la cúpula de la iglesia y desde allí, más arriba, hacia el cielo. Tal es la función esencial de la Iglesia en una sociedad dividida en clases.

Claro está que las diferentes Iglesias llenan de diverso modo esta función. La Iglesia ortodoxa rusa se convertía antes cada vez más, sin llegar a sobreponerse a la mitología del cristianismo primitivo, en un aparato burocrático paralelo al del zarismo. El pope marchaba de la mano con el teniente y respondía con medidas de represión a cualquier movimiento cismático. Por tal razón se revelaron tan endebles, sobre todo en los centros industriales, las raíces de la Iglesia ortodoxa rusa. Separado el aparato burocrático de la Iglesia, los obreros rusos, en su gran mayoría, como asimismo la joven generación campesina, han apartado del mismo golpe la religión. Sucede de otro modo con el protestantismo, que se alzó, como bandera de la burguesía y de las gentes humildes de las ciudades y de las tierras, contra la Corona, la Corte, los privilegiados, los nobles y los obispos. Los orígenes y el desarrollo del protestantismo se relacionan tan estrechamente con el desenvolvimiento de la cultura urbana y la lucha de la burguesía por una situación más firme y estable en la sociedad, que sería superfluo hacer la demostración. Y la burguesía no hubiera podido combatir con éxito y sostenerse después en el poder si no hubiera hecho de su bandera, en cierta medida, la del bajo pueblo, es decir, la de los artesanos, los labriegos y los obreros. En la lucha contra la pobreza, la burguesía consiguió la sólida alianza del bajo pueblo gracias a la religión protestante. El leñador escocés daba, evidentemente, a sus salmos un contenido subjetivo diferente del que tenían para el respetable Mr. Domby, o del que tienen para el honorable sobrino segundo de Mr. Domby, que hoy se sienta en la Cámara de los Comunes a la derecha o a la izquierda de Mr. Macdonald. Igual cosa ocurre con el liberalismo. Los obreros liberales, no los burócratas de los sindicatos: los proletarios, entendían el programa liberal de muy distinto modo que Gladstone. En su liberalismo introducían un instinto de clase, por lo demás impotente. ¿Se atreverá Brailsford a disputar por esta razón que el liberalismo sea el programa del comercio pequeño y medio, de la burguesía industrial y de la burguesía intelectual en vías de progreso?

Cierto es (y Brailsford quisiera tener aquí un punto de apoyo) que muchos radicales pequeñoburgueses, adversarios de la lucha de clases, se inclinaban al ateísmo, en tanto que los *pionners* del trade-unionismo eran partidarios al propio tiempo del cristianismo y de la lucha de clases. No hay en ello ninguna contradicción con lo que se ha dicho más arriba. El marxismo no enseña que cada cual recibe una ración de convicciones filosóficas y religiosas proporcionada a la importancia de sus rentas o de su salario. La cuestión es más compleja. Las ideas religiosas, como las demás, nacen en el terreno de las condiciones materiales de la vida, es decir, ante todo en el de los antagonismos de las clases, sólo poco a poco se abren un camino, sobreviven, por razón del conservadurismo, a las necesidades que las han engendrado y no desaparecen sino a consecuencia de choques y trastornos serios. Los pequeños burgueses radicales ingleses, discípulos de los utilitarios o de los owenistas, podían ser ateos militantes en tanto que pensaban seriamente disponer de medios para resolver sin dolor todas las cuestiones sociales. Pero a medida que se agravaron los antagonismos de clase, el radicalismo militante se desvaneció o se trasladó al Labour Party, aportando a éste su maltrecha

elevación idealista y su impotencia política. Los organizadores de las Trade-Unions, llevados a altas situaciones por las huelgas, no podían renegar de la base de su trabajo y de la fuente de su influencia, es decir, de la lucha de clases. Pero se mantuvieron en las angostas fronteras del trade-unionismo, guardándose bien de llevar la acción hasta las necesarias conclusiones revolucionarias, lo cual les permitió y les permite aún armonizar el trade-unionismo con el cristianismo, en otros términos, con una disciplina inculcada al proletariado por la creencia y la moral de otra clase.

Es efectivamente indiscutible que la revolución encontrará a una buena parte de los mineros del país de Gales bajo el imperio de los prejuicios religiosos. Sin embargo, no se puede dudar de que estos mineros cumplirán su misión. Ya se liberrarán de ciertos prejuicios en la acción y de otros después de la acción... Pero sí negamos categóricamente que los mineros del país de Gales, y en general los proletarios británicos, puedan ser guiados por el buen camino por unos hombres que todavía no se han desprendido de creencias de una puerilidad absurda, que no conocen la estructura de la sociedad humana, no han entendido su dinamismo, no comprenden el papel que juega en él la religión y están dispuestos a subordinar en tal o cual medida su acción a una moral de Iglesia que une a opresores y oprimidos. Jefes así no son seguros. La clase obrera puede esperar siempre de su parte, en la hora más decisiva, una capitulación o una traición; eso sí: citando en su apoyo el *Sermón de la montaña*.

La fuerza tradicional del protestantismo británico se nos aparece claramente, y Brailsford se equivoca pretendiendo que juzgamos el protestantismo según la ortodoxia rusa. ¡No faltaba más! Como marxistas, estamos acostumbrados a considerar los fenómenos históricos en su determinismo social, bajo sus formas concretas, y a juzgarlos, no por su nombre, sino por el contenido que les presta la sociedad viva, es decir, dividida en clases. La fuerza tradicional del protestantismo es grande, pero no ilimitada. Por su misma naturaleza de doctrina religiosa y no política, el protestantismo tiene más elasticidad que el liberalismo, su hermano menor. Pero la elasticidad del protestantismo es limitada. Un profundo cambio en los destinos de Inglaterra predetermina estas limitaciones. Todas las tradiciones nacionales pasan por una prueba. La obra de los siglos será destruida en años. La prueba revolucionaria, partiendo de hechos inflexibles, alcanzará también a los arcanos de la conciencia donde se ocultan los prejuicios religiosos hereditarios. Nuestro deber consiste en contribuir a esta obra de saneamiento y no en oponerle obstáculos, a imitación de los agnósticos equívocos que sólo aluden a su ateísmo para defender la religión.

Vemos igualmente que ambos nos hallamos, Brailsford y nosotros, a propósito de las cuestiones esenciales de que dependen en la historia la vida y la muerte del proletariado, en los opuestos lados de una barricada ideológica. Por ello, nuestra aparición ante el lector inglés bajo la misma cubierta que Brailsford constituye el más grosero equívoco. Con este artículo pongo el mejor remedio que puedo.

L. TROTSKY

10 marzo 1926

XI Más sobre el pacifismo y la revolución (respuestas a Bertrand Russell)

Las mayores particularidades del desarrollo de la Gran Bretaña están determinadas por su situación insular. El papel de la flota británica en los destinos del país expresa con el mayor vigor estas particularidades. Ahora bien, los socialistas británicos, que nos acusan de ignorar o no comprender las particularidades ocultas o imponderables del espíritu británico, olvidan a cada instante en los debates sobre la

revolución proletaria una magnitud tan importante como la flota británica. Russell, que invoca irónicamente el apoyo de la flota soviética, no dice una palabra de la flota británica, que a la hora en que el partido de Macdonald se hallaba en el poder seguía reforzándose con cruceros ligeros.

Se trata de la conquista del poder en un país en que el proletariado constituye la aplastante mayoría de la población. La voluntad de conquistar el poder a todo precio, es decir, al precio de no importa qué sacrificios, debe ser la condición preliminar, política, del éxito de la empresa. Solamente un partido obrero puede unir a las masas en esta aspiración. La segunda condición preliminar del éxito se halla en la clara inteligencia de los caminos y métodos de acción. Desembarazado de la catarata que ciega sus ojos, el Labour Party verá (y sólo lo verá entonces), verá y explicará al proletariado que la verdadera transmisión del poder de una clase a otra depende, en medida infinitamente mayor que del Parlamento, del ejército y de la flota británicos. Es necesario que los marinos (claro que no los almirantes, sino los fogoneros, los obreros, electricistas y los marineros) aprendan a comprender las tareas y los objetivos de la clase obrera. A través de todos los obstáculos, es preciso hallar un camino hasta ellos. Al precio sólo de un trabajo obstinado y tenaz de preparación se conseguirá crear una situación en la cual la burguesía, en caso de lucha con el proletariado, no podrá apoyarse en la flota. Ahora bien, sin esto es insensato hablar de victoria.

Naturalmente, no pueden presentarse las cosas como si, ya en el primer período de la revolución, la flota entera y el ejército en pie de guerra hubieran de colocarse del lado del proletariado. No se evitarán profundos disturbios en la flota misma. La historia de todas las revoluciones sirve de testimonio. Los disturbios en una flota que afectan a la renovación radical del mando arrastran inevitablemente un debilitamiento general de la flota misma por un período bastante prolongado. No cabe cerrar los ojos sobre este hecho. Pero el período de crisis y de debilitamiento interior de la flota será tanto más corto cuanto más enérgico se muestre el partido director del proletariado. Cuantas más relaciones entretenga con la flota desde el período de preparación, más resuelto será en la lucha y más claramente capaz se mostrará ante todos los oprimidos de tomar y de guardar el poder.

El pacifismo apenas roza la máquina de guerra de la clase dominante. La prueba mejor nos la da la misma experiencia durante la guerra, valiente pero más bien estéril, de Russell. Todo se limitó al encarcelamiento de unos cuantos millares de jóvenes “oposicionistas de conciencia”. En el antiguo ejército del zar los miembros de las sectas religiosas, en particular los tolstoyanos, se exponían a menudo a sufrir persecución con motivo de su resistencia pasiva al militarismo; no resolvieron, sin embargo, el problema del derrocamiento de la autocracia. Tampoco en Inglaterra han impedido, ni podían impedirlo, la guerra a ultranza.

El pacifismo más se dirige a las masas obreras que a la organización militar del Estado. Pero allí su influencia es sencillamente deletérea. Paraliza la voluntad de aquellos que, sin eso, ya de por sí no la tienen excesiva. Predica el daño de los armamentos a los que, sin esto, ya están desarmados, a las víctimas de la violencia de otra clase. En las condiciones actuales de la vida británica, en estos momentos en que el problema del poder está planteado brutalmente, el pacifismo de Russell es profundamente reaccionario.

No hace mucho que Lansbury conjuraba (los periódicos nos han informado de ello) a los soldados británicos a no disparar contra los huelguistas. Los millares de asistentes a esa reunión de obreros y de obreras levantaron las manos en señal de solidaridad con ese llamamiento, tan poco conciliable, por cierto, con la política de Macdonald, pero que constituye un progreso definido en el camino de la revolución.

Sería, sin embargo, necesaria una extremada ingenuidad para imaginarse que el llamamiento de Lansbury ha creado la posibilidad de una solución pacífica, con la exclusión del derramamiento de sangre, del problema del poder. Por el contrario, este llamamiento, en la medida en que penetre en la vida, suscitará infaliblemente conflictos armados de una extrema gravedad. Porque no hay lugar a imaginarse que *todos* los soldados, *todos* los marinos, se negarán a disparar contra los obreros. En realidad, la revolución sembrará la discordia en el ejército y en la flota. La discordia se manifestará en cada compañía, en cada dotación de barco de guerra: ese soldado ya está firmemente resuelto a no disparar, aunque haya de pagar su valor con su vida; ese otro vacila; un tercero está dispuesto a disparar contra quien se niegue a disparar. En el primer período, los titubeantes serán el mayor número.

¿Qué sucedió entre nosotros en 1905 y 1917? Los soldados y los marinos que manifestaron su solidaridad con los obreros se expusieron en primer lugar al fuego de los oficiales. En la etapa siguiente, los oficiales se expusieron al fuego de los soldados arrastrados por el ejemplo heroico de sus camaradas más avanzados. Estos conflictos adquieren mayor amplitud. El regimiento en que los elementos revolucionarios consiguen la preponderancia se alza enfrente de aquellos en los que los antiguos cuadros de mando conservan todavía el poder. Ahora bien, los obreros se arman con el apoyo de los regimientos revolucionarios. No sucede de otro modo con la flota. Recomendamos vivamente a Russell y a sus correligionarios políticos que vean el “film” soviético *El acorazado Potemkin*: aparece con un relieve suficiente el mecanismo de la revolución en una masa de hombres. Aunque sería mucho más importante todavía proyectar este “film” delante de los obreros y marinos británicos. Esperemos que el partido obrero, una vez en el poder, lo hará así.

Los hipócritas hereditarios de la burguesía y los caníbales civilizados dirán, no cabe duda, con la mayor indignación que nos esforzamos en levantar al hermano contra el hermano, al soldado contra el oficial. etc. Los pacifistas aprobarán tales expresiones y no dejarán de recordar una vez más que todo lo vemos a través de un prisma sangriento por no conocer las particularidades de la Gran Bretaña ni apreciar en su justo valor la fecunda influencia de la moral cristiana en los oficiales de Marina, los *policemen* y Joynson Hicks. Pero estos razonamientos no están llamados a detenernos. La política revolucionaria quiere ante todo que se miren los hechos bien de frente, tratando de prever su desenvolvimiento ulterior. Los filisteos se la representan como pura fantasía porque se esfuerza en prever el pasado mañana, en tanto que ellos ni aun se atreven a pensar en el mañana.

En tal situación que la salvación del organismo nacional entero se halla, no en una tiranía conservadora, sino en la extirpación radical de un órgano defectuoso (la clase que se sobrevive a sí misma), la prédica pacifista nace en realidad de un indiferentismo prendado de sí mismo. En estas circunstancias, la más alta humanidad exige, a fin de abreviar los plazos y disminuir los sufrimientos, la más grande resolución.

La burguesía americana sentirá tanto menos la tentación de intervenir cuanto más enérgicamente ponga la mano el proletariado inglés en los medios y en las armas de la burguesía inglesa. La flota americana tendrá tanto menos la posibilidad de abatir el poder proletario de Inglaterra, cuanto más rápida y completamente someta éste a la flota británica.

No queremos decir que por ello quede excluida la intervención militar de la República transoceánica. Por el contrario, es muy probable y, en ciertos límites, absolutamente inevitable. Pero el resultado depende en amplia medida de nuestra propia política antes y durante la revolución.

La flota francesa no desempeñará el último papel en el bloqueo completo de las Islas Británicas, sobre todo en su aislamiento del continente. ¿Podrá emplear la burguesía francesa sus barcos contra la revolución proletaria en Inglaterra?

A este propósito ya hemos visto una cierta experiencia. En 1918 Millerand envió al mar Negro, contra los puertos de la República de los Soviets, unos barcos de guerra franceses. Los resultados son conocidos. El crucero *Waldeck-Rousseau* se amotinó. En el Norte de Rusia los ingleses no tuvieron mejor suerte: la revolución es muy contagiosa y los marinos de las flotas de guerra están más sujetos que nadie a su contagio.

En el momento en que los marinos franceses Marty y Badina se amotinaban, negándose a combatir a la revolución proletaria de Rusia, Francia parecía en el apogeo de su poder. También ha empezado ya, no menos que Inglaterra, a pagar su parte en la guerra. Admitir, dado que la monarquía, los latifundistas, los banqueros y los fabricantes fueran arrojados por la borda en Inglaterra, que la burguesía francesa conservaría la posibilidad de desempeñar en el océano Atlántico o bien sólo en el canal de la Mancha un papel de gendarme, sería dar muestras de un descomunal optimismo en cuanto a la burguesía y de un pesimismo deshonesto en cuanto al proletariado. La Gran Bretaña, es decir, su burguesía, no en balde ha sido la dominadora de los mares. La revolución británica será el punto de partida de unos círculos concéntricos que se extenderán a todos los océanos. Su primer resultado será el resquebrajamiento de la disciplina en todas las flotas militares. ¿Quién sabe si el mando americano no tendrá que renunciar en estas condiciones a la idea de la guerra y de bloqueo estrecho a fin de mantener a sus buques a buena distancia del contagio europeo?

En fin, aun en América la flota no es una instancia suprema. El régimen capitalista de los Estados Unidos es más poderoso que ningún otro. Conocemos tan bien como Russell el carácter contrarrevolucionario de la Federación Americana del Trabajo, que se complace en recordarnos. Del mismo modo que la burguesía de los Estados Unidos ha llevado el poder del capital a una altura sin ejemplo en el pasado, la F.A. del T. ha elevado al grado supremo los métodos de conciliación social. Lo cual no quiere decir que la burguesía americana sea todopoderosa. Es infinitamente mucho más fuerte frente a la burguesía europea que frente al proletariado europeo. Bajo el techo de la aristocracia obrera americana, la más privilegiada de todas las aristocracias obreras del mundo, vagan y duermen los instintos y los estados de espíritu revolucionarios de las masas obreras americanas, de tan diverso origen. La revolución que se produzca en un país anglosajón, al otro lado del Atlántico, tendrá sobre el proletariado de los Estados Unidos una repercusión mayor que ninguna otra revolución.

No quiere decirse que la dominación de la burguesía americana habrá de ser derrocada al día siguiente de la conquista del poder por el proletariado británico. Serán menester grandes sacudidas económicas, militares y políticas antes de que sucumba el reino del dólar. La misma burguesía americana las prepara ligando, por sus colocaciones de capitales en todo el universo, su poder al caos europeo y a los polvorines de Oriente. La revolución inglesa tendrá infaliblemente un eco poderoso en el otro lado de la “gran sábana de agua”, tanto en la Bolsa de Nueva York como en los barrios obreros de Chicago. La burguesía y el proletariado de los Estados Unidos cambiarán instantáneamente de mentalidad. La burguesía se sentirá más débil, la clase obrera más fuerte. Y el estado de espíritu de las masas es uno de los más importantes elementos de lo que se llama su correlación de fuerzas. Esto no quiere decir, una vez más, que los banqueros y los *trusters* americanos no puedan intentar, con ayuda de su flota, estrangular por una acción económica a la revolución inglesa; pero estas tentativas significarían por sí mismas una conmoción aún más profunda del régimen interior de los Estados Unidos. Los estados de espíritu nacidos de los acontecimientos revolucionarios

de la Gran Bretaña se manifestarán por fin, así como estos acontecimientos, en el corazón de cada buque americano, en su maquinaria. Todo esto no quiere decir que la revolución proletaria no se halle ligada a dificultades y peligros. Por el contrario, unas y otros son inmensos. Pero *están de los dos lados*. Y esta es, en suma, la esencia de una revolución. Cuanto mayor es el lugar ocupado por una nación en el mundo, tanto más grandiosas son las fuerzas de acción y reacción que la revolución despierta y desarrolla en ella. Nuestras “simpatías”, en estas condiciones, pueden ser de alguna utilidad⁷¹.

Las revoluciones no se hacen en el orden más cómodo. En general, no se hacen arbitrariamente. Si se les pudiera designar un itinerario racional, probablemente no sería menos posible evitarlas. Pero la revolución expresa justamente la imposibilidad de reconstruir con ayuda de métodos racionalistas una sociedad dividida en clases. Los argumentos lógicos, aun elevados por Russell a la altura de fórmulas matemáticas, son impotentes en presencia de los intereses materiales. Las clases dominantes condenarán a perecer a toda la civilización, comprendidas las matemáticas, antes que renunciar a sus privilegios. Toda la revolución futura se encuentra ya en germen en la lucha empeñada entre los mineros y los magnates británicos de la industria del carbón, del mismo modo que el tallo y la espiga futuros se hallan en germen en la tierra. Los mismos factores irracionales de la historia obran de la manera más brutal a través de los antagonismos de clase. No se puede saltar por encima de estos factores. Así como los matemáticos, operando con magnitudes irracionales llegan a conclusiones perfectamente racionalistas, la política no puede ejercer una acción racional, es decir, instituir en la sociedad un orden racional, sino cuando tiene en cuenta claramente las contradicciones irracionales de la sociedad a fin de reducirlas definitivamente, no apartando la revolución, sino gracias a ésta.

Podríamos, en realidad, poner aquí el punto final. Las objeciones de Russell nos han dado la ocasión de completar el examen de los aspectos de la cuestión que nuestro libro dejaba en la sombra. Quizá no sea superfluo detenernos en el último y en el más fuerte de los argumentos del crítico pacifista. Russell declara que nuestra actitud hacia la revolución británica está dictada por nuestro patriotismo ruso... “Estoy aterrado [dice] por el patriotismo de Trotsky, análogo al nuestro. La revolución comunista en Inglaterra sería ventajosa para Rusia; por eso la desea, sin considerar imparcialmente si también para nosotros sería ventajosa.”

Este argumento tiene todas las cualidades, excepto la novedad. La prensa de Chamberlain y de Hicks lo explota con el mayor celo. El *Morning Post* demuestra desde hace ya bastante tiempo que el movimiento comunista internacional sirva al imperialismo soviético, que a su vez continúa las tradiciones de la vieja política del zar. Estas clases de acusaciones empezaron desde el momento en que la burguesía se convenció de que nuestro partido había tomado el poder para algo y que no se disponía a dejarlo. En el período que precedió y siguió inmediatamente a la conquista del poder, ya se sabe que se nos dirigieron acusaciones diametralmente opuestas a ésta. Se acusó a los bolcheviques de ser extraños a los sentimientos nacionales y a las nociones patrióticas: sus jefes fueron acusados de servir frente a Rusia la política de los Hohenzollern. No hace de esto mucho tiempo. Arturo Henderson, Emilio Vandervelde, Alberto Thomas (y otros) vinieron a Rusia para intentar convencer a los obreros rusos de que los bolcheviques se hallaban dispuestos a sacrificar a sus quimeras internacionalistas (otra variante: al oro del káiser) los intereses primordiales de Rusia. Y el *Morning Post* desarrolló este tema con el mayor vigor y brío. Del mismo modo como Russell nos acusa de estar dispuestos a reducir a 20 millones de habitantes la población de la Gran Bretaña a fin de complacer al imperialismo soviético, hace nueve años se nos acusaba de estar implacablemente resueltos a sacrificar la mitad o dos tercios de la

población de Rusia a nuestros fines antinacionales. Nuestro partido pensaba, se recordará, que la derrota de Rusia beneficiaría tanto a la clase obrera rusa como a la clase obrera internacional. Los lacayos socialistas de la Entente no consiguieron hacernos retroceder. En la época de la paz de Brest-Litovsk, las acusaciones de política antinacional (y, según la otra versión, de colaboración con los Hohenzollern) alcanzaron una violencia extremada. Nuestro partido, sin embargo, no se dejó arrastrar a la guerra capitalista. El régimen de los Hohenzollern se hundió, no habiendo jugado en su caída la revolución de octubre menor papel que las armas de la Entente.

El antagonismo entre la República de los Soviets y los Gobiernos de la Entente victoriosa apareció entonces en primer término. La Gran Bretaña gobernante desempeña en el mundo (en Europa, en Egipto, en Turquía, en Persia, en la India, en China) el papel más reaccionario. Cualquier modificación en la situación mundial, económica o política, se dirige contra la Gran Bretaña gobernante. Por tanto, la burguesía británica, sobreviviéndose, lucha, en sus tentativas por retener un poder que se le escapa, contra cualquier cambio. La burguesía americana es poderosa. Su lucha contra la revolución será más grandiosa. Pero América está todavía en segundo término. La clase gobernante de Inglaterra es el enemigo más activo e implacable del movimiento revolucionario, en Europa, en Asia, en África. Este hecho, al parecer, debía ser más que suficiente para explicar a un socialista el antagonismo entre la Unión Soviética y el Imperio británico. Cuando en marzo de 1921, en el Congreso de la Internacional Comunista, intentaron los comunistas alemanes forzar artificialmente el curso de la revolución proletaria, arguyeron también la difícil situación de la Rusia soviética y la necesidad de acudir en su ayuda. Nosotros les respondimos, con Lenin: no son las llamadas de heroísmo, y con mucha menos razón las aventuras revolucionarias, las que pueden ayudar a la República de los Soviets. Necesitamos lo que el mismo proletariado alemán necesita: una revolución victoriosa.

Sería un error profundo creer que el proletariado de ningún país debe emprender, en interés del Estado soviético, acciones que no estén determinadas por sus propios intereses de clase combatiendo por su liberación completa. Esta convicción, que ha penetrado en nuestra carne y en nuestra sangre, es ajena a los socialistas, que, si no están siempre al lado de su burguesía, se unen a ella invariablemente en el minuto decisivo. Y Russell no es una excepción. Ciertamente que durante la guerra opuso a su Gobierno una resistencia bastante valerosa, aunque sin ninguna esperanza en política. Fue una simple manifestación individual, un tributo pagado a la conciencia: el destino del régimen no se jugaba en ningún grado. Pero desde el momento que se trata de la revolución proletaria, Russell no encuentra en su arsenal espiritual otros argumentos que los que le emparentan con el *Morning Post* y todos los Churchill de su país.

Los caracteres más salientes de la política británica (y en ellos se resume la historia del país) acusan una escandalosa contradicción entre la madurez objetiva de los factores económicos y el estado extremadamente atrasado de las formas ideológicas, sobre todo en el seno de la clase obrera. Aquello en quienes mejor se revela este carácter fundamental (humanistas burgueses, pacifistas y retrasados propagadores de las luces) son quienes menos lo comprenden. Al lado de los reformistas reaccionarios pequeñoburgueses, se consideran como los jefes reconocidos del proletariado. Bertrand Russell no es el peor entre ellos, pero sus escritos sobre temas sociales y políticos, su llamamiento contra la guerra, su polémica con Scott Nearing sobre el régimen soviético caracterizan, sin posibilidad de error, su diletantismo superficial, su ceguera política, su total incompreensión del desenvolvimiento histórico, es decir, de las luchas de las clases vivas, que se desarrollan en el terreno de la producción.

Russell es profundamente escéptico. Opone aparentemente a los métodos de violencia de la revolución los métodos pacíficos y progresivos de la ciencia y de la técnica. Pero cree tan poco en la fuerza salvadora del pensamiento científico como en el de la acción revolucionaria. En su polémica con Nearing se esfuerza, bajo la capa de frases fingidamente socialistas, en rebajar, en mancillar, en comprometer la iniciativa revolucionaria del proletariado ruso. Polemizando con el biólogo Holden, se burla del optimismo de la técnica científica. En su *Icaro* expresa la convicción de que la desaparición de nuestra civilización sería la mejor salida... ¡Y este hombre, roído en todos los sentidos por el gusano del escepticismo, este egoísta encerrado en sí mismo, este aristócrata, se cree llamado a dar consejos al proletariado inglés y a ponerle en guardia contra nuestras maquinaciones comunistas! La clase obrera británica entra en una época en que tendrá necesidad de la mayor fe en su misión y en sus fuerzas. Para suscitar esta fe no son necesarios excitantes artificiales tales como la religión o la moral idealista. Es bastante, pero necesario, con que el proletariado británico comprenda la situación de su país en relación con la del mundo, se haga cargo del estado de descomposición de las clases directoras y aparte de su camino a los magos arrivistas y a los escépticos burgueses que se creen socialistas por la única, razón de que algunas veces sienten náuseas en la atmósfera putrefacta de la sociedad burguesa.

L. TROTSKY

3 mayo 1926; Crimea, en camino



Apéndice: Europa y América¹

Los dos polos del movimiento obrero. El tipo acabado del reformismo

Hay en el movimiento obrero mundial contemporáneo dos polos que determinan, con una claridad sin precedente, dos tendencias esenciales de la clase obrera del mundo entero. Uno, el polo revolucionario, se encuentra aquí, en Rusia; el otro, el polo reformista, en Estados Unidos. El movimiento obrero americano, en estos dos o tres años últimos, se ha manifestado con formas y métodos de un reformismo perfecto, es decir, de una política de compromisos con la burguesía.

Hemos visto la política de compromisos de clase en el pasado; la hemos visto por los ojos de la historia y por nuestros propios ojos. Antes de la guerra estimábamos, y era exacto, que el modelo más perfecto del oportunismo lo suministraba Inglaterra, que había producido el tipo acabado del tradeunionismo conservador. Hoy, el tradeunionismo inglés de la época clásica, esto es, de la segunda mitad del siglo XIX, es al oportunismo americano actual lo que el artesano a la fábrica americana. Existe actualmente en Estados Unidos un vasto movimiento de *Company Unions*, esto es, de organizaciones que, contrariamente a las Trade-Unions, agrupan, no sólo a los obreros, sino a los patronos, mejor dicho, a los representantes de unos y de otros. Dicho de otro modo, el fenómeno que se producía en la época de la organización corporativista de la producción y que desapareció después, ha revestido ahora formas enteramente nuevas en el país donde más poderoso es el capital. Creo que fue Rockefeller el iniciador de este movimiento antes de la guerra. Pero sólo en estos últimos tiempos, a partir de 1923, ha abarcado este movimiento a los más poderosos consorcios de América del Norte. La Federación Americana del Trabajo, organización profesional oficial de la aristocracia obrera, se ha adherido con ciertas reservas a dicho movimiento, que significa el reconocimiento completo y definitivo de la identidad de intereses entre el trabajo y el capital, y, por tanto, la negación de la necesidad de organizaciones independientes, de clase, del proletariado, incluso para la lucha por objetivos inmediatos.

Se advierte actualmente en Estados Unidos un fomento inusitado de Cajas de Ahorro obreras y de sociedades de seguros obreros en las que tienen asiento mano a mano los representantes del trabajo y los del capital. Inútil decir que la idea que la gente se hace de que los salarios americanos aseguran un alto bienestar es sumamente exagerada; no obstante, esos salarios permiten a las capas obreras superiores hacer economías. El capital recoge estas economías por mediación de los bancos obreros y los coloca en las empresas de la rama de industria en que los obreros ahorran parte de sus salarios. De esta manera el capital aumenta sus fondos de circulación y, sobre todo, interesa a los obreros en el desarrollo de la industria.

¹ Discurso pronunciado por Trotsky en Moscú en 1926.

La Federación Americana del Trabajo ha reconocido la necesidad de introducir la escala móvil de salarios sobre la base de una completa solidaridad de intereses entre el trabajo y el capital. Los salarios deben variar con arreglo a la productividad del trabajo y a los beneficios. De este modo, la teoría de la solidaridad de intereses entre el trabajo y el capital se ve reforzada prácticamente, y se consigue así una “igualdad” aparente en el disfrute de la renta nacional. Tales son las formas económicas esenciales de este nuevo movimiento, que conviene examinar atentamente para comprenderlo.

La Federación Americana del Trabajo, que tenía por jefe a Gompers, a cuyo nombre está ligada, ha perdido en estos últimos años la mayor parte de sus miembros. Hoy no cuenta más que con 2.800.000 afiliados, lo que representa una proporción insignificante del proletariado americano, si se considera que la industria, el comercio y la agricultura de Estados Unidos emplean, por lo menos, a 25 millones de asalariados. Pero la Federación del Trabajo no tiene necesidad de más adherentes. Como su doctrina oficial es que los problemas no se resuelvan con la lucha de masas, sino por una alianza entre el trabajo y el capital, idea que ha encontrado en las *Company Unions* su expresión más elevada, las *Trade-Unions* pueden y deben limitarse a la organización de las capas aristocráticas de la clase obrera, las cuales obran en nombre de toda la clase.

La colaboración no se limita al dominio industrial y financiero (Bancos, Sociedades de seguros). Se realiza del mismo modo y plenamente en la política interior e internacional. La Federación del Trabajo y las *Company Unions*, con las que está estrechamente ligada y en las que se apoya directa o indirectamente, sostienen una lucha enérgica contra el socialismo y, en general, contra las doctrinas revolucionarias de Europa, entre las cuales colocan a las de la II Internacional de Ámsterdam. La Federación del Trabajo ha hecho una nueva adaptación de la doctrina de Monroe: “América para los americanos”, interpretándola así: “Podemos y queremos instruirlos, plebe europea, pero no metáis la nariz en nuestros asuntos.” La Federación se hace eco de la burguesía. Antes, esta última declaraba: “América para los americanos, Europa para los europeos.” Ahora, la doctrina de Monroe significa la prohibición para los demás de inmiscuirse en los asuntos de América, pero no la prohibición para América de inmiscuirse en los asuntos de las demás partes del mundo. ¡América para los americanos, y Europa también!

La Federación Americana del Trabajo ha creado ahora una Federación Panamericana, es decir, una organización que se extiende también a América del Sur y abre el camino al imperialismo de América del Norte hacia la América Latina. La Bolsa de Nueva York no podía encontrar mejor arma política. Pero esto significa también que la lucha de los pueblos sudamericanos contra el imperialismo del Norte, que los oprime, será al mismo tiempo la lucha contra la influencia deletérea de la Federación Panamericana.

Como sabéis, la organización creada por Gompers se halla fuera de la Internacional de Ámsterdam, que es para ella una organización de la Europa decadente, una organización envenenada por los prejuicios revolucionarios. La Federación americana sigue fuera de Ámsterdam, como el capital americano esta fuera de la Sociedad de Naciones. Pero esto no le impide al capital americano tirar de los hilos de la Sociedad de Naciones ni a la Federación Americana atraer a la burocracia reaccionaria de la Internacional de Ámsterdam. También aquí; se observa un completo paralelismo entre el trabajo de Coolidge y el de los herederos de Gompers. La

Federación Americana apoyó el plan Dawes cuando lo impuso el capital americano. En todas las partes del mundo lucha por los derechos y pretensiones del imperialismo americano, y por tanto, ante todo y sobre todo, contra las Repúblicas Soviéticas.

Trátase de un nuevo oportunismo de tipo más elevado, de un oportunismo perfecto, orgánicamente realizado en organizaciones “interclases”, en las *Company Unions*, en los Bancos de coalición y en las Sociedades de seguros, oportunismo que ha alcanzado de golpe una amplitud americana. Se han creado grandes empresas capitalistas que organizan a resultas comités de fábrica sobre bases paritarias con los patronos, o bien sobre el tipo de las Cámaras baja y alta, etc. El “conciliacionismo” ha sido “estandarizado”, mecanizado y puesto en acción por grandes firmas capitalistas. Es un fenómeno puramente americano, una especie de oportunismo social por medio del cual se refuerza automáticamente la esclavitud de la clase obrera.

La potencia económica de los Estados Unidos, base del oportunismo

Puede preguntarse qué necesidad tiene de esto el capital. La respuesta parece evidente si se toma en consideración el poder actual del capital americano y los planes que puede proponerse. Para el capital americano, América ya no es un campo de acción cerrado, es una fortaleza para nuevas operaciones en una escala formidable. La burguesía americana necesita asegurar su seguridad en esta fortaleza por medio del oportunismo en su forma más completa y acabada, a fin de poder desarrollarse con mayor confianza en el exterior.

¿Cómo es posible actualmente realizar este oportunismo “estandarizado”, después de la matanza imperialista, en la que ha tomado parte Estados Unidos, cuando los trabajadores de todos los países disponen de una considerable experiencia? Para responder a esta pregunta hay que tener en cuenta el poder del capital americano, sin comparación posible en el pasado.

El régimen capitalista ha llevado a cabo múltiples experiencias en diferentes regiones de Europa y en distintas partes del mundo. Toda la historia de la humanidad puede ser considerada como una trabazón de tentativas para crear, refundir, mejorar, elevar la organización social del trabajo, que, patriarcal al principio, se funda luego en la esclavitud, después en la servidumbre y por fin en el capitalismo. Es con el régimen capitalista con el que la historia ha realizado el mayor número de experiencias, ante todo y del modo más variado en Europa. Pero la tentativa más amplia y más lograda corresponde a América del Norte.

Piénsese en ello: América fue descubierta a fines del siglo XV, cuando Europa ya tenía una larga historia. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII y gran parte del siglo XIX, Estados Unidos fue un mundo lejano que se bastaba a sí mismo, un inmenso país aislado que se alimentaba con las migajas de la civilización europea. Mientras tanto, este país de posibilidades ilimitadas se formaba y desarrollaba. La naturaleza había creado en América todas las condiciones para un poderoso desarrollo económico. Europa empujaba allende el Océano, ola por ola, a los elementos más activos, mejor templados de su población, a los elementos más aptos para el desarrollo de las fuerzas productivas. ¿Qué eran los movimientos revolucionarios europeos de carácter religioso

o político? Eran la lucha de los elementos avanzados de la pequeña burguesía en primer lugar, de los obreros después, contra las supervivencias del feudalismo y de la religión que impedían el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Todo lo que Europa rechazaba, cruzaba el Océano. La flor de las naciones europeas, los elementos más activos, que querían seguir su camino a toda costa, caían en un medio donde no existía ese baratillo histórico y en el que reinaba la naturaleza virgen en su inagotable opulencia. Tal es la base del desenvolvimiento de América, de la técnica americana, de la riqueza americana.

A la naturaleza inagotable le faltaba el hombre. La mano de obra era lo más caro en Estados Unidos. De ahí la mecanización del trabajo. El principio del trabajo en serie no es un principio debido al azar. Expresa la tendencia a reemplazar el hombre por la máquina, a multiplicar la mano de obra, a llevar, trasladar, descender y elevar automáticamente. Todo esto debe ser hecho por una cadena sin fin, no por el espinazo del hombre. Tal es el principio del trabajo en serie. ¿Dónde se ha inventado el elevador? En América, con el fin de poder prescindir del hombre que transporta a hombros un saco de trigo. ¿Y los tubos de conducción? En Estados Unidos cuéntanse 100.000 kilómetros de tubos de conducción, es decir, de transportadores para cuerpos líquidos. En fin, la cadena continua que efectúa los transportes en el interior de la fábrica y cuyo modelo superior es la organización Ford, es conocida de todos.

América casi no conoce el aprendizaje; no se pierde el tiempo en aprender, pues la mano de obra es cara; el aprendizaje es sustituido por una división del trabajo en partes ínfimas que no exigen o casi no exigen aprendizaje. ¿Y quién reúne a todas las partes del proceso del trabajo? La cadena sin fin, el transportador. Es quien enseña. En muy poco tiempo, un joven campesino de la Europa meridional, de los Balcanes o de Ucrania, queda transformado en obrero industrial.

La fabricación en serie está ligada a la técnica americana, como el *estandar*: es la producción en masa. Los productos y artículos dedicados a las capas superiores, adaptados a los gustos individuales, son mucho mejor fabricados en Europa. Inglaterra suministra las telas finas. La bisutería, los guantes, la perfumería, etc., proceden de Francia. Pero cuando se trata de una producción en masa destinada a un vasto mercado, América supera con mucho a Europa. He aquí por que el socialismo europeo aprenderá la técnica en la escuela americana.

Hoover, el estadista americano más competente en el dominio económico, realiza un gran trabajo en favor de la “estandarización” de los productos fabricados. Ha concluido ya varias docenas de contratos con los “trusts” más importantes para la producción de artículos “estandarizados”. Entre estos artículos se hallan los coches para niños y los féretros. De suerte que el americano nace en el *estandar* y muere en el *estandar*. (*Risas y aplausos*) Ignoro si es más cómodo, pero es un 40 por 100 más barato.

La población americana, gracias a la inmigración, cuenta con muchos más (45 por 100) elementos aptos para el trabajo que la población europea, ante todo porque la relación entre las edades es distinta. En consecuencia, el coeficiente de productividad de la nación es más elevado. Además, este coeficiente aumenta por añadidura en virtud del rendimiento superior de cada obrero. Gracias a la mecanización y a la organización más racional del trabajo, en América el minero extrae dos veces y media más carbón y

mineral que en Alemania. El agricultor produce dos veces más que en Europa. Tales son los resultados de esa organización del trabajo.

Decíase de los antiguos atenienses que eran hombres libres porque les correspondían cuatro esclavos a cada uno. A cada habitante de Estados Unidos tócanle cincuenta esclavos, pero esclavos mecánicos. En otros términos, si se cuentan los motores mecánicos, si se traducen los caballos de vapor en fuerza humana, se ve que cada ciudadano americano tiene cincuenta esclavos mecánicos. Esto no impide, desde luego, que la economía americana descansa en esclavos vivos, es decir, en proletarios asalariados.

La renta nacional de Estados Unidos representa 60.000 millones de dólares por año. El ahorro anual, esto es, lo que queda después de saldar todos los gastos necesarios, se eleva a 6 o 7.000 millones de dólares. No hablo más que de Estados Unidos, de lo que se llama así en los viejos manuales escolares. En realidad, Estados Unidos son mucho más vastos y más ricos. El Canadá, dicho sea sin ofender a la Corona británica, es una parte integrante de Estados Unidos. Si se toma el Anuario del Departamento de Comercio de Estados Unidos, se verá que el comercio con el Canadá figura en el comercio interior y que al Canadá se le llama discreta y algo evasivamente prolongación septentrional de Estados Unidos (*Risas*), sin la bendición de la Sociedad de Naciones, que, por lo demás, no ha sido consultada, y con razón, pues no hay necesidad de registrar esa declaración de estado civil. (*Risas, aplausos*) Las fuerzas de atracción y de repulsión actúan casi automáticamente: el capital inglés ocupa apenas el 10 por 100 de la industria canadiense; el capital americano ocupa más del tercio, y esta proporción crece incesantemente. Las importaciones inglesas en el Canadá son estimadas en 160 millones de dólares; las de América, en unos 600 millones. Hace veinticinco años importaba de Inglaterra cinco veces más que de Estados Unidos. La mayoría de los canadienses se sienten americanos, salvo (¡oh ironía!) la parte francesa de la población, que se siente profundamente inglesa. (*Risas*) Australia sufre la misma evolución que el Canadá, pero con mayor lentitud. Australia se pondrá al lado del país que la defienda con su flota contra el Japón y lleve menos por este servicio. En el concurso, Estados Unidos obtendrá la victoria en un porvenir próximo. En todo caso, si sobreviniera una guerra entre Estados Unidos y la Gran Bretaña, el Canadá, “Dominio inglés”, sería un depósito de material humano y de abastecimiento para Estados Unidos contra Inglaterra. Es el secreto de Polichinela.

Tal es, en sus rasgos esenciales, la potencia material de Estados Unidos. Esta potencia es la que les permite aplicar el antiguo método de la burguesía británica: *engordar a la aristocracia obrera para tener sometido bajo tutela al proletariado*, método que han llevado a un grado de perfección con el que la burguesía británica no se hubiera atrevido nunca ni aun a soñar.

Los nuevos papeles de América y de Europa

En estos últimos años, el eje económico del mundo se ha desplazado considerablemente. Las relaciones entre Estados Unidos y Europa se han modificado radicalmente. Es el resultado de la guerra. Naturalmente, esta evolución se preparaba desde antiguo; había síntomas que la señalaban, pero hace muy poco que ha llegado a ser un hecho consumado, y ahora tratamos de darnos cuenta de este cambio formidable efectuado en la economía humana y, por consiguiente, en la cultura humana. Un escritor

alemán ha recordado a este respecto las palabras de Goethe describiendo la impresión extraordinaria que produjo en los contemporáneos la teoría de Copérnico, según la cual no es el sol el que gira en torno de la tierra, sino la tierra alrededor del sol, como un planeta de mediana magnitud. Eran numerosas las gentes que no querían prestar crédito a esta teoría. El patriotismo geocéntrico se sentía herido. Lo mismo acontece ahora por lo que se refiere a América. El burgués europeo no quiere creer que queda relegado a segundo término, que Estados Unidos son los dueños del mundo capitalista.

Ya he señalado las causas naturales e históricas que han preparado este formidable desplazamiento de las fuerzas económicas del mundo. Pero ha sido necesaria la guerra para elevar de golpe a América, rebajar a Europa y desplazar bruscamente el eje del mundo. La guerra, que ha causado la ruina y la decadencia de Europa, le ha salido a América por unos 25.000 millones de dólares. Si se considera que los Bancos americanos detentan ahora 60.000 millones de dólares, esa suma de 25.000 millones es comparativamente bien poca cosa.

Además, a Europa le han sido prestados 10.000 millones. Con los intereses no pagados, estos 10.000 millones han pasado a ser ya 12.000 millones, y Europa comienza a pagar a América por su propia ruina.

Tal es el mecanismo que ha permitido a Estados Unidos elevarse de repente por encima de todas las demás naciones y convertirse en el dueño de sus destinos. Este país, cuya población asciende a 115 millones de habitantes, dispone completamente de Europa, salvo, por supuesto, de la URSS⁷². Nuestro turno no ha llegado y sabemos que no llegará. (*Aplausos*) Pero, descontado nuestro país, quedan todavía 345 millones de europeos esclavizados por los americanos, es decir, con una población tres veces menor.

Los nuevos papeles de los pueblos están determinados por la riqueza de cada uno de ellos. Las evaluaciones de la riqueza de los diferentes estados no son muy precisas, pero nos bastarán cifras aproximadas. Tomemos Europa y Estados Unidos tal como eran hace cincuenta años, en el momento de la guerra franco-alemana. La fortuna de Estados Unidos se estimaba entonces en 30 mil millones de dólares, la de Inglaterra en 40 mil millones, la de Francia en 33 mil, la de Alemania en 38 mil millones. Como se ve, la diferencia entre esos cuatro países no era grande. Cada uno de ellos poseía de 30 mil a 40 mil millones, y, de estos cuatro países más ricos del mundo, Estados Unidos eran el más pobre. Ahora bien, ¿cuál es la situación actualmente, medio siglo después? Hoy Alemania es más pobre que en 1872 (36 mil millones); Francia es dos veces más rica (68 mil millones); Inglaterra también (89 mil millones); en cuanto a la fortuna de Estados Unidos, ésta se eleva a 320 mil millones de dólares. Así, pues, de los países europeos que he citado, uno ha vuelto a su antiguo nivel, otros dos han doblado su riqueza y Estados Unidos ha pasado a ser once veces más rico. He aquí por qué, gastando 15 mil millones para la ruina de Europa, Estados Unidos ha alcanzado completamente el fin que se proponía.

Antes de la guerra, América era deudora de Europa. Esta última constituía, por decirlo así, la principal fábrica y el principal depósito de mercancías del mundo. Además, gracias sobre todo a Inglaterra, era el gran banquero del mundo. Estas tres superioridades pertenecen actualmente a América. Europa queda relegada a segundo término. La principal fábrica, el principal depósito, el principal banco del mundo es Estados Unidos.

El oro, como es notorio desempeña un cierto papel en, la sociedad capitalista. Lenin escribía que en un régimen socialista el oro sería empleado como material para la construcción de ciertos edificios públicos. Pero en régimen capitalista nada hay más elevado que los sótanos de un Banco repleto de oro. ¿Cuál es, pues, la reserva de oro de América? Antes de la guerra era, si no me engaño, de 1.900 millones; el 1 de enero de 1925 se elevaba a 4.500 millones de dólares, o sea, el 50 por 100 de la reserva mundial; hoy, esta proporción alcanza como minimum el 60 por 100.

Ahora bien, ¿qué era de Europa mientras América concentraba en sus manos el 60 por 100 del oro del mundo? Declinaba. Se había lanzado a la guerra porque el capitalismo europeo se encontraba oprimido en los cuadros de los Estados nacionales. El capital esforzaba por ensanchar estos cuadros, por crearse un campo de acción amplio; el más activo entonces era el capital alemán, que se había propuesto como fin “organizar a Europa”, destruir sus barreras aduaneras. Pero ¿cuál ha sido, el resultado de la guerra? El Tratado de Versalles ha creado en Europa 17 nuevos Estados y territorios más o menos independientes, 7 mil kilómetros de nuevas fronteras, barreras aduaneras en proporción y, a cada lado de estas nuevas fronteras, puestos, y tropas. En Europa hay ahora un millón de soldados más que antes de la guerra. Para llegar a este resultado, Europa ha aniquilado una masa formidable de valores materiales y se ha empobrecido considerablemente.

Más aún: por todas sus desgracias, por su ruina económica, por sus nuevas barreras aduaneras que dificultan el comercio, por sus nuevas fronteras y tropas nuevas, por su desmembramiento, su ruina, humillación, por la guerra y la paz de Versalles, Europa tiene que pagar a Estados Unidos los intereses de sus deudas de guerra. Europa se ha empobrecido. La cantidad de materias primas que Europa elabora es un 10 por 100 inferior a lo que era antes de la guerra. La influencia de Europa en la economía mundial ha disminuido considerablemente. Lo único estable en la Europa actual es la desocupación. Hecho notable, en su rebusca de medios de salvación, los economistas burgueses han exhumado de los archivos las teorías más reaccionarias de la época de la acumulación primitiva: ven en el malthusianismo y la emigración los remedios eficaces contra la desocupación. En la época de su esplendor, el capitalismo triunfante no tenía necesidad de estas teorías. Pero ahora, atacado de caducidad, de esclerosis, cae ideológicamente en la infancia y vuelve a los viejos métodos empíricos.

La expansión imperialista de los Estados Unidos

Dada la potencia de Estados Unidos y la debilidad de Europa, es inevitable un nuevo reparto de fuerzas, de esferas de influencia y de mercados mundiales. América tiene que extenderse y Europa comprimirse. Tal es la resultante de los procesos fundamentales que se efectúan en el mundo capitalista. Estados Unidos se lanza por todos los caminos y toma en todas partes la ofensiva. Opera de una manera estrictamente “pacífica”, es decir, sin hacer uso de la fuerza armada, “sin efusión de sangre”, como decía la Santa Inquisición cuando quemaba vivos a los herejes; se extiende pacíficamente porque sus adversarios, castañeteando los dientes, retrocede paso a paso ante esta nueva potencia, sin arriesgarse a chocar con ella abiertamente. Tal es la base de la política “pacífica” de Estados Unidos. Su principal instrumento lo constituye actualmente el capital financiero, con una reserva de oro de 9.000 millones

de rublos. Es una fuerza terrible, una fuerza que barre todo a su paso en todas las partes del mundo, y particularmente en la Europa devastada y empobrecida. Conceder o negar empréstitos a tal o cual país de Europa es, en muchos casos, decidir la suerte, no sólo del partido en el poder, sino también del régimen burgués. Hasta ahora, Estados Unidos lleva invertidos 10.000 millones de dólares en la economía de los demás países. De estos 10.000 millones 2.000 han sido perdonados a Europa, añadiéndose a los precedentemente suministrados para su devastación. Como se sabe, los créditos se conceden para la “restauración” de Europa. Destrucción, luego restauración: dos operaciones que se completan, pues los intereses de las sumas destinadas tanto a una como a otra van a parar a la misma caja. Además, Estados Unidos han colocado capitales en la América Latina, que, desde el punto de vista económico, se convierte cada vez más en un Dominio de América del Norte. Después de América del Sur, el país que más créditos ha obtenido es el Canadá; sigue después Europa. Las otras partes del mundo han recibido mucho menos.

Esta suma de 10.000 millones es ínfima para un país tan poderoso como Estados Unidos, pero aumenta rápidamente. Para comprender el mecanismo de este proceso, hace falta, sobre todo, darse cuenta del ritmo de esta aceleración. En los siete años que han seguido a la guerra, Estados Unidos ha invertido en el extranjero unos 6.000 millones de dólares; casi la mitad de esta suma ha sido suministrada en estos dos años últimos; en 1925, las inversiones han sido mucho más elevadas que en 1924.

En vísperas de la guerra, Estados Unidos tenía todavía necesidad de capital extranjero; recibía este capital de Europa y lo colocaba en su industria. El desarrollo de su producción, en un cierto momento, llevó a la rápida constitución de un capital financiero. Para lograr este capital financiero fueron precisas previamente considerables inversiones de capitales y un aumento formidable del utillaje. Pero, una vez empezado, este proceso se desarrolla con un ritmo cada vez más acelerado en Estados Unidos. Lo que hace dos o tres años pertenecía todavía al dominio de las previsiones, se realiza actualmente ante nuestros ojos. Pero esto no es nada más que el comienzo. La campaña del capital financiero americano por la conquista del mundo no empezará realmente sino mañana.

Hecho sumamente significativo: en el curso del año transcurrido, el capital americano ha abandonado cada vez más los empréstitos gubernamentales por los empréstitos industriales. El sentido de esta evolución es claro. “Os hemos dado el régimen del plan Dawes, os hemos suministrado la posibilidad de restablecer la divisa nacional en Alemania e Inglaterra, consentiremos en hacer lo mismo bajo ciertas condiciones con Francia; pero esto no es más que un medio para llegar a nuestro fin; ahora bien, nuestra finalidad consiste en apoderarnos de vuestra economía.” Estos días he leído en el *Tag*, órgano de la metalurgia alemana, un artículo titulado: “Dawes o Dillon”. Dillon es uno de esos nuevos *condottieri* que la finanza americana envía a la conquista de Europa. Inglaterra engendró a Cecil Rhodes, su último aventurero colonial de gran envergadura, que fundó en el sur de África un nuevo país. Ahora nacen en América los Cecil Rhodes, no para el África del Sur, sino para la Europa central. Dillon tiene la misión de comprar a bajo precio la metalurgia alemana. A este efecto ha reunido 50 millones de dólares solamente (Europa no se vende ahora a alto precio) y, con estos 50 millones de dólares en el bolsillo, no se detiene ante las barreras europeas que forman las fronteras de Alemania, de Francia, de Luxemburgo. Necesitan reunir el carbón y el metal, quiere crear un trust europeo centralizado, no se preocupa mucho de

la geografía política, creo incluso que no la conoce. En efecto, ¿para qué? 50 millones de dólares en la Europa actual valen más que toda la geografía. (*Risas*). Su intención, se dice, consiste en agrupar en un trust único la metalurgia de la Europa central, para oponerla luego al trust americano del acero, cuyo rey es Harry. Así, cuando Europa “se defiende” contra el trust americano del acero, no es en realidad más que el instrumento de uno de los dos consorcios americanos que se combaten entre sí, para unirse, en un momento dado, a fin de explotarla más racionalmente. Dawes o Dillon, no hay otra salida, como dice el órgano de la metalurgia alemana. ¿Con quién marchar? Dawes es un acreedor armado de pies a cabeza. Con él, no cabe sino someterse. Pero Dillon es en cierto modo un compañero, de un tipo especial, es verdad, pero que quizá no nos estrangule... El artículo termina con esta frase significativa: “Dillon o Dawes, tal es la cuestión capital para Alemania en 1926.”

Los americanos se han asegurado ya, mediante la compra de acciones, el control de los cuatro Bancos más importantes de Alemania. La industria alemana del petróleo se aferra visiblemente a la Standard Oil americana. Las minas de zinc, que pertenecían antaño a una firma alemana, han pasado a manos de Harriman, que, gracias a ello, obtiene el control del zinc bruto en todo el mercado mundial. El capital americano trabaja al por mayor y al por menor. En Polonia, el trust americano-sueco de las cerillas adopta sus primeras medidas preparatorias. En Italia se va más lejos. Los contratos que las Sociedades americanas firman con Italia son de los más interesantes. Se encarga a Italia, por decirlo así, de administrar el mercado del próximo Oriente. Estados Unidos enviará a Italia sus productos semiacabados, con el objeto de que esta última los adapte al gusto del consumidor. América no tiene tiempo de pararse en detalles. Suministra productos estandarizados. Y el omnipotente patrono trasatlántico viene a casa del artesano de los Apeninos y le dice: “Aquí tienes todo lo que necesitas, pero embellecélo un poco y arréglalo a gusto de los asiáticos.”

Francia no ha llegado todavía a esto. Se resiste y se insubordina. Pero ya caerá. Tendrá que estabilizar su divisa, es decir, pasar la cabeza por el nudo corredizo de América. Todos los Estados esperan su vez en la ventanilla del tío Sam. (*Risas*)

¿Cuánto han gastado los americanos para asegurarse semejante situación? Una suma ínfima. El capital colocado en el extranjero asciende a 10.000 millones de dólares, sin contar las deudas de guerra. Europa ha recibido en todo y por todo 2.500 millones, y América empieza ya a tratarla como país conquistado. Sin embargo, lo que han colocado los americanos en la economía europea no representa más que la centésima parte de la fortuna total de esta última. Cuando la balanza oscila, basta un ligero golpecito para hacerla inclinar de un lado. Los americanos han dado este golpecito y ya son los dueños. Europa carece de los capitales necesarios para su restauración y de los fondos de circulación necesarios para la parte ya restaurada de su economía. Posee inmuebles y materiales que valen cientos de millones, pero le falta una decena de millones para poner la máquina en movimiento. El americano llega, da los diez millones y pone condiciones. Es el dueño; está como en su casa. Me han comunicado un artículo sumamente interesante de uno de esos nuevos Cecil Rhodes que América hace surgir ahora y cuyos nombres nos vemos obligados a aprender. No es muy agradable, pero no queda otro remedio. Ya hemos aprendido bien el nombre de Dawes. Dawes no vale un céntimo, pero toda Europa no puede nada contra él. Mañana aprenderemos el nombre de Dillon o el de Max Wirkler, vicepresidente de la Compañía del Servicio Financiero. (*Risas, aplausos*) Acaparar todo lo que sea posible en el mundo, se llama ocuparse del

servicio financiero, Max Wirkler habla del servicio financiero en lenguaje poético, casi bíblico.

“Nos ocupamos [dice], de sostener financieramente a los gobiernos, a las autoridades locales y municipales y a las corporaciones privadas. El dinero americano ha permitido restaurar el Japón después del temblor de tierra; los fondos americanos han permitido derrotar a Alemania y Austria-Hungría y han desempeñado un papel importantísimo en la reconstrucción de ambos países.”

Se empieza por destruir, luego se restaura. Y por una y otra operación se percibe una honrada comisión. Sólo el terremoto del Japón ha sobrevenido evidentemente sin la participación del capital americano. (*Risas*) Pero escuchemos la continuación: “Concedemos empréstitos a las colonias holandesas y a Australia, al Gobierno y a las ciudades de la Argentina, a las industrias mineras sudafricanas, a los productores de nitratos de Chile, a los plantadores de café del Brasil, a los productores de tabaco y algodón de Colombia. Damos dinero al Perú para la realización de proyectos sanitarios; se lo damos a los Bancos daneses, a los industriales suecos, a las estaciones hidroeléctricas de Noruega, a los establecimientos bancarios finlandeses, a las fábricas de construcciones mecánicas de Checoslovaquia, a los ferrocarriles de Yugoslavia, a las obras públicas de Italia, a la Compañía de Teléfonos españoles.”

Evidentemente esta enumeración es impresionante. Es el efecto de los 60.000 millones de dólares que poseen en la actualidad los Bancos norteamericanos. Y hemos de seguir oyendo esta sinfonía en el próximo período histórico.

Poco después de la guerra, cuando la Sociedad de Naciones se hallaba en vías de constitución y los pacifistas de todos los países de Europa mentían cada uno en su idioma, el economista inglés Georges Pesch, hombre de los mejor intencionados, propuso que organizara un empréstito de la Sociedad de Naciones y reconstrucción de la humanidad. Calculó que se necesitarían 35.000 millones de dólares para esta magna empresa, y propuso que Estados Unidos suscribiesen por 15.000 millones de dólares, Inglaterra por 5.000 millones y los demás países por los 15.000 millones restantes. Con arreglo a este proyecto, Estados Unidos debía, pues, suministrar casi la mitad de ese gran empréstito y como las demás acciones debían estar repartidas entre un gran número de Estados, Estados Unidos hubiera tenido el control de la institución. El empréstito salvador no pasó de proyecto, pero lo que ahora acontece es en el fondo una realización más eficaz del mismo plan. Estados Unidos acapara progresivamente las acciones que le darán el control del género humano. Gran empresa, por cierto, pero arriesgadísima. Los americanos no tardarán en convencerse de ello.

Pacifismo y confusión

Antes de continuar, debo disipar una confusión. Los procesos mundiales que estudiamos se desarrollan con tal rapidez y revisten tal amplitud, que nuestro pensamiento los aprehende, los abarca y asimila con dificultad. Nada de extraño tiene, pues, que, en la prensa internacional, proletaria y burguesa, se desarrolle en estos últimos tiempos una viva discusión sobre este particular. En Alemania se han publicado varios libros especialmente consagrados al papel de Estados Unidos frente a la Europa balcanizada. En la controversia internacional surgida en torno de esta cuestión ha sido puesto sobre el tapete el informe que presenté en esta tribuna hace dos años. Tengo en

las manos una revista obrera americana que abrí estos días precisamente por la página consagrada a las relaciones entre América y Europa, y mis ojos tropezaron por azar con la frase concerniente a la “porción congrua”. Esto interesó, naturalmente, leí el artículo y he aquí, camaradas, lo que, con gran estupefacción mía, averigüé:

“Trotsky estima que hemos entrado en el período de las *relaciones pacíficas anglo-americanas*; la influencia de las relaciones anglo-americanas (según Trotsky) contribuirá más a la consolidación que a la descomposición del capitalismo mundial.”

No está mal, ¿verdad? Igual que MacDonald. Y más lejos:

“La vieja teoría de Trotsky sobre la Europa sometida a la porción congrua [¿Por qué vieja, si apenas data de dos años?] y transformada en Dominio de América estaba ligada a esta apreciación de las relaciones anglo-americanas.” (J. Lovston, *Revista mensual obrera*, noviembre de 1925.)

Cuando leí estas líneas, me froté los ojos durante tres minutos, tan grande era mi estupefacción. ¿Dónde y cuándo he dicho que Inglaterra y América sostenían relaciones pacíficas y que, gracias a ello, iban a regenerar al capitalismo europeo y no a descomponerlo? Si un comunista mayor de edad dijera cosas semejantes, habría sencillamente que expulsarle del Partido. Claro que después de haber leído estos absurdos que se me atribuyen eché un vistazo a lo que tuve ocasión de decir a este respecto desde lo alto de esta tribuna. Si aludo ahora al discurso que pronuncié hace dos años, no es para explicar a Lovston y a sus semejantes que cuando se quiere escribir sobre un asunto cualquiera (sea en inglés o en francés, en Europa o en América), es menester saber lo que se escribe y a donde se lleva al lector, sino porque la manera como yo planteaba entonces la cuestión vale también para hoy. He aquí por qué me veo obligado a leeros algunos extractos de mi discurso:

“¿Qué quiere el capital americano? ¿Qué busca?”, preguntábamos hace dos años. Y respondíamos: “Busca, se nos dice, la estabilidad, quiere restablecer el mercado europeo. Quiere devolver a Europa la solvencia. ¿Cómo y en qué medida? Bajo su hegemonía. ¿Qué significa esto? Que permitirá a Europa reconstruirse, no dentro de límites bien determinados, que le reservara restringidos sectores del mercado mundial. El capital americano domina actualmente; da órdenes a los diplomáticos. Se prepara asimismo para dar órdenes a los Bancos y a los trusts europeos, a toda la burguesía europea.” Hace dos años decíamos: “Ordena a los diplomáticos (Versalles, Washington) y se prepara para dar órdenes a los banqueros y a los trusts.” Hoy decimos: “Ya manda en los Bancos y en los trusts de *diferentes* Estados europeos y se *prepara* para mandar en los Bancos y en los trusts de los *demás* Estados capitalistas de Europa.” Sigo citando: “Repartirá el mercado en sectores, regulará la actividad de los financieros e industriales europeos. En suma, el capital americano *quiere racionar a la Europa capitalista*.” No escribí que la había racionado o que la racionaría, sino que quería racionarla. He ahí lo que decía hace dos años.

Lovston pretende que he hablado de la colaboración pacífica de Inglaterra y América. Veamos lo que hay de cierto: “No se trata sólo de Alemania, de Francia, se trata igualmente de la Gran Bretaña, que deberá prepararse también a sufrir la misma suerte... Es cierto que se dice con frecuencia que ahora América marcha con Inglaterra, que ha formada un bloque anglosajón; se habla de capital anglosajón, de política

anglosajona... Pero hablar así es demostrar una incompreensión absoluta de la situación. El antagonismo capital del mundo es el antagonismo angloamericano. El porvenir lo pondrá cada vez más de manifiesto... ¿Por qué? Porque Inglaterra es todavía el país más rico y poderoso después de Estados Unidos. Es su principal rival, el obstáculo fundamental.”

Esta misma idea la he desarrollado con más vigor en el manifiesto del V Congreso, pero no fatigaré vuestra atención con textos. Citaré aún de mi discurso lo que se refiere a las relaciones “pacíficas” establecidas por América: “Este programa americano de someter a su tutela al mundo entero no es en modo alguno un programa pacifista; por el contrario, está preñando de guerras y conmociones revolucionarias... No es muy verosímil que la burguesía de todos los países consienta en ser relegada a un segundo plano, en convertirse en sierva de América sin intentar por lo menos resistir. En efecto, Inglaterra tiene un apetito formidable, un deseo furioso de mantener su dominación sobre el mundo. Los conflictos militares son inevitables. La era del americanismo pacifista que parece abrirse en este momento no es más que una preparación para nuevas guerras monstruosas.”

Eso es lo que decíamos hace dos años de las relaciones “pacíficas”. Me permito recordar aquí que, cuando hacíamos propaganda por el desenvolvimiento de nuestra industria química, indicábamos que el arsenal de Wedgwood es una de las fuentes del militarismo americano que más amenaza a los pueblos de Europa.

En fin, he aquí lo que decíamos desde lo alto de esta tribuna acerca de la terminación de los antagonismos europeos gracias a la influencia de América: “Los antagonismos que ha preparado la guerra imperialista y la desencadenaron en Europa hace diez años, antagonismos agravados por la guerra, mantenidos por el Tratado de Versalles e intensificados por el desarrollo ulterior de la lucha de clases en Europa, *subsisten íntegramente*. Estados Unidos tropezará con estos antagonismos en toda su agudeza.”

Dos años han pasado. El camarada Lovston es quizá un buen crítico, aunque le ocurra meterse el dedo en el ojo, pero el tiempo es todavía un crítico mejor.

Para acabar con esta cuestión, terminaremos citando el consejo que Engels daba a un cierto Stibelling, americano también: “Cuando quiere uno ocuparse de cuestiones científicas, es menester en primer término aprender a leer las obras como el autor las ha escrito, y sobre todo no leer lo que no hay en ellas.” Estas palabras de Engels son excelentes y vale, no sólo para América, sino para las cinco partes del mundo.

El pacifismo americano en la práctica

En todas las cuestiones, el tiempo es el mejor crítico. Veamos lo que han sido en realidad los métodos americanos de penetración pacífica durante estos últimos años. Una simple enumeración de los hechos más importantes demostrará que el “pacifismo” americano ha triunfado en toda la línea; pero ha triunfado como método de expoliación imperialista velada y de preparación más o menos encubierta de las más terribles colisiones.

Fue en la Conferencia de Washington de 1922 donde el “pacifismo” americano revistió su expresión más cruda y reveló mejor su naturaleza. En 1919-20, muchas personas, yo entre ellas, se preguntaban lo que acontecería en 1922-23, cuando el programa naval de Estados Unidos asegurase a estos últimos la igualdad con Inglaterra. ¿Es posible, nos preguntábamos, que la Gran Bretaña, que mantiene su dominación gracias a la superioridad de su flota sobre la de los dos países más fuertes reunidos, abandone dicha superioridad sin combate? Eran muchos los que, como yo, vislumbraban la posibilidad de una guerra entre Inglaterra y América, con la participación del Japón, hacia 1922-23. Ahora bien, ¿qué ha sucedido? En lugar de la guerra, el “pacifismo” puro. Estados Unidos invitaron a Inglaterra a Washington y le dijeron: “Tenga la bondad de racionarse: nosotros poseeremos cinco unidades; usted, cinco; el Japón, tres; Francia, tres.” He aquí el programa naval. ¿Lo ha aceptado Inglaterra?

¿Qué es esto? “Pacifismo”, pero un pacifismo que impone su voluntad por su formidable superioridad económica y prepara “pacíficamente” su superioridad militar para el próximo período histórico.

¿Y el plan Dawes? Cuando Poincaré se agitaba en la Europa central con sus planes liliputienses, apoderándose de la cuenca del Ruhr, los americanos apuntaban con su prismático, miraban y esperaban. Y cuando la baja del franco y otros inconvenientes obligaron a retirarse a Poincaré, el americano vino y presentó su plan de pacificación de Europa. Compró el derecho de dirigir a Alemania por 800 millones de marcos, de los cuales, por lo demás, Inglaterra dio la mitad. Y por esta miserable suma de 400 millones de marcos, la Bolsa de Nueva York impuso su control al pueblo alemán. ¡Hermoso pacifismo, en verdad! ¡Un nudo corredizo para ahorcarse!

¿Y la estabilización del cambio? Cuando el cambio oscila en Europa, el americano no se encuentra a gusto. No se encuentra a gusto porque permite a Europa exportar barato. El americano necesita un cambio estable para el cobro regular de los intereses de sus préstamos y, en general, para el orden financiero. Si no fuese así, ¿cómo podría invertir sus capitales en Europa? Por eso ha obligado a los alemanes a estabilizar su divisa; por eso ha obligado a los ingleses a hacer otro tanto concediéndoles un préstamo de 300 millones de dólares. Lloyd George decía no hace mucho: “La libra esterlina mira ahora al dólar cara a cara.” Lloyd George es un viejo bromista. Si la libra esterlina mira al dólar cara a cara, es porque tiene un puntal de 300 millones de dólares para ponerla derecha. (*Risas*)

¿Y cómo están las cosas en Francia? La burguesía francesa teme la estabilización de la divisa nacional. Es una operación dolorosísima. El americano dice: Si no lo consentís, no os prestaré nada y os las arreglaréis como queráis. El americano exige de Francia que se desarme para pagar sus deudas. ¿Qué mejor que este pacifismo puro, con el desarme y la estabilización de los cambios? América se prepara “pacíficamente” a doblegar a Francia bajo su yugo.

La cuestión de la paridad oro y de las deudas con Inglaterra está ya resuelta. Inglaterra, si no me engaño, entrega ya a Estados Unidos unos 330 millones de rublos por año. Ha arreglado, a su vez, la cuestión de la deuda italiana, de la que no percibirá sino una parte insignificante. Francia es la principal deudora de Inglaterra y de América, pero hasta ahora, no ha pagado un céntimo. Pero tendrá que pagar, a menos de triunfar

una revolución que anule todas las antiguas deudas. Alemania efectúa pagos a Francia y a Inglaterra que, su vez, nos exigen a nosotros el pago de nuestras deudas. En suma, el burgués inglés saca o se dispone a sacar de sus deudores europeos todo lo que pueda, a fin de enviarlo luego, con una ayuda añadida por él mismo, allende el Atlántico, al tío Sam. ¿Qué son en suma, Mr. Baldwin o el rey Jorge? Sencillamente el recaudador en jefe de los impuestos de América en la provincia llamada Europa (*Risas*), el agente encargado de hacer efectivo los pagos de los pueblos europeos y de expedirlos a Estados Unidos. Como se ve, se trata de una organización de las más pacíficas: las relaciones financieras de los pueblos de Europa están reguladas con arreglo a la deuda americana bajo la vigilancia del contribuyente más puntual, Gran Bretaña, que ha ganado por ello el título de recaudador principal de impuestos. La política europea de América descansa completamente sobre este principio. Alemania paga a Francia; Italia paga a Inglaterra; Francia paga a Inglaterra; Rusia, Alemania, Italia, Francia. Inglaterra, pagadme. Esto es lo que dice América. Esta jerarquía de las deudas es una de las bases del pacifismo americano.

La lucha mundial entre Inglaterra y América por la posesión del petróleo ha suscitado ya sacudidas revolucionarias y conflictos militares en México, en Turquía, en Persia. Pero quizá los periódicos nos anuncien mañana que entre América e Inglaterra se ha concertado una colaboración pacífica para el dominio de la nafta. ¿Cómo se efectuará dicha colaboración? Se celebrará una conferencia del petróleo en Washington, en la que América dirá a Inglaterra: Conténtate con una ración de nafta más modesta. Y será una nueva prueba del pacifismo de la mejor ley.

En la lucha por los mercados también se procede de tiempo en tiempo a un arreglo “pacífico” de la cuestión. Hablando de la lucha por los mercados que se desarrolla entre Inglaterra y América un escritor alemán, antiguo ministro de no sé qué gobierno (los ex ministros son numerosos en Alemania), el barón Reibnitz dice en sustancia: Inglaterra podrá evitar la guerra si deja las manos libres a Estados Unidos en el Canadá, en América del Sur, en el Pacífico y en la costa oriental de Asia y Australia; “a ella le quedarán otros dominios *fuera de Europa*”. No veo muy bien qué le quedará a Inglaterra después de esto. Pero la alternativa es clara: o la guerra, o la porción congrua.

Por lo que se refiere a las materias primas extranjeras, he aquí un último capítulo interesante en sumo grado. Los Estados Unidos hallan que les faltan muchas cosas que otros poseen. A este respecto, los periódicos americanos han publicado el mapa del reparto de materias primas en el mundo. Ahora hablan y discuten de continentes enteros. Los pigmeos europeos se inquietan por Albania, por Bulgaria, por algunos pasillos y desdichadas parcelas de tierra. Los americanos se ocupan de continentes; esto facilita el estudio de la Geografía y, sobre todo, presta amplitud a sus bandolerismos. (*Risas*) Así, pues, los periódicos americanos han publicado el mapa del globo terrestre con diez manchas negras, diez grandes lagunas de los Estados Unidos en materias primas: el caucho, el café, los nitratos, el estaño, la potasa, y algunas otras menos importantes. Parece ser que todas estas primeras materias son monopolio, no de los Estados Unidos, sino de otros países. El 70 por 100 de la cosecha mundial de caucho se obtiene en islas que pertenecen a Inglaterra; ahora bien, América consume el 70 por 100 de la producción mundial del caucho para sus neumáticos y otros artículos. El café viene del Brasil. Chile, sostenido financieramente por los ingleses, suministra los nitratos, y así sucesivamente. Churchill decidió recuperar las sumas pagadas a América en concepto de deudas aumentando el precio del caucho. Y Hoover, director del

Comercio americano, calculaba que, en 1925, Estados Unidos había pagado a los ingleses por el caucho de 700 a 800 millones de dólares más del precio honrado. Hoover sabe distinguir perfectamente los precios honestos de los deshonestos; es su especialidad. Cuando se enteraron de esto, los periódicos americanos pusieron el grito en el cielo. Así, por ejemplo, el *Evening Post* exclamaba: “¿Para qué todos esos Locarnos y Ginebras, esas Ligas y protocolos, esas conferencias de desarme y conferencias económicas, si un grupo poderoso de naciones aísla intencionadamente a América?” ¡Miren ustedes esa pobrecita América, a la que se aísla y explota por todas partes! (*Risas*) El caucho, el café, el estaño, los nitratos, la potasa, todo esto ya ha sido cogido y monopolizado, de suerte que un buen multimillonario no puede dar una vuelta en automóvil, ni beber café hasta la saciedad... ni tener siquiera una bala de estaño para suicidarse si se le antoja. (*Risas*). ¡Verdaderamente, la situación es intolerable, es la explotación por todos los costados! ¡Hay como para tumbarse vivo en un féretro “estandarizado”! A este propósito, Mr. Hoover ha escrito un artículo (¡y qué artículo!) compuesto exclusivamente de cuestiones (29 cuestiones) a cual más interesante. Como os imagináis, todas estas cuestiones son puntas dirigidas contra Inglaterra. ¿Está bien vender a más de un precio honrado? ¿No puede originar esto el envenenamiento de las relaciones entre los países? Y si es así, ¿no está el Gobierno obligado a intervenir? Y si un Gobierno que se respeta interviene, ¿no puede acarrear esto graves consecuencias? (*Risas*). Un periódico inglés, menos correcto que los otros, pero más franco, escribió sobre este particular: un imbécil puede hacer más preguntas de las que puedan responder cien hombres inteligentes. (*Risas*). Este periódico patriota no hizo más que desahogar su bilis. En primer término, yo no puedo admitir que un imbécil ocupe un puesto tan importante, e incluso si así fuera... Camaradas, no es una confesión, sino una suposición lógica. (*Risas*). Si fuese así, digo, no sería por eso menos cierto que Hoover se halla al frente del gigantesco aparato del capital americano y que, por consiguiente, necesita inteligencia, pues toda la “máquina” burguesa piensa por él. En todo caso, después de las veintinueve cuestiones de Hoover, cada una de las cuales sonaba como un tiro a los oídos de Baldwin, el caucho bajó súbitamente de precio. Este hecho aclara mejor que todas las cifras la situación mundial. Tal es en la práctica el pacifismo americano.

No hay salida para el capitalismo europeo

A Estados Unidos, que no toleran ningún obstáculo en su camino, que consideran todo encarecimiento de las materias primas que faltan como un ataque a su derecho indiscutible de explotar al mundo entero, a esta nueva América, que avanza furiosamente en todas direcciones, se opone Europa, desmembrada, dividida, más pobre que antes de la guerra, con los mercados limitados, abrumada de deudas, desgarrada por sus antagonismos y oprimida por un militarismo hipertrofiado.

En los comienzos del período de restauración eran muchas las ilusiones de los economistas y políticos burgueses y socialdemócratas sobre la posibilidad de volver a levantar a Europa. La industria europea, ante todo la industria francesa, luego la alemana, se reconstruían bastante rápidamente en ciertos momentos, después de la guerra. Esto no tiene nada de extraño: la demanda había vuelto a ser de nuevo más o menos normal y todos los stocks estaban agotados; además, Francia tenía las regiones devastadas, que eran para ella en cierto modo un mercado complementario. Mientras tuvo que ocuparse en satisfacer necesidades más urgentes de estos mercados devastados por la guerra, la industria trabajó a pleno rendimiento y su prosperidad hizo concebir

grandes esperanzas, grandes ilusiones. Ahora, los mismos economistas burgueses han renunciado a estas ilusiones. El capitalismo europeo se encuentra en una situación sin salida.

Sin necesidad de que la burguesía americana lo quiera conscientemente, la formidable superioridad económica de Estados Unidos impedirá fatalmente al capitalismo europeo que se reconstruya. El capitalismo americano, acosando cada vez más a Europa, la empujará automáticamente por el camino de la revolución. Ahí está el nudo de la situación mundial.

Tal estado de cosas tiene su repercusión más evidente en Inglaterra. En sus exportaciones transatlánticas, Inglaterra ve su esfera de acción limitada por América, el Canadá y el Japón, así como por el desenvolvimiento industrial de sus propias colonias. En el mercado textil de la India, que es una colonia suya, se ve en la actualidad desalojada por el Japón. En el mercado europeo, cada aumento de venta de mercancías inglesas restringe los mercados de Alemania, de Francia, e inversamente. Lo opuesto es lo que sucede con mayor frecuencia: las exportaciones de Alemania y Francia perjudican a las de Gran Bretaña. El mercado europeo no se ensancha. En sus estrechos límites se producen desplazamientos de un lado o de otro. Esperar que esta situación se modifique radicalmente en favor de Europa, sería esperar milagros. Así como en el mercado interior la empresa más importante y adelantada tiene asegurado el triunfo sobre la empresa pequeña y atrasada, del mismo modo, en el mercado mundial, los Estados Unidos obtendrán la victoria sobre Europa, es decir, en primer lugar sobre Inglaterra.

En 1925, las importaciones y exportaciones de Inglaterra alcanzaron, respectivamente, el 111 por 100 y el 76 por 100 de su nivel de antes de la guerra. De donde resulta un pasivo formidable de la balanza comercial. La reducción de las exportaciones lleva consigo una crisis industrial que repercute en las ramas fundamentales de la industria: carbón, acero, construcciones navales, tejidos, etc. Ciertas mejorías temporales, importantes quizás, son posibles y hasta inevitables, pero no deja de ser cierto que la Gran Bretaña se halla actualmente en decadencia.

No se puede realmente sino sentir desdén hacia los “estadistas” ingleses que han conservado sus antiguos hábitos, tan poco compatibles con la nueva situación, y que carecen de la más elemental concepción de la situación mundial y de sus inevitables consecuencias. En estos últimos tiempos, Baldwin y Churchill nos han obsequiado nuevamente con sus declaraciones. A fines del año último, Churchill dijo que tenía doce razones para ser optimista. En primer lugar, la divisa nacional está estabilizada. El economista inglés Keynes le replicó explicando que dicha estabilización suponía una disminución mínima de un 10 por 100 en el precio de las mercancías exportadas y, por lo tanto, un aumento correspondiente del pasivo de la balanza. La segunda razón que conduce al optimismo es el precio elevado del caucho. Pero, ¡ay!, las veintinueve cuestiones de Mr. Hoover han rebajado considerablemente el optimismo de Churchill en lo que respecta al caucho. En tercer lugar, el número de huelgas ha disminuido. Pero esperemos a que termine abril, momento en que habrá que proceder a la revisión del contrato colectivo de los mineros⁷³. Cuarta razón de optimismo: Locarno. Sin embargo, la lucha anglo-francesa después de Locarno, lejos de disminuir, no ha hecho sino intensificarse. Por lo demás, aun es demasiado pronto para pronunciarse definitivamente sobre los resultados de los acuerdos de Locarno. No enumeramos las restantes razones

de optimismo: todavía se cotizan menos en la Bolsa de Nueva York. Es interesante señalar que el *Times* publicó un fondo sobre este asunto titulado: “Dos rayos de esperanza”. El *Times* es más modesto que Churchill: no tiene doce, sino sólo dos rayos de esperanza, y por añadidura rayos X, es decir, rayos bastante problemáticos.

Puede oponerse a la ligereza de Churchill la seriedad relativa de los americanos, que saben apreciar la economía británica desde su punto de vista, y también la opinión de los mismos industriales británicos. A su regreso de Europa, el director del Departamento del Comercio de Estados Unidos, Klein, presentó a los industriales un informe que, a pesar de su convencional tono tranquilizador, deja asomar la verdad. “Desde el punto de vista económico [dijo], la única mancha oscura, haciendo abstracción evidentemente de la situación de Francia e Italia, así como de la restauración relativamente lenta de Alemania, la única mancha oscura, digo, es el Reino Unido. Me parece que Inglaterra se encuentra en una situación comercial dudosa. No quisiera ser demasiado pesimista, pues Inglaterra es nuestro mejor cliente, pero en este país se desarrollan una serie de factores que, a mi juicio, deben merecer serias reflexiones... Hay en Inglaterra formidables impuestos, cuya causa, según algunos, es necesario buscarla en nuestra sed de dinero, por no decir más. Sin embargo, esto no es enteramente justo... El utillaje de la industria hullera es el mismo que hace varias décadas, de suerte que el costo de la mano de obra por tonelada es tres o cuatro veces mayor que en Estados Unidos.”

Y así sucesivamente en el mismo tono.

He aquí ahora otra opinión. J. Hawey, ex embajador americano en Europa, a quien los ingleses consideran como amigo de su país porque habla a menudo de la necesidad de ayudar a Inglaterra, ha publicado recientemente un artículo titulado “El fin de Inglaterra”, en el que llega a la conclusión de que “la producción inglesa ha terminado ya. En lo sucesivo, el lote de Inglaterra consistirá en ser un intermediario”, es decir, el agente y empleado de Banca de Estados Unidos. Tal es la conclusión de este amigo de Inglaterra.

Veamos ahora lo que opina George Hunter, gran constructor de navíos ingleses, cuya nota al Gobierno ha causado sensación en toda la prensa británica:

“El Gobierno [dice] ¿se ha dado plena cuenta de la situación desastrosa de la industria inglesa? ¿Sabe que esta situación, lejos de mejorar, empeora progresivamente? El número de nuestros desocupados crónicos con el de los temporales representa como mínimo el 12,5 por 100 de los obreros que trabajan. Nuestra balanza comercial es desfavorable. Nuestros ferrocarriles y una gran parte de nuestras empresas industriales pagan dividendos sacados de sus reservas o no pagan ninguno, si esto continúa, llegaremos a la bancarrota y a la ruina. No hay ninguna mejoría en perspectiva.”

La industria hullera es la clave del capitalismo inglés. En la actualidad, se mantiene gracias a los subsidios gubernamentales. “Podemos [dice Hunter], subvencionar cuanto queramos la industria hullera; esto no impedirá que nuestra industria, en general, decrezca.” Pero si las subvenciones cesaran, los industriales ingleses no podrían pagar los salarios que actualmente pagan; ahora bien, esto provocaría, a partir del 1 de mayo próximo, un formidable conflicto económico. No es difícil imaginarse lo que sería una huelga que abarcaría por lo menos a un millón de

mineros, sostenidos verosímilmente por cerca de un millón de ferroviarios y obreros del transporte. Inglaterra entraría en un período de formidables trastornos económicos. Hay que seguir concediendo subvenciones ruinosas, o resignarse a un violento conflicto social⁷⁴.

Churchill posee doce razones para ser optimista, pero la estadística social de Inglaterra atestigua que la desocupación aumenta, que el número de mineros disminuye y que, en cambio, el proletariado no especializado es cada vez más numeroso y el personal de los restaurantes y cafés-conciertos aumenta en detrimento de la cantidad de productores. Se comprueba asimismo que también aumenta el número de lacayos, eso sin contar los lacayos políticos que, la servilleta al brazo, imploran la generosidad de los americanos. (*Risas*)

Volvamos a nuestro paralelo entre América e Inglaterra. En América se forma en el seno de la clase obrera una superaristocracia que funda las *Company Unions*; en Inglaterra, destronada de su supremacía de antaño, se desarrollan, por el contrario, las capas del *Lumpen-proletariat*⁷⁵. Esta oposición pone de relieve, mejor que todo, el desplazamiento del eje económico mundial. Y este eje no dejará de desplazarse mientras el eje de “clase” de la sociedad no se haya desplazado, es decir, mientras no se haya realizado la revolución proletaria.

Baldwin, es cierto, no comparte esta opinión. Aunque más serio que Churchill, no comprende mucho más que este último. En una asamblea de industriales indicaba los medios de salir de la situación, pues un primer ministro conservador posee siempre excelentes recetas contra todas las enfermedades. “A veces me parece [dijo], que algunos de nosotros han dormido durante seis o siete años.” ¡Mucho más! El mismo mister Baldwin ha dormido por lo menos durante cincuenta años, mientras los otros velaban. “Deberíamos [continúa el primer ministro], tomar como ejemplo el progreso realizado en ese tiempo por los Estados Unidos.” ¡Intentad, en efecto, tomar como ejemplo el “progreso” de los Estados Unidos! Tienen allí una fortuna nacional de 320.000 millones de dólares, 60.000 millones en los Bancos, una acumulación anual de 7.000 millones, mientras que en vuestro país lo que existe es el déficit. ¡Tomadlo como ejemplo! ¡Intentadlo! “Las dos partes (los capitalistas y los obreros), [prosigue Baldwin], pueden aprender mucho más en la escuela de los Estados Unidos que estudiando la situación de Moscú.” Mr. Baldwin hace mal en decir: fuente, de tu agua no beberé. Nosotros podemos enseñarle algunas cosas. Sabemos orientarnos entre los hechos, analizar la economía mundial, prever las cosas, en particular la decadencia de la Inglaterra capitalista. Ahora bien, esto, mister Baldwin no lo sabe. (*Risas, aplausos*)

Churchill, ministro de Hacienda, ha aludido también a Moscú. Ahora, es el complemento obligado de todo buen discurso. Churchill había leído por la mañana un horrible discurso de Mr. Tomsy, éste último no es un miembro de la Cámara de los Lores, sino, como refiere Churchill, un hombre que ocupa un puesto importantísimo en la República de los Soviets. No ha pasado su juventud en Oxford o en Cambridge con Mr. Churchill, sino en la cárcel de Butirki, en Moscú. Sin embargo, Mr. Churchill se ve obligado a hablar de Mr. Tomsy. Y, hay que decirlo, no es muy amable con él. En la conferencia de las Trade-Unions celebrada en Scarborough, Mr. Tomsy pronunció, en efecto, un discurso que no ha tenido el honor de agrandar a Mr. Churchill. Este último ha citado trozos de dicho discurso, calificándolo de “divagación de un bárbaro”. “Considero [ha dicho Mr. Churchill], que en este país somos capaces de dirigir nuestros

propios asuntos sin ninguna injerencia del exterior.” Mr. Churchill se muestra altivo, pero sin razón en este caso, pues su patrono Mr. Baldwin declara que hay que instruirse en la escuela de los Estados Unidos. “No queremos [continúa Churchill], desayunarnos con un huevo de cocodrilo recién puesto.” Al parecer, Tomsy es quien ha puesto en Inglaterra un huevo de cocodrilo. A Mr. Churchill no le gustan estos procedimientos; prefiere la política del avestruz, que esconde la cabeza en la arena, y, como es sabido, el avestruz y el cocodrilo se encuentran en las colonias tropicales de Inglaterra. Luego, Mr. Churchill se enardece: “Yo no tengo miedo a la revolución bolchevique en este país. No critico a las personalidades.” Esto no le impide pronunciar una furiosa diatriba contra Tomsy; por consiguiente, tiene miedo de este último. No critica la personalidad de Tomsy; se limita a calificarle de cocodrilo. (*Risas*) “¡La Gran Bretaña no es Rusia!” ¡En efecto! “¿Qué utilidad hay en hacer tragar a los obreros ingleses la aburrida doctrina de Karl Marx y en hacerles cantar, desentonando, la *Internacional*?” Es verdad que los obreros ingleses cantan a veces la *Internacional* en un tono falso, con la música de MacDonald, pero en Moscú aprenderán a cantarla bien. A nuestro juicio, a pesar de las doce razones para ser optimista, no está lejano el tiempo en que la situación económica de Inglaterra empujará a la clase obrera a cantar la *Internacional* a toda voz. ¡Prepare usted los oídos, Mr. Churchill! (*Largos aplausos*)

Por lo que se refiere a Alemania y Francia, me limitare a unas breves observaciones.

Hace dos días recibí de uno de nuestros ingenieros que ha visitado las fábricas alemanas en que se ejecutan nuestros pedidos una carta en la que caracteriza la situación en estos términos: “Como ingeniero, mi impresión es penosa. La industria parece aquí por falta de mercados, y ningún crédito americano podrá suministrarle estos mercados.” El número de desocupados en Alemania excede de dos millones. A consecuencia de la racionalización de la producción, los obreros especializados forman alrededor de las tres cuartas partes de los desocupados. Alemania ha sufrido una crisis de inflación, luego una crisis de deflación; ahora debía volver la prosperidad, pero, por el contrario, es el derrumbamiento (más de dos millones de obreros sin trabajo). Y, sin embargo, las consecuencias más duras de la aplicación del plan Dawes a Alemania están todavía por llegar.

En Francia, la industria, después de la guerra, ha progresado considerablemente. Por este motivo muchos concibieron grandes ilusiones. En realidad, Francia ha llevado hasta aquí una vida superior a sus medios; su industria ha progresado gracias a un mercado interior temporal (regiones devastadas) y a costa del país entero (depreciación del franco) Ahora ha llegado el momento de arreglar las cuentas. “Desarma, (dice América a Francia); reduce tus gastos, adopta una moneda estable.” Ahora bien, la moneda estable significa la reducción de las exportaciones, la desocupación, la expulsión de los proletarios extranjeros a sus países, la rebaja de los salarios de los obreros franceses. El período de inflación ha arruinado a la pequeña burguesía; el período de deflación hará alzarse al proletariado. El Gobierno francés no se atreve siquiera a abordar la solución de la cuestión financiera. Los ministros de Hacienda suceden cada dos meses y siguen haciendo funcionar la máquina de los asignados. Es su único método de regularización de la economía. El almirante Horty se dijo que era un arte que no tenía nada de complicado, y se puso a fabricar billetes franceses falsos en Hungría, indudablemente no para sostener la República, sino para restaurar la monarquía. La Francia republicana no ha querido tolerar concurrencia monárquica y ha

hecho proceder a unas cuantas detenciones en Hungría; pero, además de esto, muy poco ha hecho por el saneamiento de la moneda francesa. Francia marcha hacia una crisis económica y política.

En esta Europa que se descompone, la Sociedad de Naciones quiere reunir este año dos conferencias: una, para el desarme; otra, para la reconstrucción económica de Europa. No obstante, es inútil precipitarse para retener los puestos: la preparación de la conferencia se efectúa lentamente y choca a cada paso con intereses contradictorios.

A propósito de la preparación de la conferencia para el desarme, una revista inglesa publicaba estos días un artículo oficial de excepcional interés firmado “El Augur”. Todo demuestra que el tal Augur está en estrechas relaciones con el Ministerio de Negocios Extranjeros y conoce perfectamente sus interioridades. So pretexto de preparar la conferencia para el desarme, el Augur británico nos amenaza con “medidas que no serán medidas pacíficas”. Es una amenaza directa de guerra. ¿Quién profiere esta amenaza? Inglaterra, que pierde sus mercados exteriores; Inglaterra, donde reina la desocupación; Inglaterra, en donde aumentan las filas del *Lumpen-proletariat*; Inglaterra, que solo posee un optimista, Winston Churchill, nos amenaza ahora con la guerra. ¿Por qué? ¿A propósito de qué? ¿No es porque quiere vengarse sobre alguien de las afrentas que recibe de América? En cuanto a nosotros, no queremos la guerra. Pero si las clases directoras británicas pretenden acelerar el proceso de la revolución; si la Historia desea quitarles la razón antes de arrebatarles el poder, debe, precisamente ahora, empujarlas por la peligrosa pendiente de la guerra. Una colisión entre pueblos acarrearía sufrimientos incalculables. Pero si unos locos criminales desencadenan una nueva guerra en Europa, no sería Baldwin, ni Churchill, ni América, su patrono, el vencedor, sino la clase obrera revolucionaria de Europa. (*Aplausos*)

¿Ha cumplido el capitalismo su tiempo?

Para terminar, plantearé una cuestión que, a mi juicio, dimana del fondo mismo de mi informe. El capitalismo, ¿ha cumplido o no ha cumplido su tiempo? ¿Se halla en condiciones de desarrollar en el mundo las fuerzas productivas y de hacer progresar a la humanidad? Este problema es fundamental. Tiene una importancia decisiva para el proletariado europeo, para los pueblos oprimidos de Oriente, para el mundo entero y, sobre todo, para los destinos de la Unión Soviética. Si se demostrara que el capitalismo es capaz todavía de llenar una misión de progreso, de enriquecer más a los pueblos, de hacer más productivo su trabajo, esto significaría que nosotros, Partido Comunista de la URSS, nos hemos precipitado al cantar su *de profundis*; en otros términos, que hemos tomado demasiado pronto el poder para intentar realizar el socialismo. Pues, como explicaba Marx, ningún régimen social desaparece antes de haber agotado todas sus posibilidades latentes. Y en la nueva situación económica actual, ahora que América se ha elevado por encima de toda la humanidad capitalista, modificando hondamente la relación de las fuerzas económicas, debemos plantearnos esta cuestión: el capitalismo ¿ha cumplido su tiempo, o puede esperar aún hacer una obra de progreso?

Por lo que a Europa se refiere, la cuestión, como he tratado de demostrar, se resuelve francamente por la negativa. Europa, después de la guerra, ha caído en una situación más penosa que antes de 1914. Pero la guerra no ha sido un fenómeno fortuito: ha sido el levantamiento ciego de las fuerzas de producción contra las formas capitalistas comprendidas las del Estado nacional. Las fuerzas de producción creadas

por el capitalismo no podían contenerse ya en el cuadro de las formas sociales del capitalismo, incluso el cuadro de los Estados nacionales. De allí la guerra. ¿Cuál ha sido el resultado de la guerra para Europa? Una agravación considerable de la situación. Tenemos actualmente las mismas formas sociales capitalistas, pero más reaccionarias; las mismas barreras aduaneras, pero más erizadas de obstáculos; las mismas fronteras, pero más estrechas; los mismos ejércitos, pero más numerosos; una deuda mayor, un mercado restringido. Tal es la situación general de Europa. Si hoy Inglaterra se levanta un poco, es en detrimento de Alemania; mañana será Alemania la que se alzará a expensas de Inglaterra. Si la balanza comercial de un país acusa un excedente, la balanza de otro país acusa un pasivo correspondiente. La evolución mundial (principalmente el desarrollo de Estados Unidos) ha llevado a Europa a este atolladero. América constituye hoy la fuerza esencial del mundo capitalista, y el carácter de esta fuerza determina automáticamente la situación sin salida de Europa dentro de los límites del régimen capitalista. El capitalismo europeo se ha vuelto reaccionario en el sentido absoluto del término; dicho de otro modo, lejos de hacer progresar a las naciones, no es ni siquiera capaz de conservarles el nivel de la vida que habían alcanzado en el pasado. Tal es la base económica de la época revolucionaria actual. Asistimos a flujos y reflujos políticos, pero esta base permanece invariable.

En cuanto a América, el cuadro parece muy distinto. Pero ¿y Asia? No se la puede, en efecto, desdeñar. Asia y África representan el 55 por 100 de la superficie y el 60 por 100 de la población del globo. Merecerían, es cierto, un examen detallado que no cabe en los límites de este discurso. Pero todo lo que hemos dicho más arriba demuestra claramente que la lucha entre América y Europa es ante todo una lucha por la dominación en Asia. ¿Es capaz aún el capitalismo de cumplir una misión de progreso en América? ¿Puede realizar esta misión en Asia y en África? En Asia ya ha empezado a obtener éxitos importantes; en África no ha hecho más que rozar la periferia del continente. ¿Qué perspectivas de desenvolvimiento tiene? A primera vista, podría parecer que el capitalismo ha cumplido ya su tiempo en Europa, que en América desarrolla las fuerzas productivas, que en Asia y en África tiene todavía ante sí un ancho campo donde podrá ejercer su actividad durante décadas y hasta siglos. ¿Es realmente así? Si fuese así significaría que el capitalismo no ha terminado aún su misión en el mundo. Ahora bien, actualmente la economía es mundial, y esto es lo que determina la suerte del capitalismo para todos los continentes. El capitalismo no puede desarrollarse aisladamente en Asia, independientemente de lo que ocurre en Europa o en América. La época de los procesos económicos provinciales ha pasado definitivamente. Es cierto que el capitalismo americano es incomparablemente más fuerte y más sólido que el capitalismo europeo y puede mirar al porvenir con mayor seguridad. Pero ya no puede sostenerse con su equilibrio interior. Necesita el equilibrio mundial. Europa depende cada vez más de América, pero de aquí resulta que América, a su vez depende cada día más de Europa. América acumula anualmente 7.000 millones de dólares. ¿Qué hacer de este dinero? Encerrarlo simplemente en un sótano equivale a convertirlo en un capital muerto que disminuirá los beneficios del país. Todo capital exige intereses. ¿Dónde colocar los fondos disponibles? El país por sí mismo no los necesita. El mercado interior está sobresaturado. Es necesario buscar una salida al exterior. Se ha empezado a prestar dinero a los demás países, a invertir fondos en la industria extranjera. Pero ¿qué hacer con los intereses? Estos, en efecto, vuelven a América. Hace falta, pues, o colocarlos de nuevo en el extranjero si se perciben en especie, o bien, en lugar de tomarlos en oro, importar mercancías europeas. Pero estas mercancías minarán la industria americana, cuya enorme producción ya exige un mercado exterior. Tal es la

contradicción. O importar oro, del que no se sabe qué hacer, o, en vez de oro, importar mercancías en detrimento de la industria nacional. La “inflación” oro es para la economía tan peligrosa como la inflación fiduciaria. Se puede morir de plétora tanto como de caquexia. Si hay oro en cantidad excesiva, éste no produce nuevos ingresos, rebaja el interés del capital y, por tanto, hace que la extensión de la producción sea irracional. Producir y exportar para amontonar el oro en sótanos, equivale a arrojar las mercancías al mar. Es la razón por la cual América necesita extenderse cada vez más, es decir, colocar la parte superflua de sus recursos en la América Latina, en Europa, en Asia, en Australia, en África. Pero por esto mismo, la economía de Europa y de las demás partes del mundo se convierte cada vez más en parte integrante de la de los Estados Unidos.

Se dice en el arte militar que quien envuelve al enemigo y le corta queda a menudo cortado él mismo. En la economía se produce un fenómeno análogo: tanto más someten los Estados Unidos bajo su dependencia al mundo entero, tanto más caen ellos mismos bajo la dependencia del mundo entero, con todas sus contradicciones y conmociones en perspectiva. Hoy, la revolución en Europa supone la quiebra de la Bolsa americana; mañana, cuando las inversiones de capital americano en la economía europea hayan aumentado, significará una conmoción profunda.

¿Y el movimiento nacional revolucionario en Asia? El desenvolvimiento del capitalismo en Asia implica fatalmente el desarrollo de este movimiento, que choca cada vez más violentamente con el capital extranjero, *vedette* del imperialismo. En China, el desenvolvimiento del capitalismo, que se produce con el concurso y bajo la presión de los colonizadores imperialistas, engendra la lucha revolucionaria y conmociones sociales.

He hablado más arriba de la potencia de Estados Unidos frente a la Europa debilitada y a los pueblos coloniales económicamente atrasados. Pero esta potencia de Estados Unidos constituye precisamente su punto vulnerable: implica su creciente dependencia respecto de los países y continentes económica y políticamente inestables. América se ve obligada a fundar su potencia en una Europa inestable, esto es, en las revoluciones próximas de Europa y en el movimiento nacional revolucionario de Asia y de África. No puede considerarse a Europa como un todo independiente. Pero tampoco América es un todo independiente. Para mantener su equilibrio interior, Estados Unidos tiene necesidad de una salida cada vez más amplia al exterior; ahora bien, esta salida al exterior introduce en su régimen económico elementos cada vez más numerosos del desorden europeo y asiático. En estas condiciones, la revolución victoriosa en Europa y en Asia inaugurará forzosamente una era revolucionaria para Estados Unidos. Y es indudable que la revolución, una vez comenzada, se desarrollará con una celeridad verdaderamente americana en los Estados Unidos. He aquí lo que se deduce de la apreciación de la situación mundial.

Resulta de aquí que la revolución no estallará en América sino en segundo lugar. Empezará en Europa y en Oriente. Europa llegará al socialismo contra la América capitalista, cuya oposición tendrá que vencer. Es verdad que sería más ventajoso empezar la socialización de los medios de producción por ese país sumamente rico que es América y continuarla luego en el resto del mundo. Pero nuestra propia experiencia nos ha demostrado que es imposible establecer caprichosamente el orden de la revolución en los diferentes países. Rusia, país económicamente débil y atrasado, ha

sido el primero en llevar a cabo la revolución proletaria. Ahora les toca el turno a los demás países de Europa. América no permitirá que la Europa capitalista se levante de nuevo. Es el elemento de revolución que actualmente constituye el poder capitalista de los Estados Unidos. Cualesquiera que sean las fluctuaciones políticas que tenga que experimentar Europa, ésta permanecerá en una situación económica sin salida. Este es un hecho esencial, y este hecho, un año más pronto o más tarde, empujará al proletariado por la vía revolucionaria.

¿Podrá la clase obrera conservar el poder y realizar el socialismo en su economía sin América y contra ella? Esta cuestión se relaciona íntimamente con las de las colonias. La economía capitalista de Europa, y particularmente la de Inglaterra, depende en gran parte de las posesiones coloniales, que suministran a las metrópolis los productos alimenticios en las materias primas necesarias para la industria. Entregada a sí misma, es decir, aislada del mundo exterior, la población de Inglaterra estaría condenada a una muerte económica y física inminente. La industria europea depende en muy gran medida de sus vínculos con América y las colonias. Ahora bien, el proletariado europeo, tan pronto como haya arrancado el poder a la burguesía, ayudará a los pueblos coloniales oprimidos a romper sus cadenas. ¿Podrá sostenerse en tales condiciones e instaurar la economía socialista?

Nosotros, pueblos de la Rusia zarista, nos hemos sostenido durante los años del bloqueo y de la guerra. Padecimos hambre, miseria, epidemias, pero resistimos. Nuestro estado de atraso constituyó para nosotros en estas circunstancias una superioridad. La revolución supo mantenerse apoyándose en su retaguardia representada por la clase campesina. Hambrienta y asolada por las epidemias, supo resistir bien, sin embargo. Pero la cuestión se plantea de otro modo para la Europa industrializada, y especialmente para Inglaterra. Una Europa fragmentada no podría, ni aun bajo la dictadura del proletariado, resistir económicamente conservando su fraccionamiento. La revolución proletaria implica la unificación de Europa. Actualmente los economistas, los pacifistas, los hombres de negocios, y hasta simplemente los charlatanes burgueses hablan a menudo de los Estados Unidos de Europa. Pero esta obra es superior a las fuerzas de la burguesía europea, roída por sus antagonismos. Sólo el proletariado victorioso podrá realizar la unión de Europa. Dondequiera que estalle la revolución y sea cualquiera el ritmo de su desenvolvimiento, la unión económica de Europa es la condición previa de su refundición socialista. La Internacional Comunista ya lo proclamó en 1923: hay que arrojar a los que han dividido a Europa, tomar el poder para unificarla y crear Estados Unidos socialistas de Europa. (*Aplausos*)

La Europa revolucionaria encontrará el camino que conduce a las materias primas, a los productos alimenticios; sabrá hacerse ayudar por la clase campesina. Por otra parte, nosotros nos hemos fortalecido considerablemente y podremos, en los meses más difíciles, ayudar algo a la Europa revolucionaria. Seremos, además, para esta última un puente hacia Asia. La Inglaterra proletaria caminará de la mano con los pueblos de la India y asegurará la independencia de este país. Pero no se sigue de aquí que pierda la posibilidad de una estrecha colaboración económica con la India. La India libre tendrá necesidad de la técnica y de la cultura europeas; Europa tendrá necesidad de los productos de la India. Estados Unidos de Europa, con nuestra Unión soviética, constituirán un poderoso centro de atracción para los pueblos de Asia, que procurarán establecer estrechas relaciones económicas y políticas con la Europa proletaria. Si Inglaterra proletaria pierde la India como colonia, la encontrará como compañera en la

Federación Eurasiática de todos los pueblos. El bloque de los pueblos de Eurasia será inquebrantable y, sobre todo, invulnerable a los golpes de Estados Unidos. No se nos oculta el poder de estos últimos. En nuestras perspectivas revolucionarias, partimos de una clara apreciación de los hechos tales como son. Más aún: consideraremos que este poder (tal es la dialéctica) es actualmente la palanca por excelencia de la revolución europea. No ignoramos que, política y militarmente, esta palanca se volverá contra ella cuando la revolución europea estalle. Cuando se halle en juego su piel, el capital americano emprenderá la lucha con una energía feroz. Cuanto los libros y nuestra propia experiencia nos han enseñado respecto de la lucha de las clases privilegiadas para conservar su dominación, palidecerá seguramente ante las violencias que el capital americano hará sufrir a la Europa revolucionaria. Pero gracias a su colaboración revolucionaria con los pueblos de Asia, la Europa unificada será infinitamente más poderosa que los Estados Unidos. Por mediación de la Unión Soviética, los trabajadores de Europa y de Asia se hallarán indisolublemente unidos. Aliado al Oriente sublevado, el proletariado revolucionario europeo arrancará al capital americano el control de la economía mundial y asentará los fundamentos de la Federación de los pueblos socialistas del mundo entero. (*Tempestad de aplausos*)



Notas de la editorial Biblos y de Trotsky

¹ **Nota León Trotsky.** Cant. El *cant* inglés es una forma específica de la mentira convencional, tácitamente admitida por todos debido a razones de hipocresía social. Según Calyle, el *cant* es el arte de dar en interés propio a los fenómenos un aspecto que no tienen en realidad. La Inglaterra parlamentaria y protestante ha ele vado este arte a su más alto grado (o... a su extrema bajeza).

² **Nota Editorial.** *La revolución política del siglo XVII y la revolución industrial del XVIII.* Las relaciones entre el Parlamento y el poder real en Inglaterra empezaron a ponerse tirantes desde principios del siglo XVII. Los rozamientos se producían en particular a consecuencia de la negativa de los diputados a sancionar los gastos de guerras incesantes. El Gobierno intentó hallar fuera del Parlamento los recursos que necesitaba, lo que suscitó por parte de la mayoría de los diputados una viva oposición. En 1629, el rey Carlos I disuelve el Parlamento, que no se vuelve a reunir hasta 1640. Este período se distingue por las crueles persecuciones dirigidas contra los adversarios del rey, por la represión del levantamiento irlandés y otros hechos análogos. En 1640 estalle en Escocia un levantamiento, cuya represión exige grandes recursos, lo que obliga al rey a convocar el Parlamento. Este (el Parlamento Largo) adopta frente al rey una actitud de clara oposición. En 1642, el rey intenta un golpe de Estado y exige al Parlamento la entrega de cinco diputados. Esta exigencia dio lugar a disturbios en Londres, sobre todo entre la población comerciante, y el rey huye de su capital. En la lucha que se empeña entre el rey y el Parlamento, sostenido el primero por la nobleza y el alto clero, en tanto que el segundo lo era por la población comerciante e industrial de las ciudades, la victoria debía ser para el Parlamento. Oliverio Cromwell, apoyado en la pequeña burguesía de las ciudades y de los campos, jugó en esta lucha un papel inmenso. Después de la muerte de Cromwell y un corto período de gobierno de su hijo Ricardo, el Parlamento nuevamente elegido decide la restauración de la monarquía (1660). Sin embargo, el Parlamento reaccionario sigue combatiendo el poder absoluto de la realeza. En 1688, los *whigs* toman las armas, y el rey se traslada a Francia sin aun resistir. Así se cumple la segunda revolución, llamada “gloriosa” por los historiadores burgueses, a diferencia de la primera, que califican de “gran sedición”. El nuevo monarca, Guillermo III, tuvo que aceptar el famoso *bill* de derechos que estableció la validez incondicional de las leyes promulgadas por el Parlamento; el rey no fue autorizado a mantener un ejército sino con la sanción del Parlamento; quedó garantida la libertad de palabra, etc. Este *bill*, confirmación en la época de una victoria de la aristocracia y de la nobleza, señaló asimismo el fin del absolutismo y abrió los caminos para el ulterior desenvolvimiento de la burguesía inglesa. Si la “gloriosa” revolución de 1688 pudo establecer sin efusión de sangre un régimen liberal no fue, naturalmente, sino gracias a la “gran sedición”.

Las consecuencias políticas de la gran revolución no se dejaron esperar mucho.

“El compromiso entre la burguesía en camino de desenvolvimiento y la gran propiedad territorial, en otro tiempo feudal, fue un nuevo punto de partida. Aun cuando los grandes latifundistas se llamaran, entonces como hoy, aristócratas, ya se encaminaban desde hacía bastante tiempo a la situación que ocupó mucho más tarde en Francia Luis-Felipe: la de ser los primeros burgueses de la nación. Felizmente para Inglaterra, los viejos barones feudales se habían exterminado mutuamente en la guerra de las Dos Rosas. Sus herederos, aun siendo con bastante frecuencia vástagos de las mismas viejas familias, descendían de ramas colaterales de tal modo alejadas, que constituían una corporación completamente nueva; sus hábitos y sus aspiraciones eran mucho más burgueses que feudales; sabían perfectamente el valor del dinero y se dedicaron a aumentar rápidamente la renta territorial, expulsando, delante de sus carneros, a centenares de pequeños colonos...” “No faltaban también en todo tiempo grandes propietarios dispuestos, por motivos económicos o políticos, a colaborar con los directores de la burguesía financiera e industrial.” (Engels, *El materialismo histórico*.)

La revolución industrial del siglo XVIII, que transformó a Inglaterra agrícola en un país industrial, fue preparada por el rápido desarrollo del comercio exterior y el aumento general de la producción de mercancías en las ciudades y los campos. El trabajo manual, los reglamentos corporativos, el sistema feudal trababan el desenvolvimiento de las fuerzas de producción. Paralelamente al progreso de la industria urbana, en la agricultura se cumplía un rápido progreso de transformación de las tierras labrantías en campos de pastoreo. Los terratenientes se entregaban con resolución a la ganadería, que les producía gruesos beneficios, y al comercio de la lana. Diversos inventos, de los cuales el más importante fue el de la máquina de vapor (por James Watt, en 1776), dieron un poderoso impulso a la creación de fábricas. La revolución económica colocó en primer término a la burguesía industrial y comercial.

³ **Nota Editorial.** *Cromwell* (1599-1658), lord-protector de Inglaterra, fue el hombre político más sobresaliente de la época de la gran revolución inglesa (1640-1659). En el Parlamento Largo, se colocó en las primeras filas de la oposición. Enemigo irreconciliable de la monarquía de los Estuardos, se convirtió en uno de los jefes del partido religioso revolucionario de los “Independientes” (véase la nota 16), y en la guerra civil reveló ser un notable jefe de guerra. Las victorias de su ejército hicieron su nombre extraordinariamente popular. Jefe principal del ejército revolucionario, reprimió implacablemente todos los movimientos monárquicos. Después de la ejecución de Carlos I, Cromwell disuelve en 1653 el Parlamento Largo, que protestaba contra la continuación de las medidas revolucionarias. Convertido en “lord-protector”, convoca un nuevo Parlamento y lo disuelve en seguida, esta vez por haberle presentado exigencias demasiado radicales... Ejerciendo de hecho la dictadura, Cromwell irritó a los partidarios de la monarquía de los Estuardos, y también a los elementos de extrema izquierda, descontentos de su política personal. Contra unos y otros sostuvo una lucha encarnizada. Bajo su dominación, Inglaterra extendió sus posesiones y se colocó a la cabeza de las potencias europeas. La muerte de Cromwell cerró el período de la gran revolución inglesa. Su hijo Ricardo ejerció el poder durante un año; a continuación, se restableció la monarquía de los Estuardos.

⁴ **Nota Editorial.** *El puritanismo* fue a la vez un movimiento religioso y político. Nació en Inglaterra a mediados del siglo XVI y emprendió una lucha contra la iglesia anglicana, oficial, con el objeto de libertar completamente a la religión cristiana de las supervivencias del catolicismo. El puritanismo combatió los ritos religiosos y exigió la separación de la Iglesia y el Estado. El Gobierno inglés persiguió sistemáticamente a los puritanos; éstos eran en su mayoría comerciantes, artesanos, pequeñoburgueses. En la revolución del siglo XVII jugaron un papel decisivo. Formaron el núcleo principal del ejército revolucionario que combatía para fundar la república. El papel político del puritanismo se termina con la restauración de la monarquía; ya no subsiste sino como secta religiosa.

⁵ **Nota Editorial.** *El incidente de Agadir* señaló en 1911 el choque de los intereses alemanes y franceses en Marruecos. Francia, reforzada su influencia en Marruecos, había resuelto establecer, a despecho de los acuerdos anteriores con Alemania, su protectorado sobre el Imperio jerifiano. Fueron enviadas varias expediciones de tropas francesas y ocuparon diferentes ciudades importantes. Alemania, cuyos intereses económicos en Marruecos eran considerables, mandó a Agadir, en la costa sudoeste de Marruecos, un barco de guerra oficialmente encargado de la protección de los súbditos alemanes. Era, en realidad, una demostración naval contra Francia. Estuvo a punto de salir de aquí la guerra. Inglaterra y Rusia se manifestaron dispuestas a sostener a Francia en caso de guerra. La actitud de Inglaterra determinó a Alemania, presa en ese momento de una crisis financiera e insuficientemente preparada para las hostilidades, a renunciar a sus exigencias territoriales en Marruecos y a contentarse con concesiones económicas y compensaciones en otras regiones de África. La crisis se terminó por el tratado del 4 de noviembre de 1911, que concedía a Francia el protectorado de Marruecos y una parte del Camerón superior, y a Alemania una parte del Congo francés y derechos económicos iguales a los de Francia en Marruecos. Las negociaciones fueron llevadas, por parte de Francia, por M. Caillaux.

⁶ **Nota Traductor.** *Premier*. Primer ministro, término consagrado en Inglaterra para designar al presidente de Consejo.

⁷ **Nota Editorial.** *La City* es el barrio central de Londres, en el que se encuentran la Bolsa, los bancos más importantes y las grandes firmas comerciales de Inglaterra. Antes de la guerra la City era el centro del mercado financiero del mundo.

⁸ **Nota León Trotsky.** Después de escrito este trabajo, el Ministerio inglés ha adoptado una serie de medidas legislativas y financiero-bancarias asegurando la vuelta a la moneda-oro. Aparentemente, nos hallamos en presencia de una “deslumbrante victoria” del capitalismo inglés. En realidad, nada expresa de manera más marcada la decadencia de Inglaterra como este éxito financiero. Inglaterra ha tenido que efectuar esta operación costosa bajo la presión del pesado dólar americano y de la política financiera de sus propios Dominios, que, volviendo la espalda a la libra esterlina, se orientaban cada día más hacia el dólar. Inglaterra no ha podido dar un último salto hacia el oro sin una importante “ayuda” financiera de los Estados Unidos. Pero esto quiere decir que la suerte de la libra esterlina está en adelante bajo la dependencia directa de Nueva York. Los Estados Unidos reciben así un poderoso medio de coacción financiera. Esta dependencia, Inglaterra esté obligada a pagarla con un interés elevado. El pago de este interés abruma a su industria, ya enferma. Para oponerse a la exportación de su oro, Inglaterra se ve obligada a poner trabas a la exportación de sus mercancías. Sin embargo, no puede renunciar a la transición, a la moneda-oro, a menos de apresurar su decadencia en el mercado mundial de los capitales. Este conjunto fatal de circunstancias hace nacer en los círculos directores ingleses un sentimiento muy marcado de su impotencia, y suscita las malévolas, pero ineficaces, recriminaciones de la prensa más conservadora. El *Daily Mail* escribe: “Adoptando la base oro, el Gobierno inglés da a los bancos federales, prácticamente colocados bajo la influencia del Gobierno de los Estados Unidos, la posibilidad de suscitar en cualquier momento una crisis monetaria en Inglaterra... El Gobierno inglés somete toda la política financiera de su país a una nación extranjera... El Imperio británico está hipotecado en favor de los Estados Unidos.”

“Gracias a Churchill [escribe el *Daily Express*, conservador], Inglaterra cae bajo la garra de los banqueros americanos.” El *Daily Chronicle* se expresa aún con más energía: “Inglaterra descende, en realidad, al rango de un cuadragésimo noveno Estado de América.” ¡No se puede decir nada mejor! A toda esta amarga autocrítica, sin conclusiones ni perspectivas, el ministro de Hacienda, Churchill, responde en suma que no le queda a Inglaterra otro camino que acomodar su sistema financiero con la realidad (*with reality*). Estas palabras de Churchill significan: “Nos hemos empobrecido infinitamente, mientras que los Estados Unidos se han enriquecido infinitamente: o nos debemos batir con América, o someternos a ella: colocando la suerte de la libra esterlina bajo la dependencia de los bancos americanos, no hacemos sino expresar nuestra decadencia económica general en lenguaje monetario; no se puede saltar por encima de la propia cabeza; es necesario caminar con la realidad.”

⁹ **Nota Traductor.** *Cadete*. De las iniciales “K-D”, denominación del partido primeramente llamado “constitucional-demócrata”, luego “partido de la libertad popular”, representante de los intereses burgueses y obstinado enemigo de los bolcheviques hasta la revolución de octubre.

¹⁰ **Nota Editorial.** *El chartismo* fue un movimiento social y político de la clase obrera inglesa, determinado inmediatamente por la crisis industrial y el paro. En 1834, el Parlamento, a consecuencia de la reforma electoral de 1832, derogaba la antigua ley “del tiempo de Isabel” que ponía a los pobres a cargo de las parroquias, substituyéndola con una ley creando unas casas de trabajo (*Workhouses*). Esta medida provocó en las masas obreras un vivísimo descontento, que llevó, en 1836, a la constitución de una sociedad obrera cuyo programa: la Carta (Charter en inglés; de ahí la palabra “cartismo”), se convirtió en el de todo el movimiento cartista. La Carta comprendía los cinco puntos siguientes: sufragio universal, voto secreto, abolición del censo de diputados, igualdad de las circunscripciones electorales, remuneración de los diputados, elecciones anuales. El Parlamento rechazó las reivindicaciones de los cartistas; las protestas, las manifestaciones y las huelgas fueron la respuesta. Por dos veces, sin embargo, en 1842 y 1848, el Parlamento se negó a aceptar la Carta. Dos tendencias se hicieron luz en seguida entre los cartistas. La derecha, a cuya cabeza se hallaba el obrero londinense Lowet, condenaba la violencia y se pronunciaba en favor de una acción mancomunada con la burguesía radical, que entonces luchaba por la libertad de comercio y la derogación de los derechos arancelarios sobre el trigo; la izquierda, a cuyo frente se encontraban O’Connor, Stephens y más tarde O’Brian,

preconizaba el empleo de métodos revolucionarios. La influencia de esta izquierda creció con el movimiento revolucionario, y el cartismo, emancipándose de la influencia de la derecha, se empeñó resueltamente en el camino de las huelgas de masas. En 1840 se fundaba en Manchester la asociación cartista nacional; fue la organización política de la clase obrera inglesa. La asociación llegó a contar 40.000 miembros. El cartismo, que no había sido en sus orígenes más que la izquierda de la democracia burguesa radical, se convirtió de este modo en la forma revolucionaria de un movimiento puramente proletario y en el punto de partida de los futuros agrupamientos internacionales de los obreros, precursores de la Primera Internacional.

El ocaso del cartismo empezó en 1850, en el período de reacción que siguió a la derrota de la revolución continental de 1848. Marx escribió a este respecto: “La derrota de la clase obrera en el continente se hizo sentir, por vía de contagio, al otro lado de la Mancha... La completa derrota de sus hermanos del continente había desanimado a la clase obrera de Inglaterra y minado su fe en su propia causa. Los esfuerzos intentados para sostener el movimiento cartista fracasaban innegablemente; los diarios obreros morían uno tras otro a causa de la indiferencia de las masas; parecía, en realidad, que nunca hubiera estado la clase obrera inglesa tan satisfecha de su inexistencia política.”

¹¹ **Nota Editorial.** La escuela manchesteriana, escuela de economía política de la burguesía liberal inglesa, se formó entre 1820 y 1830 en Manchester, entonces centro de la industria textil inglesa. Los fabricantes de tejidos de Manchester necesitaban, para realizar hermosos beneficios, la libertad de comercio y la no intervención del Estado en la industria, sobre todo entre los patronos y los obreros. Por ello formulaban las reivindicaciones liberales de la libertad de comercio, de la derogación de las tarifas aduaneras, etc. Los ideólogos de la burguesía industrial convirtieron estas reivindicaciones en condiciones necesarias para el desenvolvimiento del sistema capitalista en general.

¹² **Nota Editorial.** La reforma electoral de 1832 y la abolición de los derechos sobre los trigos en 1846 tuvieron por causa principal el pronunciado desarrollo de la burguesía industrial y comercial, así como su actividad política. Destacada por la revolución industrial del siglo XVIII, la burguesía inglesa empeñó una lucha sistemática contra los latifundistas (los *tories*), con el fin de ejercer ella sola la dominación política y económica. La reforma electoral de 1832 y la abolición de los derechos de aduana sobre los trigos en 1846 fueron los resultados de esta acción. La revolución francesa de 1830 ejerció una gran influencia sobre la adopción de la reforma electoral. La reforma de 1832, votada por la Cámara de los Lores después de una lucha tenaz, se reducía a tres medidas esenciales: primera, un nuevo reparto de los mandatos en favor de las ciudades; segunda, igualdad electoral de las ciudades y de los condados; tercera, aumento del número de los diputados. Esta reforma proporcionó el derecho de voto a la pequeña burguesía, a los arrendatarios y a los agricultores. Particularmente, reforzó la representación parlamentaria de las circunscripciones industriales. Ninguna modificación importante aportó a la representación de los obreros; éstos siguieron, como en el pasado, privados de todo derecho de voto.

La lucha por la abolición de los derechos de aduana sobre los trigos importados, derechos necesarios a la aristocracia territorial para provocar el alza del precio del trigo, fue empeñada por la burguesía industrial desde antes de 1830. La lucha se mantuvo por medio de una agitación constante y sistemática entre los comerciantes, los artesanos, los obreros la pequeña y la media burguesía. El Ministerio conservador opuso una resistencia obstinada a los liberales, protagonistas de esta medida. Fue necesario la escasez de 1845 y un vasto movimiento de opinión para hacer ceder en fin al Gobierno inglés en 1846.

La reforma de 1832 y la abolición de los derechos sobre los trigos extranjeros fueron dos grandes victorias de la burguesía industrial inglesa en marcha hacia la dominación política y económica.

¹³ **Nota Editorial.** El movimiento proteccionista. Se llama “proteccionismo” a un sistema de tarifas aduaneras que protegen la industria del país contra la concurrencia de las mercancías extranjeras más baratas. Este sistema lleva a veces a la prohibición total de la importación de ciertas mercancías. Inglaterra, el primer país de Europa que entró en el camino del desenvolvimiento industrial, vio entre 1830 y 1840 el triunfo definitivo del movimiento de la

burguesía liberal en favor de la libertad de comercio y de la abolición de las tarifas protectoras. Pero a partir de 1865, en que las industrias americana y alemana empiezan a desarrollarse rápidamente, nace en el seno de la gran burguesía inglesa un amplio movimiento en favor del proteccionismo, dirigido principalmente por el partido conservador.

¹⁴ **Nota Editorial.** *Gladstone* (1809-1898) fue uno de los políticos ingleses más influyentes de la segunda mitad del siglo XIX. Líder de los liberales. *Tory* y proteccionista en su juventud, evolucionó hacia la izquierda, y desde 1847 *tory* moderado, se adhirió al grupo conservador de izquierda de Robert Peel. Gladstone formó parte en 1852 del Ministerio de coalición de lord Aberdeen, compuesto de *whigs* (liberales) y de políticos del grupo Peel. Desempeñó en él la cartera de Hacienda. A partir de 1859 fue ministro de Hacienda del Gabinete liberal Palmerston. Desde entonces se clasificó definitivamente entre los liberales y formó parte de todos los gabinetes constituidos por éstos hasta 1883 Gladstone permaneció fiel a los viejos principios del liberalismo inglés, aun en 1870-1880, al separarse los elementos imperialistas. Respecto de Irlanda, su política de concesiones y limosnas tendía a someter la isla al capital inglés por medios democráticos. El liberalismo y el pacifismo de Gladstone no le impidieron ocupar Egipto. Su nombre ha quedado unido a una ampliación importante del derecho de voto y a la lucha por la autonomía (*Home Rule*) de Irlanda. El proyecto de ley sobre el *Home Rule*, presentado en 1866 por Gladstone, a la sazón presidente del Consejo, fue rechazado por la Cámara de los Comunes. En 1893, Gladstone lograba en fin hacerlo votar por los Comunes, pero la Cámara de los Pares le infligió una derrota. Este conflicto y la disminución de la influencia de los liberales de viejo cuño produjeron la retirada de Gladstone.

¹⁵ **Nota Editorial.** *José Chamberlain* (1836-1914) fue uno de los más notables hombres de acción del imperialismo inglés. Miembro del partido radical y uno de sus líderes hasta 1885. De 1880 a 1885 ministro de Comercio en el Gabinete liberal de Gladstone. Cuando los liberales se escindieron en imperialistas-proteccionistas y librecambistas, Chamberlain se alistó entre los primeros. En 1885, a consecuencia de desacuerdos con Gladstone sobre la cuestión del *Home Rule* de Irlanda, esto es, de la concesión a este país de un Parlamento y una amplia autonomía administrativa, abandona el ministerio y el partido radical. Poco después, Chamberlain llegó a ser uno de los jefes del partido liberal unionista (el partido nacional del gran capital), que expresa las aspiraciones políticas del imperialismo inglés. Un poco antes de 1900 llegó a ser ministro de Colonias, hasta 1905. Su nombramiento en este sentido significa la entrada de Inglaterra en el camino del imperialismo activo. Celoso partidario de la expansión imperialista y ministro de Colonias, ha sido con razón llamado el padre del imperialismo británico.

¹⁶ **Nota Traductor.** *Labour Party*. El autor usa exclusivamente la expresión “partido obrero”. Como ya se ha hecho empleamos a menudo la propia denominación inglesa: *Labour Party*.

¹⁷ **Nota Editorial.** *Roberto Owen* (1771-1858), célebre socialista utópico inglés, hijo de un guarnicionero. Durante su juventud fue empleado en Londres y otras ciudades. A los veinte años director de una fábrica textil de Manchester, adquirió pronto una fábrica en New-Lamark (Escocia), en la que aplicó prácticamente sus puntos de vista de reformador social. Disminuyó la jornada de trabajo, aumentó los salarios, construyó talleres higiénicos, etc. Estas medidas aumentaron sensiblemente el rendimiento del trabajo. El éxito condujo a Owen a preconizar entre los industriales la promulgación de una legislación industrial concebida en el espíritu de sus reformas. No queriendo limitarse a la agitación entre la burguesía inglesa, Owen visitó Francia, Alemania y otros países con el fin de interesar a diversos hombres de Estado en sus proyectos de solución de la cuestión obrera. No habiendo obtenido resultado alguno, marchó a América, donde creó “comunidades de interés orgánico”, prosiguiendo en ellas sus experiencias, pero sin gran éxito. La actitud de Owen respecto del cartismo fue negativa. Consideró la lucha de clases del proletariado como un error y creyó en la posibilidad de una apacible colaboración entre la clase obrera y la burguesía.

¹⁸ **Nota Editorial.** *La conquista del África del Sur*. De 1806 a 1814 conquista Inglaterra varias colonias holandesas del África del Sur. No cesaron ya de extenderse sus posesiones en esta región. Incitando a los pueblos negros a combatirse sin cesar unos a otros, actuando por la fuerza y por la corrupción, Inglaterra se apoderó poco a poco de todos los países confinantes con las repúblicas boers (fundadas por los descendientes de los colonos holandeses),

esforzándose en separar del mar a estas repúblicas, objeto que logró. Cuando en 1872 se descubrieron en el Transvaal minas de oro, Inglaterra exigió la sumisión de este Estado al control británico. Los boers se negaron y, cada vez más molestados por los ingleses, acabaron, en 1880, por declararles la guerra. En el curso de las hostilidades consiguieron una serie de éxitos señalados. El liberal Gladstone, sucediendo en el poder al conservador Beaconsfield, hizo a los boers en el mismo año proposiciones de paz en las condiciones siguientes: sumisión de las repúblicas sud-africanas del Transvaal y de Orange al control británico, pago de los gastos de guerra por los boers y autonomía de la administración interior. El tratado definitivo no fue concluido hasta más tarde, en condiciones menos penosas para los boers; la política exterior del Transvaal cayó por tanto bajo la dependencia absoluta de Inglaterra. En 1894, a consecuencia de nuevos descubrimientos de minas de oro en el Transvaal, la lucha entre la población agrícola del país y los recién llegados ingleses se envenenó por no consentir los boers el abandono de sus riquezas a la explotación británica. El imperialismo inglés estaba en pleno florecimiento; la lucha entre los conquistadores y las dos repúblicas sud-africanas fue áspera. El Transvaal y el Estado libre de Orange ultimaron una alianza definitiva contra los británicos. En 1895, el administrador de la Rhodesia (colonia inglesa del África del Sur), Jameson, apoyado secretamente por el Gobierno inglés, organizó una agresión contra los boers; el “*raid Jameson*” acabó en un fracaso. La lucha prosiguió en ambas repúblicas. Los propietarios ingleses de minas de oro del Transvaal y del Estado libre de Orange, deseosos de romper las trabas que les impedían explotar el país a su voluntad, aspiraban pura y simplemente a su conquista. Inglaterra declaró la guerra a los boers en 1899. El Transvaal fue invadido en 1900, y el Estado libre de Orange en 1902. Después de la conquista, la mano de obra amarilla y negra, pagada a precio vil, fue empleada en gran escala en las minas, bajando en consecuencia el salario de los obreros blancos, y la explotación del país por los ingleses fue llevada a fondo. La brutal conquista del África del Sur provocó en su tiempo un arrebato de indignación de las masas obreras de Europa. Los mismos Gobiernos, inquietos por el desarrollo del poder inglés, elevaron repetidas protestas contra la violencia británica y manifestaron su simpatía a los boers.

¹⁹ **Nota Editorial.** Los *whigs* y los *tories* forman los dos partidos políticos más antiguos de Inglaterra. Sus orígenes remontan a los “cabezas redondas” y a los “caballeros” de la época del Parlamento Largo (1640) (véase la nota 15). Los “cabezas redondas”, que representaban a la pequeña burguesía comerciante, fueron la fuerza principal del Parlamento revolucionario. Su partido dio origen al de los *whigs*. El de los “caballeros”, partidarios cuando la gran revolución del afianzamiento del poder real, se convirtió más tarde en el partido de los *tories*. Los *whigs* y los *tories* recibieron estos nuevos nombres en 1679, cuando a la muerte de Carlos II se planteó al Parlamento la cuestión del advenimiento al trono de Jaime II, príncipe católico y reaccionario. Los adversarios de éste fueron llamados *whigs* y sus partidarios *tories*. Ambos partidos cristalizaron más adelante: los *whigs* como organización de clase de la burguesía industrial y comerciante, y los *tories* como organización de la aristocracia y de los grandes terratenientes. En el transcurso de la historia ulterior de Inglaterra, los *whigs* trabajaron por ampliar los derechos del Parlamento y restringir los de la realeza, defendidos en cambio por los *tories*. Toda la historia de Inglaterra durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX es la de la lucha incesante por el poder entre los *whigs* y los *tories*, lucha que, por lo demás, no les impidió unirse contra el movimiento obrero. No obstante, los *whigs* se apoyaron en cierta medida sobre la clase obrera, entonces sin partido propio, contra los *tories*. El paso de *whigs* a los *tories* fue frecuente, así como las evoluciones inversas; los *tories* de izquierda se unieron, a menudo, con el fin de obtener ciertas reformas, a los *whigs*, cuya derecha formaron; por su parte, los *whigs* derechistas se hicieron más de una vez *tories* de izquierda. Después de la gran victoria de los *whigs* (la reforma electoral de 1832), los *whigs* y los *tories* pierden, con sus antiguos apelativos, su primitiva fisonomía: los *whigs*, confundidos poco a poco con los radicales y los *tories* liberales, forman el partido liberal; los *tories* se convierten en el núcleo principal del partido conservador. El partido *whig*, que en un principio fue la organización de clase de toda la burguesía industrial y comerciante, se convirtió después de su transformación en partido liberal, representante de los intereses de la pequeña y media burguesía industrial y comerciante. El antiguo partido de la aristocracia terrateniente, el de los *tories*, se convirtió en el partido

conservador, del que dicha aristocracia y la gran burguesía industrial y financiera constituyen la base principal.

²⁰ **Nota Editorial.** *“Cabezas redondas” y “caballeros” en la guerra civil del siglo XVII.* Antepasados de los whigs y de los tories, los partidos de los “cabezas redondas” y de los “caballeros” se constituyeron en Inglaterra en la época del Parlamento Largo, convocado en 1640. El partido de los “caballeros” defendió el poder real y se apoyó en la guardia del rey. Los nobles terratenientes fueron el elemento dominante. En el terreno religioso este partido trató de afianzar la vieja Iglesia anglicana episcopal. Los “cabezas redondas”, enemigos de los “caballeros”, deseaban el afianzamiento de un sistema parlamentario constitucional y la renovación de la Iglesia mediante el espíritu puritano; los pequeños burgueses y los artesanos, los comerciantes y los *yeomen* (pequeños propietarios libres) formaban la fuerza principal de este partido. La guerra civil lanzó a los “caballeros” en las filas del ejército real, contra el cual los “cabezas redondas” alzaron el ejército revolucionario del Parlamento, consiguiendo el triunfo. Los “independientes” se habían unido a ellos (véase la nota 21) Una parte de los “cabezas redondas” combatió después a los moderados del Parlamento Largo, que deseaban una monarquía limitada.

²¹ **Nota Editorial.** Los Independientes iban contra el absolutismo real y la Iglesia anglicana. Su existencia política era muy anterior a la revolución del siglo XVII. Sistemáticamente perseguidos, emigraban en masa a Holanda y América. Cuando estalló la revolución inglesa, se unieron al ejército revolucionario del Parlamento y, conducidos por Cromwell, salieron victoriosos de la guerra civil. Eran reclutados casi totalmente entre la pequeña burguesía urbana y rural. Había entre ellos republicanos y partidarios de la monarquía moderada. La restauración les atrajo nuevas persecuciones; emigraron en masa a América, donde poco a poco fueron perdiendo su espíritu revolucionario, hasta convertirse en una de las numerosas sectas religiosas del Nuevo Mundo.

²² **Nota Editorial.** *La lucha del Parlamento Largo contra el absolutismo de Carlos I.* El Parlamento Largo, convocado en 1640 por Carlos I, después de una interrupción de las tareas parlamentarias que había durado trece años, adoptó en el acto una actitud de oposición intransigente frente al rey. Ordenó el arresto y ejecución del ministro Stratford, uno de los principales jefes de la reacción; exigió la libertad inmediata de todos los detenidos políticos y de los súbditos arrestados por haberse negado a satisfacer el impuesto, y declaró ilegales los impuestos que carecían de la sanción del Parlamento. El rey perdió el derecho de disolver el Parlamento. El Parlamento Largo dirigió a Carlos I el acta conocida bajo el nombre de “gran exhortación”, en la que se exponían los principios fundamentales de la Constitución inglesa. El rey rehusó sancionarla y ordenó la detención de cinco líderes de la oposición parlamentaria. Y como el Parlamento no consintió en entregar a los jefes populares, los dos opuestos partidos se prepararon apresuradamente a la guerra civil.

²³ **Nota Editorial.** *Mistress Snowden*, militante en el movimiento fabiano, esposa de Philipp Snowden, uno de los jefes del Independent Labour Party (Partido Obrero Independiente). Visitó en 1920, con la delegación obrera inglesa, la Rusia de los Soviets. A continuación publicó un libro titulado: *A través de la Rusia bolchevique*.

²⁴ **Nota Editorial.** *Guillermo Pitt* (hijo) (1759-1806). Hombre de Estado inglés. Defendió y concilió los intereses de los grandes terratenientes y de la burguesía industrial. Permaneció hasta 1801 a la cabeza del ministerio que había constituido en 1783. En política interior y exterior fue un librecambista moderado. Siguió, respecto de las colonias, una política de esclavitud y de explotación desvergonzada. La gran Revolución francesa, que tanto impulso dio al movimiento revolucionario inglés y que amenazó el poder de Inglaterra sobre el continente, tuvo en Pitt un enemigo irreconciliable. Fue el organizador y el alma de todas las coaliciones contrarrevolucionarias formadas contra la Francia jacobina, cuyos éxitos políticos y militares se multiplicaban. La ocupación de Bélgica por los ejércitos revolucionarios condujo a Pitt, en 1793, a declarar la guerra a Francia. Reprimió con crueldad el levantamiento de Irlanda (1798), que había estallado bajo la influencia de la Revolución francesa. A partir de este momento redoblaron los rigores de la represión aun en la misma Inglaterra. Este período de la actividad contrarrevolucionaria de Pitt se caracterizó por la persecución de los revolucionarios, por los

subsidios prodigados a los ejércitos de la contrarrevolución francesa, por la corrupción de la prensa, la organización de la calumnia contra Francia y la intriga incesante en los demás países, a los que se trataba de empujar contra la República revolucionaria. A los ojos de los franceses, Pitt encarnó la contrarrevolución mundial; los enemigos de los jacobinos fueron frecuentemente llamados “agentes de Pitt”. A causa de la impopularidad que le crearon los reveses de Inglaterra, el Gabinete Pitt cayó en 1801. Pero en 1804, amenazada la situación internacional de Inglaterra por las brillantes victorias de Napoleón, la burguesía inglesa llamó a Pitt al poder. Murió poco tiempo después.

²⁵ **Nota Editorial.** *La guerra civil de los Estados Unidos y la reforma electoral de 1867 en Inglaterra.* La guerra civil de los Estados Unidos, llamada guerra de Secesión, que puso a los Estados del Norte frente a los del Sur, duró cuatro años, desde 1861 a 1865. Fue el resultado del creciente antagonismo de los Estados industriales del Norte y de los Estados agrícolas del Sur, en los que los plantadores de algodón habían mantenido la esclavitud. La elección del presidente Lincoln, miembro del partido republicano y partidario de la abolición de la esclavitud, determinó en noviembre de 1860 el rompimiento de hostilidades. Los Estados del Sur, viendo en la elección de Lincoln una amenaza dirigida contra su sistema económico, tomaron las armas. Las probabilidades de triunfo parecieron equilibrarse durante bastante tiempo entre “sudistas” y “nordistas”; pero al fin el Norte acabó por alcanzar una victoria decisiva. El resultado fue la abolición total de la esclavitud en los Estados del Sur, que entraron así en el camino del libre desarrollo capitalista. La burguesía inglesa sostuvo sin reservas a los Estados del Sur, que le servían de mercado colonial y le proporcionaban a precio ínfimo el algodón. Las simpatías de las masas obreras fueron hacia los Estados del Norte. El apoyo concedido a los “sudistas” por el Gobierno de Londres provocó en los medios obreros una protesta organizada. La victoria de los “nordistas” comprometió al Gobierno y produjo en Inglaterra la nueva reforma electoral. Esta concedió el derecho de voto a los habitantes de los condados que no pagaran menos de 12 libras esterlinas de impuesto de alquiler por año y a todos los ciudadanos que no pagaran menos de 10 libras de alquiler. Además de estas modificaciones del censo electoral, fue aumentado el número de diputados. Un cierto número de localidades poco importantes desde el punto de vista de la población perdió el derecho al voto, en tanto que las ciudades resultaron aventajadas. La edad de los electores se fijó en veintiún años. El número de los electores aumentó en un tercio en el campo y se duplicó en las ciudades. En total, el aumento fue de un millón. Esta reforma electoral, aun cuando no estableció la igualdad de derechos de todos los electores y conservó el censo, fue en su tiempo una gran victoria de los obreros ingleses.

²⁶ **Nota Editorial.** Palmerston, Enrique Juan Temple (1874-1865), célebre político inglés. Comenzó su carrera en el partido *tory*, en calidad de funcionario del ministerio de la Guerra. Se pasó luego al partido *whig* y llegó, en 1830, a ministro de Negocios Extranjeros. Partidario, en política interior, de ciertas reformas liberales, Palmerston fue en la política exterior un imperialista decidido y se dedicó a desarrollar las conquistas coloniales de Inglaterra en Oriente. Fue uno de los inspiradores de la guerra de Crimea (franco-rusa, 1853-56). Obligado a dimitir varias veces, volvió siempre al poder. Dentro del partido *whig* se situó invariablemente a la extrema derecha. Ministro de Negocios extranjeros al final de su vida, realizó una política reaccionaria. Su papel en la política extranjera de Inglaterra ha sido muy grande. En 1853, Marx le juzgaba en estos términos: “Enrique Juan Temple, vizconde Palmerston, descendiente de pares, fue nombrado en 1807, después de la constitución del Ministerio del duque de Portland, lord del Almirantazgo. Ministro de la Guerra en 1809, siguió siéndolo hasta mayo de 1828. Se pasó en 1830, con una extremada habilidad, a los *whigs*, en cuyo Gobierno fue el ministro perpetuo de Negocios extranjeros. A excepción de los intervalos en que los *tories* ejercieron el poder, es decir, de dos períodos comprendidos de noviembre 1834 a abril 1835 y de 1841 a 1846, cargó siempre con la responsabilidad de toda la política extranjera de Inglaterra, desde la revolución de 1830 hasta diciembre de 1851.”

²⁷ **Nota León Trotsky.** Como no queremos abandonar nuestra discreción, no preguntamos (a título de ejemplo) en qué medida pueden considerarse los falsos documentos atribuidos a un Estado extranjero y utilizados para fines electorales como medios en conformidad con la

gradación del desenvolvimiento de la moral llamada cristiana de la sociedad civilizada. Pero, sin plantear esta delicada pregunta, no podemos renunciar a recordar la afirmación de Napoleón según la cual la falsificación de documentos diplomáticos en ninguna parte fue de uso tan corriente como en la diplomacia inglesa. Ahora bien, la técnica ha hecho desde entonces grandes progresos. (El autor se refiere a la carta llamada de Zinovief, falsificada y dada a la publicidad en vísperas de las últimas elecciones inglesas. Nota Traductor)

²⁸ Nota Editorial Biblos. *Winston Churchill* es actualmente uno de los representantes más destacados de la burguesía inglesa. Líder de la derecha liberal. Ejerció diversos mandos en las tropas inglesas en el curso de las sangrientas campañas de la India y de Egipto, así como en la guerra anglo-boer. Fue conservador hasta 1906. Antes de la guerra desempeñó las carteras de Comercio y de Interior; de 1911 a 1915, la de Marina. Durante la guerra fue ministro de Avituallamiento; después dirigió, de 1918 a 1921, el Departamento de Guerra. En el Gabinete de coalición de Lloyd George fue uno de los más celosos partidarios de la intervención en Rusia. En 1919 proyectó el aplastamiento de la Rusia de los Soviets mediante la agresión simultánea de catorce Estados. Ministro de las Colonias en 1921, prosiguió la política de conquistas y de provocaciones, a la que tan acostumbrada está Inglaterra. En las elecciones de 1924 se presentó contra su propio partido liberal, preconizando la formación de un nuevo “partido nacional constitucional independiente”, que hubiera agrupado la derecha liberal y la izquierda conservadora. En noviembre de 1924 entró en el Gabinete Baldwin en calidad de ministro de Hacienda.

²⁹ **Nota Editorial.** *El Acta de seguridad de 1707 de la Iglesia escocesa.* Hasta 1707 la Iglesia escocesa estuvo bajo la total dependencia de la Iglesia anglicana. Esta última se había enriquecido poderosamente. Poseía dominios, monasterios espléndidamente dotados, etc. El Estado le otorgaba privilegios, subsidios y dotaciones. El clero escocés aspiró durante mucho tiempo a la igualdad de derechos con la Iglesia anglicana para la designación de los obispos. En 1707, al llevarse a cabo la unión de Escocia con Inglaterra, fue promulgada un Acta concediendo a la Iglesia escocesa una independencia completa. Pero la independencia formal no significaba la transmisión de los dominios ni el derecho de nombramiento para las más altas funciones eclesiásticas, de suerte que la Iglesia escocesa siguió, como en el pasado, sujeta al clero anglicano, más rico y poderoso. El clero escocés no extraía sus rentas como el anglicano de las riquezas del Estado o de las suyas propias; vivía a expensas de la población oprimida de las ciudades y de los campos, a la cual por esta razón se hallaba unido. Esta situación dio lugar a que la lucha social y nacional contra Inglaterra revistiera desde el principio la forma de una resistencia religiosa.

³⁰ **Nota Editorial.** *El calvinismo* es la doctrina del reformador religioso Juan Calvino (1509-1564). El dogma de la predestinación, según el cual hay, por decisión de la voluntad divina, un corto número de elegidos predestinados a la felicidad eterna y un gran número de infelices destinados al sufrimiento eterno, es el fundamento de las enseñanzas de Calvino. Calvino profesó que todo buen creyente debe conducirse aquí abajo de modo que pueda merecer la felicidad eterna, a la cual acaso esté predestinado. Por esta razón, el calvinismo concedió una atención particular al rigor de las costumbres, predicando la austeridad, la economía, el renunciamiento de los placeres, etc. Estas exigencias, a las que Calvino dio una justificación religiosa, respondían a los intereses de la pequeña burguesía, especialmente de la comerciante, que, echando en ese momento los fundamentos de su riqueza, tenía necesidad de una estricta economía de fuerzas y de medios. Según los calvinistas, la Iglesia debía estar separada del Estado y los ritos religiosos debían conformarse a las Sagradas Escrituras, fuente única del conocimiento cristiano. Como todos los demás movimientos de reforma religiosa del siglo XVI, el calvinismo combatió enérgicamente a la Iglesia católica. Pero esta lucha era, en realidad, la lucha de la clase comerciante con el feudalismo, obstáculo para el desenvolvimiento de la burguesía.

Engels ha definido en estos términos el papel del calvinismo:

“Su dogma respondía a las necesidades de la parte más desdichada de la burguesía de la época. Su doctrina de la predestinación expresaba bajo formas religiosas la realidad de que en el mundo comercial, en el mundo de la concurrencia, el éxito o el fracaso no dependen de la

actividad o de la habilidad del hombre, sino de circunstancias que escapan a su voluntad. No es la voluntad de un hombre ni sus actos los que deciden: es la gracia (la gracia de fuerzas económicas poderosas pero desconocidas). Era indiscutiblemente exacto en la época de la revolución económica, en el momento en que todos los antiguos caminos comerciales y los antiguos centros eran eliminados por nuevos centros y caminos, después del descubrimiento de América y de la India, cuando hasta el mismo valor del oro y de la plata, estas cantidades económicas desde tanto tiempo reverenciadas, cedió y empezó a bajar rápidamente. La Iglesia de Calvino fue siempre democrática y republicana; y si el reino de Dios es republicano, ¿pueden los reinos de la tierra seguir fieles a sus reyes, a sus obispos, a sus feudales? El luteranismo había sido un arma conveniente en las manos de los pequeños príncipes alemanes; el calvinismo fundó la república en Holanda y dio nacimiento a grandes partidos republicanos en Inglaterra y particularmente en Escocia.” (Engels, *El materialismo histórico*.)

³¹ **Nota Editorial.** La *Sociedad Fabiana* fue fundada en Londres en enero de 1884, Adoptó el nombre del famoso guerrero romano Fabius Cunctator, *el Contemporizador*, pronunciándose de este modo en favor de una política progresiva, expectante, circunspecta y lenta, hostil a toda acción resuelta. Sidney Webb y el escritor Bernard Shaw fueron desde el principio los principales guías de los fabianos. Inmediatamente después de su fundación, la Sociedad emprendió la propaganda del socialismo y el estudio de las obras de Carlos Marx, Lassalle, Proudhon, Ricardo, Mill, etc. Los fabianos rechazaban audazmente la teoría de la lucha de clases proletaria. Su programa se reduce al reconocimiento de la necesidad de transmitir todas las tierras a la colectividad y de abolir la propiedad privada. Para alcanzar este fin, los fabianos creen suficiente entregarse a la propaganda de las ideas socialistas en todas las capas de la población. En su opinión, el programa socialista puede ser realizado por un esfuerzo constructivo gradual, lento y pacífico y por la armonía entre el capital y el trabajo. Los fabianos no han constituido una organización de partido. Unos se adhirieron al Labour Party, otros al partido liberal. En 1906 se produjo una escisión entre ellos. Una parte quería que la Sociedad Fabiana se adhiriera al Labour Party, exigiendo la exclusión de los liberales. Este grupo comprendía al escritor Wells. Webb, Shaw y Ensor defendían la antigua táctica fabiana. Las discusiones duraron bastantes años. Hasta 1910 no logró Webb que se votara una resolución reconociendo a todos los miembros de la Sociedad Fabiana el derecho de pertenecer a cualquier partido político. La Sociedad Fabiana no concede gran importancia al número de sus miembros. En 1911-1912 contaba con más de 2.000; ahora sólo cuenta con 1.782. La mayor parte son escritores, abogados, sabios, etc. La Sociedad Fabiana no se entrega a ningún trabajo práctico, dejando a sus miembros la facultad de participar en la obra del partido liberal o del Labour Party. Consagra una atención particular a la edición y difusión de libros, opúsculos y manifiestos socialistas. En 1918 lanzó cerca de 250.000 ejemplares.

La ideología fabiana (creencia en la evolución gradual, creencia en la colaboración pacífica de la burguesía y del proletariado, repudiación de la acción revolucionaria y de la violencia revolucionaria) se halla muy difundida en los medios directores del Labour Party.

³² **Nota Editorial.** Hyndman (1842-1922). Político inglés. Uno de los fundadores de la Federación Socialdemócrata (1881) y del Partido Socialista Británico (1911). Hyndman conoció personalmente a Marx, que ejerció sobre él una gran influencia. Aunque estudió a Marx y propagó sus ideas, Hyndman no comprendió el punto de vista marxista sobre el movimiento obrero, el tradeunionismo, el papel de los partidos reformistas, y no supo unir prácticamente la actividad de la Federación Socialdemócrata al movimiento obrero inglés. La excepcional situación de Inglaterra en el mercado mundial, originando la formación de una aristocracia obrera, hacía extraordinariamente difícil por otra parte la penetración de las ideas revolucionarias en el seno del proletariado. A fines del año 1884 se produjo una escisión en la Federación Socialdemócrata. De ésta salió un grupo anarquizante para fundar, bajo la dirección de Morris, de Shey y de Crane, la Liga Socialista, que repudió los métodos parlamentarios y las reformas sociales graduales; pero su existencia fue efímera. Esta tentativa de fundar una organización rival de la de Hyndman no dio resultados positivos. Hyndman siguió fiel a la táctica de la vieja Federación Socialdemócrata, basada en una amplia utilización de los métodos parlamentarios. En 1885, la Federación Socialdemócrata, sostenida financieramente por los

conservadores, presentó varios candidatos a las elecciones legislativas. La ayuda financiera de los conservadores, que intentaron perjudicar a los liberales presentando candidaturas socialdemócratas, suscitó en las masas obreras inglesas una vehemente indignación. Al alcanzar el nuevo movimiento tradeunionista, entre 1870 y 1890, su desarrollo, asignándose fines políticos contrariamente al antiguo tradeunionismo, que sólo perseguía fines económicos, Hyndman adoptó frente a él una actitud de desconfianza. No creyó que debía sacar partido de esta nueva forma del movimiento obrero, pensando que la lucha por pequeñas mejoras parciales, defendidas por las Trade-Unions, era incompatible con la lucha por los fines últimos del socialismo, y por consiguiente, debía ser rechazada. En la XIV Conferencia de la Federación Socialdemócrata, Hyndman habló de la necesidad de que ésta se apartara claramente de la actividad de las Trade-Unions si las Trade-Unions no suscribían sin dilación el programa socialdemócrata. Hyndman sostuvo esta posición en las ulteriores conferencias de la Federación Socialdemócrata. Hyndman siguió a la cabeza del Partido Socialista Británico, que por lo demás no gozó de gran influencia en el movimiento obrero hasta la guerra de 1914. Al principio de la guerra adoptó, con todo su partido, una actitud antimilitarista; pero no tardó en evolucionar hacia un ostensible socialpatriotismo, colocándose así él mismo fuera del partido, que permaneció fiel al internacionalismo y cuya izquierda se adhirió más tarde a la Internacional Comunista. Hyndman murió en 1922.

³³ **Nota Editorial.** *Guillermo Godwin* (1756-1836), publicista, novelista e historiador inglés, al que se debe uno de los primeros sistemas de comunismo anarquista universal. Las ideas de Godwin, nacidas bajo la impresión directa de la Revolución francesa, ejercieron una gran influencia sobre la juventud británica del primer tercio del siglo XIX. Toda organización política y económica es, según la opinión de Godwin, un mal. Al Estado aristocrático y monárquico (instrumento de opresión de las clases poseedoras), Godwin opone el ideal de la abolición completa de toda violencia. El individuo tiene derecho a una libertad absoluta; nadie tiene derecho a obligarle a lo que sea, ni aun se le puede imponer el reparto igualitario de los bienes. En la sociedad futura deben ser mantenidas las empresas individuales y el derecho de propiedad privada de los productos del trabajo personal. La razón será en ella la única legisladora. Godwin colocaba la esperanza de la supresión de los antagonismos entre las riquezas y la pobreza en la difusión de las “luces”, toda vez que “la propiedad (burguesa) se halla en contradicción con la naturaleza humana y con el principio de la equidad”, de cuya victoria final se hallaba Godwin profundamente convencido.

³⁴ **Nota Editorial.** *Heriberto Wells*. Célebre escritor inglés, autor de numerosas novelas de imaginación que algunas veces revisten un carácter utópico. Pacifista y fabiano. Partidario del evolucionismo colectivista, definido en estos términos por L. D. Trotsky (en el libro *Lenin*): «Hay que entender por esto una mixtura fabiana, compuesta de liberalismo, de filantropía, de legislación social y de reflexiones dominicales sobre un porvenir mejor.» El mismo Wells formula en estas palabras su evolucionismo colectivista: “Creo que la sociedad imperialista puede civilizarse y transformarse en una sociedad colectivista por un sistema concertado de educación social.” Wells visitó en 1920 la Rusia de los Soviets y escribió después un libro titulado *Rusia en las tinieblas*.

³⁵ **Nota León Trotsky.** Nos serviremos aquí de la traducción rusa de este artículo, publicada en Praga por el periódico socialista-revolucionario ruso *Volia Navota*.

³⁶ **Nota Editorial.** Las sangrientas hazañas de la duquesa de Sutherland son mencionadas por Marx como ejemplo de expropiación de las tierras de los labriegos, uno de los procedimientos de la acumulación primitiva. (*El Capital*, t. 1, cap. XXIV.) Marx había citado anteriormente el mismo ejemplo en una de sus correspondencias a la *New-York Tribune* de 1853. Citamos aquí el pasaje de *El Capital* donde se habla de la duquesa de Sutherland:

“El mejor ejemplo del método seguido en el siglo XIX nos lo proporcionan los “esclarecimientos” de la duquesa de Sutherland. Tan pronto como esta dama, versada en la economía, llegó al poder, resolvió operar una radical cura económica y transformar en campos de pastoreo todo el condado, cuya población ya había sido reducida con operaciones similares a 15.000 habitantes. Estos 15.000 habitantes, formando unas 3.000 familias, fueron perseguidos sistemáticamente de 1814 a 1820 y expulsados. Todos sus pueblos fueron destruidos por el pico

y el fuego y todas sus tierras fueron transformadas en campos de pastoreo. La ejecución estuvo a cargo de los soldados británicos, que llegaron a las manos con los indígenas. Una anciana pereció en el incendio de su choza por haberse negado a abandonarla. De este modo se apoderó la duquesa de 794.000 fanegas de tierra que pertenecían desde tiempo inmemorial al clan. A los indígenas expulsados les asignó en las orillas del mar unas 6.000 fanegas, es decir, dos fanegas por familia. Incultas hasta entonces, esas 6.000 fanegas no habían producido nada a sus propietarios. La duquesa llevó su bondad hasta arrendar la fanega a dos chelines y seis peniques por término medio a los miembros del clan que habían vertido durante siglos su sangre por su familia. Todas las tierras robadas fueron repartidas en 29 grandes cortijos, con una sola familia cada uno, en la mayor parte de los casos criados de granjas inglesas. En 1925, los 15.000 celtas habían sido reemplazados por 131.000 carneros. Los aborígenes, arrojados a la costa, intentaron vivir de la pesca. Se convirtieron en anfibios; vivieron, según la expresión de un escritor inglés, mitad en el agua, mitad en la tierra firme, y casi todos murieron de hambre.

Pero les estaba reservado a los bravos celtas pagar más cara aún su idolatría montañesa y romántica por sus “grandes hombres”. El olor del pescado llegó hasta éstos. Descubrieron ahí una fuente de beneficios y arrendaron sus costas a los grandes pescaderos de Londres. Y los celtas fueron arrojados por segunda vez.”

³⁷ **Nota Editorial.** *Juan Stuart Mill* (1806-1873). Filósofo y economista inglés. En economía política, Mill estudió particularmente la teoría de la renta territorial, preconizando la imposición de impuestos elevados sobre todos los ingresos con ella relacionados. La doctrina de Mill ha ejercido una gran influencia sobre los socialistas fabianos ingleses, Webb y otros. Poderosamente influido él mismo por los utopistas franceses Fourier y Saint-Simon, Mill relaciona estrechamente en todas sus obras las cuestiones económicas a las cuestiones sociales y políticas. La obra más importante de Mill, sus *Principios de Economía política*, es profundamente ecléctica.

³⁸ **Nota Traductor.** *Programa de Erfurt*. Programa constitutivo, teórico-práctico, de la Socialdemocracia alemana, adoptado en el Congreso de su fundación, en Erfurt, y redactado en su mayor parte por el mismo Kautsky.

³⁹ **Nota Editorial.** *Bernard Shaw*, escritor y dramaturgo inglés, uno de los fundadores de la Sociedad Fabiana (véase la nota 25). Pacifista y socialista pequeñoburgués. Autor de varios dramas satíricos. En diciembre de 1924 dirigió una carta a las *Izvestia* de Moscú invitando al Gobierno de los Soviets a separarse de la III Internacional, y haciendo notar, entre otras cosas, que el “Señor Trotsky” se había permitido hablar de Mr. H. G. Wells en términos desdeñosos, “demostrando así que no había leído el Esquema de la *Historia del Mundo* de Wells y, por consiguiente, no podía concebir el inmenso progreso que esta obra representa respecto de *El Capital* de Carlos Marx”.

⁴⁰ **Nota León Trotsky.** Hasta la carta de Bernard Shaw, juro que ignoraba aun la existencia de ese libro. Lo he conocido después; no puedo decir en conciencia que lo haya leído, porque he tenido suficiente con recorrer dos o tres capítulos para detener esa pérdida de tiempo. Imaginad una completa ausencia de método, de perspectiva histórica, de comprensión de la recíproca dependencia de los diversos aspectos de la vida social y, en general, de toda disciplina científica, cualquiera que fuese, e imaginad, además, que el historiador, cargado con esas cualidades, se pasea de arriba abajo, a través de la historia de varios milenios, con el despreocupado aspecto de un señor que da su paseo dominical. Esto es todo el libro de Wells, destinado a reemplazar a la escuela marxista.

⁴¹ **Nota Editorial.** *La reina Victoria y su tiempo*. Alude aquí el autor al largo reinado de la reina Victoria, que duró desde 1837 hasta 1901. El parlamentarismo inglés alcanzó su apogeo en el curso de este período. La gran burguesía industrial se colocó en la sociedad en primer término y ocupó en el Estado una situación predominante. En el curso de los sesenta y cuatro años de reinado de la reina Victoria se sucedieron alternativamente los Ministerios liberales y conservadores. La política interior y exterior de Inglaterra cambió a menudo. Los primeros años del reinado fueron los del régimen liberal, que se señaló por la abolición de los derechos de aduana sobre los trigos en 1846, la libertad de comercio y de concurrencia y diferentes reformas. Fueron éstas grandes victorias de la burguesía liberal. A partir de 1880, durante toda

la vejez de la reina, el partido conservador se afianzó y persiguió su política imperialista, con el apoyo sin reservas de la vieja soberana.

⁴² **Nota Editorial.** *Lord Eduardo Enrique Carson.* Conservador militante y adversario de la autonomía irlandesa. En el curso del verano de 1914, Carson organizó un levantamiento armado contra el Gobierno inglés con el fin de defender a Irlanda contra el *Home Rule*, o autonomía administrativa, que acababa de concederle la Cámara de los Comunes. El levantamiento empezó en el Ulster, provincia del Norte de Irlanda, la más rica e industrial de la isla. La burguesía del Ulster, dirigida por Carson, pretendió separar al Ulster de Irlanda, pensando arrancar de este modo al Gobierno irlandés su base económica. Carson preparaba el levantamiento desde 1912, esto es, a partir del momento en que fue presentado al Parlamento británico el *bill* sobre el *Home Rule*. Sostenido por la burguesía del Ulster y por los conservadores ingleses, Carson había armado sin dificultad a más de 100.000 hombres. Al ser votado el *bill* por los Comunes, Carson declaró que “los fieles súbditos de Su Majestad que habitaban el Ulster no querían ser separados de la Gran Bretaña”. Se constituyó en el Ulster un Gobierno provisional. Por la misma época, los partidarios de la independencia irlandesa, los *sinn-feiners*, se armaban en el Sur de la isla. El Gobierno inglés resolvió emplear la fuerza contra Carson; pero las tropas se negaron a marchar contra los del Ulster. El desafío lanzado por Carson no fue recogido. La guerra mundial interrumpió estos acontecimientos. A pesar de su papel sedicioso, Carson, sostenido siempre por los conservadores, recibió en 1917 la cartera de Marina, y hasta 1918 formó parte de un Gabinete de guerra. Nunca vaciló en tomar la defensa de la burguesía irlandesa e inglesa y reprimió duramente el movimiento de los *sinn-feiners*.

⁴³ **Nota Editorial.** *El Parlamento de Westminster.* El Parlamento inglés, llamado también Cámara de los Comunes, reside en el palacio de la abadía de Westminster, en Londres.

⁴⁴ **Nota Editorial.** *Juan Roberto Clynes* es uno de los líderes de la derecha del Labour Party. Miembro del Comité Ejecutivo del L. P. Inspector de avituallamiento en el Gabinete liberal-conservador de Lloyd George en 1918. Ministro (lord canciller) en el Gobierno Macdonald, lo que le valió ser elevado a la dignidad de par. En política exterior, pacifista y partidario de la Sociedad de Naciones. Diputado en los Comunes y presidente de la Federación de obreros no especializados.

⁴⁵ **Nota Editorial.** *Roberto Williams.* Uno de los líderes de las Trade-Unions inglesas. Miembro del Partido Obrero Independiente. Antiguo secretario general de la Unión de los Obreros del Transporte. Por un momento se colocó entre los jefes de la izquierda de las Trade-Unions inglesas y hasta se adhirió al Partido Comunista. Fue excluido de éste en 1921, a causa de su actitud del *Viernes Negro*, en el cual la traición de los líderes sindicales llevó al fracaso de la huelga de mineros. Williams ha evolucionado después a la derecha; actualmente es uno de los más celosos enemigos del comunismo.

⁴⁶ **Nota Editorial.** Pablo Lafargue (1842-1911) fue una de las grandes figuras del socialismo francés. Yerno, amigo y discípulo de Carlos Marx, que le convirtió en adepto del socialismo científico. Hallándose en Burdeos en 1871, Lafargue intentó provocar un movimiento en favor de la Comuna; pero fracasó y tuvo que pasar a España. En este país, luego en Portugal, desempeñó un papel influyente en el movimiento obrero, organizó las Secciones de la Internacional y combatió las tendencias bakunistas (anarquistas). Lafargue participó en 1872 en el Congreso de la I Internacional, que se celebró en La Haya. De regreso en París en 1880, fue el jefe reconocido y el teórico del partido socialista francés, y combatió sin descanso todas las desviaciones del marxismo. Se le deben importantes trabajos científicos y numerosos opúsculos. Algunas de sus obras, como la *Evolución de la propiedad* y *El determinismo histórico de Karl Marx*, han sido traducidas a casi todas las lenguas europeas. A los sesenta y nueve años, Lafargue, consciente de la imposibilidad de continuar su vida de militante y de teórico, se suicidó con su compañera Laura.

⁴⁷ **Nota León Trotsky.** Hecho curioso: dos siglos más tarde, en 1842, el historiador Mcaulay, protestando en su calidad de miembro de Parlamento, contra el sufragio universal, aducía razones idénticas a las de Cromwell.

⁴⁸ **Nota León Trotsky.** Citado por Beer en su *Historia del socialismo en Inglaterra*.

⁴⁹ **Nota Editorial.** *Guizot* (1787-1874). Político e historiador francés. Líder de grupo de los “doctrinarios”; partidario del sistema inglés de monarquía constitucional. Después de la revolución de julio de 1830, que dio el poder a la burguesía financiera, Guizot, uno de sus ideólogos, dirige momentáneamente el ministerio de Instrucción pública, recibe después la cartera de Negocios extranjeros. Guizot defendió el censo electoral, en virtud del cual sólo había en toda la población de Francia 200.000 electores. Al formarse el Ministerio liberal del banquero Lafitte, Guizot se retiró. En 1832 formó con Thiers y el duque de Broglie un Ministerio reaccionario, presidido por el mariscal Soult, dirigiendo en él la instrucción pública. En 1837 perteneció al Gabinete de derecha de Molé, y dimitió al cabo de un año por no parecerle la política de Molé bastante conservadora. Embajador en Londres en 1839 y ministro de Asuntos extranjeros en el nuevo Gabinete de Soult, constituido en 1840. En sus funciones, Guizot se consagró a combatir el movimiento revolucionario del continente, esforzándose en unir a los dos Gobiernos reaccionarios, austriaco y francés. En 1847, bajo Luís Felipe, presidió el último Ministerio monárquico. La revolución de 1848 le obligó a trasladarse a Inglaterra. Desde entonces empezó a disminuir su influencia política. En sus numerosos trabajos históricos, Guizot se inspiró por primera vez en la lucha de clases, en la que veía el resorte secreto de la historia. Este punto de vista, aunque no siempre lo haya aplicado con un espíritu consecuente, representaba en la época un gran progreso en el desarrollo de los estudios históricos.

⁵⁰ **Nota León Trotsky.** Guizot, *Histoire de Charles Ier*, 1882, t. I, págs. 347-349.

⁵¹ **Nota Editorial.** *Juan Camden* (1595-1643). Uno de los jefes de la oposición moderada del Corto y del Largo Parlamento en vísperas de la gran revolución inglesa (véase la nota 17). Camden se hizo particularmente popular entre la media burguesía comerciante, negándose en diversas ocasiones a pagar las gabelas reales y los impuestos. Durante la lucha entre el Parlamento Largo y el rey Carlos I, este último ordenó el arresto de Camden y de otros cuatro líderes de la oposición. Partidario hasta entonces de la oposición legal, Camden fue llevado por este motivo a unirse al ejército revolucionario, donde formó uno de los mejores regimientos. Poco tiempo después fue mortalmente herido en un combate entre las tropas reales y las del Parlamento.

⁵² **Nota León Trotsky.** Guizot, obra citada, pág. 216.

⁵³ **Nota León Trotsky.** Guizot, ídem, págs. 216-217.

⁵⁴ **Nota León Trotsky.** *Demagogos*. Macaulay quería decir: como agitadores revolucionarios.

⁵⁵ **Nota León Trotsky.** Macaulay, *Obras Completas*, t. VI. Pág. 120. Edición rusa, San Petersburgo, 1861.

⁵⁶ **Nota Editorial.** *La reforma alemana del siglo XVI*. La reforma alemana fue precedida por la dominación absoluta de la Iglesia católica romana, dominación que se hizo sentir particularmente en Alemania. El poderoso desarrollo del comercio y la importancia que adquirió en este país la plata indujeron a la Iglesia romana a imponerle numerosas cargas. Esto provocó el descontento de los artesanos, los campesinos y la pequeña burguesía, cuya necesidad de plata había sido aumentada por el desenvolvimiento comercial. Los inventos y descubrimientos (descubrimiento de América, progreso de la navegación y de la artillería, imprenta) prepararon el desarrollo del comercio exterior de Alemania y afianzaron a la burguesía comerciante. La lucha del capital con los señores feudales no podía revestir en ese momento sino la forma de una protesta religiosa.

Engels dice de las causas de la Reforma:

“Al salir Europa de la Edad Media, la burguesía ascendente de las ciudades fue su elemento revolucionario. La situación oficialmente reconocida que había conquistado en el seno del sistema feudal llegó a ser demasiado estrecha para su desenvolvimiento ulterior. El libre desarrollo de la burguesía se mostró incompatible con el sistema feudal y éste fue condenado. Pero la Iglesia católica romana era el gran centro internacional del sistema feudal. A pesar de todas sus disensiones intestinas, la Iglesia unía a toda la Europa occidental en un vasto sistema político opuesto al mundo griego ortodoxo y al mundo mahometano. La Iglesia extendía sobre la sociedad feudal la bendición divina. Su jerarquía estaba constituida sobre el modelo feudal; ella misma era el señor más poderoso, puesto que por lo menos el tercio de todas las tierras

católicas le pertenecían. Era necesario, pues, antes de atacar al feudalismo secular, minar la organización central de la Iglesia.” (Engels, *El materialismo histórico*.)

La excomunión mayor lanzada por el papa contra el monje Martín Lutero, que se había alzado en 1517 contra el comercio de las indulgencias, fue el pretexto de la Reforma. Lutero quemó solemnemente la bula del papa. A partir de este momento su nombre encarnó la protesta religiosa y política creciente. El movimiento de reforma de la Iglesia encontró una viva resistencia por parte del alto clero y de la alta nobleza. Empezó en Sajonia en 1521 y se extendió por toda Alemania.

Engels habla en estos términos de los acontecimientos que siguieron a los comienzos de la Reforma:

“Dos levantamientos políticos respondieron al llamamiento de revuelta contra la Iglesia lanzado por Lutero: primero se alzó, en 1523, la pequeña nobleza, dirigida por Franz von Sickingen; siguió después la gran guerra de los campesinos. La derrota de estos movimientos se debió particularmente a las vacilaciones de la parte interesada, la burguesía de las ciudades, vacilaciones que no explicaremos aquí. A partir de este momento, la lucha degeneró en duelo incesante entre los príncipes y el poder central del emperador, y Alemania quedó durante doscientos años borrada del número de las naciones europeas políticamente activas. La Reforma luterana se convirtió naturalmente en una nueva religión, y una religión adecuada a la monarquía absoluta. En cuanto los campesinos del Nordeste de Alemania aceptaron el luteranismo, se convirtieron en siervos.” (*Obra citada*)

De Alemania la Reforma se extendió a todos los países europeos, provocando por todas partes profundas modificaciones en la estructura de la Iglesia y contribuyendo a fortalecer a la burguesía comerciante y a libertarla de los lazos del feudalismo. La Reforma alemana ejerció igualmente una gran influencia en la gran revolución inglesa, en la que se vio a menudo a las tendencias políticas revestir formas religiosas. Los rasgos principales de la Reforma (religiosidad, misticismo, exaltación) dejaron su sello en la revolución inglesa. Los cuadros del ejército revolucionario de Cromwell estaban formados por puritanos, enemigos mortales de la Iglesia católica.

⁵⁷ **Nota Editorial.** *Heriberto Enrique, lord Asquith, conde de Oxford.* Líder de los liberales independientes ingleses y director de la *Westminster Gazette*. Adversario de la aproximación anglosoviética. De 1892 a 1895, ministro de Negocios extranjeros del último Gabinete liberal Galdstone. De 1905 a 1908, ministro de Hacienda. De 1908 a 1916, primer ministro. En sus funciones se reveló ardiente partidario de la guerra imperialista. En 1914, ministro de la Guerra. En 1915 formó un Ministerio de coalición liberal-conservador. Fue reemplazado en 1916 por Lloyd George. Los vestigios del doctrinarismo liberal impidieron a Asquith dar pruebas, en política interior y exterior, de una suficiente amplitud de visión, así como del cinismo y de la perfidia necesarios. Bajo la presión de los conservadores, el ala más activa, imperialista, de los liberales, ayudó a Lloyd George a reemplazar a Asquith. Fue derrotado en las elecciones legislativas de 1924. Miembro de la Cámara de los Lores.

⁵⁸ **Nota Editorial.** El asunto Osborne. *Guillermo Osborne*, ferroviario liberal, se dirigió en 1908 a los Tribunales para conseguir que se suprimieran en las Trade-Unions las cotizaciones políticas. En efecto; las Trade-Unions cobran, además de sus cotizaciones normales, cotizaciones políticas destinadas a la acción del Labour Party. La sentencia del 22 de julio de 1908 denegó a Osborne su demanda y afirmó categóricamente la legalidad de estas cotizaciones. Osborne, sostenido por grandes capitalistas, apeló contra la sentencia. El Tribunal de Casación anuló esa primera sentencia y dio al demandante entera satisfacción, motivando su decisión en el carácter puramente económico de las Trade-Unions, obligadas a permanecer ajenas a la política. El Labour Party apeló ante la Comisión judicial de la Cámara de los Lores, que sancionó el veredicto del Tribunal de Apelación. La Cámara de los Lores prohibió a las Trade-Unions el cobro de cotizaciones suplementarias, cualquiera que fuese su fin político. Pero en 1913 una decisión del Parlamento derogó esta prohibición. Las Trade-Unions fueron autorizadas a imponer cotizaciones políticas, reservando, sin embargo, a los sindicatos el derecho de negarse a pagarlas, sin exponerse por ello a sufrir sanciones o ser excluidos. Esta ley

sigue aún en vigor. El caso Osborne ha desempeñado un gran papel en la historia del movimiento obrero, interesando a los obreros en la acción política de las Trade-Unions.

⁵⁹ **Nota Editorial.** *Cobden* (1804-1865). Fabricante y comerciante de tejidos, llegó a ser uno de los hombres más significados de la burguesía radical de mediados del siglo XIX. Propagandista infatigable del libre comercio y de la abolición de los derechos sobre el trigo, fundador de la Liga para la Abolición de los derechos sobre los trigos, protagonista de la “paz general”. Diputado en los Comunes, alzó la voz contra la política belicosa del Gobierno inglés. Tomó parte en el Congreso pacifista de 1849. Cobden fue uno de los jefes del movimiento librecambista de la burguesía liberal.

⁶⁰ **Nota Editorial.** *Teodoro Roosevelt* (1858-1919). Presidente de los Estados Unidos de 1901 a 1909. Imperialista americano. En política interior, partidario, por lo que se refiere a los obreros, de una política de pequeñas concesiones liberales. Miembro del partido republicano. Intervino en 1905 a fin de provocar la apertura de negociaciones de paz entre Rusia y el Japón. Al principio, durante la guerra mundial, fue pacifista; luego se convirtió en uno de los más ardientes partidarios de la intervención americana.

⁶¹ **Nota Editorial.** Se llama *maquiavelismo* al empleo en política de la violencia conjuntamente con la perfidia y la hipocresía. La palabra tiene su origen en el nombre del célebre escritor italiana Nicolás Macchiavelli ((1923-1924) al que se considera como el fundador de la ciencia política.

⁶² **Nota Traductor.** *Aparato de las Trade-Unions: aparato*, la red de funcionarios de una organización.

⁶³ **Nota Traductor.** Sindicatos de industria. Las Trade-Unions han conservado hasta aquí el viejo tipo de organización obrera: la sociedad de resistencia, de estructura horizontal, local, de oficio, autónoma. El *sindicato de industria* es una organización de tipo vertical, en la escala nacional, centralizada, y reúne a todos los obreros empleados en una misma rama de industria. El líder de los mineros del Sur de Gales, Horner, corrobora en unas declaraciones recientes (diciembre 1926) la opinión de Trotsky:

“La lucha ha revelado que la Federación de Mineros es una vaga combinación de organizaciones de distritos. Durante la pasada crisis hubo una tendencia a abandonar la lucha por parte de las cuencas más débiles.

La campaña para una unión nacional de los obreros de las minas ha comenzado por el movimiento minoritario. Paralelamente a los cambios de estructura de la organización, debe realizarse otro en el cuerpo director. Entre los jefes conocidos hay muchos que son honrados y valientes; pero ya no pueden adaptarse a los nuevos métodos de lucha industrial.

Cuando los patronos luchan con todas sus fuerzas combinadas, con el Gobierno y con los jefes laboristas detrás de ellos, es necesario que los mineros trasformen y refuercen su organización.

A los jefes del partido laborista, miembros del Consejo privado, que perciben grandes salarios y que ganan sumas fabulosas escribiendo en la prensa capitalista, les es fácil predicar la paz industrial. Llegados a la meta, permanecen fuera de las luchas industriales. Nosotros, que trabajamos en las minas y que conocemos cuáles son las condiciones del trabajo, afirmamos categóricamente que no puede haber paz en la industria carbonera.”

⁶⁴ **Nota Editorial.** *Arturo Ponsomby*, subsecretario de Estado en Negocios extranjeros durante el Gobierno laborista de Macdonald (1923-1924). Partidario de la aproximación anglosoviética, por la que trabajó con celo en el curso de las negociaciones de agosto de 1924. Ponsomby pertenece a una familia aristocrática. En su juventud fue paje de la reina Victoria. Más tarde desempeñó diversas funciones en Negocios extranjeros y militó en el partido liberal. Convertido en pacifista hacia el fin de la guerra, rompió con el partido liberal, para adherirse a la organización pacifista del “Control democrático” y al Labour Party.

⁶⁵ **Nota Editorial.** *Juan Barnes*. Uno de los líderes obreros más antiguos; fundador y militante de la Federación Socialdemócrata. El nuevo movimiento tradeunionista, que alcanzó su desarrollo hacia 1880, encontró en Barnes un jefe sobresaliente. Orador de talento e influyente, Barnes dirigió en varias ocasiones grandes huelgas y memorables manifestaciones (recordemos la famosa huelga de los puertos). Condenado en 1888 a seis semanas de cárcel a consecuencia de una manifestación. Después se orientó a la derecha y salió en 1889 de la Federación

Socialdemócrata. En 1882, diputado en los Comunes. Dos años más tarde se aproximó a los liberales y entró en 1905 en un Ministerio liberal. La evolución de Barnes, desde el movimiento obrero a un Gabinete liberal, caracteriza perfectamente las costumbres políticas de los líderes oportunistas del movimiento obrero británico.

⁶⁶ **Nota Editorial.** *Lord Eduardo Grey*. Líder de los liberales independientes, partidario de la aproximación con los conservadores. Uno de los líderes liberales de la Cámara de los Comunes. Desde 1905 hasta 1916 desempeñó en todos los ministerios la cartera de Negocios extranjeros. Fue uno de los creadores de la Entente y uno de los responsables de la guerra mundial. Embajador de la Gran Bretaña en Washington en 1919-1920. Personaje influyente de la Sociedad de Naciones, miembro de la Cámara Alta.

⁶⁷ **Nota Editorial.** *Benjamín Beaconsfield (Disraeli)*. Célebre estadista y escritor inglés (1804-1881). En su juventud escribió novelas satíricas. A partir de 1832 se consagró a la vida política, uniéndose a los *whigs*. Después de la aproximación entre la alta finanza y los *tories*, rompió con los *whigs* y se convirtió en uno de los líderes del partido *tory*. Representante típico de la alta banca, Beaconsfield fue un ardiente proteccionista. En 1852, ministro de Hacienda en el Gabinete reaccionario de Derby, al que sucedió, al cabo de diez meses, un Ministerio liberal Gladstone. Beaconsfield volvió a ser, en 1858, ministro de Hacienda en el segundo Ministerio Derby, que duró diez y ocho meses. En 1866 el Gabinete Derby volvía por tercera vez al poder y Beaconsfield a Hacienda. Primer ministro en 1868, tuvo que dimitir en el mismo año. Volvió al poder en 1874, en el momento en que se despertaba el imperialismo inglés, y lo ocupó hasta 1880. La política de Beaconsfield, que aspiró a extender en el exterior las posesiones y la influencia de la Gran Bretaña y se mostró favorable en el interior a las pequeñas reformas liberales, caracteriza perfectamente al imperialismo británico.

⁶⁸ **Nota León Trotsky.** Esta previsión, naturalmente, tiene un carácter de perspectiva general y en ningún caso debe ser asimilada a las previsiones astronómicas de los eclipses lunares o solares. El curso real de los acontecimientos siempre es más complejo que unas previsiones necesariamente esquemáticas.

⁶⁹ **Nota Edicions Internacionals Sedov.** Hemos mantenido fielmente la traducción de Pumarega pero en este caso es evidente que se trata de un error tipográfico. Traducimos 'acusadas' de acuerdo con la edición francesa.

⁷⁰ **Nota Editorial.** La edición rusa de 1925 y la primera edición inglesa de este libro terminan aquí. Los dos capítulos siguientes han sido añadidos en fechas posteriores.

⁷¹ **P. S.** En el momento de escribir estas líneas Inglaterra se hallaba a dos dedos de la huelga general. Cualquiera que sea el giro que tomen los acontecimientos en Inglaterra, las cuestiones a las que ha sido particularmente consagrado este capítulo seguirán en el orden del día de la vida política de la Gran Bretaña.

⁷² **Nota del Traductor.** URSS: Unión de Repúblicas Socialistas, nombre oficial actual de toda la federación de pueblos rusos.

⁷³ **Nota del Traductor.** Ya se ha visto el formidable conflicto a que dio lugar.

⁷⁴ **Nota del traductor.** Así ha sucedido, en efecto: huelga minera, huelga general.

⁷⁵ **Nota del traductor.** *Lumpen-proletariat*. Las capas más miserables del proletariado.

Edicions internacionals Sedov



- **01. Trotsky inédito en internet y castellano / Obras Escogidas**
 - **02. Obras Escogidas de León Trotsky en español**
 - **03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano**
 - **04. Obres escollides de Lenin en català**
 - **05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català**
 - **06. León Sedov: escritos**
 - **07. Primera Internacional**
- **08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales**
 - **08.b Internacional de Mujeres Socialistas**
- **09. Tercera Internacional. Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista**
- **10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional**
- **11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)**
 - **12. Marx y Engels, algunos materiales**
 - **13. Eleanor Marx**
 - **14. Lenin: dos textos inéditos**
 - **15. La lucha política contra el revisionismo lambertista**
- **17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal**
- **16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España**

Consulta las series de nuestro sello hermano

Alejandría Proletaria

